



ANT

XIX

250



18 cent

R-43.564



**DOÑA MERCEDES  
DE CASTILLA.**

O

**EL VIAGE A CATAY.**

NOVELA ESCRITA EN INGLES POR EL CELEBRE

INGENIO AMERICANO

**J. FENIMORE COOPER.**

TRADUCIDA AL CASTELLANO

POR

**D. Pedro A. O'Crowley.**

Brindo esta copa á una muger, modelo  
Del sexo amable, cuya forma pura  
Siendo de astros benéficos hechura,  
Mas que á la tierra pertenece al cielo.  
PINKNEY.

CADIZ: 1841.

COPIA MEXICANA

COPIA MEXICANA

EL VIAJE A CATAY.

NOVELA HISTORICA EN CINCO TOMOS

INDICIO AMERICANO

A. FERRIERE COOPER

TRADUCCION DE CASTELLANO

~~~~~  
Esta obra es propiedad de su editor,  
quien perseguirá ante la ley al que  
la reimprima.

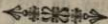
~~~~~

CADIZ: 1844



**DOÑA MERCEDES**

**DE CASTILLA.**



**CAPITULO I.**

Llamar tan recio estremecía

Las duras losas en redor:

"Abrid! abrid! gritar se oía,

Al Cid Rui-Díaz el Campeador."

HEMANS.

**S**EA que examinemos los cuadros del inimitable Cervantes, ó los de aquel poco menos agudo escritor, del cual tomó Le Sage su inmortal leyenda, y los tomemos á entrambos por nuestros guías; sea que creamos á puño cerrado en las rela-

ciones mas severas de la historia, ó confie-  
mos en la autoridad de los viajeros moder-  
nos, no hallaremos por cierto haber existi-  
do una época en que fuesen buenas las po-  
sadas de España, ni seguros sus caminos. Es-  
tas dos ventajas de la civilizacion parecen  
negadas por el destino á los habitantes de  
la Península en todos tiempos: porque desde  
una era inmemorial siempre se ha oído re-  
ferir contratiempos padecidos por los cami-  
nantes, ya á causa de los ladrones ó de los  
mesoneros. Si tal sucede hoy, tal era igual-  
mente lo que sucedia á mediados del siglo  
XV, á cuya época suplicamos al lector per-  
mita que su imaginacion retroceda.

A principios del mes de Octubre del año  
de gracia 1469, reinaba en Aragon Juan de  
Trastamara, y tenia su corte en cierta ciu-  
dad, situada á orillas del Ebro, y llamada Za-  
ragoza, cuyo nombre se supone ser una cor-  
rupcion de César Augusta, y que se ha hecho  
célebre en nuestros tiempos por sus heróicas  
proezas, ensalzándola la fama en paises es-  
trangeros bajo la denominacion algo anti-orto-  
gráfica de Saragossa. Juan de Trastamara, ó

Juan II, como era mas comun titularle, en conformidad á la nomenclatura de los reyes, era uno de los monarcas mas sagaces de su época; pero se hallaba empobrecido por causa de sus muchas quimeras con los turbulentos Catalanes, ò, como pudiéramos nombrarlos con mayor cortesia, los libres y patrióticos habitantes de Cataluña; asi es que le costaba infinito trabajo mantenerse en su trono, al paso que su dudoso dominio se estendia por Aragon, su pais natal, con sus dependencias de Valencia y Cataluña, Sicilia y las islas Baleares, amen de algun derecho á la Navarra, no completamente sin disputa. En virtud de testamento de su hermano mayor y predecesor, habia pasado la corona de Nápoles á un hijo ilegítimo de este; sin cuya ocurrencia, el último nombrado reino hubiera aumentado la lista de sus posesiones. Largo y turbulento habia sido el reinado del monarca de Aragon, y, en el momento á que nos referimos, se hallaba casi agotado su tesoro, por razon de los esfuerzos que hiciera para domeñar á los inquietos Catalanes; sus fortunas, empero, estaban próximas

á tomar un giro mas favorable de lo que imaginarse pudiera; porque el duque de Lorena, su competidor, murió de repente, solo dos meses antes del periodo que hemos elegido para principio de nuestra historia. Sin embargo, no le es dado al hombre escudriñar lo futuro, y el dia 9 del mes antemencionado llegó al colmo de sus apuros la miseria de las cajas reales, con motivo de la inesperada exigencia de una crecida cantidad de dinero, al momento mismo en que el ejército se veia en peligro de disolverse por falta de paga, y cuando solo encerraban aquellas la mezquina suma de trescientos *Enriques*, moneda de oro asi llamada de uno de los monarcas pretéritos, y cuyo valor aventajaba en muy poco al del moderno ducado. El asunto, no obstante, apuraba demasiado para sufrir demora, y hasta los objetos de la guerra se consideraban como secundarios á los que tenian relacion con este proyecto, súbitamente concebido y de tendencia mas privada. Celebrábanse consejos, alhagábase ó amenazábase á los prestamistas de metálico, y veíase á los confidentes de la corte en un

estado de manifiesta y profunda inquietud. Pareció en fin haber pasado el tiempo de los preparativos, y hallarse á mano el instante de obrar. La curiosidad dejó de verse inútilmente desasosegada, permitiéndose saber á los habitantes de Zaragoza, que su soberano iba á enviar una solemne embajada, sobre materias de alto importe, á su vecino, pariente y aliado el monarca de Castilla. En el año de 1469, Enrique, tambien de Trastámara, llenaba el trono del contiguo reino, bajo el título de Enrique IV. Este monarca era nieto, por línea de varones, del hermano del padre de Juan II, y por consiguiente primo segundo del rey de Aragon. A pesar de su parentesco, y de los fuertes intereses de familia que pudiera suponerse les coligaban, eran precisas frecuentes embajadas amistosas para conservar la paz entre los dos monarcas; de suerte que el anuncio de la que ahora se preparaba á salir produjo mas bien satisfaccion que maravilla en las calles de la ciudad.

No le faltaban tampoco sus cuidados ni sinsabores á Enrique de Castilla, aunque reinaba en un territorio peninsular mas estenso



y rico que el de su pariente de Aragon. Habíase casado dos veces: la primera con Blanca de Aragon, á quien repudiára para contraer nuevas nupcias con Juana de Portugal, princesa de carácter tan notablemente liviano que proporeionára grave escándalo á la corte en general, de manera que al dar á luz una hija, la vió objeto de desconfianza, respecto á su legitimidad, y precipitándose las sospechas al desafecto, privaron eventualmente á la infanta misma de todo derecho al poder real. Tambien el padre de Enrique habia tenido dos mugeres, siendo el fruto del segundo enlace un hijo y una hija, Alfonso é Isabela; cuya última princesa llegó á ser, andando el tiempo, tan famosa, bajo el doble título de reina de Castilla y de la Católica. La lujosa impotencia de Enrique, como rey, habia hecho armarse en abierta rebelion á un gran número de sus vasallos. Tres años antes del que ya hemos dicho, habian proclamado á su hermano Alfonso, en su lugar, mientras la guerra civil asolára las diversas provincias de su reino. Terminaron estas turbulencias con la muerte de Alfonso, afianzándose la paz



por entonces en aquellos dominios, en virtud de un tratado, por el cual consintió Enrique en invalidar el derecho de su propia hija, ó mas bien de la hija de Juana de Portugal, y reconocer á su media hermana Isabel por heredera de su trono. Esta última concesion fué el resultado de una penosa necesidad, y como puede esperarse, condujo á muchas secretas y violentas medidas á fin de inutilizar sus efectos. Entre otros arbitrios, adoptados por el rey, ó mas bien por sus favoritos, pues que eran proverbiales la inaccion é indolencia del soberano egoísta á par que complaciente, á fin de contrarrestar las probables consecuencias que produjera la esperada subida de Isabel al trono, existian varios proyectos para cohibir su voluntad, y guiar su política: estos se redujeron al principio á casarla con algun súbdito, á fin de restringir su poder, y mas adelante se pensó en enlazarla con varios principes extranjeros, á quienes se creía mas ó menos adecuados para llevar á cabo semejantes designios. En aquellos instantes á la verdad, era el casamiento de la princesa uno

de los grandes objetos de la diplomacia española. El hijo del rey de Aragon se hallaba en la lista de los pretendientes á la mano de Isabel, y la mayor parte de los que habian sabido la próxima partida de la embajada creia con bastante fundamento que semejante mision estaba relacionada con aquel gran golpe de politica aragonesa.

Gozaba Isabela de una alta reputacion como muger instruida, modesta, discreta, piadosa y bella, además de ser la heredera reconocida de una corona tan envidiable, y era por tanto muy crecido el número de sus pretendientes. Entre ellos se contaban varios príncipes franceses, ingleses y portugueses, además del aragonés arriba mencionado. Diversos favoritos apoyaban á los varios candidatos, y bregaban por conseguir sus miras á favor de las acostumbradas intrigas de los cortesanos y partidarios; mientras la régia doncella, que se veia objeto de tal competencia y rivalidad, conservaba un discreto y femenino decoro, aunque resuelta á complacer sus sentimientos mugeriles mas alhagüenos. El rey, su hermano, estaba á la sazón en las provin-

cias del Sur, entregado á sus placeres, y como la princesa ya mucho tiempo se hallase acostumbrada á vivir en soledad comparativa, se ocupaba con todas veras en el arreglo de sus negocios, del modo que, en su dictamen, condujese mas positivamente á su propia felicidad. Despues de varias tentativas, hechas por los diversos partidarios á fin de apoderarse de su persona, y las cuales habia evitado con el eficaz socorro de sus amigos, acababa de refugiarse la princesa en Leon, de cuya provincia ó reino, como algunas veces se le llamaba, era capital Valladolid, donde la perseguida Isabela fijó su residencia accidental. Entretanto, como aun permanecia Enrique en las inmediaciones de Granada, debemos dar por supuesto que hácia este punto se dirigia la embajada que tanto llamára la atencion del pueblo de Zaragoza.

En efecto, salió la cabalgata una hermosa mañana de otoño, por una de las puertas que dan al mediodia. Allí iba la acostumbrada escolta de lanzas, cual lo imperaba el turbulento estado del pais; barbudos nobles armados de punta en blanco, pues raro era el hidalgo, quien pu-

diese ofrecer algun aliciente al salteador que se espusiera á transitar por los caminos sin tal requisito; por fin, una larga sarta de acémilas, y una nube de acompañantes, quienes por su trage parecian medio sirvientes y medio soldados. La lucida expedicion atraia un inmenso concurso de espectadores, entre los cuales se oia, mezclada con alguna que otra prece por su buen éxito, abundancia de congeturas vagas y someras, acerca de su objeto probable y resultado finiquito. Pero la curiosidad tiene sus limites, y hasta la lengua mas habladora llega por fin á cansarse; asi es que antes de la puesta del sol la mayor parte de la multitud habia dejado de pensar en el espectáculo de por la mañana, ú olvidádolo completamente. No asi dos soldados que se hallaban de guardia en la puerta del oeste, que caia hácia el camino de Búrgos, para quienes, entrada ya la noche, era todavia la embajada asunto de sostenida conversacion.

—Si D. Alonso de Carvajal piensa caminar muy léjos con semejante comitiva, observó el mas viejo de los dos parleros, hará bien de meter en vereda á su gente, porque jamás

salió del ejército aragonés una muchitanga mas desastrada que la que atravesó hoy la puerta del Sur, apesar de todos los relumbrones de las gualdrapas y el tarára de los clarines. Podia haberse buscado en Valencia copia de lanzas mas adecuadas para servir de escolta á la embajada del rey; óyeme, Diego, y tambien caballeros de mejor talante para mandarlas, que estos de Aragon. Pero, ya que asi lo ha querido el monarca, no está bien que se lo murmuremos unos pobres soldados como nosotros.

—Tampoco falta quien piense, Rodrigo, que hubiera sido mejor economizar el dinero que asi se derrocha en estas cortesanas liviandades, á fin de pagar á los valientes que tan pródigos fueron de su sangre para sojuzgar á los rebeldes barceloneros.

—Eso es lo que siempre sucede, chiquillo, entre el deudor y sus acreedores. Porque D. Juan te debe un puñado de maravedies, le refunfuñas cada Enrique de los que tiene que esponder para sus propias necesidades. Yo soy un soldado mas viejo que tú, y he aprendido el arte de pagarme á

mí mismo, cuando la tesorería está demasiado pobre para ahorrarme la incomodidad.

—Eso estaria bien en tiempo de guerra con gente estraña; por ejemplo, cuando se batalla contra los Moros; pero, al cabo y al fin, los Catalanes son tan buenos cristianos como nosotros; algunos de ellos tan leales vasallos; además, que no es tan fácil robar á un paisano como saquear á un infiel.

—Veinte veces mas fácil, bobo; porque el uno lo espera de hecho, y raras veces se le encuentra cosa ninguna que merezca quitársele; al paso que el otro te franquea toda su casa y hacienda con la misma confianza que su corazon..... pero ¿quienes son estos que van á ponerse en camino á una hora tan avanzada de la noche?

—Unas buenas almas que van á caza de riquezas, al mismo tiempo que afectan mirarlas con el mayor desvío. Apuesto, Rodrigo, á que no se junta entre todos dinero bastante para pagar al criado que les sirva los huevos cocidos que van á cenar esta noche.

—Por Santiago, mi patrono bendito! dijo en voz baja uno de los que hacian cabeza



de una corta cabalgada, é iba delantero con otro ginete, cual si deseara poca familiaridad con los restantes, y riéndose ligeramente de la pulla del soldado. Ese socarrón dice mas verdad de lo que nos convendría por ahora. Entre todos creo que podremos reunir suficiente metálico para costear una olla podrida; pero no sé si alcanzaria para comprar los postres.

Una grave reprehension que en voz sumisa le dió el compañero, reprimió la irreflexiva chacota del ginete; y la partida, que consistia de mercaderes ó tragineros montados en buenas mulas, segun la apariencia, pues que en aquella época era fácil distinguir los destinos de los hombres por el traje que vestian, hizo alto junto á la puerta. Como el pase que enseñaron para salir de la ciudad estaba en debida forma, descorrió los cerrojos el adormilado y por consiguiente adusto guarda-llaves, para que los viageros prosiguieran en su ruta.

Mientras tenían lugar estas formalidades preparatorias, se apartaron unos cuantos pasos los dos soldados, y se pusieron á exami-



nar con atención á aquel grupo, aunque la gravedad española les impedía manifestar abiertamente el desprecio que les inspiraba la vista de dos ó tres judíos que formaban parte de la cabalgada. Los mercaderes eran además de una clase bastante superior, como lo daban á entender un par de sirvientes que iban del comitiva, y se pararon á corta distancia, mientras satisfacían la mezquina gabela que se acostumbraba exigir á los que pasaban por las puertas de la ciudad después de anocheado. Aconteció que uno de estos criados, el cual iba caballero en una excelente y briosa mula, se colocase tan cerca de Diego durante la corta detención, que el soldado, muy hablador por naturaleza, no pudo menos de soltar su pulla.

—Oyes, chico, comenzó el soldado; ¿cuantos cientos de doblas ganas tú al año por servir á esos Fariseos, y cuantas veces estrenas tus majos coletos de ante?

El sota ó sirviente de los mercaderes, que todavía era joven, aunque sus vigorosas formas y morenas mejillas denotasen que estaba acostumbrado ya á los ejercicios

mas rudos del cuerpo, y que le era familiar la intemperie, hizo un movimiento de sorpresa, y se sonrojó de tan familiar pregunta, que acompañara el soldado con una palmada en el muslo, y un apretón de la rodilla, como muestra de franqueza militar. Es probable que la festiva risa de Diego reprimiera la escitada cólera del ginete, porque en las sencillas maneras del soldado se traslucía demasiada bondad de corazón para que sus palabras pudiesen excitar resentimiento.

—El estrujón es bastante cordial, aunque algo brusco, camarada, observó con mansedumbre el servidor; y si quieres tomar el consejo de un amigo, ten presente que el dar suelta á demasiada familiaridad suele proporcionarnos el mejor día un buen par de chichones en la mollera.

—Por San Pedro bendito! quisiera conocer al guapo que...

Pero el deseo de Diego llegó asáz tarde; porque, habiéndose puesto en marcha sus amos, corrió el mancebo sus aguzadas espuelas en las ancas de la mula, y el fornido animal, saliendo de un bote, por poco atro-

pelló á Diego que tenia empuñado el pomo de la silla.

—¿Genio tiene el mozo! exclamó el bonazo de Diego, recobrando el equilibrio; pensé que iba á favorecer mis quijadas con una visita de su mano derecha.

—Haces muy mal, Diego, en acostumbarte á esas liviandades, respondió su camarada; y nada tendria de extraño que el mancebo te hubiese hecho medir con las costillas la santa tierra, en pago del insulto que le ofreciste.

—¿Quien? ¿ese belitre alquilon del hebreo tacaño?—¿Se atreveria á levantarle la mano á un soldado del rey?

—¿Quien sabe si en su tiempo habrá sido tambien soldado como nosotros? En estos dias, á todos los hombres de su talante se les llama para ceñirles el arnés. Me parece que he visto esa cara antes; y en verdad que la he visto cuando ninguno de corazón flojo se atrevia á acompañarle.

—Que! hombre, ese es un simple siervo, un rapazuelo que acaba de salir de la pollera de su madre!

—Yo te aseguro que, en los pocos años que parece contar, ha hecho cara mas de una vez al Catalan y al Moro. Sabes muy bien que los nobles acostumbran llevar á sus hijos desde niños á las lides, á fin de que aprendan desde temprano á imitar las fa-  
ñas de la caballeria.

—Los nobles? repitió riéndose Diego. En nombre de todos los diablos, Rodrigo, ¿qué te se ha metido en la cabeza? ¿Quieres comparar á ese espolique con un jóven hidalgo? Por lo menos le supones un Guzman ó un disfrazado Mendoza, cuando hablas de la caballeria.

—Verdad que parece una bobada; pero antes de ahora he observado yo aquel ceño en el día de la lid, y he oido aquella voz firme y sonora en mas de una carga! Por Santiago de Compostela.....! ya caigo en quien pueda ser.... escucha, Diego, una palabra al oido!

El veterano llevó entonces aparte á su juvenil camarada, aunque no habia quien pudiese entreoirles, y mirando cuidadosamente al rededor con el objeto de asegurarse de que

sus palabras carecian de otra escucha que los oídos de Diego, le habló por un instante en voz baja.

—¡Santa Madre de Dios! exclamó el otro, retrocediendo tres buenos pasos con sorpresa y temor. ¡Es imposible que sea el que tú dices, Rodrigo!

—Apostaría la salvacion de mi alma, repuso el compañero con toda seguridad. ¡Cuantas veces le he visto con la visera alzada, y le he seguido una vez y otra á la refriega!

—¿Y habia de ponerse ahora en camino como el sota de un mercader? aun mas, como el sirviente de un judío?

—Nuestro deber, amigo Diego, se cifra en dar cuchilladas sin meternos en la razon de la quimera. Aunque sus cajas esten algo apuradas, no deja de ser D. Juan un buen amo, y nuestro jurado rey y señor; así, mas vale obrar como soldados discretos.

—Pero jamás me perdonará el apretón que le di en la rodilla, y la necia parlería de mi lengua. No me atreveré á mirarle á la cara en toda mi vida.

—Bah, hombre! Es probable que no comas

con él nunca á la mesa del rey; y respecto á que te vea en el campo, como tiene costumbre de marchar contra los enemigos el primero, creo que jamás caerá en la tentación de volver la cara atrás para mirarte.

—¿Conque, supones que no será fácil me conozca otra vez?

—Si te vieres cerca de él otro día, no tendrás causa de alarmarte; porque los sujetos como él tienen mayor número de apuntes en la memoria de los que pueden con facilidad recordar.

—La Virgen Maria te haga buen profeta; pues de lo contrario no me atrevería á presentarme otra vez en mi tereio. Si se tratara de algún favor que yo le hubiese hecho, podría tener esperanzas de que se le olvidará; pero una afrenta suele permanecer largo tiempo grabada en la memoria de algunos hombres.

En esto se alejaron los dos soldados, continuando su diálogo, en el cual amonestaba el veterano á su locuaz compañero sobre la virtud de la discrecion.

Entretanto proseguían su ruta los viajeros, con una prisa que denotaba gran des-

confianza de la carretera, y un ansioso deseo de adelantar en su jornada. Caminaron toda la noche, sin aflojar el paso, hasta que la vuelta del sol les espuso otra vez á las observaciones de los curiosos, entre los cuales se suponía haber muchos emisarios de Enrique de Castilla, cuyos agentes, era bien sabido, se hallaban vigilantes en todos los caminos que se comunicaban entre la capital de Aragon y Valladolid, en cuya ciudad acababa de refugiarse su régia hermana. No ocurrió, sin embargo, cosa ninguna que diferenciase este viage del de los trágicos de las demás épocas. Pronto entraron los viajeros en el territorio de Soria, provincia de Castilla la Vieja, en donde se hallaban varias partidas armadas del monarca, custodiando los desfiladeros, sin que su aspecto diese nada que sospechar á los soldados de Enrique, los cuales tambien servian para ahuyentar de los caminos á los salteadores. Cabalgaba todo este tiempo aquel jóven, que habia dado pié á la conversacion entre los dos soldados, á retaguardia de su amo, ocupándose como los demás sirvientes en las faenas de su destino, durante las breves pausas que en la jor-



nada ocurrieron. Por la tarde del segundo día, y una hora despues que saliese la cabalgada de un meson, en donde se habia refocilado con una olla podrida y un poco de vino agrio el festivo mancebo, que tambien mencionamos antes, y el cual conservaba siempre su puesto á vanguardia junto á su compañero mas grave y entrado en años, soltó de repente una recia carcajada, y refrenando su mula, dejó que toda la hilera le aventajase, hasta hallarse en fila con el antedicho sirviente. Miró este á su reputado amo con un ceño de reconvencion, al verle alinearse con él, y dijo con una severidad, que parecia harto extraña respecto á sus mútuas relaciones:

—¿Qué es esto, Maese Nuñez? por qué abandonais vuestro puesto para dejaros caer á retaguardia, y entrar en familiaridades poco decorosas con los sirvientes?

—Te pido diez mil perdones, honrado Juan, respondió el amo, sin dejar de reirse, aunque era evidente que se esforzaba en reprimir su algazara por el respeto que debia á su interlocutor; pero nos ha acontecido una calamidad que supera á las de las fábulas y

leyendas de todos los nigrománticos y caballeros andantes en el mundo. El digno maese Ferraras, que es tan hábil manejador de monedas, pues que no ha hecho en toda su vida sino comprar y vender paja y cebada, acaba de echar de ménos su bolsillo, el cual, segun parece, se quedó olvidado en el meson donde estuvimos ahora poco, ó lo dejó en prendas su dueño por una rebanada de pan duro y una panilla de aceite ranciò. Dudo que haya ahora veinte reales entre toda la cuadrilla.

—¿Y es ese un asunto de broma, seor Nuñez? repuso el espolique, aunque una ligera sonrisa le arrugaba los labios, cual si quisiese segundar el buen humor de su compañero de camino; ¿es asunto de broma el hallarnos sin un ochavo? Gracias al cielo que no puede estar muy distante el Burgo de Osma; y allí no nos harán tanta falta las monedas. Y ahora, amo mio, permitidme os mande guardar en la cabalgada el lugar que os corresponde, y no olvidéis vuestro rango á tal punto que os entreguéis á tan indebida familiaridad con vuestros inferiores. Aquí no

me haceis ninguna falta, conquese así, volved al lado del maese Ferratas, é informadle de mis simpatias y sincera condolencia por su quebranto.

Sonrióse el jóven, aunque el fingido criado habia vuelto á un lado la cabeza, cual si quisiera respetar sus propias amonestaciones; mientras el otro anhelaba evidentemente alcanzar una mirada de afecto y favor. Al minuto despues se hallaba restablecido el órden de la marcha.

A medida que avanzaba la noche, y llegaba la hora en que los hombres y las bestias dan mayores signos de cansancio, apretaban los viageros sus mulas á mas no poder; y cerca de media noche, á fuerza de menudear el acicate, llegaron á la puerta principal de una pequeña ciudad amurallada, por nombre Osma, que estaba á corta distancia de la raya de la provincia de Burgos, aunque siempre en territorio de Soria. Apenas se halló su mula bastante cerca para permitirlo, el jóven mercader, que cabalgaba delantero, dió recios golpes á la puerta con su vara á fin de avisar de su llegada á los que

estaban dentro. No fué preciso tirar demasiado de las riendas para que se parasen las mulas de los demás; el fingido sirviente, espoleando la suya, iba á tomar su puesto cerca de los principales personajes inmediato á la puerta, cuando una gruesa piedra lanzada desde el muro pasó silvando tan cerca de su cabeza, que le recordó lo próximo que podia estar á emprender su viage para el otro mundo. Salió un agudo grito de toda la cabalgada, al advertir el peligro de que tan milagrosamente se habia escapado el jóven, y no faltaron recias imprecaciones contra la mano que habia disparado el chino. Por su parte, el que sirviera de blanco parecia el menos alarmado de todos, y aunque su voz era aguda é imponente, al reconvenir á sus agresores, no daba la mas leve muestra de enfado ni descompostura.

—¿Como es esto? dijo; ¿asi se trata á unos trágantes que vienen á pedir hospitalidad y albergue por una noche?

—¡Viageros y trágantes! refunfuñó una voz desde arriba: decid mas bien espías y agentes del rey D. Enrique. Quien sois?

Responded pronto, ó esperad algo mas ejecutivo que una pedrada á la siguiente amonestacion.

—Decidme, respondió el jóven, cual si desdenase ser el preguntado, ¿quien es el gobernador de esta ciudad? ¿No lo es el noble conde de Treviño?

—El mismo, si señor, replicó el otro desde las almenas, con tono dulcificado; ¿pero, que tienen que ver con su escelencia unos mercaderes tragineros? ¿Y quien sois vos que hablais tan recio y altivo como si fuérais un Grande de España?

—Yo soy FERNANDO DE TRASTAMARA, principe de Aragon, y rey de Sicilia. Anda pronto, y dile á tu señor que venga á recibirme á la puerta.

Este súbito anuncio, pronunciado con el tono altanero de uno acostumbrado á exigir obediencia implícita, produjo un obvio cambio en el estado de las cosas. La cuadrilla, que estaba á la puerta, arregló al instante su orden de formacion, de tal suerte, que los dos nobles de rango superior, y que hasta entonces habian ocupado el puesto prefe-

rente, lo cedieron al joven rey; mientras cada uno de los caballeros del séquito, dió muestras de hallarse terminado el disfraz, y se aprestó á aparecer en su legítimo carácter. Hubiera divertido á un observador curioso y filosófico el ver la prontitud con que los hidalgos, especialmente los de edad más jóven, se dieron prisa á erguirse en sus arzones, cual si quisiesen deshacerse de la poca apariencia de humildes traficantes á fin de ostentarse, cual eran, hombres acostumbrados al torneo y al campo. Por la parte de adentro desaparecieron todas las señales de moda; comenzaron los soldados á hablar entre sí en sumisos pero apresurados tonos, y el distante sonido de pisadas daba á entender haberse despachado mensageros en varias direcciones. Transcurriéronse algunos minutos de esta suerte, durante los cuales, un oficial subalterno, asomándose al muro, suplicó al príncipe dispensase una demora causada por la severidad de la disciplina y de ningún modo por falta de respeto. Al fin un movimiento en las murallas y la luz de numerosas linternas dieron á conocer que el

gobernador se acercaba; de cuyas resultas, la impaciencia de los jóvenes caballeros que estaban abajo, y la cual se habia empezado á manifestar en votos medio suprimidos, consiguió calmarse, tornándose en la debida circunspeccion.

—¿Son ciertas las gozosas nuevas que mis gentes me han traído? gritó una voz desde las almenas, mientras bajaban un farol del muro para inspeccionar mas de cerca el grupo de caminantes. ¡Es tanta mi honra, que merezca recibir un mandato de D. Fernando de Aragon á esta hora inusitada!

—Haz que tu belitre acerque mas á mi rostro el farol, respondió el rey, á fin de que te cerciores del todo. Disimularé esta falta de respeto, conde de Treviño, pues me franqueará las puertas con mayor premura.

—El es! gritó el noble; conozco bien esas facciones que llevan los rasgos de una larga ascendencia de reyes; y esa voz, que tantas veces he oído rehacer nuestros escuadrones en Aragon para cerrar contra los Alarbes. ¡Dad aliento á las trompetas, á fin de que proclamen esta venturosa llegada, y abrid las



puertas de par en par sin otra demora! Obedeci6se prontamente el mandato, y el j6ven rey hizo su entrada en Osma, al son de los clarines, rodeado de una fuerte escolta de hombres de armas, y seguido de la mitad de la at6nita y no bien despierta poblacion.

—No es mala ventura, mi se6or rey, dijo en tono familiar don Andres de Cabrera, el j6ven noble arriba mencionado, mientras iba caballero al lado de D. Fernando, que hayamos encontrado este buen apeadero, gratis y sin costas; porque es un triste desastre en verdad que al Maese Ferraras se le haya extraviado el 6nico bolsillo que teniamos entre todos. En tal apuro no nos hubiera sido muy f6cil sostener nuestro papel de econ6micos mercaderes por mucho tiempo, siendo esta una clase de gente, 6 quien, mientras regatea cuanto le piden, agrada ense6ar al soslayo un bolson bien provisto de oro.

—Ahora que estamos en tu propia Castilla, D. Andres, replic6 el rey sonri6ndose, acudiremos francamente 6 tu hospitalidad, pues bien sabemos que tienes 6 tu disposicion un par de diamantes de alto precio.

—Yo! señor rey! vuestra alteza tiene á bien chancearse á mi costa, y hace perfectamente; pues es el único obsequio por el cual me es posible pagar ahora. Mi adhesión á la princesa Isabel me ha atrojado de mis posesiones, y el caballero mas humilde en el ejército aragonés no está hoy mas pobre que yo. No sé pues donde estan esos diamantes de que me habla vuestra alteza.

—La fama ensalza sobremanera los dos brillantes que centellean engastados en el rostro de Doña Beatriz de Bobadilla, los cuales me consta hallarse á tu disposicion; ó cuando ménos hasta el punto en que las inclinaciones de una noble doncella pueden dejarlos al beneplácito de un leal caballero.

—Ah! señor rey, si esta aventura llega á terminar tan felizmente como ha empezado, talvez tenga yo que molestar á vuestra alteza para que me auxilie sobre ese punto.

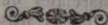
Sonrióse el rey á su modo templado; mas habiéndose puesto al estribo el conde de Tréviño, se mudó la conversacion. Aquella noche durmió Fernando de Aragon con toda tranquilidad; pero al rayar el dia se hallaron

otra vez á caballo el rey y su séquito. Salió de Osma la cabalgada de un modo muy diverso del que se presentara á sus puertas la noche anterior. Ostentóse ahora el príncipe como un hidalgo, montado en un corcel andaluz, y todos sus secuaces manifestaron mas abiertamente sus rangos distintos. Un numeroso cuerpo de lanceros, capitaneado por el conde de Treviño en persona, componia la escolta real; y el dia 12 del mismo mes llegó toda la partida al lugar de Dueñas, en Leon, contiguo á Valladolid. Acudieron á hacer la corte al rey los desafectos nobles, y le recibieron cual correspondia á su alta clase y á sus aun mas elevados destinos.

Aquí los Castellanos, mas relajados respecto á la rigidez de costumbres, pudieron advertir la estricta disciplina personal, en cuya virtud á la edad de diez y ocho años, pues contaba á la sazón muy pocos mas, habia conseguido el príncipe endurecer su cuerpo y nutrir sus fuerzas de tal modo, que se hallaba capaz de los mas rudos hechos de armas; cifrábase su deleite en los ejercicios mas atléticos, y no habia caballero en Aragon que manejase un

caballo con mayor destreza en el torneo ni en la lid. Semejante á casi todos los individuos del linage régio de aquella época, y tambien de la actual, y á pesar del ardiente sol bajo el cual vivia, su complexion natural era muy blanca, aunque ya se advirtiese algo teñida por causa de frecuente esposicion á la intemperie en las batidas de caza y en las ocupaciones marciales de su edad pueril. Mas sóbria que la de un Musulman, su activa y bien proporcionada máquina parecia robustecerse precozmente, cual si la Providencia la tuviese reservada para algunos de sus selectos fines, que requiriesen gran vigor fisico, asi como tambien una profunda prevision y vigilante sagacidad. En el espacio de los tres ó cuatro dias que siguieron, los nobles Castellanos, que escuchaban sus discursos, estaban dudosos si aprobarian con preferencia la elocuente fluidez de sus palabras, ó cierta circunspeccion de pensamientos y de expresiones, que mientras podia considerarse como precoz, palaciega y astuta, se juzgaba por meritoria en un varon destinado á conservar en balanza las agitadas pasiones de los hombres, y á invalidar sus engaños y proyectos de egoismo.

## CAPITULO II.



...Deja que el cuiseñor en selva oscura  
 Sus notas desperdicie; y tu destino,  
 Hechicera criatura,  
 Sea en retiro glorioso  
 Sobre el mundo verter raudal divino  
 De cantar melodioso,  
 El Tipo del salú, que subir no ignora;  
 Mas nunca se desvia  
 De los puntos que enlazan la armonía  
 Del cielo que ama, y del hogar que adora"

WORDSWORTH.

**INTENTAS** recurría  
 Juan de Aragon á semejantes  
 arbitrios para que su hijo pudie-  
 ra burlar la vigilancia de los vengativos emisa-

rios del rey de Castilla, no faltaba inquietud en los ánimos de los moradores de Valladolid, quienes aguardaban las resultas con toda la duda é impaciencia que siempre acompañan la ejecución de empresas arriesgadas. Entre las personas que sentían mas vivo interés por las medidas que tomarán Fernando de Aragon y sus compañeros, había algunas que nos precisa introducir al conocimiento de nuestros lectores.

Aunque Valladolid no hubiese llegado todavía al colmo de magnificencia que adquiriera como capital de Carlos V, era una antigua, y para la época soberbia ciudad, y tenía sus palacios tambien como sus edificios públicos de menor nota. Al principal de aquellos, residencia de Juan de Vivero, uno de los mas distinguidos nobles del reino, habrá de transportarnos nuestra imaginación, en donde nos aguardan unas personas mucho mas agradables que las que acabamos de dejar, y las cuales esperaban entonces un mensajero con noticias de Dueñas. La habitacion que ocupaban ostentaba mucho de la tosca esplendidez de la época, unida al aspecto de comodidad y elegancia, que raras veces omiten agregar las

mugeres á los demas adornos de aquella parte de un edificio que eligen para su morada habitual. En el año de 1469 se acercaba la España á toda prisa al término de la grave lucha que habia ya durado siglos luengos, y en la cual los cristianos y musulmanes se disputaban el dominio de la península. Como los últimos fuesen por largo tiempo señores de la parte meridional del reino de Leon, habian dejado tras si en esta ciudad algunos vestigios de su bárbara magnificencia. Los altos y laboreados techos no eran á la verdad tan suntuosos como los que podian hallarse mas hácia el sur, pero siempre, allí habia estado el moro, y el nombre de Veled Vlid, transformado despues en Valladolid, atestiguaba sus relaciones con los Arabes. En el ya mencionado aposento se hallaban dos mugeres ocupadas en íntima é interesante conversacion. Ambas eran jóvenes, y aunque por distintos estilos, habrian pasado por hermosas en cualquiera parte del mundo. La belleza de la una era por cierto eminente. Acababa de entrar en los diez y nueve años, edad en que las formas femeniles reciben su completo desarrollo en este genero-



so clima, y la imaginacion mas fecunda de un poeta de España, pais justamente célebre por los elegantes contornos del bello sexo, no podia imaginarse mas exacta simetria de miembros que los de la jóven á quien nos referimos. Sus manos, pies y perfil eran los de la amabilidad personificada, al paso que su estatura, sin elevarse á una medida que sugiriese á la idea cosa ninguna varonil, era suficiente para ennoblecere su aspecto de modesta dignidad. Al verla no se sabia á que atribuir la influencia que egercia sobre el espectador, ni se atinaba á conocer si procediera de la perfeccion misma de su cuerpo, ó de la escelencia que participaba el alma al casi perfecto exterior. La cara era por todos títulos digna de las demas formas. Aunque nacida bajo el sol de España, retrazábala su linage al traves de una larga ascendencia de reyes hasta los soberanos Godos; y los frecuentes casamientos de estos con princesas extranjeras habian producido en el rostro de la jóven aquella mezcla de las gracias brillantes del norte con los hechizos encantadores del mediodia, que es tal vez la que mas se acerca á la belleza sobresaliente en el sexo hermoso.

Su color era anacarado, y las ricas trenzas de sus cabellos teñía aquel rubio oscuro que se aproxima al matiz sombrío que le participa su calor sin prestarle su tinte monótono. "En sus dulces ojos azules, dice un eminente historiador, destellaban la inteligencia y la sensibilidad." En estos índices del alma se advertían los encantos mas amables, trasluciéndose por ellos no menos la belleza exterior que la interior, participando á unas facciones de exquisita delicadeza y simetria una serena espresion de dignidad y de moral escelencia, maravillosamente suavizada por una modestia, que parecia estar tan intimamente adherida á la sensibilidad de una muger como á la pureza de un angel. En adición á estos encantos, aunque de sangre real y educada en una corte, se veia sobresalir en todas sus miradas y pensamientos, pues que estos se transparentaban en su semblante, cierta sincera, al paso que blanda franqueza, que añadia el reflejo de la verdad al lustre de la juventud y de la hermosura.

El atavío de esta princesa era en extremo sencillo, porque felizmente el gusto de aquella edad permitia á los que trabajaban para el toca-

dor consultar las proporciones de la naturaleza, aunque los materiales fuesen ricos, y cuales convenian á su alto rango. Una simple cruz de diamantes brillaba en su cuello de nieve, del cual pendia por medio de un corto hilo de perlas; unos cuantos anillos, adornados de margaritas de alto valor, mas bien abrumaban que servian de realce á unas manos que no necesitaban ornamento alguno para fijar la vista que se clavaba en ellas.—Tal era ISABEL DE CASTILLA, en los dias de su retiro y orgullo virginal, mientras aguardaba el resultado de aquel cambio de fortuna que habia de poner el sello á sus futuros destinos, como tambien á los de su posteridad hasta el dia presente.

Llamábase su compañera BEATRIZ DE BOBADILLA, la amiga de su infancia y niñez, y la cual continuó siéndolo durante la flor de su edad y hasta su lecho de muerte. Esta señora, que estaba algo mas entrada en años que la princesa, presentaba una fisonomia mas decididamente española; pues, aunque perteneciente á una casa antigua é ilustre, ni la política ni la necesidad habian hecho precisas tantas alianzas de sangre con extranjeros entre

los de su linage, como habian tenido lugar en el de su régia señora. Sus ojos negros y brillantes indicaban un alma generosa, y una resolucion tan subida de punto, que algunos comentadores pudieran denominarla entusiasmo, al paso que su cabello era tambien negro como el ala del grajo. Semejante á la de su régia amiga, manifestaba su forma toda la gracia y amabilidad de la flor femenil, desarrollada por el calor generoso de la España, aunque su estatura era, en un leve grado, ménos noble, y los contornos de su figura proporcionalmente, ménos perfectos. En fin, la naturaleza habia trazado una igual línea entre la escesiva gracia y altos encantos morales que orlaban la beldad de la princesa, y las dotes que pertenecian á su noble amiga, cual la habian establecido los hombres entre sus respectivos rangos; pero si se les considerase aisladamente como mugeres, cualquiera de las dos hubiera parecido con eminencia atractiva y seductora.

En el momento que hemos fijado para describir la siguiente escena, se hallaba Isabel, concluidas las faenas de su tocador ma-





tinal, sentada en un sillón, con el codo apoyado ligeramente sobre uno de los brazos, y en una actitud que habian producido el interes del asunto que estaba discutiendo y la confianza que en su compañera tenia; mientras Beatriz de Bobadilla ocupaba un escabel á los pies de la princesa, inclinando su cuerpo con respetuoso cariño hasta tal punto, que los rubios cabellos de su régia señora se mezclaban con sus propios rizos de ébano, y la cara de la última parecia descansar sobre la frente de su amiga. Como estaban completamente á solas, puede suponer el lector, que en virtud de toda ausencia de etiqueta castellana y de reserva española, el diálogo que sostenian era del todo confidencial, y mas bien inspirado por los sentimientos de la naturaleza, que por las reglas artificiales que comunmente dirigen la conversacion de las córtes.

—He rogado á Dios, Beatriz, encaminase mi juicio en este asunto de tanta gravedad, dijo la princesa, continuando algunas observaciones anteriores; y espero haber tenido á la vista, en la eleccion que he hecho, tanto la felicidad de mis vasallos quanto la mia propia.



—No habrá quien lo dude, prosiguió Beatriz de Bobadilla; pues si os hubiese complacido casaros con el Gran Señor de los Turcos, no habria un Castellano que se opusiera á vuestra voluntad; tanto es el afecto que os profesan todos.

—Dí mas bien que tal es tu amor hácia mí, querida Beatriz, pues así lo imagino; repuso Isabela sonriéndose y levantando la cara de la cabeza de la otra. Nuestros Castellanos podrian absolverme de ese pecado; pero yo jamás me lo perdonaria á mí misma; Beatriz, ¡mucha ha sido mi zozobra en semejante materia!

—Pero ya podeis considerar esa lucha como casi terminada. ¡Santa Maria! ¡Qué falta de reflexion y que sobra de liviandad y egoismo debe existir en algunos hombres para atreverse á pretenderos por esposa! ¡Aun érais niña, cuando os prometieron á don Cárlos, un príncipe de sobrada edad para ser vuestro padre; y luego, como si eso no fuera suficiente para enardecer la sangre castellana, os eligieron al rey de Portugal, quien podia considerarse perteneciente á una generacion aun mas re-

mota! Aunque mucho os amo, y que mi propia alma es apenas mas cara para mí que vuestra persona y felicidad, nada me mueve tanto á respetaros como la noble y régia resolución con que os negásteis, á pesar de vuestra edad infantil, al perverso deseo que el rey os manifestára de que fuéseis reina de Portugal.

—Acuérdate, Beatriz, que D. Enrique es mi hermano, y nuestro real señor.

—Y con valentia les dijisteis, prosiguió Beatriz, cuyos ojos centelleaban con vivo entusiasmo, el cual la hacia insensible á la blanda reprehension de su señora; y como convenia á una princesa de la casa real de Castilla: Las infantas de mi sangre, respondisteis, no pueden darse en casamiento sin el beneplácito de los nobles del reino; y ellos tuvieron que contentarse con esta réplica tan al caso traída.

—Y á pesar de eso, Beatriz, estoy próxima á dar en casamiento á una Infanta de Castilla, sin haber ni aun consultado á sus nobles.

—No digais tal, preciosa ama mía; no

exista un solo leal y galante hidalgo desde los Pirineos hasta la mar, que no apruebe cordialmente vuestra elección. El carácter, la edad y demas cualidades del objeto de vuestro favor, hacen en el asunto una sensible diferencia. Pero por inadecuado que fuese, y es, D. Alfonso de Portugal para ser esposo legítimo de Doña Isabel de Castilla, ¿que diremos del otro pretendiente que se atrevió á solicitar vuestra régia mano? el tal D. Pedro Giron, maestro de Calatrava! Seguramente que seria un digno marido para una doncella de la familia real! ¡En mala hora vaya! ¡Un Pacheco podria considerarse mas que honrado maridando con una damisela de la casa de Bobadilla para elevar su linage!

—Indignos favoritos insinuaron á mi hermano tan descabalada union; pero el Señor, en su santa providencia, tuvo á bien frustrar sus proyectos, precipitando al pretendido novio en un sepulcro precoz.

—Ay! si no hubiera tenido á bien su santísima voluntad acabar de ese modo con el Don Pedro, no hubieran faltado otros medios para conseguirlo.

—Esta tu manita, Beatriz, repuso la princesa con gravedad, aunque una sonrisa afectuosa jugaba en sus labios mientras tomaba la mano á que aludia, no está formada para llevar á cabo la acción que das á entender.

—La hazaña que insinúo, replicó Beatriz con ojos centelleantes, esta mano la habría perpetrado antes que Isabel de Castilla hubiera sido esposa del Gran Maestre de Calatrava. ¿Que! la mas pura y amable doncella de Castilla, y esa de estirpe real, ¿que digo? la heredera legitima de la corona habia de sacrificarse á un desenfrenado libertino, porque plugo á D. Enrique olvidar su alto puesto y sus deberes mas sagrados, convirtiéndolo en favorito á un adulator aventurero!

—Siempre te olvidas, Beatriz, de que es D. Enrique el rey nuestro señor y mi régio hermano.

—Bien presente tengo, señora, que sois la real hermana del rey mi amo, y que Pedro Giron ó Pacheco, ó lo que pluguiese titularse al paje portugués, era completamente indigno de cubrirse en vuestra presencia; mucho menos de

ser vuestro consorte. Oh! qué dias de amargura fueron aquellos, ama bondadosa, cuando las rodillas os dolian de doblarse en continua prece para que tal no aconteciera. Pero Dios no lo permitió... ni yo tampoco lo habria tolerado. Esta daga le traspasaria, antes que sus oidos escuchasen los votos de Isabel de Castilla!

—No hables mas de eso, querida Beatriz, yo te lo ruego, dijo la princesa estremeciéndose, y santiguándose: en verdad que fueron dias de mortal zozobra; pero qué comparacion tienen nuestras mayores angustias con los padecimientos del hijo de Dios, que supo inmolarse por nuestros pecados! No los nombres, pues fué en provecho de mi alma el sugetarse á tales pruebas; y bien sabes que conseguimos apartar de nosotras esa desventura, mas por la eficacia de nuestros ruegos que por la de tu daga. Ya que te empeñas en hablar de mis pretendientes, por cierto que hay otros mas acreedores á semejante molestia.

Encendiéronse con un súbito rayo de luz los negros ojos de la hermosa Beatriz,

mientras una sonrisa luchaba por establecerse en sus labios; pues comprendió que la régia, á par que tímida doncella, estaba anhelosa de oír algo acerca del hombre en el cual habia recaído su eleccion. Aunque siempre dispuesta á hacer lo que fuese agradable á su señora, determinó Beatriz, con el coquetismo propio de su sexo, acercarse por rodeos al tema halagüeño que aquella le insinuara, y por una gradacion regular de sucesos en el órden en que habian efectivamente ocurrido.

—Luego se presentó Monsiur de Guienne, hermano del rey Luis de Francia, prosiguió la jóven, afectando un tono de menosprecio; quien se empeñó en casarse con la futura reina de Castilla. Pero hasta los mas necios de entre nuestros castellanos vieron al punto lo inadecuado de semejante union. Su orgullo no quiso se les espusiera al acaso de llegar á ser algun dia tributarios de Francia.

—Nunca tal desventura pudiera haber acaecido á nuestra bien amada Castilla, interrumpió con dignidad la princesa; si yo hubiera tomado por esposo al rey de Francia mismo, habria él aprendido á respetarme como á la



reina propietaria de este antiguo reino, y no á considerarme como á su súbdita.

—Entonces vino, continuó Beatriz, mirándola á la cara y riéndose, vuestro régio pariente D. Ricardo Gloucester, aquel que segun fama, habia nacido con dientes y muelas, y que á estas horas lleva ya tan pesada carga sobre sus hombros, que puede dar gracias á su santo patrono de no habérsele abultado la gibbia todavia mas, echándole á cuestras los negocios de Castilla. (\*)

—Tu lengua corre borrasca, Beatriz mia. Dícenme que D. Ricardo es un noble y anheloso principe y que es probable se case algun dia con alguna princesa cuyo mérito le haga olvidar la repulsa que en Castilla han encontrado sus pretensiones. Pero ¿qué mas tienes que decirme respecto á mis amantes?

—En verdad, señora, ¿que mas he de decir? Ya hemos llegado á D. Fernando, quien es, hablando en plata, el primero, asi como

---

(\*) Este Ricardo, despues rey de Inglaterra, y III del nombre, era corcovado; su parentesco con Isabel provenia de ser esta nieta de Catalina de Lancaster.



tambien el último, y como es público, el mejor de todos ellos.

—Creo que mi eleccion de D. Fernando ha sido guiada por razones dignas de mi cuna y de mis futuras esperanzas, dijo Isabela con dulzura, aunque con manifiesta inquietud,—no obstante mis motivos de estado para preferir este enlace, pues que nada puede tender mas eficazmente á la paz de nuestros queridos reinos y al buen éxito de la gran causa de la cristiandad, que el reunir bajo una corona la Castilla y el Aragon.

—Uniendo, por supuesto, á sus respectivos soberanos con los vínculos del santo matrimonio, repuso Beatriz con respetuosa gravedad, aunque una ligera sonrisa le fruncia los labios. Ahora, que D. Fernando sea el mas joven, hermoso, valiente y amable principe de la cristiandad, no es culpa vuestra, pues que vos no le hicisteis, sino que únicamente le aceptásteis por esposo!

—Esto traspasa los límites de la discrecion y del respeto, contestó Isabela afectando seriedad, al paso que sus propias emociones la hacian enrojecer, y no parecia hallarse disgus-

tada con los encomios que su interlocutora prodigaba al príncipe. Tu sabes muy bien que en mi vida he visto á mi primo el rey de Sicilia...

—Mucha verdad es, señora, pero el padre Alonso de Coca sí le ha visto... y creo que no existe en toda Castilla un ojo mas exacto ni una lengua mas verdadera que la suya.

—Beatriz, te perdono tu libertad, aunque inadecuada é injusta, porque sé cuanto me amas, y que tienes mas á la vista la felicidad de mi pueblo que la mia propia, dijo la princesa cuya seriedad no se disminuiera ahora por efecto de debilidad femenil, pues que se hallaba ofendida ligeramente. Tu sabes, ó debes saber, que una doncella de nacimiento real está obligada á consultar el intereses del estado, al disponer de su mano, y que muy poco ó nada deben mezclarse en sus deberes las vanas fantasías de una mozuela de lugar. Diré mas: ¿á qué jóven perteneciente, como tú, á una noble familia, le es lícito pensar en otra cosa que en someterse, en asuntos de matrimonio, á los consejos de su familia? Si yo he escogido á D. Fernando de Ara-

gon, de los demas principes, es sin duda porque este enlace es mas conveniente para los intereses de Castilla que ningun otro de cuantos se han presentado. Bien ves que los Castellanos y Aragoneses son oriundos de una misma estirpe, y tienen iguales hábitos y preocupaciones; tambien hablan una misma lengua!

—Por Dios, señora, no confundais nuestro puro Castellano con el tosco dialecto de las montañas.

—Bueno, suelta tus pullas, terca, ya que asi te place: pero es mas fácil que euseñemos á los nobles de Aragon que no al torpe Galo. Por otra parte, D. Fernando pertenece á mi propia familia; la casa de Trastámara descende de Castilla y de sus monarcas, y cuando ménos es de esperar que el rey de Sicilia pueda hacerse entender.

—Sí no pudiera no seria un verdadero hidalgo el hombre á quien le marrase la lengua, tratándose de enamorar á una doncella, cuya hermosura eclipsa á la del alba, cuya escelencia es casi celestial, y cuya corona....

—Niña, niña, tu lengua va aventajando en

mucho á tu razon; discurso semejante es impropio de tí y de mí.

—A pesar de eso, doña Isabel, mi lengua está intimamente ligada con mi corazon.

—Te creo, Beatriz mia, pero debiamos acordarnos ambas de nuestra última confession, y del consejo espiritual que entonces recibimos. Tan liviano discurso no parece bien cuando traemos á las mientes nuestros muchos deslices y las ocasiones repetidas en que hemos necesitado perdon. Respecto á este casamiento, solo tengo que decirte que lo he contraido por los motivos que deben asistir á una princesa, y no con el objeto de satisfacer mis fantasías. Sabes que nunca he visto á D. Fernando, y que él tampoco ha puesto en mí los ojos ninguna vez.

—Muy cierto, mi escelente señora; todo eso lo sé, lo veo y lo creo; tambien conven-go en que parecería inconveniente, y aun poco decoroso para una noble doncella, el contraer las inportantisimas obligaciones del consorcio sin mejor motivo que los livianos impulsos de una mozuela de lugar. Nada es mas justo que el consultar nuestra propia dignidad,

y los deseos de nuestros parientes y amigos; y que nuestro deber y los hábitos de piedad y de sumision en que hemos sido educadas, son mejores prendas de afecto para un marido que ningun capricho de la juvenil imaginacion. Con todo, podemos considerar como afortunadísimo acaso, el que vuestros escelsos deberes tengan por blanco á un objeto, tan jóven bizarro, noble y caballeresco como bien sabemos lo es el rey de Sicilia, segun la pintura que de él nos hizo el padre Alonso; al paso que todos mis amigos estan acordes en asegurar que D. Andres de Cabrera, tan casquivano y necio como es, hará un excelente marido para Beatriz de Bobadilla.

Isabela, aunque naturalmente circunspecta y reservada, tenia sus confidentes, y sus momentos de franqueza; ahora bien, hallábase Beatriz entre aquellos, y el instante actual entre estos. Sonrióse pues la princesa de semejante salida, y apartando con sus hermosas manos los negros rizos que cubrian á su amiga la frente, se la quedó mirando cual una madre clava la vista en su hijo, quando un repentino acceso de ternura entornece su corazon.

—Si un oalavera ha de casarse con su igual, tus amigos no se han equivocado, respondió la princesa. En seguida, haciendo una corta pausa, prosiguió en estilo mas grave, aunque la modestia se traslucia en su trasparente complexion, y la sensibilidad, que en sus ojos destellaba, daba á entender que ella sentia ahora mucho mas como hembra que como reina futura, y solamente ocupada del bienestar de su pueblo.—A medida que esta entrevista se acerca, siento cierta cortedad que no me habia sido fácil suponer pudiera inquietar á una infanta de Castilla. Quiero confesarte, fiel Beatriz mia, que si el rey D. Fernando fuera tan viejo como D. Alfonso de Portugal, ó tan afeminado como Monsiur de Guienne; si fuera, te digo, menos amable y jóven, no sentiria yo tan grande embarazo al recibirle, como ahora experimento.

—Esto es muy extraño, señora! Por mi parte confieso, que no le rebajaria á D. Andres una hora de su edad, la que tal como es no deja de ser algo crecida, ni una gracia tan siquiera de su persona, si es que tiene alguna de que jactarse; en fin, ni la



mas leve buena cualidad de alma ó de cuerpo!

—Tu caso es diferente, Beatriz. Conoces al marqués de Moya: has escuchado sus discursos, y te has acostumbrado á sus alabanzas y admiracion.

—Santiago bendito! No tengais desconfianza, señora, acerca de estas materias, fundada en que carezcai de familiaridad con ellas: de todos los estudios es el mas fácil aprender á saborear la lisonja y los elogios.

—Verdad, hija mia! (pues asi llamaba Isabel á su amiga, aunque era mas jóven que ella; ni luego que fué reina olvidó este término de cariño).—Verdad, hija mia, cuando las lisonjas y alabanzas se dan con sinceridad y se merecen con justicia. Pero desconfio de hallarme en ese caso; no estoy segura de cuáles puedan ser los sentimientos que inspire á D. Fernando mi primera vista. Conozco, diré mas, *siento* cuan amable es el príncipe, cuan noble, valiente, generoso y bueno; sé que su persona es bien parecida; me consta su exactitud respecto á los deberes religiosos; me consta que sus cualidades son tan ilus-



tres como su cuna; así es, que tiemblo al considerar mi falta de mérito como reina y esposa.

—Justicia del Cielo! Quisiera yo oír á cualquier noble Aragonés atreverse á insinuar otro tanto! Si D. Fernando es noble, ¿no lo sois vos aun mas, señora, pues que descendéis de la rama primogenita de la misma casa? si él es jóven, ¿no lo sois tambien? si él es sabio, ¿no sois sapientísima? si es bien parecido, ¿no teneis vos mas de ángel que de muger? si él es valiente, no sois vos un dechado de virtudes? si él es amable, no sois vos la amabilidad en persona? si él es generoso no sois vos buena, y lo que es mas, no sois la esencia de la generosidad? si él es cumplido en los deberes religiosos, ¿no sois vos una bienaventurada?

—Por Dios! por Dios! Beatriz; haces bien el papel de alentadora. De buena gana reprehenderia yo tu lengua parlera, mas sé que eres sincera.

—Vuestra modestia, señora, os hace siempre mas dispuesta á reconocer el mérito ajeno que el propio. Tenga cuidado D. Fernando!

Yo le aseguro que aun cuando venga con toda la pompa y majestad de sus muchas coronas, le hemos de presentar una régia doncella en Castilla, que pueda avergonzarle de su orgullo, solo con ofrecerse á su vista ceñida de los suaves resplandores de su propia y amable naturaleza.

—Nada he dicho tocante al orgullo de D. Fernando, Beatriz, ni le considero inclinado á tan débil sentimiento: y respecto á pompa, sabemos harto bien que no está el oro mas abundante en Zaragoza que en Valladolid, á pesar de las muchas coronas de que es dueño el principe en la actualidad, ó están reservadas para él; sin embargo de cuanto ha pronunciado tu necia, aunque cariñosa boca, desconfío de mi misma y no del rey de Sicilia. Pienso que me sería fácil presentarme con indiferencia á cualquier otro principe de la cristiandad, ó á lo menos cual conviene á mi sexo y rango; pero te confieso, que me hace temblar la idea de esponerme á las miradas de mi noble pariente.

Escuchóla con vivo interés Beatriz, y luego que hubo dejado de hablar su régia Se-

hora, le besó afectuosamente la mano y se la llevó al corazón.

—Mas bien temblará D. Fernando al es-  
ponerse á las vuestras, señora; contestó la  
jóven.

—No, Beatriz, bien sabemos que nada hay  
en él que cause espanto, pues la fama habla  
demasiado en su favor. Mas ¿por qué habré  
de titubear tan vacilante cuando tengo á mano  
el báculo en que debo apoyarme por obliga-  
ción? Sin duda nos está aguardando el padre  
Alonso, y ya es tiempo que pasemos á ver-  
le.

Acudieron en seguida la princesa y su  
amiga á la capilla del palacio, donde celebra-  
ba misa su confesor todos los dias. Apacigua-  
ron los sagrados ritos la inquietud que tur-  
baba los sentimientos de la modesta Isabel,  
ó mas bien tomaron refugio en aquella pe-  
ña sobre la cual acostumbraba depositar todas  
sus cuitas, á par de sus pecados. Al salir del  
templo la corta congregacion, entró un men-  
sajero, á todo escape, con la noticia espe-  
rada aunque dudosa todavía, de haber llega-  
do con seguridad á Dueñas el rey de Sici-

lia, y que hallándose ahora en medio de sus sostenedores, ya podia tenerse por cierta la próxima celebracion de las tratadas nupcias.

Embarazó en extremo á Isabel esta nueva, mientras necesitó Beatriz de Bobadilla mas que usual esmero, para devolverle aquella dulce serenidad de alma y de aspecto, que comunmente hacia su presencia tan atractiva como de suyo era respetable. Sin embargo un par de horas consumidas en meditacion y rezo, produjeron finalmente una blanda calma en sus sensaciones, y en seguida volvieron á encontrarse á solas ambas amigas en el mismo aposento donde primero introdujimos á nuestro lector.

—¿Has visto á D. Andres de Cabrera? preguntó la princesa, quitándose la mano de las sienes, que por algunos instantes habia estado sosteniendo en actitud de profunda meditacion.

Ruborizóse Beatriz de Bobadilla, y riéndose con la franqueza que no pudo reprehender el afecto ya tan antiguo de su señora.

—Para un joven de treinta años, respondió, y para un caballero bien acuchillado en

las guerras con los Moros, no deja de ser D. Andres asaz ligero de talones. El ha traído la noticia de la llegada, y con ella su propia y hermosa persona para hacer ver que no era mentira. Como tiene tanta esperiencia, es algo aficionado á charlar; así es, que mientras permaneciais encerrada en vuestro gabinete, no pude menos de escuchar de su boca todas las maravillas del viage. Según parece, señora, no llegaron á Dueñas con demasiada premura; porque el único bolsillo que tenían entre todos se estravió, ó como era de peso tan liviano, se lo llevó el viento.

—Supongo que ya habrán reparado ese percance. Pocos hay en la casa de Trastámara que tengan demasiado oro en estos tiempos de apuro, aunque ninguno de ellos se encuentre totalmente desprovisto de él.

—Por lo que hace á D. Andres, no es ni mendigo ni avaro. Ahora se encuentra en nuestra Castilla, donde no dudo tenga familiaridad con los Judíos y otros prestamistas usureros; y como estos conocen lo que valen las posesiones del rey de Sicilia, tampoco le faltarán dineros á don Fernando. Además, me

han dicho que el conde de Treviño se ha portado noblemente con él.

—Bien será para el conde de Treviño semejante libeaildad; pero, Beatriz, trae me recádo de escribir; pues es justo informe á D. Enrique de este suceso, y de mi próximo enlace.

—Señora, eso está fuera de toda regla: cuando una jóven, sensible y sencilla, trata de casarse contrario á los deseos de sus parientes, lo primero que hace es recibir la bendicion nupcial, y solicitar la de su familia despues que el daño está hecho.

—Anda, anda, liviano cérebro! tráeme ahora el papel y las plumas. El rey no es tan solo mi soberano y mas próximo pariente, sino que debo considerarle como á mi padre.

—Y doña Juana de Portugal, su regia consorte y nuestra gloriosa reina, será segun eso, vuestra madre! No, no, mi amada señora; vuestra augusta madre fué doña Isabel, princesa muy diversa de esa su descabellada sobrina.

—Tu te permites demasiada licencia, Beatriz, y olvidas lo que te he mandado. Es mi deseo escribir al rey mi hermano.

Era tan rara la vez que hablaba con severidad doña Isabel, que su amiga, quedándose cortada, sintió las lágrimas agolpársele á los ojos; pero fué en busca de recado de escribir, antes de atreverse á mirarla á la cara, para averiguar si en efecto se hallaba ofendida. Mas todo allí era halagüeña tranquilidad otra vez; y la dama de Bobadilla, observando á su señora, absorta completamente en el asunto que tenia delante, y que ya habia pasado toda señal de disgusto, creyó prudente prescindir de ulteriores alusiones á semejante materia.

Escribió entonces Isabel aquella célebre carta, en la que, olvidando en apariencia toda su timidez natural, hablaba únicamente como princesa. Por el tratado de Toros de Guisando, en virtud del cual, dejando aparte las pretensiones de la hija de Juana de Portugal, se la habia reconocido como heredera del trono, se estipulara que no habia de casarse sin el consentimiento del rey; y ahora se disculpaba la princesa del paso que habia dado, fundándose en la sólida razon de haber despreciado sus enemigos el solemne conve-



nio, por el cual se prometia no obligarle á contraer un enlace que fuese inadecuado ó desagradable para ella. En seguida aludia á las ventajas políticas que habrian de seguirse de la union de las coronas de Aragon y Castilla, y rogaba al rey aprobase la medida que iba á tomar. Despues de haberla sometido al exámen de Juan de Vivero y de otros miembros de su consejo, despachóse la carta por un mensagero especial, tratándose en seguida de los arreglos necesarios como preliminares á una entrevista entre los futuros esposos. La etiqueta castellana era proverbial aun en aquel siglo; y de la discusion resultó una propuesta, que aunque muy aplaudida de los demás, desechó Isabel con su acostumbrada modestia y discrecion.

—Me parece, dijo Juan de Vivero, que no deberia tener lugar este enlace sin cierta concesion, por parte de D. Fernando, acerca de la inferioridad de su Aragon á nuestra propia Castilla. La casa de aquel reino no es sino una rama menor de la reinante en estos, y se concede que antiguamente reconocian los territorios de Aragon cierta dependencia de los de Castilla.

—No hay duda respondió la reina, que D. Juan de Aragon es hijo del hermano menor de mi real abuelo; pero no por eso es menos rey. Además de la corona de Aragon, cuyo pais, si se quiere, es inferior á Castilla, posee las de Sicilia y Nápoles; sin hablar de la Navarra, donde tambien gobierna, aunque quizás con derecho dudoso. Por renuncia de D. Juan lleva D. Fernando la corona de Sicilia tambien; ¿será, pues, justo, que un soberano coronado haga concesiones á favor de una que solo es princesa, y quien tal vez pueda agradar á Dios no conducir nunca hasta el trono? Prescindiendo de lo dicho os suplico tengais presente, Juan de Vivero, la mision que conduce á Valladolid al rey de Sicilia. Tanto él como yo tenemos dos papeles que representar, y dos caracteres que sostener: los de principes, y los de Cristianos unidos por los santos vínculos del matrimonio. Mal estaria á una muger, en el acto de tomar á su cargo los deberes de esposa, empezar el desempeño con exigencias que fuesen humillantes para el orgullo y decoro de su señor. Sea en buenhora el Aragon un reino

inferior á Castilla; pero Fernando de Aragon es hoy igual en un todo á Isabel de Castilla; y cuando reciba mi mano, y con ella mi adhesion y afectos,—aqui la princesa se ruborizó profundamente, mientras sus suaves ojos resplandecian con cierto entusiasmo santo—cual conviene á una esposa, llegará á ser, en algunos respetos, superior mio, y tal sucederia, aunque fuera un infiel. No hablemos mas de esto; pues no pudiera causar á D. Fernando mayor pena el acceder á las exigencias que pedis, que á mi misma el tener que escucharlas.



## CAPITULO III.

"Los usos mas arraigados tienen que humillarse delante de los grandes reyes. Querida Catana, tu y yo no podemos estar encerrados dentro del endeble circulo de las modas de un pais. Somos hacedores de las costumbres; y la libertad anexa á nuestro rango tapa la boca á los murmuradores."

SHAKESPEARE. ENRIQUE V.

**N**o obstante la resolucion, firmeza habitual y serenidad de ánimo que parecia prevalecer en el sistema moral de Isabela, semejante á una profunda y serena corriente de entusiasmo, pero que seria mas acertado atribuir á los elevados y fijos principios que guiaban todas sus acciones, latia tumultuoso su corazon, y

su natural reserva, que casi tocaba en esquivar, la atormentaba de mala suerte, á medida que se acercaba la hora de ver por vez primera al príncipe su futuro esposo. La etiqueta castellana, no menos que la magnitud de los intereses políticos, envueltos en la proyectada union, habian prolongado algunos dias las negociaciones preliminares, y obligado al novio á restringir su impaciencia de visitar á su prometida en la manera que mejor pudiese.

Por la noche del 15 de Octubre de 1469, se hallaron vencidos todos los obstáculos. Montó á caballo D. Fernando, y con la sola comitiva de cuatro personas, entre las cuales se contaba D. Andres de Cabrera, enderezó quieta-mente su camino, sin el acostumbrado acompañamiento debido á su alto rango, hácia el palacio de Juan de Vivero, en la ciudad de Valladolid. Como era partidario de la princesa el arzobispo de Toledo, prelado muy generoso y respetable, hallóse este pronto á recibir al ya admitido pretendiente y á conducirlo á la presencia de su señora.

Aguardaba Isabela la entrevista, sin otra

compañía que Beatriz de Bobadilla, en el apartamento ya indicado; y gracias á uno de aquellos poderosos esfuerzos que hasta la mas esquivada de su sexo puede hacer en las grandes ocasiones, recibió á su futuro marido con tanta dignidad como princesa, cuanta modestia como muger. Ya estaba prevenido Fernando de Aragon para ver un singular conjunto de belleza y gracia; pero la mezcla de timidez angelical y de amable perfeccion, que casi sobrepujaba á cuanta le es dado en dote á su hechicero sexo, producía un retrato tanto mas aproximado al cielo que á la tierra, que aunque fuese tan notable el caracter circunspecto del príncipe, y tan acostumbrado estuviera á suprimir sus emociones, se quedó pasmado, y por un momento fijos los pies en el suelo, cuando por primera vez se ofreció á sus ojos tan gloriosa vision. Recobrándose, empero, se adelantó presuroso, y apoderándose de una mano hechicera que ni invitaba ni repulsaba semejante libertad, imprimió en ella los labios con un ardor que acompaña raras veces las primeras entrevistas de aquellos cuyas pasiones son por lo comun tan facticias.



—Llegó por fin el momento dichoso, ilustre y bella prima, dijo el príncipe con el acento de verdad que penetró al punto hasta el puro y tierno corazón de Isabel; pues que ninguna habilidad de cortesanas frases puede dar al lenguaje del fingimiento aquel énfasis y punto que pertenecen á la sinceridad.—Ciel que nunca llegaria; pero este bendito instante,—gracias al divino Santiago, de quien no he dejado de implorar la intercesion,—me recompensa con usura de todas mis ansiedades.

—Os doy gracias, señor príncipe, y la mas sincera bienvenida al mismo tiempo, contestó con modestia Isabel. Las dificultades que se han vencido, con el objeto de traer á cabo esta entrevista, son otros tantos tipos de los obstáculos que tenemos que superar en nuestro progreso al través de la vida.

Siguieron luego unas cuantas espresiones corteses de parte de la princesa acerca de sus esperanzas de que nada hubiese saltado á D. Fernando desde su llegada á Castilla, con sus correspondientes respuestas; despues de lo cual, condújola el rey á un sillón de brazos, y



ocupó el mismo aquel escaño que servia de asiento á Beatriz de Bobadilla en sus relaciones familiares con su regia señora. Aun cuando Isabel fuese tan susceptible como los castellanos en el sosten de cuanto tuviera referencia con sus arrogantes pretensiones de superioridad sobre los aragoneses, no quiso someterse á este arreglo de asientos; rehusando ocupar el sillón á ménos que su pretendiente descansara en la silla que se le habia preparado, y dijo:

—Mal está en quien solo puede jactarse de su sangre real y de su confianza en el Altísimo ocupar este puesto, mientras al rey de Sicilia cabe tan mezquino acomodo.

—Os ruego permitais que así suceda, repuso D. Fernando; desvanézanse en esta visita todas las consideraciones de rango terrenal, y solo ved en mí á un hidalgo, dispuesto y deseoso de probaros su fé en cualquiera corte ó campo de la cristiandad, y como tal tratadme.

Isabela, cuyo fino tacto le enseñara el preciso punto en que la etiqueta deja de ser bien quista, se puso colorada, y sonriéndose ocupó el sillón. No fueron las palabras de su primo lo que moviera principalmente su

ánima, sino la sincera franqueza de sus miradas, la animacion de sus ojos, y la cordialidad de sus maneras. Con instinto femenino, advirtió cuan favorables le eran las impresiones que en el corazón de D. Fernando gravara su vista, y con sensibilidad de mujer se hallaba su alma próxima á derretirse de ternura en virtud de su descubrimiento. Esta mútua satisfaccion alisó el camino para un diálogo mas franco, y antes que hubiera transcurrido media hora, el arzobispo, quien, aunque de oficio ignorase las pláticas y deseos de los amantes, estaba por práctica bastante enterado de ellos, habia logrado llevarse á los dos ó tres cortesanos, que se hallaban presentes, á una pieza inmediata, donde, á pesar de que la puerta continuaba sin cerrar, los colocó tan discretamente, que ni sus ojos ni sus oídos pudiesen servir de obstáculo á cuanto pasase. Respecto á Beatriz de Bobadilla, á quien la etiqueta femenino obligaba á permanecer en la misma estancia que su regia señora, hallábase la buena de la jóven tan distraida con D. Andres de Cabrera, que los coronados amantes podian haber dispuesto á

sus anchas de media docena de tronos, sin que ella hubiese advertido lo mas mínimo.

Aunque no perdiese Isabel aquella blanda reserva y modesto recato que orlaban su persona con tan hechicero atractivo, fuése tranquilizando á medida que se empeñaba la conversacion, y guareciéndose gradualmente con su natural decoro, dignidad femenil, y no poco con aquella copia de conocimientos que tan laboriosamente se ocupára en juntar, mientras otras en situacion igual á la suya habrian desperdiciado en vanidades cortesanas, no tardó en calmarse del todo, y en volver á aquel tranquilo estado de alma, que tanto la distinguia.

—Espero que ya no podrá haber demora en la celebracion de nuestro enlace por parte de la santa iglesia, observó el rey prosiguiendo su coloquio; cuanto de nosotros podia exigirse, como encargados de los intereses de estos reinos, ha sido escrupulosamente cumplido, y ahora es muy justo que yo mire por mi propia felicidad. No somos estraños el uno para el otro, doña Isabel, pues que nuestros abuelos eran hermanos, y desde la infancia se

me enseñó á reverenciar vuestras virtudes, y á esforzarme en rivalizar con vos en el cumplimiento de nuestros sagrados deberes respecto al Altísimo.

—No livianamente, D. Fernando, os he comprometido mi fé, replicó la princesa, ruborizándose miéntras afectaba la magestad de reina; y despues de tan escrupulosa discusion del asunto, y de haberse establecido tan plenamente la sabiduria de tal enlace y la necesidad de su pronta conclusion, os aseguro que no habrá de mi parte ninguna ociosa demora. Habia pensado que tuviese lugar la ceremonia de hoy en cuatro dias, en cuyo intêrvalo podremos prepararnos para una ocasion tan solemne por medio de la debida atencion á los oficios de la iglesia.

—Sea como bien os plazca; dijo el rey, inclinándose respetuosamente; y ahora queda tan poco que preparar, que espero no tengamos que reconvenirnos por nuestro olvido. Bien sabeis, doña Isabel, cuanto apuran á mi padre sus enemigos, y no necesito deciros que están vacías las arcas de su tesoro. En buena fé, bella prima, que solo el vehemente deseo de po-

sesionarme cuanto antes del precioso don que la Providencia y vuestra bondad.....

—No mezeleis, D. Fernando, ninguno de los actos de Dios y de su Providencia con la política y mezquino saber de sus criaturas, dijo con dignidad doña Isabela.

—Con el objeto pues, de apoderarme de la preciosa joya, que la Providencia parecia dispuesta á concederme, repuso el rey santiguándose, mientras inclinaba la cabeza, tanto, quizás, por deferencia á los piadosos sentimientos de su esposa prometida, cuanto por respeto á un poder superior— prescindimos de toda demora, y salimos de Zaragoza mejor provistos de corazones leales hácia los tesoros que veniamos á encontrar en Valladolid, que de oro para hacer alarde de nuestra propia opulencia. Hasta el poco que traíamos se extravió por un acaso, y habrá pasado á enriquecer á algun belitre de meson.

—Ya me informó de ese contratiempo doña Beatriz de Bobadilla, dijo sonriéndose Isabela; y por cierto que comenzaremos nuestra vida maridal poseedores de muy escasos bienes de fortuna mundana. Poco mas tengo que

ofreceros, Fernando, que un corazón sincero, y un ánimo que creo merezca vuestra confianza, en atención á su fidelidad.

—Al obteneros, apreciable prima, alcanzaré lo suficiente para hartar los deseos de un hombre razonable. Sin embargo, es preciso hacer alguna cosa á favor de nuestro rango y esperanzas futuras; ni tampoco es justo se diga que en nada se diferenciaron nuestras bodas de las de un vasallo particular.

—En circunstancias ordinarias, no parecería bien quizás que una de mi sexo suministrase los medios para sus propias nupcias, respondió la princesa, mientras su rostro se sonrojaba hasta la punta de la frente, al paso que su semblante mantenía aquella hermosa tranquilidad que continuamente le distinguiera,—pero como de nuestra unión depende el bien estar de dos reinos, precisa suprimir toda vana emoción. No dejo de tener algunas joyas, y en Valladolid hay abundancia de Hebreos: ¿me permitireis que de ellas me deshaga para un objeto tan indispensable?

—Con tal que para mi conserveis la joya

que sirve de cofrecillo á esa pura alma, dijo el rey de Sicilia con toda galanteria, poco me importa si jamás os veo dueña de otra ninguna: pero no será necesario; nuestros amigos, que tambien tienen corazones mas generosos que talegos bien heuchidos, podrán ofrecer á los prestamitas garantias en abastanza para proporcionarnos recursos. Yo me encargo de este deber; pues en adelante, prima—¿me permitis diga mas bien, esposa?—

—Ese término es el mas dulce de cuantos á la sangre pertenecen, Fernando; respondió la princesa, con una cándida sencillez de maneras que deslucia del todo la ordinaria afectacion y artificiales sentimientos de las de su sexo, mientras hacia nacer, respecto á su modestia, la reverencia mas profunda—y pudiera disimulársenos desde luego su uso. Espero que Dios bendecirá nuestro enlace, no solo para nuestra propia felicidad, sino tambien para la de nuestro pueblo.

—Entonces, esposa mia, tendremos en adelante una fortuna en mancomun, y á mi cargo queda subvenir á todas tus necesidades.



—No, Fernando, replicó sonriéndose Isabel, aunque formemos las ilusiones que queramos, no podemos creer que somos dos hidalgos próximos á entrar en el mundo con humildes dotes. Aun así eres rey; y por el tratado de Toros de Guisando se me ha reconocido como á heredera de Castilla. Así es que nuestros recursos separados, nuestros distintos deberes, y aunque apenas creo que acontezca, nuestros intereses individuales....

—Nunca verás que falto al respeto debido á tu rango, ni al acatamiento que es justo te tribute como á la cabeza de nuestra antigua casa, despues de tu hermano, el rey.

—¿Has considerado con la debida atención, Fernando, el tratado de casamiento, aceptando, de buena fé, segun confio, todas sus varias condiciones?

—Tal como conviene á la importancia de las medidas, y á la grandeza del beneficio que iba á caberme en suerte.

—Quisiera que amen de serte convenientes te fuesen agradables, pues, aunque debo ser tu esposa tan pronto, no puedo olvidar que soy reina de este pais.

—Puedes estar segura, esposa mía, que los que vivan de aquí á cincuenta años dirán que D. Fernando supo respetar sus deberes y cumplir con sus obligaciones.

—Tambien está estipulado que se guerreará contra el Moro. No juzgaré que los Cristianos de España han sido leales á su fé, mientras quede en la península un solo secuaz del arqui-impostor de la Meca.

—Tu y tu arzobispo no podiais haberme impuesto un deber mas agradable que el de enristrar mi lanza contra los infieles. En esas guerras he ganado mis espuelas; y á penas nos veremos coronados, cuando serás testigo de mi anhelo en arrojar á esa canalla á sus arenales primitivos.

—Solo queda ahora en mis mientes un asunto, noble primo. Bien sabes las malas influencias que cercan á mi hermano, las cuales le han enagenado la adhesion de gran parte de sus nobles y de no pocas de sus ciudades. Por desgracia nos veremos inclinados á guerrear contra él, y á empuñar el cetro quizás antes que sea la voluntad de Dios trasmitirnoslo, segun el curso de la naturaleza. Qui-

siera respetaseis á D. Enrique, no solo como cabeza de nuestra régia casa, sino como á mi hermano y jurado rey. Si por desventura consejeros malvados le llevasen á intentar algo contra nuestras personas ó nuestros derechos, será legal bajo todos conceptos resistirle; pero te ruego, Fernando, que en ningún caso armes tu mano en rebelion contra mi soberano legitimo!

—Cuide pues D. Enrique de su Beltraneja, respondió con calor el príncipe. Por san Pedro! tengo derechos de mi parte que son preferibles á los de esa mal engendrada mozueta! Toda la casa de Trastamara tiene un interes en aniquilar esa yema espúrea que tan fraudulentamente se ha enjertado en su noble tronco.

—Te exaltas, Fernando, y hasta los ojos de Beatriz de Bobadilla te reprochan ese calor. La desgraciada Juana no puede nunca perjudicar nuestro derecho al trono, pues hay pocos nobles en Castilla deseosos de ver adjudicada la corona á una en cuyas venas se dudase que corria la sangre de los Pelayos.

—D. Enrique no te ha guardado fe des-

de el tratado de Toros de Guisando.

—A mi hermano rodean perversos consejos, Fernando mio:—dijo poniéndose carmesí la princesa:—tampoco he podido de mi parte observar con toda rigidez el convenio, en cuanto á que una de las condiciones era que no dispusiese de mi mano sin el consentimiento del rey.

—El nos ha obligado á esa medida, y debe reprocharse á sí mismo nuestra falta.

—Así procuro ver la materia, aunque muchas han sido mis preces para que Dios me perdonára esta aparente alevosia. No soy supersticiosa, Fernando, si nó pensaria que Dios iba á mirar con ceño un enlace que se contrae en violacion de pactos tan solemnes. Pero es bien hacer una distincion entre los motivos, y tenemos un derecho á creer que aquel que lee los corazones no juzgará con severidad á los que tienen intenciones rectas. Si no hubiera intentado D. Enrique apoderarse de mi persona, con el indudable designio de forzarme á un casamiento contrario á mi voluntad, habria sido innecesario este paso decisivo, y no lo hhubiéarmos dado por cierto.

—Gracias debo tributar á mi santo patrono, porque tu voluntad, amada prima, fué menos flexible de lo que hubieron creído tus tiranos.

—Imposible me fué admitir por esposo al rey de Portugal, á Monsiur de Guienne, ni á ninguno de cuantos me propusieron, contestó Isabela con candidez. Mal le está á una noble doncella anteponer sus propios inespertos caprichos á la sabiduría de sus parientes, y no es difícil aprender á amar á un esposo cuando la naturaleza y la inclinacion no se violentan en demasia con el contraído enlace; pero yo tenia en demasiado aprecio mi ánima para esponerla á una prueba tan ruda al contraer las obligaciones matrimoniales.

—Conozco cuan indigno soy de ti, Isabela; pero es preciso que me adiestres á ser lo que á ti te plazca; pues solo puedo prometerte que seré un discípulo muy diligente y provechado.

Hizose ahora mas general el coloquio, é Isabela, complaciendo su natural curiosidad y cariñosa naturaleza, hizo varias preguntas

acerca de los diversos parientes que tenia en Aragon. Despues que la entrevista hubo durado dos largas horas, volviöse á Dueñas el rey de Sicilia, con el mismo incógnito que habia guardado en su viage á Valladolid. Separáronse los regios novios con sentimientos de acrecentado respeto y estimacion, mientras que Isabela daba suelta á aquellas dulces anticipaciones de doméstica felicidad, que mas propias eran de la tierna naturaleza de una muger.

Celebróse el casamiento con la pompa correspondiente, en la mañana del 19 de Octubre de 1469 en la capilla del palacio de Juan de Vivero, y en presencia de mas de dos mil personas, por la mayor parte de alta gerarquía.

Al comenzar los oficios el sacerdote, manifestó Isabela cierta inquietud, y volviéndose al arzobispo de Toledo, le dijo.

—Prometióme vuesa Eminencia que no faltaría el conseatimiento de la Iglesia para esta solemne ocasion. Es bien sabido que entre D. Fernando de Aragon y yo existen grados de parentesco, para los que precisa una dispensa es-



pecial del padre santo, si hemos de contraer matrimonio.

—Es muy cierto, doña Isabel, repuso el prelado con semblante sereno y sonrisa paternal. Felizmente nuestro santísimo padre Pio ha removido ese obstáculo, y la iglesia aprueba en todas sus partes este bienaventurado consorcio.

Produjo entonces al arzobispo una dispensa que leyó en voz clara, sonora y firme, y su lectura hizo desaparecer de la frente de la reina hasta el mas leve nublado; despues de lo cual prosiguió la ceremonia. Pasaron muchos años antes que aquella piadosa y sumisa princesa descubriera que la habian eugañado, y que la bula entonces leida habia sido un invento del viejo rey de Aragon y del prelado, no sin sospecha de connivencia por parte del novio. Habiasse recurrido á este ardid, á causa de un íntimo convencimiento de que el soberano pontífice estaba demasiado sugeto á las influencias del rey de Castilla para que hubiera concedido las licencias en oposicion á los deseos de este monarca. Reparó el daño sin embargo el papa



Sisto IV, concediendo años despues una autorizacion mas legitima.

No obstante eso, quedaron casados Isabel y Fernando. Los acontecimientos de los veinte años posteriores á su enlace debemos recorrerlos sucesivamente, mas bien que referirlos con prolijidad. Resintióse del paso Enrique IV, é hizo algunas tentativas para sustituir á su supuesta hija la Beltraneja en lugar de su hermana como sucesora al trono. Siguióse una guerra civil, durante la cual rehusó con firmeza Isabel ceñir la corona, aunque se lo rogaron con vivas instancias, y limitó sus esfuerzos al mantenimiento de sus derechos como heredera presunta. En el año de 1474, ó cinco años despues de su casamiento, murió D. Enrique, y entonces llegó á ser la princesa reina de Castilla, aunque su espúrea sobrina fué tambien proclamada por un corto número de sus vasallos. La guerra de sucesion, como se llamára, duró cinco años, al cabo de los cuales, tomando el velo Juana la Beltraneja, el derecho de Isabel fué generalmente reconocido. Por el mismo tiempo murió D. Juan II. y subió Fernando al

trono de Aragon. Estos sucesos redujeron las soberanias de la península, que tan largo tiempo habian estado repartidas en varios pequeños estados, tan solo á cuatro; á saber: las posesiones de Fernando é Isabela, que comprendian á Castilla, Leon, Aragon, Valencia, y otras muchas de las mas hermosas provincias de España; Navarra, reino insignificante en los Pirineos, Portugal, casi como existe en el dia, y Granada, última guarida del Moro, al norte del estrecho de Gibraltar.

Ni Fernando ni Isabel olvidaron la cláusula en su contrato nupcial, que les obligaba á emprender una guerra á fin de aniquilar el poder mahometano. La carrera de los sucesos produjo, sin embargo, una demora de muchos años para llevar á cabo este tan premeditado proyecto; pero cuando por fin llegó la época, aquella Providencia que parecia dispuesta á conducir á Isabela por una serie de incidentes importantes, desde la apurada condicion en que la hemos visto hasta el apogeo de la gloria humana, no abandonó á su favorita. A una victoria sucediase otra victoria, á un triunfo otro triunfo; hasta que

el Moro hubo perdido fortaleza tras de fortaleza, ciudad tras de ciudad, y se hallára por fin sitiado en su capital misma, su última guarida en la península española. Cual si la reduccion de Granada fuése un suceso, que á todo ojo cristiano debería clasificarse solo inferior al rescate del santo sepulcro de las manos de los infieles, distinguiéronla varias singularidades que nunca antes ocurriéran en asedio ninguno. (\*)

En el transcurso del precedente verano, mientras las tropas españolas se hallaban delante de la ciudad, é Isabela, acompañada de sus hijos, atestiguaba anhelosa el progreso de los sucesos, ocurrió un accidente que por poco fuera fatal para la real familia, y acarreará la destruccion del ejército cristiano. Prendióse fuego al pabellon de la reina, al que consu-

---

(\*) Entregóse Granada el día 25 de Noviembre del año de 1491; 22 años después del casamiento antes mencionado, y en el mismo día del año, que se hizo tan memorable en los anales de los estados Unidos de América, por ser aquel en que, cuatro siglos después, cedieron los Ingleses el último trozo de terreno que poseían en las costas de la República.

mieron las llamas, trayendo á grave apuro el total del campamento. Muchas tiendas de los nobles fueron tambien destruidas, y muchos tesoros en bajilla y joyas; pero el daño quedó solo en esto. Con el fin de precaver la repetición de semejante accidente, y tal vez por considerar la conquista de Granada como la grande hazaña de su mútuo reinado, pues que el tiempo aun arrojara su velo sobre el porvenir, y una sola mente humana preveía el mayor de los sucesos de aquella época, la cual se hallaba todavía en embrión, determinaron los monarcas sitiadores llevar á cabo una obra que hiciese memorable el cerco. Trazóse el plano de una ciudad formal, y se pusieron infinitos trabajadores á construir edificios sólidos para alojar en ellos al ejército, convirtiendo la lucha en una disputa de ciudad á ciudad. Completóse en tres meses esta obra estupenda, con sus avenidas, calles y plazas, y recibió el nombre de Santa Fé; apellidación adecuadísima al zelo que consiguió llevar á efecto una obra semejante, en lo mas encendido de una campaña, como tambien á la confianza general en la Providencia de Dios,

que animaba á los Cristianos en el discurso de la guerra. La construcción de esta ciudad imprimió el desaliento en los corazones de los Moros, porque la consideraron como prueba de que sus enemigos intentaban terminar la lucha solo con sus vidas; y es altamente probable que tuviese una influencia directa é inmediata en la sumisión de Boabdil, rey de Granada, quien entregó la Alhambra á las pocas semanas de haber pasado los españoles á ocupar sus nuevos domicilios.

Todavía existe Santa Fé, y la visita el viajero como lugar de curioso origen; mientras la hace notable otra tradición real ó ficticia, á saber: que es la sola ciudad en España donde nunca han dominado los Moros.

A esta época y escena deberán transportarnos ahora los incidentes de nuestra novela; pues cuanto hasta aquí se ha referido puede considerarse como materia introductoria á fin de preparar al lector para los acontecimientos que van á seguir.

## CAPITULO IV.



¿De que sirven del sabio los afanes,  
 Para quien solo busca hacerse dueño  
 De la ciencia del mundo y de la vida?  
 Humanas artes y talentos bellos  
 Golfos de errores son, y si me obstino  
 En medir sus honduras, solo encuentro,  
 En vez de la verdad que ansioso busco,  
 Sombras espesas y un abismo inmenso.  
 CONOCIMIENTOS HUMANOS.

 mañana del 2 de Enero de 1492  
 alboreó para ser testigo de una so-  
 lemnidad y pompa, inusitadas aun  
 en una corte y un campamento tan adictos á  
 las observancias religiosas, y á la regia mag-  
 nificencia, como los de Isabela y Fernando.  
 Apenas asomó el sol, cuando todo era movi-

miento y júbilo en la pequeña ciudad de Santa Fé. Las negociaciones para la entrega de Granada, que se habian conducido en secreto durante algunas semanas, se hallaban terminadas; habianse publicado sus results al ejército y á toda la nacion, y este era el dia señalado para la entrada de los conquistadores.

Estaba á la sazón de luto la corte por D. Alonso de Portugal, esposo de la Princesa real de Castilla, y el cual habia muerto á poco tiempo de casado; pero en tan festiva ocasion se depusieron las vestimentas del pesar, y ostentóse cada cual en su traje mas vistoso y magnífico. Todavía era temprano, cuando se puso en marcha el Gran Cardenal, subiendo por el monte llamado de los Mártires, á la cabeza de un fuerte destacamento de tropas, con el fin de verificar la toma de posesion. Salióle al encuentro una partida de caballeros moros, que formaban el séquito de uno, en quien por la dignidad de su aspecto y la angustia impresa en su rostro, era fácil reconocer los padecimientos mentales de Boabdil ó Abdalá, el monarca vencido. Indicó á este el cardenal la posicion



que ocupaba el rey D. Fernando, quien, con aquella mezcla de piedad y mundana política, tan entretregida en su carácter, no había querido entrar dentro de las murallas de la conquistada ciudad, mientras el símbolo de Cristo no sustituyese á los pendones de Mahoma, y había tomado puesto á alguna distancia de las puertas, con el objeto de aparentar aquella mansedumbre que tan adecuada era al fanatismo especial de la época. Como la entrevista que se verificó entre los dos soberanos ha sido descrita ya mas de una vez, nos parece inútil repetirla en este lugar. En seguida se dirigió Boabdil, á presentarse á la sensible y afectuosa Isabel, quien le recibió con verdadera caridad y compasion cristiana; y concluida esta ceremonia, tomó el camino hácia aquel desfiladero, donde por última vez se presentaron á sus ojos los palacios y las torres de sus antepasados, de cuya circunstancia ha conservado aquel punto la poética y sensible denominacion de, *El último suspiro del Moro*.

Aunque poco se demorara el tránsito del último rey de Granada desde de su alcázar

hasta los montes, como fuese tan lenta y majestuosa la marcha de su comitiva, no pudo menos de durar algun tiempo. Entretanto cubria la muchedumbre los caminos, y hormiguaba en los campos adyacentes una espesa turba con los ojos fijos en las torres de la Alhambra, donde se esperaba por instantes ver desplegarse la enseña de la toma de posesion, ansiosamente anhelada de todo buen Católico que en ella atestiguaba el triunfo de su religion.

Isabela, que habia hecho esta conquista una de las condiciones de su casamiento, y cuyo triunfo la pertenecía en verdad, se abstuvo, con su natural modestia, de apurar su marcha en esta ocasion. Colocada á retaguardia del puesto que ocupaba su esposo, constituia siempre el centro de la atraccion universal, si esceptuamos las suspiradas torres de la Alhambra. Ostentábase la princesa en toda la regia pompa que era conveniente á la circunstancia; su belleza la hacia, como siempre, un objeto admirable; su mansedumbre, su inflexible justicia, y su severa veracidad habian conquistado todos los cora-

zones, y ella era, en cuyo beneficio redundaba la conquista del reino granadino; siendo esta comarca un enclave de su propia corona de Castilla, y no de la de Aragon, cuyo pais dominaba un trozo muy insignificante de territorio anexo.

Antes de la presentacion de Abdalá, se movia la turba en varias direcciones; entre ella se advertia un número infinito de frailes, clérigos y monges, pues que aquella guerra tenia el carácter de una verdadera cruzada. La muchedumbre de curiosos era mas espesa en torno de la reina, por ser mas imponente en aquel punto la magnificencia de la corte. Al rededor de este puesto se congregaba en particular mayor número de religiosos, los cuales conocian que el alma piadosa de Isabela creaba una especie de atmósfera moral en torno de la princesa, que se adecuaba peculiarmente á sus hábitos, y era en extremo favorable á su consideracion. Entre otros habia un fraile, de aspecto invitante y á la verdad de noble cuna, á quien varios Grandes saludaban con la denominacion de Fray Pedro al alejarse este de la inmediata presencia de la

reina, para buscar un parage menos concurrido. Acompañábale un jóven, cuyo porte era tan superior al de la mayor parte de los que aquel día no ocupaban el arzon, que atraia la curiosidad general. Aunque apenas pasaba de los veinte años, era evidente, por sus formas robustas y sus tostadas aunque floridas mejillas, que ya le eran familiares las fatigas de la guerra, y muchos creian, al advertir su aire marcial, que, aunque no se presentaba cubierto de armadura en una ocasion tan peculiarmente militar, ya habia enristrado la lanza mas de una vez en el torneo y en la lid. Su traje era sencillo, cual si mas bien evitase la observacion, que fuese su objeto solicitarla; pero arreglado á la moda del que solo usaban las clases nobles. Se le habia visto recibir afablemente de Isabela, cuya mano habia tenido la honra de besar, gracia que en la formal y etiquetera corte de Castilla rara vez se otorgaba entonces sino á personas muy distinguidas, ó á aquellos cuyo linage era particularmente ilustre. Susurraban algunos que aquel mancebo seria de la familia de los Guzmanes, apellido casi regio; otros

le creían un Ponce, cuyo nombre se había hecho uno de los mas ilustres de España, en virtud de las hazañas del famoso Marques Duque de Cádiz, en esta misma guerra; otros en fin afectaban descubrir en su altiva frente, erguido pisar y animados ojos, el porte y continente de los Mendozas.

Era bien claro que el objeto de estos comentarios ignoraba entretanto la admiracion que causaran sus formas atléticas, su bello rostro y su andar altanero y elástico, pues cual hombre acostumbrado á llamar la atencion de sus inferiores, distraíase únicamente con los objetos que le divertían la vista ó alhagaban la imaginacion, al paso que prestaba voluntario oído á las observaciones que de cuando en cuando salían de los labios de su reverendo compañero.

—Este es un bendito y gloriosísimo día para la cristiandad, notó el fraile, despues de una prolongada pausa. Una impia dominacion de setecientos años acaba de espirar hoy, y al fin ha quedado abatido el orgullo Sarraceno. Tus antepasados, hijo mio, se alzarían de sus sepulcros de buena gana, á fin de

pasear por la tierra en noble triunfo, si fuese dable que las nuevas de esta mudanza de cosas llegasen á las almas de los Cristianos, tan largo tiempo hace fallecidos!

—Por ellas interceda la virgen bendita, padre mio, á fin de que no les disturbe en su descanso la noticia de haber desalojado el Moro; porque dudo que, apesar de lo muy agradable que hayan hecho á Granada los infieles, quisieran mis abuelos trocar por ella el paraíso.

—Señor D. Luis, vuestras recientes viajatas han dado mucha liviandad á vuestros discursos, y dudo que seais hoy tan diligente en rezar los padrenuestros, y tan puntual en las confesiones de antaño, como lo érais cuando estabais al lado de vuestra piadosa madre, de bendita memoria.

—No me reprehendais con tanto calor, padre mio; esta liviandad la produce mas bien la ligereza juvenil, que la falta de respeto por nuestra santa Iglesia. ¿Mas por qué razon mirais con los ojos fijos hácia aquel grupo? ¿Estais viendo por ventura á alguno de mis dignos antepasados, que haya llegado á la ligera desde el otro mundo para presenciar el berrenchin del



Moro por la pérdida de su bienaventurada Alhambra?

—¿Ves á aquel hombre, Luis? preguntó el fraile, dirigiendo la vista á un punto determinado, aunque sin acompañarla de ademan ninguno para señalar al individuo, á quien se refería, entre la turba que en todas direcciones se cruzaba.

—A fe mía, que estoy viendo mas de un millar, aunque ninguno tenga indicios de estar recién llegado del otro mundo. ¿Seria tal vez indiscrecion preguntaros, quien, ó que cosa llamaba tanto vuestra curiosidad?

—¿No adviertes allá abajo una persona de alta é imponente estatura, en la cual se mezcla tan singularmente el aire de gravedad respetuosa con el de la pobreza; ó si no puede llamarse tal á la humildad de su trage, pues este es mas lucido hoy del que acostumbra llevar comunmente, á lo menos no es cual lo ostentan los nobles y los ricos; á par que su talante le daría á conocer por un monarca cuando menos?

—Si, ya observo al que aludís, padre; aquel hombre de aspecto reverendo y grave; pero no



advierto que tenga nada de extravagante ni de ridículo en su traje ó porte.

—No es eso; míralo bien: ¿no reparas la altivez y dignidad selladas en su semblante, cual solo se encuentran en los que estan acostumbrados á mandar?

—Me parece que su aire y vestido le dan á conocer por un navegante de clase distinguida, ó si se quiere, piloto: un hombre curtido en los mares: sí, ya veo que lleva encima varios símbolos que demuestran su profesion.

—No te equivocas, Luis, pues tal es su carrera. Génova es su patria, y su nombre CRISTOBAL COLON, ó como en Italia se denomina, Christóforo Colombo.

—Bien me acuerdo haber oido hablar de un almirante de ese nombre, que prestó excelentes servicios en las guerras del Sur, y que en otros tiempos condujo una escuadra á los mares mas remotos del oriente.

—No es este quien tu dices, sino uno de mas humilde rango, aunque tal vez de la misma familia, en atencion á ser oriundos ambos de un lugar idéntico. Este no es almirante, aunque por fuerza quiere llegar á serlo, y hasta rey si es posible.

—El buen hombre, segun eso, tiene escasez de juicio ó sobra de ambicion.

—Ni una cosa ni otra, hijo mio. Respecto á talentos, han deslucido los suyos á los de muchos de nuestras mas sapientes eclesiásticos; y en honor de su piedad sea dicho, que no existe un cristiano mas devoto en los reinos de España. Bien se conoce, Luis, que has permanecido mucho tiempo en paises estraños, y muy poco en nuestra corte, pues que ignoras la historia de este ser estraordinario, y no te recuerda la mencion de su nombre, que por luengos años han sido sus proyectos un manantial de burla para los frivolos y descabellados; y una fuente inagotable de dudas para los reflexivos y cuerdos; mas abundante en verdad que todas las desastrosas y emponzoñadas heregias que han pululado en nuestra época.

—Provocais mi curiosidad, buen padre, con semejante language. ¿Quién, y qué cosa es ese hombre?

—Es un enigma que no he podido desenredar, ni á fuerza de ruegos á la Virgen, ni agotando la instruccion de los claustros,

ni poniendo en juego el afán mas celoso de alcanzar la verdad; sentémonos, hijo mio, sobre esta piedra, y te referiré las teorías que hacen tan notable á ese hombre. Has de saber que hace siete años se presentó Colon entre nosotros. Solicitó le empleasen para descubrir regiones desconocidas al otro lado de los mares, pretendiendo que si se navegase en el oceáno, con rumbo á occidente, hasta una distancia inaudita, llegaría á las Indias mas remotas, á las ricas islas de Cipango y reino de Catay, de cuyos países nos ha dejado un tal Marco Polo unas leyendas muy ingeniosas.

—Por la bendita memoria de Santiago! ese hombre tiene los sesos al revés; interrumpió riéndose D. Luis. ¿Cómo podía ser eso, á menos que la tierra fuese tan redonda como una naranja, pues las Indias yacen al oeste de nuestra España?

—Así se le ha argüido muchas veces, pero á eso dá el piloto razones incontestables.

—¿Que mas incontestable que la que acabo de decir? Nuestros propios ojos nos dicen que la tierra es plana.

—En eso opina Colon diferente á los demas hombres... y para decir la verdad, hijo Luis, no sin algunos visos de razon. Es un navegante, como puedes suponer, y contesta que cuando se está en mar alta y se vé acercar una nave, lo primero que se descubren son las velas altas, despues las bajas, y por último el casco. Pero tu tambien has navegado, y habrás advertido mas de una vez el mismo fenómeno?

—Muchas veces, padre. Mientras cruzábamos en el mar inglés, divisamos una nave de rey que hacia rumbo hacia nosotros, y que al principio nos habia parecido como una manchita blanca en el horizonte; empezaron á salir del agua á poco rato todas sus velas, y por último su abultado casco, el cual tenia por cierto una bonita hilera de bombardas y cañones; lo menos veinte, si mal no conté.

—¿Entonces convendrás con Colon en que la tierra es redonda?

—Por San Jorge de Inglaterra! yo no. He visto demasiado del mundo para darle una hechura tan estrambótica. La Bretaña, la

Francia, la Alemania, la Borgoña y todos esos lejanos países del norte son tan planos y lisos como nuestra propia Castilla.

—¿Pues entonces por qué divisaste primero las velas superiores del buque inglés?

—Por qué? padre... porque—ya se ve—fueron las que estaban mas visibles: si, porque se presentaron á la vista las primeras.

—¿Y ponen los ingleses arriba las velas mas grandes?

—Creo que no sean tan necios: aunque en esto de navegar se muestran poco duchos, pues en esta ciencia los que sobresalen hoy son nuestros vecinos los Portugueses, y los marineros de Génova; sin embargo, no son del todo estúpidos los Ingleses. Como se hacen cargo de la fuerza de los vientos, conocen de que mientras mayor la vela, mas baja debe ser la posicion que ocupe.

—¿Como sucedió pues, que vieses primero las velas mas chicas?

—En verdad, Fray Pedro, que no habeis hablado en valde con el Signor Christóforo. Una pregunta no es una razon.

—Tambien Sócrates era aficionado á hacer

preguntas; mas esperaba que le dieran respuestas.

—*Peste!* como dicen en la corte del rey Luis. Yo no soy Sócrates, buen padre; sino vuestro antiguo discípulo y pariente Luis de Bobadilla, el vagamundo sobrino de la Marquesa de Moya, favorita de la reina, y me tengo por un caballero tan bien nacido como cualquier otro en España,—aunque algo dado á caravanas, si se ha de creer lo que mis enemigos dicen.

—Poco necesitas hablarme de tu genial, alcurnia, ni romerías, Luis de Bobadilla, pues sabes te conozco desde tu niñez. Tienes un mérito que no puede negártese, y este es, el respeto que profesas á la verdad; y sobre este punto has vindicado completamente tu carácter, confesando que no eres un Sócrates.

La bondadosa sonrisa con que el digno fraile acompañó su réplica, le quitó cuanto de punzante tenia; y el jóven se rió, cual si el conocimiento intenso de sus juveniles locuras le impidiese resentirse de lo que escuchára.

—Pero, querido Fray Pedro, dejad por una vez vuestra astuta lógica, y habladme con lisura sobre este asunto tan extraordinario. Vos, á lo menos, no creéis que la tierra sea redonda?

—En ese punto, Luis, no voy tan lejos como otros, pues que las santas escrituras parecen contrarrestar la opinion. Sin embargo, este argumento de las velas me tiene muy perplejo, y mas de una vez he deseado pasar de un puerto á otro, por mar, á fin de cerciorarme del asunto. Si no fuera por lo mucho que me trastorna el mareo, no dejaria de experimentarlo á la primera ocasion.

—¡Eso fuera el non plus ultra de vuestra sabiduria! exclamó riéndose el mancebo. Tendria que ver el Padre Fray Pedro del Carrascal echado á vagamundo, como su antiguo discipulo, y ademas, caballero en la caña de un timon. Pero estad seguro, muy venerando instructor, de que no es preciso os movais, porque yo mismo puedo evitaros la molestia; en todas mis peregrinaciones, por tierra y mar, y bien sabeis que no han sido escasas ni cortas, siempre he hallado la tier-



ra muy chata, y el océano aún mas chato que ella, si se deducen algunas oleadas mas ó menos turbulentas é incómodas.

—No hay duda que tal á la vista aparece; pero ese Colon que ha viajado mas que tu y mucho mas lejos, es de contraria opinion. Sostiene que la tierra es una esfera, y que, dirigiéndose al occidente, se puede llegar á los puntos que se alcanzaron en virtud de hacer rumbo al oriente.

—¡Por San Lorenzo! la idea es bien atrevida. ¿Se determina ese hombre á navegar en el espacioso Atlántico, y aun á cruzarlo en busca de alguna distante y desconocida region?

—Esa es su idea; y por el término de siete largos años ha estado solicitando en la corte se le suministren los medios de ponerla en práctica. Tambien he sabido, que muchos años además, tal vez otros tantos, ha consumido en igual pretension en países diversos.

—Si la tierra es redonda, repuso D. Luis con pensativo aire, ¿qué impide á las aguas caerse todas á la parte inferior? ¿Como es que existe mar ninguno? ¿y si como insinuais, se

hallan las Indias al otro lado de nosotros, ¿como podemos estar en pie sobre una superficie tan curva? Preciso que algunos tengan la cabeza para abajo.

—A esa dificultad ha contestado ligeramente Cristoval Colon. Y por cierto que la mayor parte de nuestros sabios eclesiásticos empiezan á adoptar la opinion de que no hay ni abajo ni arriba, sino en cuanto tiene relacion con la superficie de la tierra: de modo que sobre ese punto no aparece ya obstáculo.

—Por Dios, padre, no quereis, supongo, hacérme creer, que los hombres puedan andar de cabeza, ó con la coronilla para abajo? por San Francisco! vuestros hombres de Catay, habrán de tener las uñas de los pies como los gatos, ó de lo contrario no tardarian en caerse.

—¿Y adonde, Luis?

—¿Adonde, Fray Pedro?—Irian á parar á Tofet, ó al abismo sin fondo. No puede ser que anden los hombres con la cabeza para abajo y los talones para arriba, sin otros cimientos que la santa atmósfera. Tambien

las caravelas habrán de navegar con los mástiles para abajo: no estaría mala la travesía! Además, ¿quien estorbaría que las aguas se cayesen sobre las hogueras del demonio y las apagaran para siempre?

—Hijo Luis, interrumpió el fraile con gravedad; tu liviana lengua te precipita en demasia. Pero ya que tanto te mofas de las opiniones de este navegante, ¿cuales son tus propias nociones acerca de la figura de esta tierra, que ha honrado Dios con su presencia y espíritu?

—Que es tan plana como la rodela del moro, que maté en la última batalla, y la cual es tan chata como el martillo puede machacar el hierro.

—¿Y crees que tiene límites?

—¿Que si lo creo?—con el favor del cielo y de doña Mercedes de Valverde, espero verlos antes de morir!

—Segun eso habrá un borde ó precipicio en los cuatro lados del mundo, que los hombres pueden visitar, parándose para reconocer el espacio desde allí, como juglares encaramados en una tarima de inmensa elevación.

—Nada pierde la pintura, padre, por lo delicado del retoque! verdad es que hasta ahora no se me ha ocurrido la idea! Por el mismísimo San Fernando, que sería ese un lugar muy á propósito para poner á prueba el ánimo de D. Alonso de Ojeda, quien podría pararse á pie cojito en el márgen de la tierra, poner el otro talon en una nube, y tirar una naranja hasta los cuernos de la luna! (\*)

—Creo que no puedes pensar en ninguna cosa seria, Luis, repuso Fray Pedro; pero á mi entender no deja de tener mérito la opinion del navegante. Solo veo dos serias objeciones en contra; la dificultad que hay en hacerla convenir con los sagrados escritos, y la otra, lo vasto, incomprensible é in-

---

(\*) Este Alonso de Ojeda, que tanto se distinguió en la conquista del Nuevo Mundo, dió una muestra de agilidad y equilibrio, en Sevilla, á presencia de la reina doña Isabel y de toda la corte. Colocóse una angosta viga, que proyectaba muchas varas del último balcon de la Giralda, sobre la cual se paseó Ojeda hasta llegar á su estremo; allí, vuelto de espaldas á la torre, y quedándose sobre un pié, arrojó una naranja hasta lo alto, donde está el sitio destinado á las campanas.

menso del espacio que nos separa de Catay, porque de lo contrario no hubiéramos dejado de tener alguna noticia antes de ahora de esa parte del mundo.

—¿Y favorecen los sabios el sistema de Colon?

—Con la mayor seriedad se ha discutido el asunto en un consejo celebrado en Salamanca, donde hubo grave discrepancia de opiniones. Uno de los obstáculos principales está fundado en el recelo, de que aun cuando consiguiese una nave llegar á Catay, en virtud de navegar á occidente, pudiese verificar su vuelta, á causa de que ha de haber, en cierto modo, una subida y una bajada. Debo confesar que la mayor parte de los hombres se mofan de este Colon, el cual temo no llegue nunca á Cipango, pues que ni aun se encuentra hoy de camino para su salida. Extraño que se halle ahora aquí, pues se decía haberse despedido definitivamente para Portugal.

—¿Y decis, padre que tan largo tiempo haya permanecido en España ese hombre? preguntó con gravedad D. Luis, mientras se

fijaban sus ojos en la venerable figura de Cristóval Colon, quien miraba tranquilo el ostentoso espectáculo del triunfo, á corta distancia de la piedra que servia de asiento á los interlocutores.

—Por espacio de siete largos años se le ha visto solicitar el apoyo de los ricos y grandes, para que le suministrasen medios con que emprender su viage favorito.

—¿Y tiene oro para suportar los trámites de tan dilatada pretension?

—Su aspecto le demuestra ser pobre..... y aun me consta que tiene que trabajar para sostenerse, dibujando mapas geográficos. La hora despues de habérsele visto arguyendo con los filósofos, y solicitando el patrocinio de los principes, se le ha encontrado ganando con duras penas un sustento mezquino.

—La descripcion que de él me haceis, reverendo padre, aguzá mi curiosidad á tal punto, que quisiera hablar con Cristóval Colon. Ahí está parado entre la turba; me llegaré á él, y diciéndole que yo tambien he navegado, haré me comunique algunas de sus peculiares ideas.

—¿Y de qué modo piensas, hijo mio, introducirte á su conocimiento?

—Le diré que soy D. Luis de Bobadilla, sobrino de doña Beatriz de Moya, y noble vástago de una de las primeras casas de Castilla.

—¿Y juzgas que eso bastará para conseguir tu objeto? no, no hijo mio; no creas que este Colombo es de la misma clase de los demás que á su profesion se dedican. Tan lleno está de su vasto proyecto, y tan erguido con la magnitud de las resultas que tan intensamente contempla su alma día y noche, que ni aun los reyes pueden aminorar el alto sentido que su dignidad le infunde. Lo que te propones hacer, apenas lo intentaria nuestro amado señor D. Fernando mismo, sin temor de algun desaire, cuando no de ademan, á lo menos de lengua.

—¡Por todos los santos benditos! Fray Pedro, es tan extraordinario el carácter que de ese hombre me describis, que aumentais mi deseo de conocerle. ¿Quereis servirme de introductor?

—De muy buena gana, porque de cami-



no quiero informarme de las causas que le han traído otra vez á la corte. Déjalo á mi cuidado, y veremos lo que se consigue.

Levantáronse, pues, de su asiento el fraile y su fogoso discípulo, dirigiéndose á través de la turba hácia el hombre que habia sido objeto de su diálogo, y aun lo era todavía de sus pensamientos. Luego que estuvieron bastante cerca, paróse Fray Pedro, aguardando con paciencia que en él reparase el navegante. Esto no tuvo lugar hasta pasados algunos minutos, porque Colon tenia fijas sus miradas en las torres de la Alhambra, donde se esperaba apareciese por instantes enarbolada la enseña de la toma de posesion; y ya Luis de Bobadilla, que aunque se habia manifestado siempre inquieto, vagoroso, volátil, y difícil de restringir, jamas olvidaba su ilustre nacimiento, ni las distinciones condicionales que á su rango estaban anexas, empezaba á dar muestras de impaciencia al verse tan largo tiempo esperando las buenas voluntades de un tosco piloto. En vano urgia á su compañero á que pusiese término á sus respetuosas atenciones; pe-

ro, al fin, uno de sus ademanes atrajo las miradas de Colon, cuyos ojos se encontraron con los del fraile, quien era un antiguo conocido suyo; saludáronse los dos amigos á la manera cortés de aquella época.

—Os doy el parabien, Señor Colon, del glorioso término del sitio, regocijándome porque hayais sido testigo ocular de él, pues me dijeron que asuntos de grave interés os habian llamado á otro pais.

—En todas las cosas ha de trazarse la mano de Dios, padre bendito; en este suceso advertís la victoria de la Cruz, pero á mí me facilita una leccion de perseverancia, y dá á entender con tanta claridad, como un acontecimiento de esta clase puede indicarlo, que lo que ha decretado el Altísimo tiene de suceder.

—Pláceme vuestra alusion, Señor, como todas vuestras ideas acerca de nuestra religion santa. La perseverancia es en verdad indispensable para la salvacion: y no dudo que un simbolo adecuado de ella puede traslucirse en el modo con que nuestros piadosos soberanos han conducido esta guerra, así

como en su gloriosa terminacion.

—Verdad, padre; y tambien ofrece un símbolo á las fortunas de las demas empresas que, tienen por objeto la gloria de Dios y el interes de su iglesia, contestò Colon, los ojos centelleando con aquel fuego oculto que parece hallarse tan profundamente concentrado en los visionarios y entusiastas. Podreis juzgar, tal vez, que es ageno de razon hacer tales aplicaciones de estos grandes sucesos; pero el triunfo de sus Altezas en este dia me alienta á la perseverancia, é impide me desmaye en mi larga peregrinacion, que tambien tiende al engrandecimiento de la Cruz.

—Ya que aludis á vuestros propios proyectos, Señor Colon, repuso con ingenuidad el fraile, no me pesa de que hayamos recordado el asunto; pues aqui está un jóven pariente mio, que tambien se ha dado algo á las andancias, para satisfacer su juvenil fantasia; y á quien ni la amistad ni el amor han podido contener; y habiendo sabido vuestros nobles proyectos, anhela por aprender algo mas acerca de ellos de vuestros propios labios,

si condescendeis en proporcionarle esta satisfaccion.

—Siempre me hallo dispuesto á complacer el plausible deseo de los jóvenes y aventurados; y así comunicaré gustoso á vuestro noble amigo, cuanto le plazca saber; respondió Colon con una sencillez y dignidad que deshizo todas las ideas de superioridad y condescendencia conque se prometiera D. Luis llevar adelante el coloquio, y dió á entender al jóven que en el diálogo consiguiente era él quien debia considerarse como honrado y distinguido.—Pero, Señor, se os ha olvidado decirme el nombre de este caballero.

—Se llama don Luis de Bobadilla, cuyo mayor mérito consiste tal vez en un espíritu aventurero y osado, y en el hecho de ser sobrino de vuestra muy apreciable amiga, la Señora marquesa de Moya.

—Cualquiera de esas dos cualidades serian suficientes para recomendarle á mi estima. Agrádame en la juventud el espíritu de aventura; el cual se sirve Dios infundir en ella á fin de que conspire á sus todo-sabios y todo-benéficos designios, y en ella he de bus-

car yo mismo el principal sosten y apoyo de mis miras mundanas. Además, que estimando yo á doña Beatriz, solo en segundo lugar despues del Padre Juan Perez de Marchena, y el Señor Alonso de Quintanilla, su pariente debe ser á mis ojos un sugeto de mucho respeto y estimacion.

Todo esto era muy estraordinario para los oídos de D. Luis; porque, aun quando el traje y apariencia del desconocido, quien, hasta hablaba el castellano con estraño acento, no dejaban de ser respetables, se le habia dicho que no pasaba de ser un piloto ó navegante, que ganaba el sustento con su trabajo material; y no era demasiado comun para un noble de Castilla hallarse tratado, por decirlo así, con cierta condescendiente gracia por uno inferior á los que pudieran jaetarse de pertenecer á la sangre y descendencia de los reyes. Al principio estuvo tentado D. Luis de resentirse de las palabras del estrangero; despues, de reirsele en las barbas; pero advirtiendo que el fraile le trataba con gran deferencia, al paso que reprimido interiormente con el aspecto del reputado proyectista, con-

siguió no solo conservar un porte adecuado, sino que hizo una réplica tan cortés y digna, cual convenia á su nombre y crianza. Retirárouse luego los tres un poco aparte de la espesa turba, y hallaron pronto asiento en uno de los muchos peñascos que estaban esparcidos por aquel punto.

—Decís, que don Luis ha visitado países estraños,—preguntó Colon á Fray Pedro, llevando la guia en el diálogo como sugeto á quien tocara la precedencia en virtud de rango superior ó ventajas personales—y que tiene aficion á las maravillas y peligros de los mares?

—Tal ha sido su mérito ó su culpa, Señor; mas si hubiera escuchado los deseos de doña Beatriz, ó mis propios consejos, no hubiera abandonado su ilustre carrera por una tan poco acorde con su nacimiento y educacion.

—No, padre; tratais á este jóven con rigorosa severidad; aquel que pasa la vida en el occéano puede apenas decirse que lo hace de un modo ignoble ó desventajoso. Dios separó diversos países con vastos intervalos

de agua, no para hacer á los pueblos estranos entre si; mas á fin de que se reuniesen en medio de las maravillas, conque ha decorado los mares, y dar tanta mayor gloria á su nombre y poderio. Todos tenemos en la juventud nuestros instantes de irreflexion, cediendo en ella mas bien que á nuestra razon á nuestros impulsos, y así me encuentro poco dispuesto á reprochar á D. Luís los estravios de una edad tan poco reprimible.

—Es probable, tambien, que hayais combatido por mar contra los infieles, señor Colón, observó el jóven, no poco embarazado respecto al modo con que habia de introducir el tópico que tanto deseaba.

—Ay! y por tierra tambien, hijo mio;—esta familiaridad sorprendió al jóven noble, aunque no le fué posible ofenderse de ella—y por tierra tambien. Hubo un tiempo en que me complacia en referir mis peligros y escapadas, que numerosas han sido, tanto en virtud de guerras como de borrascas; pero desde que el poder de Dios ha despertado en mi alma el anhelo de cosas sublimes, pa-



ra que su voluntad sea hecha, y su palabra bendita se estienda por toda la tierra, ha cesado mi memoria de pararse en aquellas.—Al llegar aqui el navegante, santiguóse Fray Pedro, mientras D. Luis se sonreia y alzaba los hombros, cual si oyera una cosa estravagante; pero Colon prosiguió, en el tono mas serio y grave, que á su carácter pertenecer parecia. Hace ahora muchos años que me hallé empeñado en aquel combate que tuvo lugar entre los de Venecia, y la escuadra de mi pariente y tocayo, Colombo el menor, como se le llamaba para distinguirle de su tio, el antiguo almirante del mismo nombre, y cuya accion se trabó en las aguas del cabo de San Vicente. Aquel dia nos batimos con las naves contrarias, que llevaban abordo un rico cargamento, desde el medio dia hasta la noche, y sin embargo, me sacó ileso el Señor de tan sangrienta refriega. En otra ocasion, habiendo consumido las llamas la galea en que yo combatia, me vi precisado á nadar una respetable distancia hasta la playa, auxiliado de un remo. Paréceme que en eso estuvo manifiesta la mano de Dios, quien no

★

habria dispensado tan tierna y señalada proteccion á una criatura tan insignificante, á menos que no fuese á fin de conservarla para su propia gloria y honor.

Aunque al hablar así resplandecian los ojos del navegante, y se coloraban sus mejillas con una especie de sagrado entusiasmo, era imposible confundir á un varon tan grave, respetuoso y comedido hasta en sus exageraciones, si puede llamárselas así, con aquellos caracteres ociosos y frívolos que equivocadamente toman los impulsos momentáneos por impresiones endebles y pasajeras vanidades. Fray Diego, en vez de sonreirse, ó de dar la mas leve muestra de poco respeto hacia las observaciones de su amigo, volvió á santiguarse, y manifestó por medio de la simpatia espresada en su rostro, cuanto participaba de la íntima y religiosa fé del interlocutor.

—Las vias de Dios son á veces misterios para sus criaturas, dijo el fraile, pero sabemos que todas tienden á la exaltacion de su santo nombre, y á la gloria de sus divinos atributos.

—Así lo considero yo, padre, y con ta-

les miras he contemplado siempre mis propios y humildes esfuerzos para honrarle. Nosotros solo somos instrumentos, y por cierto inútiles, cuando vemos cuan poco procede de nuestro propio espíritu y facultades.

—Ahí está ya el bendito emblema de nuestra salvacion, exclamó el fraile, extendiendo ambos brazos, cual si intentase abrazar algun distante objeto en las nubes, y cayendo de hinojos, humilló hasta el suelo su afeitada y desnuda cabeza.

Volvió los ojos Colon en la direccion que indicaban los gestos de su compañero, y divisó la abultada cruz de plata, que llevaran consigo los soberanos en la reciente guerra como prenda del objeto que en ánimo tenían, relumbrar sobre la torre principal de la Alhambra. Un momento despues se desarrollaron en sus elevados puestos los pendones de Castilla y de Santiago. Entonáronse en seguida los cánticos de la victoria, confundidos con las antifonas de la Iglesia. Cantóse el Te Deum, y los coros de la capilla real dieron voz en los abiertos campos á los laudes en honra del Señor Dios de los Ejérci-

tos. Siguióse, en fin, una escena de pompa religiosa y magnífica, mezclada con el boato marcial, cuya descripción pertenece mas bien á la historia en grande que á los incidentes particulares y privados de la presente leyenda.



## CAPITULO V.

¡Que pulidas palabras lograrán

De la beldad un rasgo describir!

Tema difícil, imposible afán!

Y quien su pecho no sintió latir,

Y su vista enturbiarse de placer,

Mientras marchita de su faz la flor,

Obligado se vio a reconocer

La magestad y el poderío de amor!

LORD BYRON.



QUEZA noche durmió la

corte de Castilla y Aragon en el

palacio de la Alhambra. Tan lue-

go como hubo terminado la ceremonia religiosa á que aludimos en el capítulo antecedente, se agolpó la muchedumbre á la plaza, siguiéndola los principes con la dignidad y

pompa correspondientes á su elevado carácter. Los jóvenes nobles, acompañados de sus esposas y hermanas, porque la presencia de Isabel y lo prolongado del sitio habian atraído un numeroso concurso de damas, amen de las que por obligacion formaban el séquito de la reina, recorrian ansiosos los célebres patios y laboreados departamentos de aquella notable residencia de los reyes árabes, y ni aun la noche puso límites á su curiosidad. El patio de los Leones especialmente, lugar célebre todavia en toda la cristiandad por sus restos de oriental esplendor, habia sido dejado por Boabdil en su mas vistosa magnificencia, y aunque era á mediados de invierno, el arte del hombre lo habia engalanado de flores; al paso que los salones contiguos, á saber, los de las Dos Hermanas, y Abencerrages, resplandecian con mil luces y bullian con guerreros y cortesanos, con sacerdotes de la iglesia cristiana, y bellezas de noble cuna.

Aunque no podia haber un Español á quien no fuesen familiares las ligeras gracias de la arquitectura moruna, las de la Al-

hambra escedian de tal modo á las que pudieran ostentar los demas palacios erigidos por las dinastias musulmanas, que sus glorias llenaban á los espectadores de novelesca admiracion, al paso que les infundian no poca idea de la maniglicencia del poder real. Los ricos caprichos trabajados en estuco, arte de origen oriental poco estendido entonces en los dominios cristianos, los graciosos y fantásticos arabescos, que llevados á su perfeccion por algunos de los genios mas privilegiados, que jamas el mundo produjo, se han conservado hasta nuestros tiempos, decoraban las paredes mientras mil elegantes fuentes lanzaban á lo alto sus aguas, que caian al rededor en reluciente rocío, cual lluvia de diamantes.

Entre la turba que circulaba por esta escena de belleza mágica, se veia á doña Beatriz de Bobadilla, que hacia años era esposa de D. Andres de Cabrera, y se la apellidaba mas comunmente marquesa de Moya; amiga constante, é intima confidente de la reina Isabel, cuyo afecto conservó hasta que su regia ama pasó á mejor vida. Apoyábase li-



geramente en su brazo una jóven, de apariencia tan notable, que muy pocos se contentarian con ver solo una vez aquellas facciones y aquella hechicera figura que dejaba en el alma un recuerdo endeleble. Esta era DOÑA MERCEDES DE VALVERDE, una de las herederas mas nobles y ricas de Castilla; parienta, pupila é hija por adopcion de la amiga de la reina, pues la palabra *favorita*, no seria el término mas adecuado pera dar á entender las relaciones que existian entre doña Beatriz é Isabela.—No era, sin embargo, la peculiar belleza de doña Mercedes lo que hacia su aspecto tan notable y atractivo; pues aunque sus formas eran femeniles, graciosas y esquisitas, habia otras muchas jóvenes en aquella brillante corte, que podian juzgarse aun mas hermosas que ella. Pero no habia doncella en Castilla que tuviese un rostro mas iluminado por un alma tan sensible y tierna; y el fisonomista al verla se complacia en trazar hasta lo mas intimo un profundo, sincero y bien arreglado entusiasmo, que daba cierta sombra de melancolia á una cara que la fortuna asi como el corazon deter-

minaran que fuese siempre serena y apacible. Tranquila sin embargo lo era, porque la niebla apenas perceptible que en ella se posaba parecía suavizar su espresion y hacerla interesante, mas bien que turbar su reposo ó anublar su belleza.

Al otro lado de la noble matrona iba Luis de Bobadilla, colocado de tal suerte que sus ojos negros y brillantes pudiesen conversar en silencio con los bellos y espresivos ojos azules de Mrecedes, siempre que lo permitieran la sensibilidad y la modestia. El diálogo que tenia lugar entre los tres era en extremo franco, porque las Personas Reales se habian retirado á sus apartamentos, y cada grupo de curiosos estaba asaz distraido con la novedad de los objetos que le rodeaban y su propia conversacion para prestar interés á lo que hablaban los demás.

—Es una maravilla, Luis, observó doña Beatriz, prosiguiendo un asunto que parecia haberles interesado á todos, que siendo tu mismo tan andalón y aventurero, no hayas oído hablar nunca de este Cristóval Colón? Hace muchos años que anda solicitando de

sus Altezas le proporcionen medios para llevar á cabo su designio. La cuestion referente á sus proyectos fué discutida con toda formalidad delante de una junta de sabios en Salamanca; y no le faltan al navegante prosélitos hasta en la corte misma.

—Entre los cuales puede citarse á doña Beatriz de Cabrera, dijo Mercedes con una sonrisa, cuyo efecto era traer á manifiesto los ocultos sentimientos que yacian tan profundos en su alma. He oido decir á la reina que no tenia Colon una amiga mas firme que esa en toda Castilla.

—Raras veces se equivoca su Alteza, hija mia, y nunca en mi corazon. Verdad es que patrocino á ese hombre, porque me parece destinado á alguna honrosa empresa, y por cierto que una mas magnifica que la suya nunca ha sido propuesta por ingenio humano; Qué idea tan grandiosa la de entablar relaciones fáciles y directas con las naciones situadas al otro lado del mundo, y de difundir en ellas los consuelos de la santa Iglesia!

—¡Ah señora tia, repuso riéndose D. Luis,

y la de andar en su deliciosa compañía con los talones en el aire y la cabeza para abajo! Supongo que ya se habrá adiestrado Colón á este modo de pasear, porque deberá costar mucho trabajo el aprenderlo. Deberia empezar á egercitarse en las laderas de las montañas, echando para atrás el cuerpo, hasta poder trepar como las moscas por los muros y torres de la Alhambra.

Involuntariamente aunque con ardor habia Mercedes apretádole el brazo á doña Beatriz, mientras espresara esta señora el interés que tomaba en el buen éxito del proyecto, pero al oír esta salida de D. Luis, se puso muy seria, y dirigióle una mirada, que el jóven conoció llevaba consigo cierto vituperio. Ganar el amor de la pupila de su tia era el deseo mas ardiente del mancebo, y una ojeada de disgusto podia en cualquier ocasion restringir el reboce de sus espiritus, que le daba á veces ciertos visos de liviandad, poco adecuada á las cualidades verdaderas de su entendimiento y corazon. Advirtiéndolo pues la mirada de Mercedes, no se detuvo en reparar el daño que se habia he-

cho á sí mismo, y añadió casi al instante de haberse espresado con tanta ligereza.

—Segun veo, tambien doña Mercedes pertenece al partido del navegante; y me parece que el Señor Colon tiene mas protectores entre las damas de Castilla que entre los nobles.

—Estraño es, por cierto, Señor D. Luis, interrumpió la reflexiva doncella, que las mujeres hayan de tener mas confianza en el mérito, mas generosos impulsos, mayor celo para con Dios, que los hombres!

—Así es preciso que sea, pues que vos y mi tia protegeis al navegante. Pero no siempre deberan entenderse mis palabras literalmente como las digo;—Sonrióse esta vez Mercedes, pero con evidente socarroneria.—Nunca he estudiado con los trovadores, ni, para decir verdad, demasiado con los padres de la Iglesia. Para ser franco, ahora os diré que la noble idea del descubrimiento ha causado en mí una impresion extraordinaria; y si el Señor Colon, trata con formalidad de navegar en busca de Catay y de las Indias, suplicaré á sus Altezas me permitan agregar á la

espedicion, porque ahora que el moro está subyugado, queda muy poco que hacer en España para un noble.

—Si llegas á ir tu efectivamente, replicó doña Beatriz, con grave ironia, habrá á lo menos un ser humano, con la cabeza al revés, cuando llegue á Catay la espedicion. Pero aqui viene uno de la servidumbre; supongo que su Alteza me necesita para alguna cosa.

No se equivocaba la señora de Moya; pues el mensajero venia á decirle que la reina la mandaba llamar. Las costumbres de la época, asi como las del pais, impedian que doña Mercedes continuase su paseo, en compañía de su jóven colateral; pasaron los tres en consecuencia á las habitaciones de doña Beatriz, para la cual se habia preparado un departamento de órden de la reina entre las infinitas y lujosas viviendas de los reyes moros. Aun allí se detuvo un instante la dama, antes de resolverse á dejar solo á su vagamundo sobrino con su hechicera pupila.

—Aunque es un caballero andante, dijo la de Moya, nada tiene de trovador, y no

podia encantar tus oido con falsas endechas. Mejor seria tal vez, ponerle debajo de tu ventana con su guitarra, pero, como conozco su falta de destreza, me fiaré de ella, dejándole á solas contigo, durante los pocos minutos que estaré ausente. Supongo que un caballero que tiene tanta aversion á trastornar el órden de la naturaleza, tendrá á menos doblar la rodilla, aunque fuese por lograr un signo de afecto, ante la doncella mas preciosa de Castilla.

—Rióse D. Luis; y doña Beatriz dejó el cuarto sonriéndose, despues de haber besado á su pupila, quien ruborizada en extremo, fijó en el suelo los ojos. Era Luis de Bobadilla el declarado pretendiente y caballero jurado de Mercedes de Valverde; pero aunque tan favorecidos ambos por su nacimiento, fortuna, afinidad y figura, existia cierto obstáculo al buen éxito de sus deseos. Su union era deseable en todo lo respectivo á las consideraciones que por lo comun deciden semejantes materias; pero existia, sin embargo, cierta influencia que habia de superarse en los escrúpulos de doña Beatriz. Deli-



cada en extremo, y fiel copista de las miras puntillosas de su regia ama, á par que demasiado altiva para hacer una accion poco decorosa, hasta las ventajas mismas que un enlace con su pupila pudieran proporecionar á su sobrino, habian hecho vacilar á la marquesa. D. Luis tenia en su carácter muy poco de la gravedad castellana, y muchos equivocaban la vivacidad de su espiritu con una ligereza de disposicion y liviandad de pensamiento. Pertenecia su madre á una ilustre familia francesa, y el orgullo nacional de los Españoles habia hecho que muchos advirtiesen en el hijo una heredada disposicion á la frivolidad, atributo que se suponía inherente á todo un pueblo. La idea de verse considerado en semejante luz, habia motivado los viages del jóven al extranjero; y á su vuelta conociera el mancebo cierta frialdad por parte de sus antiguos conocidos, cuyo descubrimiento le impulsó una y otra vez á reiterar sus correrias en paises estraños. Solo su precoz y gradualmente aumentada pasion por doña Mercedes le habia inducido á regresar de nuevo á su pa-

tria; determinacion que felizmente para si mismo tomó á buen tiempo para asistir á la reduccion de Granada. No obstante estos rasgos de escentricidad, que en un pais como Castilla pudieran considerarse con bastante exactitud, como peculiaridades, era D. Luis de Bobadilla un caballero digno de su linage y nombre. Sus proezas en el campo y en el torneo fueron tan señaladas, que le habian adquirido una alta reputacion militar, no obstante lo que en él se juzgara como defecto; así es que se le veia como á un jóven irreflexivo y de poco juicio, mas bien que como á un hombre sospechoso y perverso. Las cualidades marciales, y especialmente en aquel siglo, borrraban un millar de defectos; y se habia visto á D. Luis en un torneo desensillar hasta al mismo Alonso de Ojeda, que pasaba entonces por la mas diestra lanza en la Peninsula. Un hombre semejante no podia ser objeto de menosprecio, aunque lo fuese de desconfianza. Pero los sentimientos de la tia se referian tanto á su propio carácter como al del mancebo. Delicadamente concienzuda, al paso que conocia las verdaderas cua-

lidades de su sobrino mucho mejor que los que por encima le observaban, tenía sus escrúpulos acerca de la conveniencia de conceder la mano de la rica heredera, que estaba confiada á su tutela, á un pariente tan cercano, cuando semejante paso no merecería por cierto la aprobacion universal. Recelaba tambien que su parcialidad no la engañase, y que Luis fuese, en esencia, aquel sujeto frivolo que parecia á los ojos de los Castellanos, resultando el sacrificio de la felicidad de su pupila á semejante acto de indiscrecion. Con estas dudas, al paso que interiormente anhelara el enlace, habia mirado con frialdad en público las pretensiones de su sobrino; y aunque no impedia el trato entre los dos jóvenes, porque las circunstancias hubieran hecho demasiada dura semejante medida, habia insinuado su desconfianza á Mercedes en varias ocasiones, y tenido la precaucion de dejar lo menos posible á solas con su pupila á un pretendiente tan bello y huesped habitual de su casa.

Mercedes era la única confidente de sus propias sensaciones. Esta doucella era her-

mosa, de noble sangre, y heredera de cuantiosos bienes, y como las debilidades humanas eran tan preponderantes en el siglo XV como lo son en el nuestro varias veces habia oido á muchos criticar los supuestos defectos de D. Luis, siendo sus mayores destructores aquellos á quienes hacian sombra su buen parecer y sus prendas aventajadas. Pocas jóvenes se hubieran atrevido en tales circunstancias á hacer alarde de su predileccion, tomando su defensa en contra del dictámen general; y el profundo entusiasmo que prevalecia en el sistema moral de la hermosa doncella castellana estaba temperado con la prudencia suficiente para no hacerla culpable de ligerezas intempestivas. Las formas y etiquetas que rodean por lo comun á las mugeres de rango favorecian tambien esta natural prudencia; y hasta el mismo D. Luis, aunque con todo el zelo é instinto de un amator hubiese estudiado con prolijidad el semblante y las emociones de aquella cuyo favor hacia tiempo andaba solicitando, se hallaba poco seguro hasta entonces del éxito de sus pretensiones. A favor de uno de aque-

llos acasos que tan á menudo deciden, por una feliz concurrencia de circunstancias, las fortunas de los hombres tanto en amores como en asuntos de interés mas positivo, iban ahora á resolverse estas dudas tan repentina como inesperadamente.

El triunfo de las armas cristianas, la novedad de la situación, y el escitamiento de la escena total, habian sacado las sensaciones de Mercedes de aquel retraimiento en que por lo comun yacen cubiertas bajo el velo de la desconfianza doncellil, y toda aquella tarde manifestara su sonrisa mas abierta, sus ojos mas brillantes, y sus mejillas mas carminadas de lo que comunmente se advertia en una, cuyas sonrisas eran siempre dulces, cuyos ojos nunca estaban apagados, y cuyas mejillas correspondian con tan esquisita sensibilidad á los variados impulsos de su interior.

Luego que la tia salió de la estancia, dejándole á solas con Mercedes, sentóse presuroso D. Luis en un escaño que estaba á los pies de la doncella, quien ocupó un suntuoso sofá, donde pocas horas antes se habia recostado una de las princesas de la familia de Boabdil.

—Aunque mucha es la veneracion que profeso á su Alteza, comenzó el jóven sin otro prelude, se aumenta en este instante hasta lo infinito mi respeto! Ojalá que se le ofreciese enviar por mi tia media docena de veces en la hora; y ojalá que su presencia fuese tan indispensable para su soberana, que sin su intervencion no pudieran seguir adelante los consejos de Castilla, si su ausencia me proporcionara la bendita oportunidad de repetiros á cada momento toda la efusion de mis sensaciones.

—No siempre los mas afluentes en discursos son los que sienten con vehemencia mas profunda, señor don Luis.

—Tampoco son los que menos sienten. ¡Ay Mercedes, puedes dudar de mi amor! Con mi desarrollo se ha desarrollado, con el crecimiento de mis ideas ha crecido; hasta que llegará á entretejerse con mi misma alma, de modo que apenas puedo poner en juego alguna de sus facultades sin que con ella se mezcle tu imagen divina. Te veo en todo lo que es hermoso; si escucho el cántico del ave melodiosa, oigo en él tus gorgoros







al laud; y si mis megillas sienten el blando soplo de la brisa del Sur, perfumada en su paso á través de la isla de las flores, al punto me imagino que es el dulce respirar de tu aliento!

—Habeis vivido tan largo tiempo, D. Luis, entre los ingenios livianos de la corte francesa, que habeis sin duda olvidado, que el corazon de una doncella castellana es demasiado sencillo y sincero para saborear con agrado semejantes rapsodias.

Si hubiera tenido mas años D. Luis, ó mayor conocimiento del sexo hermoso, le habria lisonjeado esta reprehension; pues en el rostro de su interlocutora se traslucia un sentimiento de naturaleza mas blanda de lo que expresáran sus palabras, á la par que cierto recuerdo triste y melancólico.

—Si me supones amigo de conceptos exagerados, Mercedes, grande es la injusticia que me haces. Tal vez no espresé yo de un modo debido mis pensamientos y sensaciones; pero jamás ha proferido mi lengua, lo que no emanaba directamente de mi corazon. ¿No te he amado desde que tu y yo eramos

niños? ¿Dejé nunca de mostrarte predilección en los juegos y demas goces cordiales de aquella edad sincera?

—Sincera fué en verdad para nosotros, contestó Mercedes, mientras brillaba en sus ojos el recuerdo de fantasías agradables y el raudal de imágenes placenteras; cuya evocada ilusion echó por tierra en un instante las barreras de su reserva, que habia costado á la jóven tantos años de escuela continua para conseguir levantar. Tu á lo menos eras sincero entónces, Luis, y yo depositaba entera fé en lo que decias, en tus esfuerzos por complacerme.

—Bendita seas, mil veces bendita por esas palabras deliciosas, Mercedes! esta es la primera vez en dos años que me has hablado como solias, llamándome Luis, sin la añadidura cortesana de ese *don* maldito.

—Un noble castellano no debe nunca pensar ligeramente de sus honores, y adeuda á su rango hacer que tambien los respeten otros, contestó nuestra heroína, cual si en verdad se arrepintiese de su franqueza; estás muy pronto á recordarme mis olvidos, Luis.

—Esta mi desgraciada lengua nunca puede seguir el camino que su dueño le demarca. ¿No has visto siempre en todas mis miradas, en todas mis acciones, en todos mis motivos, un deseo de agradarte, y á ti tan solo, Mercedes? Cuando aprobó su Alteza mi conducta en el último torneo, ¿no busqué al punto tus ojos, para preguntarles si lo habían advertido? ¿Qué deseo has manifestado nunca, que no me hallase dispuesto á satisfacer?

—No, Luis; tus palabras me obligan á recordarte, que manifesté el deseo de que no emprendieses tu último viaje al Norte, y sin embargo te empeñaste en partir. Conocí que disgustaría á doña Beatriz, porque tu genio andalón le hacia temer que adquirieses del todo los hábitos de un romero, y que la reina te mirase con desagrado.

—Ese fué el móvil de tu deseo, y picóme el orgullo pensar que Mercedes de Valverde comprendiese tan mal mi caracter, que creyera posible que un noble de mi apellido y linage pudiera olvidar sus deberes hasta el punto de convertirse en asociado de pilotos y aventureros.

—No podías juzgar que yo lo creyese de ti.

—Si me hubieras mandado, Mercedes, quedarme por amor tuyo; si me hubieras impuesto el servicio mas pesado, como á tu caballero, como á quien gozase el grado mas tenue de tu favor, primero hubiera yo separádome de la vida que del pais donde habitabas. Pero ni una sola mirada de bondad me fué dable conseguir, en recompensa de los tormentos que por causa tuya me despedazaban.

—Tormentos Luis!

—¿Y no es tormento amar hasta el grado de besar la tierra donde imprime sus huellas el objeto de mis afanes?—¿y sin embargo, no hallar alentamiento alguno de palabras, ni amistosa mirada, ni señal ó simbolo de que el ser divino, idolatrado en lo mas recóndito de mi corazon, piensa un instante en su pretendiente sino para considerarle como á un vagamundo ó como á un aventurero descabellado?

—Nadie que te conozca á fondo, Luis, podrá tener de ti semejante idea.

—Un millon de gracias vale ese corto nú-

mero de palabras, gentil doncella, y diez millones la sonrisa con que las has acompañado. Fácil te era amoldarme á todos tus deseos.

—¿A mis deseos, Luis?

—Si: á todas tus severas ideas de sobriedad y dignidad de conducta, solo con que sintieras hácia mí el interés suficiente para dejarme saber que mis acciones pueden proporcionarte placer ó disgusto.

—¿Como puede ser de otro modo? ¿Te serian indiferentes acaso los procederes de una persona á quien desde la niñez hayas conocido y estimado como á un amigo?

—Estimado! ¿es posible, Mercedes bendita, que confieses hasta eso poco en mi favor?

—No es poco el estimar, sino mucho, Luis. Los que aprecian la virtud nunca estiman á los indignos, y es imposible conocer tu excelente corazon y noble naturaleza sin estimarte. Nunca, te aseguro, he ocultado mi aprecio de tí, ni de ningun otro.

—¿Nada has ocultado, Mercedes? Ah! completa una condescendencia tan celestial, y confiesa, aunque solo sea con una leve ilu-



sion, que otro blando sentimiento se ha mezclado alguna vez con ese aprecio de que hablas.

Ruborizóse Mercedes, pero se negó á hacer la confesion que su amante exigia. Pasóse en verdad un rato antes que le diese la mas leve respuesta: y cuando habló fue vacilante y con frecuentes interrupciones, cual si recelase la propiedad ó discrecion de lo que iba á decir.

—Mucho y en lejanos paises has viajado, Luis, y perdido algun favor en la Corte por tu aficion á esas romerias; ¿por qué no intentas readquirir la confianza de tu tia por los mismos medios que te la enagenaron?

—No te entiendo. Ese es un consejo muy original en ti, que eres la circunspeccion personificada.

—Los prudentes y los discretos tienen buena idea de sus propias acciones y palabras, y por eso ha de confiarse preferiblemente en ellos. Parece que te han sorprendido las osadas opiniones del señor Colon, y al paso que te moñas de ellas advierto que no han dejado de hacer mucha impresion en tu alma.



—En adelante te miraré con céntuplo respeto, Mercedes; porque has penetrado mas profundamente que mi necia afectacion de menosprecio y toda mi liviandad de language, descubriendo el verdadero sentimiento que debajo habia. Desde que oí hablar por la primera vez de tan vasto designio, no se ha separado un instante de mi imaginacion; y la imagen del Genovés ha estado presente siempre á mis ojos, á par de la tuya, Mercedes querida, por no decir grabada en mi alma. No dudo que tengan alguna verdad sus opiniones, porque tan noble idea no puede ser del todo falsa.

Claváronse en el rostro de Luis los interesantes y rasgados ojos de Mercedes; aumentándose su brillo á medida que cierto oculto entusiasmo, que moraba en su corazon, se encendia emitiendo sus reflejos por aquellos resquicios de los sentimientos del alma.

—Hay, contestó con solemnidad la doncella, y *ha de haber* en ellas verdad infalible. El Genovés ha sido inspirado por el cielo con su pensamiento sublime, y conseguirá, mas

temprano ó mas tarde, hacer efectiva su certidumbre. ¡Qué idea tan sublime ver á una nave dirigir su rumbo al rededor de esta tierra; y de su extremo oriental, comarca del pagano, traída á íntima comunicacion con el nuestro; y la Santa Cruz estendiendo su sombra benigna bajo el sol ardiente de Catay! ¡Estas son anticipaciones gloriosas y celestiales! ¿y no se adquiriria un renombre imperecedero, el que participa de la honra de haber ayudado á la verificacion de un descubrimiento tan grande?

—¡Por los cielos, que he de ver al piloto tan luego como aparezca ese sol de mañana, y me ofreceré á acompañarle en su empresa! Oro no habrá de faltarle, si ese es su único apuro.

—¡Hablas como un jóven castellano, generoso y noble, cual eres!—dijo doña Mercedes con un entusiasmo que la hacia prescindir de su discrecion habitual,—y como conviene á Luis de Bobadilla. Pero ninguno de nosotros tenemos hoy dia dinero de sobra, y los medios para abastecer los preparativos no están en las facultades de ningun vasallo. Ni tampoco

es conveniente que otros sino los soberanos envíen semejante expedición, pues, si el éxito es fausto, puede haber vastos territorios que conquistar y que regir. Mi poderoso pariente el duque de Medina-Celi ha considerado maduramente el asunto, y contemplólo en una luz favorable, como lo manifestó en cartas á sus Altezas; pero hasta él lo supuso de demasiado peso para que nadie lo emprendiese sino una mano cetrada, influyendo al mismo tiempo con la reina nuestra señora para que acogiese la solicitud del Genovés. Toda ayuda es pues ociosa, á no ser que sus Altezas mismas sean quienes la dispensen.

—Bien sabes, Mercedes, que poco puedo valerle á Colon en la corte. El rey es enemigo de cuantos no son tan desconfiados, frios y adictos á los artificios como su propia persona.

—Luis! mira que estás dentro de su palacio, debajo de su techo, disfrutando de su hospitalidad y protección, en este mismo instante!

—Yo no! respondió con calor el joven; esta es la morada de mi regia señora doña

Isabel; pues Granada es conquista de Castilla y no de Aragon. Respecto á la reina, siempre me oirás hablar de ella con el respeto debido, pues, como tú, es cuanto hay en muger de virtuoso, gentil y amable; pero en el rey se hallan muchos de los defectos de nosotros los hombres mercenarios y corrompidos. No podrás citarme tan siquiera uno de los jóvenes generosos y desprendidos, pertenecientes á la nobleza de Aragon, que ame á D. Fernando con cordialidad y confianza; mientras la Castilla entera adora á doña Isabel.

—Eso puede ser verdad en parte, Luis, pero es la extrema imprudencia. Don Fernando es un rey, y yo colijo de la poca esperiencia que me ha dado mi permanencia en la corte, que los que manejan los negocios de los mortales deben hacer grandes concesiones en favor de sus deslices; pues si no, la depravacion humana invalidará siempre las medidas mas sabias que se ideen. Además, ¿quién puede estimar de veras á la muger sin querer al marido? Paréceme que el vínculo que los une es tan delicado y estrecho, que deja identificados sus caractéres y sus virtudes.

—¿Supongo que no pretendes comparar la piedad modesta, la verdad santa, la virtud sincera de nuestra regia ama, con la suspicacia y astuta política de nuestro caviloso señor?

—No es mi ánimo hacer comparaciones entre ellos, Luis. Estamos obligados á obedecerlos en honor y lealtad; y si doña Isabel tiene por dotes mayor franqueza y sencilla ternura que su esposo D. Fernando, ¿no sucede siempre lo mismo entre hombre y mujer?

—Sí, en verdad, pudiera suponer que me ponias en paragon con ese artificioso y fingidor monarca, tanto como te quisiera, Mercedes, me apartaria de tí para siempre, por pura ignominia.

—Nadie te comparará, Luis, á los falsos de lengua, ó á los de doble cara; porque es uno de tus defectos el hablar la verdad cuando seria mejor coserse los labios, como tu presente conversacion lo manifesta, y mirará los que te desagradan, cual si estuvieses siempre dispuesto á enristrar la lanza y meter espuelas á tu caballo para embestirles.

—Muy venturosas han sido mis miradas, pues que han grabado en tí semejantes recuer-

dos, Mercedes hermosa; respondió el joven en tono de reconvencion.

—No hablo de manera ninguna respecto á mí, pues siempre te has ostentado para conmigo cariñoso y gentil, interrumpió la virgen castellana, con tal premura é interés, que la hizo subir la sangre á la cara inmediatamente, —sino para que en adelante seas mas reservado en tus observaciones atento al rey.

—Empezaste diciendo que yo era un vagamundo.

—No he usado yo por cierto de semejante vocablo, D. Luis; vuestra tia pudo haberlo proferido quizás; pero nunca seria con intencion de ofenderos. Dije que habiais viajado *mucho y en países lejanos*.

—Está muy bien; merezco el nuevo don con que me honras otra vez; me dices que he viajado *mucho*, y me hablas, con aprobacion del proyecto del genovés. ¿Es acaso tu objeto y deseo el que yo me aliste en esa expedicion?

—Tal es lo que pretendi insinuarte, Luis; porque la juzgo una empresa digno de tu ánimo atrevido y anhelosa espada; al paso que la gloria del suceso repararia un mi-



llar de yerros cometidos en el calor indiscreto de la juventud.

Contempló D. Luis largo rato las encendidas mejillas y brillantados ojos de la bella entusiasta en silenciosa y atenta observación; porque los zelos y la duda le hacian presa de sus garras destrozadoras, y con la desconfianza del verdadero afecto se examinó interiormente acerca de sus méritos para interesar á un ser tan amable, y tuvo sus dudas sobre los motivos que la indujeran á desear su partida.

—¡Ojalá me fuese dado leer tu corazón, Mercedes!, prosiguió al fin el jóven; porque mientras la modestia encantadora y la reserva de tu sexo solo sirven para ligarnos mas intimamente en sus cadenas, perplejan el ánimo de los hombres mas acostumbrados á los ru- dos encuentros de la lid, que al laberinto de sus tortuosidades. Deseas que me embarque en una ventura que la mayor parte de los hombres, á cuya cabeza se halla el sabio y prudente D. Fernando,...ese á quien tú tanto estimas,...consideran como proyecto de un visionario, y como precipicio de segura



destruccion! Si tal pensara, partiria mañana mismo, solo para que mi odiosa presencia no turbase jamás tu felicidad.

—D. Luis, no teneis datos para tan cruel sospecha, dijo Mercedes, procurando castigar la desconfianza de su amante con una afectacion de resentimiento, aunque las lágrimas luchaban á través de su orgullo, y caian de sus ojos reprochadores.—Sabes muy bien que ni aqui, ni en parte ninguna hay quien mal te quiera; no ignoras que eres un favorito universal, y aunque la prudencia y formalidad castellana no siempre miren tu vida vagarosa con el mismo aplauso que le merece la del cortesano mas arreglado, ó la del hidalgo mas comedido!.....

—Perdóname, querida, idolatrada Mercedes! tu frialdad y tu aversion me vuelven el juicio algunas veces.

—Frialdad! aversion! Luis de Bobadilla! ¿Cuando te ha mostrado Mercedes una ni otra?

—Creo que en este momento me estás dando pruebas de entrambas.

—Entonces poco sabidos te son sus moti-.

vos, y mal aprecias su corazón. No, Luis, no te odio, ni quisiera parecer indiferente hacia ti. Si tus obstinados sentimientos tal te domineñan, de tal modo te punzan, seré mas explicita en mis palabras. Sí, mas bien que te lleves una falsa idea, y te sumerjas de nuevo en alguna descabellada aventura marítima, sojuzgaré el orgullo, que como doncella me corresponde, y olvidaré la reserva y cautela que mas convienen á mi sexo y rango, á fin de solazar tus mientes. Al aconsejarte que sigas las fortunas de ese Colón, y que abrazes con franqueza sus nobles designios, tuve á la vista tu propia felicidad, así como tú, una y mil veces me has jurado, que solo yo puedo asegurar la tuya.....

—¿Qué quieres decir, Mercedes? Mi felicidad solo puede afianzarse enlazándome contigo!

—Y tu union conmigo solo puede asegurarse ennobleciendo tu esa propension favorita á las romerías con alguna hazaña de digna celebridad, que justifique á doña Beatriz al conceder la mano de su pupila á un sobrino andalón, y te grangee la gracia de doña Isabel.

—Y tú ¿también serías premio de tan azarosa ventura?

—Luis, si quieres saberlo todo, ese premio lo has ganado ya; —no, —refrena tu impetuosidad, y escucha lo que voy á decirte. Aun cuando te confieso mucho mas de lo que le está bien á una doncella, no has de suponer que voy á olvidarme del todo. Sin el benevolento consentimiento de mi tutora, y el beneplácito de su Alteza no contraeré matrimonio con hombre ninguno, no, ni aun contigo, Luis de Bobadilla, por muy caro que seas á mi corazón. — Las irreprimibles emociones de la femenil ternura la hicieron ahogar estas palabras casi del todo en lágrimas copiosas — me casaria, sin las sonrisas y felicitaciones de cuantos tienen derecho de reírse ó llorar por las fortunas de los de la casa de Valverde. Tu y yo no podemos casarnos como un zagal y una pastora; tenemos que recibir la bendición nupcial de la mano del prelado á presencia de un círculo de amigos que honren y aprueben nuestra union. Ah! Luis, me has reprochado de frialdad é indiferencia hacia ti — los sollozos casi ahogaban

á la generosa doncella, —pero no todos han sido tan ciegos como tu; no...no hables, déjame ahora, que reboza mi corazon, desabrocharlo del todo ante tí, porque temo que la vergüenza con asaz presteza venga á hacerme arrepentir de lo que te confieso ahora.... todos empero no han sido tan ciegos como tu. Nuestra sabia reina conoce harto bien el corazon humano, y hace tiempo ha penetrado lo que tan lerdo has sido tu mismo en descubrir; y solo su penetracion, tanto de ojos como de pensamiento, me ha impedido decirte con mayor premura una parte á lo menos de lo que ahora te confieso con tanta repugnancia.

—Como! ¿es también mi enemiga doña Isabela? ¿tambien tengo que vencer los escrúpulos de su Alteza, amen de los de la insulsa y gázmoñera de mi tia?

—Luis, tu fogosidad te impele á ser injusto. Lejos de ser isulsa y gázmoñera, doña Beatriz es todo lo contrario. Nunca espiritu mas sincero y generoso supo sacrificarse á la amistad, al paso que la sencillez es la esencia intima de su naturaleza. Muchas de las cualidades que amo en ti, provienen de

su sangre, y no debias tú vituperarla por eso. Respecto á su alteza, no creo que sea necesario que yo preconice sus relevantes prendas. Sabes que se la venera como madre de su pueblo; que ella mira con igual interés á todos, ó hasta donde sus conocimientos alcanzan; y que cuanto hace en favor de cada uno lo hace siempre con verdadero afecto, y con una prudencia, que como yo misma he oido decir al cardenal, parece inspirada por la divina sabiduría.

—Ay, Mercedes, no es difícil parecer benévola, prudente é inspirada, teniendo por trono á Castilla y Leon, y á otros opulentos reynos por escabel.

—Luis, si te inporta conservar mi afecto, contestò la sincera doncella con una gravedad que nada tenia de la flaqueza de su sexo, aunque si mucho de su veracidad, no hables con ligereza de mi regia Señora. Cuanto en esta materia ha hecho se lo han inspirado los sentimientos y la bondad de una madre, y tu injusticia me hace recelar que tambien lo ha hecho con la sabiduría de una madre.

—Perdóname, adorada Mercedes, mil veces mas querida é idolatrada que antes, ahora que has tenido para conmigo tanta generosidad y confianza! Pero no puedo descansar en paz hasta que no me digas cuanto con referencia á mi ha hecho ó dicho la reina.

—Sabes muy bien cuan buena y generosa se ha manifestado siempre su Alteza para conmigo, Luis, y cuanta razon tengo para mostrarme reconocida á sus muchas condescendencias y favores. No se como sucede, pero lo cierto es que mientras tu tia jamás ha parecido descubrir mis sentimientos, y en la misma ceguedad han estado todos mis consanguíneos, los ojos regios pudieron penetrar un secreto, que en aquel instante, segun creo, se hallaba oculto hasta de mi misma ¿Te acuerdas de aquel torneo que tuvo lugar poco antes de que nos dejases para emprender tu última y loca expedicion?

—No me he de acordar? ¿No fué tu frialdad despues de mi triunfo en aquel torneo, donde hasta tus favores me engalanaban, la que me arrojó fuera de España, y casi me hubiera lanzado fuera del mundo.

—Si el mundo pudiera imputar tus hechos á causa semejante, todos los obstáculos desaparecerían, y felices pudiéramos ser sin otros esfuerzos. Pero, y Mercedes se sonrió con socarronería, aunque con gran ternura en su voz y miradas al añadir: temo que tengas demasiada afición á esos arranques de locura, y que jamás dejes de desear te arrogen á los últimos límites de la tierra cuando no del todo fuera de sus lindes.

—En tu poder está hacerme tan estacionario como las torres de esta Alhambra. Si yo tuviera diariamente una de esas sonrisas, me verías encadenado á tus pies como un cautivo moro, libre de todo deseo, escepto el de contemplar tu hermosura. Pero su Alteza...te has olvidado de añadir lo que su Alteza dijo.

—En ese torneo fuiste vencedor, Luis. Toda la caballería de Castilla estaba en el arzon, aquel glorioso día, pero nadie pudo competir con tu brazo! Hasta Alonso de Ojeda fué desensillado por tu lanza, y todas las bocas se llenaron de tus encomios, y todas las memorias...tal vez seria mas exacto decir todas



las memorias menos una...olvidaron tus yerros.

—Y esa fué la tuya, Mercedes!

—Bien sabes que no, Luis! En aquel dia solo me acordé de tu generoso corazon, de tu varonil conducta en la liza, y de tus excelentes cualidades. La memoria mas fiel fué la de la reina, quien me mandó subir á su gabinete, luego de concluirse los festejos, y quiso que pasase con ella una hora en blando y afectuoso coloquio, antes que tocase en lo mas leve el objeto verdadero de su cita. Háblome, Luis, de nuestros deberes como Cristianas, de nuestras obligaciones como hembras, y especialmente de los solemnes contratos á que el matrimonio nos compromete, y de las muchas penalidades, que, á buen escapar, acompañan ese estado honorífico. Luego que me hubo derretido en lágrimas, obra de un afecto que igualaba á la ternura de una madre, me hizo prometer, y yo lo confirmé con un voto respetuoso, que jamás me presentaria como novia delante del altar, mientras su Alteza viviese, sin que ella estuviera presente para aprobar mis

nupcias; ó si se hallase impedida por enfermedad ú ocupacion, á lo menos sin su consentimiento dado bajo su regia firma.

—¡Por San Dionisio de Paris! Su Alteza procuró sin duda prevenir en contra mia tu pura y generosa voluntad!

—Ni aun mencionó tu nombre, Luis; ni su discurso hubiera tenido relacion ninguna contigo, á no ser porque mis pensamientos se dirigian involuntariamente hacia ti. Lo que su Alteza tenia en mira, no lo sé ni aun ahora; pero tal vez la susceptibilidad, que evocó tu imagen á mis mientes, hizome sospechar que fuese el objeto de la reina impedir me casase entonces sin su permiso. Pero conociendo hasta tal punto su corazon maternal y su cariñoso afecto, ¿como puedo dudar que acceda á mis deseos, cuando sepa que mi eleccion no es de ellos verdaderamente indigna, aun cuando parezca á los ojos de los demasiado severos hasta cierto punto indiscreta?

—¿Pero tu piensas, Mercedes, que fuese por temor á mi que te exigiera doña Isabel esa promesa?

—Tal recelo, como te he confesado con mayor prontitud de la que convenia al orgullo de una doncella, porque te hallabas mas vivo que ningun otro en mi memoria. Además que tus triunfos durante todo aquel dia, y el modo con que tu nombre estaba en boca de todos, deberían inclinar los pensamientos á fijarse en tu persona.—Mercedes, no puedes negarme que fué por temor á mi que su Alteza te exigió ese voto.

—Nada pretendo negar que verídico sea, Luis, y ya precozmente enseñándome estás á arrepentirme de la indiscreta confesion que he hecho. Niego que por temor á tí hablaría su Alteza, pues no creo que tales sentimientos contra tí la animasen. Llena estaba de afecto maternal hacia mí, y creo pues nada quiero ocultar de cuanto sepa, que el recelo de tus facultades para agradar puedan haberla inducido á temer que una huérfana como yo pudiera consultar posiblemente su fantasía mas que su prudencia y enlazarse con uno á quien mas le complacieran los últimos límites del mundo que sus nobles castillos y su propia casa.

—¿Y piensas respetar ese voto?

—Luis, tu reflexionas muy poco en tus palabras, ó no me harías tan criminal pregunta. ¿Que doncella cristiana puede olvidar nunca sus votos, sea de peregrinaciones, penitencias ó cumplimiento de....¿y porqué habré yo de ser la primera que incurra en ese deshonroso borron? Además, aunque nada hubiera prometido, el solo deseo de la reina, expresado por su real boca, habria sido suficiente para impedirme contrajese matrimonio con hombre ninguno. Ella es mi soberana, y casi pudiera decir, mi madre: apenas le seria dado á doña Beatriz misma mostrar un interés mas vivo en mi porvenir. Ahora, Luis, preciso es que escuches mi súplica; aunque dispuesto te veo á esclamar, y hacer locuras é invocaciones; pero yo te he oído con paciencia algunos años, y ahora me toca hablar, y á ti prestarme atencion. Creo en mi ánima que te tuvo la reina presente al exigir mi voto, el cual pronuncié voluntariamente, y no me lo arrancó por fuerza la soberana, como tu quieres suponer. Doy de barato pues que previese doña Isabela que

habia cierto peligro en que yo accediera á tu pretension, y que se imaginara que un hombre tan aficionado á romerías no fuera el mas adecuado para traer la felicidad á una familia, ó conservarla en su seno. Pero, Luis, si no ha hecho su Alteza justicia á tu noble y generoso corazon; si las apariencias la han engañado, asi como á muchos de los que la rodean; en fin, si no te conoce á fondo, ¿no tienes tu mismo la culpa? ¿No has andado largo tiempo errante lejos de Castilla, y aun cuando has vuelto á ella, te se ha visto asistir con puntualidad y celo á los actos de la corte, cual conviene á tu alto rango y reconocidos derechos? Verdad es que la Reina, asi como todos los que presentes se hallaron al torneo, atestiguó tu destreza, y que en el transcurso de la reciente guerra se ha hecho mas de una vez mencion honorífica de tu nombre, en virtud de tus hazañas contra el moro; pero mientras que la imaginacion de la muger rinde un pronto homenaje á estos actos varoniles, el corazon de la muger suspira tras de otras virtudes mas serenas y blandas, cabe el hogar y dentro del círculo doméstico.

Esto lo ha previsto doña Isabel, y lo siente, y lo conoce, por muy feliz que haya sido su casamiento con D. Fernando; ¿será pues extraño que se tome tanto interés por mi? No, Luis; el sentimiento te ha hecho injusto, respecto á mi regia ama, quien es ahora tu interés hacerte propicia, si eres sincero en los deseos que manifiestas de obtener mi mano.

—¿Y como podré conseguirlo, Mercedes? el moro está conquistado, y no sé que quiera caballero ninguno batallar conmigo para disputarme tu favor.

—Nada de eso espera la reina de ti... ni tampoco yo. Ambas sabemos que eres un completo caballero cristiano, y como acabas de decir, no hay quien quiera medir contigo su lanza, porque á ninguno se le ha alentado para que pudiese justificar semejante locura. Solo por medio de ese Colon has de ganar el regio consentimiento.

—Creo haber entendido en parte lo que quieres darme á conocer; pero quisiera que me hablases con mayor claridad.

—Entonces te lo diré con palabras tan inteligibles como puede proferirlas mi lengua,



repuso la serviente muchacha, mientras que el carminado matiz de la ternura enrojecia su rostro resplandeciente ya con sagrado entusiasmo.—Ya sabes las teorías generales del Sr. Colon, y el modo conque se propone llevar á cabo sus miras. Todavía era yo niña cuando se presentó en Castilla por primera vez, para solicitar de la corte se interesase en esta grande empresa, y muchas veces he visto á su Alteza dispuesta á favorecer sus pretensiones; pero ya la desconfianza de D. Fernando, ya la preocupacion de sus ministros, han desalentado sus propósitos. Creo que en la actualidad ha vuelto la reina á patrocinar el proyecto, porque hace poco que Colon, quien se habia despedido de todos nosotros con intencion de dejar á España y buscar recursos en paises estrangeros, ha sido llamado de nuevo á la corte, por influjo de Fray Juan Perez, antiguo confesor de su Alteza Real. Ahora se encuentra aquí aguardando con ansia una audiencia, y solo se necesita interesar á la reina un poco mas para que obtenga el navegante la gracia que solicita. Si consigue las carayelas que preten-



de, no hay duda que muchos nobles desearian participar de una empresa, de la cual redundará eterno honor á todos los interesados en ella, si su éxito fuere feliz; y tu podias contarte en su número.

—No sé como entender esta solicitud, Mercedes; pues me parece extraño el aconsejar y aun impeler á los que tan caros nos son á tomar parte en una aventura, de la cual puede que nunca tornen.

—Dios te protegerá, exclamó la jóven con el rostro encendido de piadoso ardor, la empresa tendrá por objeto su santa gloria, y su poderosa mano servirá de guia y escudo á las caravelas!

Sonrióse D. Luis de Bobadilla, pues que tenia menos fé religiosa y mayor conocimiento que su amada de los obstáculos materiales que pudieran ofrecerse al buen éxito de la expedicion. Haciendo pues plena justicia á sus motivos, no obstante algunas dudas sucintamente espresadas, agradòle la aventura, pues que alhagaba su inclinacion natural á las correrias, y su deseo de esponerse á los riesgos. Conoció á par que Doña Mercedes, que ha-

bia ganado con sus propios puños, por decirlo así, el que se desconfiase de su carácter, único obstáculo al conseguimiento de sus deseos; y como era bastante agudo de comprehension ocurriósele al punto por qué medios habría de adquirir el beneplácito de Doña Isabel. Quedaron pues resueltas las únicas dudas que aun le mortificaban en virtud de la siguiente pregunta:

—Si se halla dispuesta su Alteza á favorecer á Colon; ¿por qué se ha demorado tan largo tiempo el asunto?

—La guerra de los moros, lo exhausto de la tesoreria, y ese carácter circunspecto del rey, han tenido la culpa.

—¿Y no es muy probable que su Alteza considere á los secuaces de ese hombre como á otros tantos necios visionarios, en caso de que volvamos sin éxito ninguno, como es muy dable que suceda....si, en verdad, volvemos jamás?

—No es ese el carácter de doña Isabel. Ella entrará en el proyecto para mayor gloria de Dios, si llegase á entrar en efecto; y considerará á cuantos acompañen á Colon

como á otros tantos cruzados, bien merecedores de su aprecio. No volverás sin buen éxito Luis, sino con tal renombre que hará á tu esposa envanecerse de la eleccion que hiciera, y gloriarse en tu apellido.

—Eres una divina entusiasta, queridísima doncella. Si pudiera llevarte conmigo, me embarcaría en la espedicion sin ningun otro compañero!

No quedó sin su réplica correspondiente tan galante salida, despues de la cual discutióse el asunto entre los dos con mayor calma, y ciertamente en conceptos mas inteligibles. Consiguió D. Luis restringir su impaciencia, y la generosa confianza por medio de la cual llegó á confesarle Mercedes el afecto que le tenia, unida al dulce y santo interés con que manifestaba la jóven las probabilidades de buen éxito que su imaginacion la representara, indujo por fin al mancebo á considerar la empresa como un objeto sublime, mas bien que como un proyecto que alhagase su aficion á las aventuras.

Habia dejado doña Beatriz á los dos amantes solos por espacio de dos horas, porque la

reina la ocupara todo ese tiempo; despues volvió, y su vagamundo, indiscreto, á par que noble y bondadoso sobrino, despidióse á poco. Sin embargo, Mercedes y su tutora no se retiraron á descansar hasta la media noche; porque la primera abrió su corazon de par en par á doña Beatriz, refiriéndole circunstanciadamente el coloquio que habia tenido con su amartelado, y esplicándole sus esperanzas y la relacion de éstas con la empresa del piloto genovés. Agradó esta confesion á la marquesa, mientras mucho la desazonara, al paso que se sonreia de la habilidad del amor en juntar á los grandes designios de Colombo el feliz realizamiento de sus propias ilusiones. Era Luis de Bobadilla hijo del único hermano de doña Beatriz, y esta habia transferido al sobrino todo el afecto que profesara á su padre. En verdad, cuantos conocian al jóven se enamoraban de su honradez y bizarria, aunque los mas prudentes solían mirar con ceño sus indiscreciones; y fácil le hubiera sido escoger una esposa de entre las mas bellas y nobles vírgenes de Castilla, á escepcion de

alguno que otro caso, en que se hallase la circunspeccion y reserva que denotan principios poco comunes, y cierta prevision que se estiende mas allá de las usuales consideraciones del matrimonio. Asi es que la marquesa de Moya prestó un voluntario oído á la relacion de su pupila, y antes de separarse para descansar lo que quedaba de la noche, la sencilla Mercedes, con su ingenua y modesta confesion, su vehemente elocuencia, y su candorosa sinceridad, habia casi ganado á su partido á la prudente y experimentada doña Beatriz.



## CAPITULO VI.

Id en busca de siglos que pasaron,  
 Y preguntad sus glorias que se hicieron;  
 Dó estan los viejos sabios que enseñaron  
 Al hombre de las eras que existieron!  
 Los guerreros do estan que conquistaron  
 Los pueblos que ser libres no supieron,  
 En fin, aquellos que su imperio ancháran  
 Hasta donde los mundos alcázarán!

## RUINAS DEL TIEMPO.

**D**OS ó tres días transcurrieron  
 antes que los Cristianos se hallasen  
 cómodamente establecidos en la  
 antiguas sedes del poder mahometano. En tan  
 corto espacio de tiempo no obstante, así en  
 la ciudad como en la Alhambra, se veia rei-  
 nar mayor orden que en los momentos de

anterior prisa, algazara, tristeza, delicia y pesadumbre que acompañaron á la toma de posesion y consiguiente desalojamiento. Además, como el político y tolerante Fernando habia espedido órdenes severas para que los Moros fuesen tratados, no solo con bondad sino con suma delicadeza, comenzó á tranquilizarse gradualmente el aspecto de las cosas, y á proseguir la poblacion su acostumbrada industria, entregándose sin recelo á sus antiguas ocupaciones.

Como era de esperar, poseian al rey euidados nuevos; pero su ilustre consorte, quien se reservaba para las grandes ocasiones, ejercitando sus facultades ordinarias en la manera tranquila y suave tan adecuada á su sexo y disposicion natural como á su piedad y sincero candor, habiase ya sustraído, en cuanto lo permitian su alto rango y autoridad positiva, del boato y marciales escenas de una corté belicosa, y buscaba con su acostumbrado afan el retiro consagrado á los intimos afectos y á las relaciones privadas que tanto congenian con los sentimientos más blandos del sexo hermoso. Rodeábanla



sus hijos, quienes poseían mucha parte de sus esmeros maternos; pero también dedicaba Isabela algunas horas á la amistad, y á la indulgencia de un cariño que parecía incluir á todos sus súbditos en los lazos mas estrechos de su propia familia.

En la mañana del tercer día que sucedió á la noche de la entrevista referida en el capítulo precedente, tenía reunidos la reina al rededor de sí á unos cuantos privilegiados sujetos, que podia decirse gozaban admision á sus horas mas privadas; pues que mientras la corte de Castilla era célebre entre todas las de la Cristiandad por su severa etiqueta, cuyo hábito habia tal vez adquirido de los pomposos usos orientales de sus Mahometanos vecinos, la naturaleza afectuosa de Isabela ceñía su privado círculo de cierta benéfica aureola, que lo hacia á la vez invitante y agradable para cuantos disfrutaban el alto honor de ser admitidos en él. Por aquellos tiempos gozaban los eclesiásticos una especie de favor esclusivo, mezclándose en todos los asuntos mundanos, y aun con frecuencia dirigiéndolos. Mientras, empero, nos

hallamos tan dispuestos á sacar á luz las pequeñas faltas de los hombres de esta profesion en los países estrangeros, y tan listos á indicar los males que ha producido esta intervencion de los teólogos de la iglesia romana, hacemos buena la verdad del venerable axioma que nos enseña á conocer cuanto mas fácil es atisbar las faltas de otros que descubrir las nuestras propias; pues no hay nacion que presente un testimonio mas señalado de la existencia del espresado predominio, que el pueblo de los Estados Unidos de America, y especialmente aquella parte de él que habita en las regiones donde se establecieron los religionarios en el origen de nuestras colonias, y aun continua bajo la influencia de las sectas particulares que allí prevalecieron: y tal vez el rasgo nacional mas pronunciado que existe entre nosotros hoy, es el de la disposicion que tenemos de estender el predominio social mas allá de los limites que nos demarcan las instituciones y las leyes bajo la denominacion halagüena y plausible de opinion pública, funda su origen en la policia de las iglesias de carácter demócrata, que

han aspirado á ser un *imperium* dentro de otro *imperio*, apoyado y fortalecido por sus sistemas de gobierno y usos provinciales. Sea como fuere el hecho entre nosotros mismos no hay que dudar del ascendiente que egercian los sacerdotes católicos en toda la Cristiandad antes de la reforma; al paso que la devocion de Isabel era demasiado sincera y demasiado ostentosa su piedad para no concederles cualquiera indulgencia que estuviese acorde con sus propias ideas de lo justo, y entre otras la de un libre acceso á su presencia, y la de un señalado influjo en todas sus acciones.

En la predicha ocasion, contábase entre los que se hallaban presentes á Fernando de Talavera, prelado de escelso rango, que acababa de ser promovido á la nueva dignidad de Arzobispo de Granada, y á Fray Pedro del Carrascal, antiguo instructor de Luis de Bobadilla, y teólogo sin prebenda, que debia el favor que en la corte disfrutaba á la sencillez de su carácter y á su noble cuna. Estaba sentada Isabel junto á una mesita, donde egercitaba su aguja, siendo el objeto de su tarea la muy ca-

sera ocupacion de coser una camisa para el rey su esposo, pues hacia parte de sus propensiones femeniles la de desempeñar este humilde deber, con tanta escrupulosidad como si hubiese sido consorte del hombre de oficio mas oscuro en su propia capital. Era esa sin embargo una de las modas de aquel siglo, ó mas bien una parte de la política de las princesas; pues el mayor número de los que viajan en busca de monumentos históricos ha visto la famosa silla de montar que perteneció á la reina de Borgoña, y la cual tiene en el pomo un sitio destinado para colocar la rueca, á fin de que siempre que su dueña saliese á pasear á caballo, pudiese ocuparse en hilar, y ofrecer á sus admirados súbditos un egeemplo de laboriosa economia. Tambien nuestros propios ojos, en estos tiempos de boato, cuando muy pocas señoras particulares condescienden tocar una cosa tan útil como la prenda de costura que ocupaba la aguja de doña Isabel la Católica, hemos visto á una reina sentada en medio de sus regias hijas, y empleada tan laboriosamente con su hilo y tigeras, cual si su subsistencia de-

pendiera de su industria. (\*) Pero doña Isabel no conocia la afectacion; en sentimientos, discursos, naturaleza y obras, era la verdad misma; y la ternura matrimonial le prestaba un placer intimo al hallarse ocupada así en obsequio de un esposo á quien amaba como hombre, al paso que era imposible ocultarse de sí misma todos sus defectos como monarca. Cabe ella estaba sentada la compañera de sus dias juveniles, la afecta y bien probada Beatriz de Cabrera. Ocupaba Mercedes un escaño á los pies de la Infanta Isabela, y dos ó tres damas favoritas de la servidumbre estaban á corta distancia, diferenciándose en aquellas imperceptibles distinciones de rau-

---

(\*) Creo que aluda el autor á la esposa actual del rey de los Franceses. En nuestra España tambien hemos visto á una reina, dechado de virtudes domésticas, no desdeñarse de hacer los oficios de la mas humilde costurera. Hablo de la malograda Doña Maria Isabel de Braganza, segunda muger del Señor Don Fernando 7.º: Idolatrada por cuantos tuvieron el honor de conocerla, bajó á un precoz sepulcro dejando tras de sí un recuerdo indeleble de sus incomparables perfecciones.

Nota del traductor.

go que denotaban hallarse presente la reina, aunque con tal doméstica libertad que hacía decorosas estas observancias indispensables de forma, sin hacerlas penibles. El mismo rey estaba escribiendo en una mesa colocada en un apartado rincón de aquel vasto aposento, y nadie, ni aun el recién creado arzobispo, presumía aproximarse de aquel lado de la vivienda. Sosteníase el coloquio en voz mas sumisa que de ordinario; y hasta la reina, cuya voz era la pura melodía, modulaba sus tonos de manera que no interviniesen con la serie de pensamientos en que su ilustre consorte parecía hallarse profundamente sumergido. Pero, en el preciso momento que ahora queremos presentar al lector, había estado Isabel absorta por largo rato en honda reflexion, y un silencio general prevalecía en el círculo que rodeaba las mesitas de costura.

—Hija Marquesa,—pues así solía la reina dirigirse á su amiga;—Hija Marquesa, dijo Isabel, rompiendo su largo silencio ¿se ha visto ú oído algo últimamente del señor Colón, de aquel piloto que tanto nos ha instado sobre

el asunto del viage á occidente?

Las rápidas é inquietas miradas de inteligencia y satisfaccion, que pasaron entre Mercedes y su tutora, dieron á conocer cuanto les interesaba la pregunta, mientras la última contestó en los términos que convenian á su respeto para con su régia ama.

—Podeis acordaros, Señora, que fué invitado á venir por cartas que le remitiera Fray Juan Pérez, antiguo confesor de vuestra Alteza, quien emprendió el viage á la Corte desde su convento de Santa Maria de Rábida, en las Andalucias, para interceder en su favor, á fin de que no perdiese Castilla los frutos de tan grande proyecto.

—Segun eso, hija marquesa, supones que sus designios son grandiosos?

—¿Y quién puede dudarlo, Señora? Parecen muy razonables y sencillos: luego, ¿quién no calificará de grande una empresa dirigida á ensanchar los limites de la iglesia de Dios, y á conferir honra y riquezas al Estado. Mi entusiasta pupila Mercedes de Valverde, es una defensora tan acérrima de los grandes proyectos de ese navegante, que despues de



sus deberes para con su Dios y sus soberanos, parece constituir esta idea todo el afán de su vida.

—Volvióse risueña la reina hácia la ruborizada doncella, que era objeto de esta observación, y miróla por un instante con la expresión de afecto que solia tan amentudo iluminar su amable rostro al contemplar las facciones de sus propias hijas.

—¿Es así en efecto, Mercedes? dijo Isabela; ¿te ha convencido Colón hasta el punto de hacerte tan admiradora de sus planes?

—Levantóse Mercedes con respeto, luego que la reina le dirigió el habla, y acercóse uno ó dos pasos á la Real Persona antes de afrecerle su respuesta.

—Bien me está hablar con recato en vuestra presencia, Señora, dijo la bella jóven; pero no negaré que me interesa sobre manera el buen éxito de las pretensiones del Señor Colón. Es tan noble su pensamiento, Señora, que lástima sería que justo no fuese.

—Así raciocina la gente moza y dotada de nobles mientes; y yo te confieso, Beatriz, que á veces, al considerar esta materia, me vuelvo yo misma tan crédula como los de-

más.—¿Pero es indudable que aun se encuentra aquí el piloto Colon?

—Si, Señora, aquí está, respondió Mercedes con ahínco, y con una premura de que al instante se arrepintió, porque no á ella directamente se habia hecho la pregunta.—Conozco á un sugeto que le vió el dia mismo que las tropas tomaron posesion de la ciudad.

—¿Y quien es ese sugeto? preguntó la reina con entereza, aunque sin severidad, fijando de nuevo la vista en la cara de la doncella, con un interés que parecia acrecentarse á medida que la miraba.

Sintió ahora amargamente Mercedes su indiscrecion, y en despecho de un poderoso esfuerzo para reprimir sus sensaciones, la sangre denunciadora se le subió á las sienes antes que tuviese suficiente resolucion para replicar.

—Don Luis de Bobadilla, el sobrino de mi tutora Doña Beatriz, contestó por último la doncella; porque el amor de la verdad era mas fuerte en su corazon sin mancha que el recelo de la vergüenza.

—Sois demasiado específica, señorita, observó Isabela con serenidad, pues la aspereza rara vez intervenía en sus coloquios con los buenos y sanos de alma.—Don Luis pertenece á una familia demasiado ilustre para necesitar de un heraldo que preconice sus parentescos. Solo con los ignobles se muestra el mundo poco interesado en saber quienes sean. Hija marquesa, añadió la reina, aliviando á Mercedes de un estado de violencia, poco ménos penoso que el de la tortura, al volver la vista hácia su amiga.

—Ese sobrino tuyo es un vagamundo confirmado... pero me parece difícil que emprendiese una expedición como esta que el Genovés se propone, y tiene por objeto la gloria de Dios y el beneficio del Estado.

—En verdad, Señora — Mercedes reprimió su celo en virtud de un esfuerzo súbito y triunfante.

—¿Qué ibas á decir, Mercedes? observó con gravedad la reina.

—Suplico á Vuestra alteza me perdone; obré con irreflexión, pues no á mi fueron dirigidas vuestras palabras.

—No es esta la corte de la reina de Castilla, hija mia, sino el aposento privado de Isabela de Trastamara, contestó la soberana, deseosa de dulcificar el efecto de lo que ya habia pasado.—Tu tienes en las venas la sangre del Almirante de Castilla, y hasta parienta eres del rey nuestro Señor. Habla pues con franqueza.

—Conozco, Señora, la bondad que Vuestra Alteza me dispensa, y casi me olvidé á mí misma, alentada con su influjo. Cuanto tenia que decir era que Don Luis de Bobadilla anhela con todas veras que el Señor Colon consiga las caravelas que pretende, y que él mismo intenta solicitar el real permiso para alistarse en el número de los aventureros.

—¿Es así, Beatriz?

—Señora, Luis es un vagamundo fuera de toda duda; pero no le impelen á serlo motivos vulgares. Le he oído espresar con ahinco su deseo de ser uno de los secuaces de Colon. Toda vez que ese navegante sea enviado por Vuestra Alteza en busca del pais de Catay.

Sin replicarle Isabel soltó en las faldas su casera labor, y se mantuvo pensativa buen rato. Durante este intervalo, ninguna de las damas que la rodeaban se atrevió á proferir una sílaba, y Mercedes se escurrió á hurtadillas para ganar su escabel á los pies de la Infanta. Al fin, levantóse la reina, y atravesando el aposento, se acercó á la mesa en que Don Fernando se hallaba aun ocupado con su pluma. Detúvose allí un momento, cual si vacilase en interrumpirle; pero muy luego, poniéndole cariñosamente la mano sobre el hombro, atrajo su atención á sí misma. El monarca, cual si desconociese de donde tan solo pudiera proceder semejante familiaridad, volvió la cara al momento, y levantándose de su silla, fué quien primero habló.

—Precisa tener en observacion á los tales Moriscos., dijo el rey, manifestando el camino por donde ya se anticipaban sus pensamientos para el ensanche de su poderio.—Veo que hemos dejado á Abdalá muchos lugares fuertes en las Alpujarras, que pueden hacer de él un vecino muy incómodo, á no ser que le enviemos mas allá del Mediterráneo.

—De esto, Fernando, ya hablaremos en otra ocasion, interrumpióle la reina, cuya pura alma miraba con disgusto cuanto tenia visos de una falta de fé.—Bastante trabajo cuesta á los que rigen los destinos de los hombres acatar la obediencia á Dios y los dictados de sus propias conciencias, sin ceder á la tentacion de faltar á los pactos prometidos. Pero vengo á hablarte sobre otra cosa. La confusion de los tiempos y la magnitud de nuestros negocios nos han hecho descuidar la palabra que dimos al navegante Colon.

—Siempre ocupada con tu aguja, Isabela, y para mi comodidad, observó el rey, jugando con la camisa que su régia consorte se habia traído en la mano sin advertirlo; pocos de nuestros súbditos tienen esposas tan previsoras y benignas como tú.

—Siempre tu felicidad y consuelo fueron á mis ojos unos objetos tan secundarios solo á mi deber para con Dios y al cuidado de mi pueblo, replicó Isabel, complacida de que el rey hubiese advertido aquel pequeño homenaje de su sexo, aun cuando sospechase que fuese un efugio para evadir el objeto que con

tanta predileccion la ocupaba entónces.—Nada me atreveria á hacer yo en este importante asunto, sin tu aprobacion mas completa, toda vez que esta pueda conseguirse; al paso que me parece interesa á nuestra régia palabra el que no se demore por mas tiempo. Siete años han sido una prueba cruelisima, y si no obramos con actividad, será mas que probable que alguno de los románticos nobles del reino emprenda la aventura con la misma irreflexion que si fuese una zambra para refocilarse en la velada de algun santo patrono.

—Decis bien, señora; y desde luego pasaremos el asunto á manos de Fernando de Talavera, que ahi está, y de cuya discrecion no puede haber duda. Mientras asi hablaba el rey llamó por señas al sugeto mencionado, quien al momento se acercò á los régios consortes.—Arzobispo de Granada, prosiguió el ladino monarca, que tenia tantos dobleces como un moderno patriota de los que nunca pierden de vista su propio provecho.—Arzobispo de Granada, nuestra régia consorte desea que el asunto de Colon pase á consulta inmediata-



mente, y se dé cuenta á nos de él sin ulterior demora. Es nuestro placer conjunto que vos y otros peseis con madurez el proyecto en el término de veinte y cuatro horas, presentándonos reservadamente los informes que de su prolijo exámen resultaren. En el discurso del dia se os darán los nombres de vuestros asociados.

Mientras así la lengua de Fernando daba al prelado las instrucciones correspondientes, leia este en la espresion de los ojos del monarca y en la fria serenidad de sus facciones cierto significado que no fué lerda en interpretar su aguda y esperta cortesania. Sin embargo dió á entender lo dispuesto que se hallaba en asentir; y recibió los nombres de sus cólegas en la comision, de los cuales uno ó dos fueron señalados por la reina, y luego se detuvo á tomar parte en el coloquio.

—Este proyecto de Colon necesita examinarse con mayor prolijidad, continuó el rey, luego que se arreglaron los preliminares, y cuidado nuestro será que se investigue con la debida consideracion. Me han dicho que ese honrado navegante es un escelente cristiano.

—Así lo creo de buena fé; tambien tiene la idea, si Dios llegase á favorecer su actual empresa, de contribuir á un esfuerzo para rescatar el Santo Sepulcro.

—Hem! Tales designios no dejan de ser meritorios; pero el nuestro es mas positivo para adelantar la fé verdadera; aludo á nuestra reciente conquista. Hemos elevado la cruz, esposa mia, donde ha poco ondeaban las enseñas de la infidelidad, y Granada se halla tan próxima á Castilla, que no nos será difícil mantener en ella nuestros altares. Tal es á lo ménos, reverendo prelado, la opinion que sobre estas materias tiene un ignorante seglar como yo soy.

—Y esa opinion es tan justa como sabia, señor, contestó el arzobispo. Lo que puede abarcarse es mas fácil de conservar, pues que perdemos nuestro trabajo si nos empeñamos en conseguir aquellas cosas que la Providencia ha colocado tan fuera de nuestros alcances, que no parecen destinadas para nuestros propósitos.

—No faltarian, señor arzobispo, quienes pudiesen argüir contra toda tentativa de res-

catar el Santo Sepulcro, corroborados en opiniones semejantes por una autoridad de tan grave peso; dijo la reina.

—No señora; entónce interpretarian erróneamente esa misma autoridad, replicó presuroso el cortesano prelado. Estaria bien que toda la cristiandad desposeyese á los infieles de la Tierra Santa; pero es mejor para Castilla haberlos desalojado de esta ciudad de Granada. La distincion es muy obvia, y cualquier lógico habrá de admitirla.

—Esta verdad es tan convincente para nuestra razon, interpuso Fernando dirigiendo sus miradas á traves de la ventana próxima con cierto posado orgullo, como que esas torres pertenecieron á Abdalá y son ahora nuestras propias.

—¡Mejor para Castilla!—repitió Isabela, con el acento de una persona absorta en reflexion profunda.—Mejor tal vez para su poderio mundano, pero no mejor para las almas de los que la proeza consiguieran, y no mejor, por cierto, para la gloria del Altísimo!

—Respetadísima consorte, y esposa muy amada! dijo el rey...

—Señora! añadió el prelado...

Pero Isabela se alejó de ellos, reflexionando sobre principios escelsos, mientras los ojos de aquellos dos hombres mundanos se encontraron atraídos por esa especie de ladina inteligencia que es tan apreciable entre aquellos que estan inclinados á sustituir lo conveniente á lo justo. La reina no se volvió á su asiento, mas comenzó á pasearse arriba y abajo por aquella parte del salon que dejára vacante el arzobispo cuando se acercó á los régios esposos. Allí permaneció aislada durante algunos minutos, porque hasta el mismo Don Fernando la respetaba demasiado para atreverse á interrumpir sus meditaciones intrusamente. La reina, despues de dirigir repetidas miradas á Mercedes, le mandó por fin acercarse.

—Hija, dijo Isabela, quien con mucha frecuencia se valia de este cariñoso término para con las personas que amaba—¿no has olvidado tu voto, supongo?

—Despues de mis deberes para con Dios, señora, viene mi obligacion para con mis soberanos.

—Espresábase Mercedes con entereza, y salían de sus labios aquellos acentos que jamás engañan. Clayó los ojos Isabela en las pálidas facciones de la hermosa doncella, y luego que fueron pronounciadas las palabras antedichas, una tierna madre no pudo haber mirado á su hija predilecta con una espresion mas señalada de cariño.

—Tu deber para con Dios, hija mia, debe superar á todos tus otros sentimientos, como es muy justo; tu deber para conmigo es secundario é inferior. Sin embargo, asi tú como los demas debeis una solemne obligacion á vuestros soberanos, y me consideraria indigna del alto cargo que he recibido de la Providencia, si permitiese el mas leve menoscabo de esos deberes. No soy yo quien reinaré en Castilla, si no la Providencia, aunque yo sea su instrumento indigno y humilde. Mis súbditos son mis hijos, y muchas mis preces al cielo para que ensanche mi corazon de modo que todos tengan cabida dentro de él. Si los príncipes se ven obligados á veces á mirar con ceño á los indignos, solo forman un débil y distante remedo de aquel Ser

que no puede mirar el mal con complacencia.

—Espero, señora, dijo la jóven con timidez, y advirtiéndole que la reina hacia una pausa, espero que no he tenido la desgracia de ofenderos; el ceño de Vuestra Alteza sería la mas cruel de todas las calamidades.

—Tu? no, hija mia; ojalá que todas las doncellas de Castilla tuviesen tu sinceridad, tu modestia y tu sumision. Pero no es justo permitamos seas victima de tus propios sentidos. Tienes demasiada instruccion, Mercedes, para no distinguir el relumbrante oro-pel de aquello que tiene intrinseca valia.

—Señora! exclamó con ansia Mercedes— luego se contuvo porque conoció que era falta de respeto interrumpir á su soberana.

—Ya entiendo lo que quieres decir, hija mia, respondió Isabela, despues de hacer una pausa á fin de que se recobrase la asustada doncella:—Habla con franqueza, pues estás dirigiéndote á una madre.

—Iba á decir, señora, que si todo lo que relumbra no es de valor, tampoco cuanto desagrada á la vista, ó lo que pudiera conde-

nar el exterior, debe calificarse de valadí.

—Ya os entiendo, señorita, y la observación no deja de ser exacta. Ahora hablemos de otras cosas. Me parece que patrocinas los designios del navegante Colon?

—La opinion de una jóven, tan ignorante como yo, debe de tener bien poco influjo para con la reina de Castilla, que puede pedir consejo de los prelados y de los graves eclesiásticos, ademas de consultar su propia sabiduria: contestó con modestia Mercedes.

—Pero tu tienes en buen concepto su designio, ó yo me he equivocado en lo que significan tus espresiones.

—No, señora; bien me parece en verdad el proyecto de Colon, pues lo juzgo de tal nobleza y grandor que la divina Providencia habrá de favorecerlo por el bien de los hombres y el adelanto de su iglesia.

—¿Y crees que los nobles é hidalgos se presten á embarcarse con ese oscuro Genovés, á fin de participar de su atrevida empresa?

—Sintió la reina que la mano de Mercedes, que apretaba cariñosamente en la suya, co-



menzó á temblar, y al fijar los ojos en los de la jóven, notó que tenía carmesí el rostro, y la vista clavada en el suelo. Pero la generosa doncella creyó que aquel momento era demasiado critico para las fortunas de su amante, y rehizo todas sus energias á fin de favorecer sus intereses.

—Señora, si, lo creo; contestó ella con una firmeza, que sorprendió y complugn á la reina, quien entrando de lleno en sus sentimientos se puso á nivel de apreciarlos.—Creo que Don Luis de Bobadilla se embarcará con él, pues desde que su tia le ha hablado francamente acerca de la naturaleza y magnitud del designio, no piensa en otra cosa. Se halla dispuesto á suministrar fondos para la empresa, toda vez que sus tutores se avengan á proporcionárselos.

A lo que harian muy mal en avenirse sus tutores. Dade nos es disponer francamente de lo nuestro, al paso que nos está prohibido hacer sal y agua de los bienes ajenos. Si Don Luis de Bobadilla perseverase en su intencion y cumpliese con los obligaciones de su destino, juzgaré mas favorablemente de su ca-

rácter que hasta aquí las circunstancias me han inclinado á hacer.

—¡Señora!

—Oyeme, hija: no podemos seguir hablando sobre este punto, porque el consejo aguarda mi presencia, y el rey acaba de salir del salon. Tu tutora y yo consultaremos sobre la materia, y no te quedarás mucho tiempo en suspensa indebida; ahora bien, Mercedes de Valverde.....

—Señora y reina mia....

—Mercedes, tu voto! fué prestado con libertad, y no ha de olvidarse con presteza!

Besó luego Isabel la pálida megilla de la doncella, y se retiró seguida de las damas de su sequito; dejando á la medio complacida, aunque medio asustada Mercedes, puesta en pié en el centro de aquel vasto salon, y asemejándose en todo á una lindísima estatua de la Duda.

## CAPITULO VII.

Este es un hombre que tan altas quiso  
Sus mientes encumbrar, mientras tan honda  
La fábrica basó de sus designios,  
Que ni el temor ni la esperanza pueden  
Sacudir su estructura ponderosa.

DANIEL.



El día siguiente hormigueaba la Alhambra con los cortesanos de costumbre, todos para mendigar gracias; quienes dispuestos á hacer pomposo alarde de mentidos servicios, quienes á solicitar el desagravio de alguna imaginaria postergacion. Las antecámaras se veían en es-

tremo concuridas, mientras los varios individuos que las llenaban mirábanse entre si con ojos celosos, cual si quisiesen investigar hasta que punto las instancias de los demás concurrentes pudieran servir de obstáculo al adelanto de sus propias miras. En general se contentaban con saludarse fria y desconfiadamente, y si algunos llegaban á trocar unas cuantas frases de buena crianza, pertenecian estas á aquella urbanidad afectada y demasiado pulida que caracteriza por lo comun el lenguaje de los palacios.

Mientras que la curiosidad se atormentaba en adivinar los negocios de los varios sujetos que presentes se hallaban, y susurros, movimientos de cabeza y encogimientos de hombros, en union con miradas significativas, se trocaban entre varios de los marrajos pretendientes al comunicarse en muda pantomima lo poco que sabian ó afectaban saber sobre diferentes asuntos, estaba en un rincon del salon principal cierto personaje, que podia distinguirse de cuantos le rodeaban por su estatura, por la gravedad y dignidad de su porte, y especialmente por el gé-

nero de observacion que se atraia de los demás. Pocos se acercaban á él, y los que lo hacian lanzaban en torno de si, al volverle las espaldas, aquellas miradas de satisfaccion propia y de mal reprimido escarnio que caracterizan á las almas vulgares, cuando se les figura que su desprecio ó befa está en concierto con la opinion popular. Aquel era Colon, mirado comunmente por la muchedumbre en el concepto de un proyectista visionario, y como tal era consiguiente fuese el blanco de aquella murmuracion despreciativa que se acarrea semejante carácter. Pero ya hasta las pullas y chistes de la turba sobre este personaje se habian agotado completamente, y comenzábase á cansar la paciencia de aquellos mendigos de las regias gracias, cuando el crujido de la puerta dió aviso de acercarse algun nuevo cortesano. El modo obsequioso y súbito con que abrió calle la falange de pretendientes demostró al punto la presencia de un sugeto de alto rango, y de alli á poco se presentó en medio del aposento el jóven Don Luis de Bobadilla.

—Ese es el sobrino de la favorita de su

Alteza, susurró uno de los concurrentes.

—Un hidalgo de las familias mas ilustres de Castilla, añadió otro; pero dignísimo compañero de ese Colon, pues que ni la autoridad de sus tutores, ni los deseos de la reina, ni su escelsa clase han podido retraerle de la vida de un vagamundo.

—Y una de las mejores lanzas de España, observó un tercero, si tuviese juicio bastante para aprovecharse de su destreza.

—Este es aquel jóven caballero que se condujo con tanta bizzarria en la última campaña—refunfuñó un oficial subalterno de los peones—el que desensilló en el torneo á Don Alonso de Ojeda: su lanza es poco segura en el blanco á par que muy firme en el ristre. Tambien me han asegurado que es un rodavalles.

Cual si quisiese manifestar á propósito que tal era su carácter, miró Luis con anhelo alrededor de sí por un instante, dirigiéndose en seguida hacia donde estaba Colon. Las sonrisas, cabezadas, encogimientos de hombros y medio suprimidos susurros que se siguieron, indicaron la opinion comun que acer-

ca del jóven prevalecia; pero aconteció en aquel momento que se entreabriese la puerta de un gabinete contiguo, y olvidóse al punto el corto episodio que de referir acabamos.

—Os saludo con el mas cordial afecto, señor, dijo Don Luis, inclinándose profundamente delante de Colon. Desde nuestro coloquio de ayer tarde, no he podido apartar de mi imaginacion el asunto, y he venido aqui para renovarlo.

Cuanto agradó á Colon este homenaje, se manifestó en sus ojos, y en la sonrisa y manera con que erguió el talle, cual si le elevase la grandeza de su propio designio; pero vióse obligado á diferir el placer que siempre le proporcionaba esta idea, para esplayarse sobre el asunto material de su empresa.

—Hanme mandado venir aqui, noble caballero, respondió el navegante con cordialidad; he recibido una cita del señor arzobispo de Granada, quien parece está comisionado por sus Altezas para traer mi negocio á una pronta resolucion á cuyo fin se reunen los comisionados esta mañana misma. Tocamos ya al alba de grandes sucesos; no está



muy distante el día, en que esta conquista de Granada quedará sumergida en eterno olvido, en virtud de la mayor importancia de los inmensos prodigios que Dios ha tenido hasta ahora en reserva.

—Por San Pedro, mi patrono bendito, que os creo como al Evangelio. Señor! Catay ha de estar precisamente en el parage que insinuais, ó muy cerca de él, y vuestros propios ojos no han de verla, ni sus abundantes veneros de riquezas antes que los míos. Acordaos de Pedro de Muñoz, os lo suplico, Sr. Colon.

—No le olvidaré, yo os lo prometo, joven hidalgo; y todas las grandes hazañas de vuestros abuelos quedarán eclipsadas por la gloria que adquirirá su descendiente. Pero, oigo que me llaman por mi nombre; ya hablaremos de eso luego.

—“El Señor Cristóval Colon!” gritó uno de los pages en alta é imperante voz, y acudió al reclamo el navegante, henchido de esperanza y de gozo.

El modo en que uno, mirado tan generalmente con indiferencia, por no decir con despre-

cio por la muchedumbre, habia merecido que se le eligiese de entre aquella turba de cortesanos, causò alguna sorpresa; pero como siguiese adelante la comun rutina de las antesalas, y los empleados subalternos no tardasen en presentarse en ella con el objeto de oir las respectivas solicitudes de los pretendientes y de contestar á sus preguntas, muy pronto quedó olvidada la ocurrencia. Retiróse Luis bastante vejado, pues tenia esperanzas de disfrutar un largo rato de conversacion con el navegante genovés sobre una materia que tan intimamente ligada estaba con sus esperanzas mas dulces, y que mas ocupaba sus pensamientos. Le dejaremos por ahora con los demás que hacian antesala, á fin de seguir á Cristóval Colon dentro de los santuarios del palacio.

Fernando de Talavera no habia perdido de vista sus órdenes; pero, en vez de nombrar asistentes de este prelado á unos hombres inclinados á prestar imparcial oido á las proposiciones de Colon, así el rey como la reina habian cometido el error de elegir seis ú ocho de sus cortesanos, quienes, si bien eran sugetos de probidad y luces en el sen-

tido mas lato de la espresion, tenían poco uso en las investigaciones científicas para apreciar debidamente la grandeza de los descubrimientos que se les proponían. Introdújose á Colon á presencia de esta junta de ilustres hidalgos y distinguidos teólogos, entre los cuales supondrá nuestro lector que tomó asiento el navegante. Presidia á aquella solemne asamblea el Arzobispo de Granada.

—Segun parece, Sr. Colon, dijo el prelado, toda vez que sus Altezas os otorgaran sus poderes y facultades, os comprometéis á emprender un viage por el desconocido Atlántico, para buscar la tierra de Catay y la célebre isla de Cipango.

—Tal es mi designio, santo y noble prelado, y este asunto se ha cernido ya tantas veces por mí en union con los agentes de nuestros soberanos, que poco se necesita amplificar la materia.

—Verdad es que el punto se discutió en Salamanca, donde, á pesar de que muchos ilustrados eclesiásticos fueron parciales á vuestra opinion, un número mas crecido de sabios pronuncióse contra ella. Sin embargo,

el rey nuestro señor y su augusta consorte estan dispuestos á mirar el asunto con ojos mas favorables, y nombrado han esta comision para que podamos establecer las bases previas y determinar los derechos de las partes respectivas. ¿Qué fuerza de buques y de abastos pretendéis, á fin de llevar á cabo las grandes empresas que meditais cumplir con la bendicion del Altisimo?

—Bien habeis hablado, Señor Arzobispo; con la bendicion de Dios y bajo su tutela especial conseguirse há todo, pues que su gloria y culto divino estan intimamente ligados con el éxito. Teniendo de mi parte un aliado tan poderoso, escasa ayuda de favor munda- no será necesaria. Dos caravelas de ligero porte es cuanto pido, autorizadas con la enseña de los soberanos, y abastecidas con el adecuado complemento de tripulacion.

Miráronse unos á otros sorprendidos los comisionados, y mientras estos descubrian en súplica tan moderada el entusiasmo imprevi- sor de un fanático visionario, aquellos des- entrañaban en ella la confianza implícita de un sincero féota.

—No es en verdad muy encumbrada la pretension, observó el prelado, quien seguia el dictamen de los primeros; y aunque estas guerras han dejado bastante agotado el tesoro de Castilla, no seria dificil proporcionar esos modestos recursos sin el auxilio de un milagro. Hallarianse las caravelas, ni tampoco les faltaria tripulacion; pero hay algunos puntos de suma importancia que determinar antes que lleguemos á esas concesiones. Parece-me, Señor, que exigis se ponga la empresa bajo vuestro mando personal.

—Sin esa condicion no me seria posible responder del éxito. Pido la plena y completa autorizacion de almirante ó gefe marino de sus Altezas. Aunque las fuerzas que se empleen parezcan frivolas, grandes han de ser los riesgos, y el poder de entrambas coronas habrá de sostener con todas veras al varon, cuyos hombros abrumare el enorme peso de semejante responsabilidad.

—Esto es muy justo, y nadie pudiera disputarlo. Pero ¿habeis considerado maduramente las ventajas que á los soberanos habran de refluir en caso de que patrocinarén vuestra empresa?

—Señor arzobispo, durante diez y ocho años ha ocupado mis pensamientos este negocio, y sido el tema de mis estudios, día y noche. Poco ó nada he hecho en el discurso de periodo tan largo que tendencia no tuviese directa y afanosa al buen éxito de tan potente tentativa. Así es que no me ha sido posible olvidar las ventajas que deben emanar de ella.

—Decidlas, pues, señor.

—En primer lugar, cual se adeuda á su omniscia y omnipotente proteccion, darase gloria al Altísimo, á causa de la propagacion de su culto y del mas lato imperio de su iglesia.—Aquí Fernando de Talavera, y los demas eclesiásticos presentes se persignaron con devocion, en cuya ceremonia juntóseles el navegante.—Sus Altezas, como es justo, sacarán el beneficio próximo, el de ensanchar los limites de su dominios, y acrecentar el número de sus vasallos. En raudal rápido y henchido afluirán sobre Castilla y Aragon riquezas incalculables, pues que su Santidad concede libremente á los monarcas cristianos los tronos y territorios de cuantos príncipes in-

fieles se logre descubrir, y el vasallage de los pueblos, que por su medio, lleguen á convertirse á la fé.

—Eso es muy plausible, repuso el prelado, y se funda en principios asaz justos. Cierto es que su Santidad tiene tal poder, y que se le ha visto usarlo en pró de la gloria de Dios. No desconocereis por otra parte, señor Colon, que ya Don Juan de Portugal se ha interesado mucho en esta clase de proyectos, y que tal vez, así él como sus predecesores, han llevado los descubrimientos hasta su límite mas remoto, al paso que sus empresas obtuvieran de Roma ciertos privilegios indisputables.

—No ignoro las empresas de los Portugueses, ilustre prelado, ni tampoco el espíritu con que Don Juan ha egercido su poder. Sus buques navegan á lo largo de las costas occidentales de Africa, y en una direccion diametralmente opuesta á la que me propongo seguir. Mi objeto es lanzarme de una vez en el anchuroso Atlántico, y en virtud de seguir al Sol hácia el punto de su retrete vespertino, alcanzar los límites orientales



de las Indias, siguiendo un rumbo que acortará el viage de algunos meses.

Aunque el arzobispo y la mayor parte de sus coadyutores pertenecian á la clase numerosa de los que contemplaban á Colon como á un exaltado visionario, la firme á par que elevada dignidad con que tan sencillamente aludia á sus proyectos, el modo con que alisaba entretanto con mansedumbre sus blancos cabellos, y el entusiasmo que nunca dejaba de resplandecer en sus ojos, todo el tiempo que se esplayaba sobre sus nobles desigñios, produjeron una profunda impresion en los circunstantes, y hubo un momento en que la sensacion general se inclinára á favorecerle hasta donde alcanzasen los medios comunes. Fué una prueba singular y notable de la existencia de esta pasagera sensacion el que uno de los comisionados le preguntára acto continuo.

—¿Os proponeis, señor Colon, ir en busca de la corte del Preste Juan?

—Ignoro que aun tenga existencia semejante personage, noble señor; contestó el navegante, cuyas nociones habian adquirido

aquella fija y filosófica despreocupacion que nos presta la ciencia, y quien poco se mezclaba en analizar las falacias populares de aquel tiempo, al paso que le alucinaba en gran parte la ignorancia del siglo.—No encuentro bases en que establecer la verdad de que tal monarca exista, ni de que haya en el mundo semejantes territorios.

Esta admision fué nada favorable á la causa del piloto genovés; pues afirmar que la tierra es esférica, y que el Preste Juan era una creacion de la fantasia, equivalia á abandonar lo maravilloso para retroceder sobre las demostraciones y probabilidades; carrera que parece desagradable seguir al espíritu humano en su condicion inculta.

—No faltan hombres dispuestos á creer en la verdad de que existen asi el poder del Preste Juan como sus territorios—interrumpió otro de los comisionados, quien tan solo debia su actual nombramiento á la política del rey Fernando,—ni quienes nieguen sin rebozo que la tierra es redonda, pues que todos sabemos que hay reyes y comarcas, y cristianos tambien; siendo muy claro á los ojos

de todos que las tierras y las mares son unas completas llanuras.

La mayor parte de los presentes accedió á este dictámen con una sonrisa aprobadora; mientras el mismo Fernando de Talavera dudó hasta cierto punto de su exactitud.

—Señor, contestó Colon con mansedumbre, si cuanto en este mundo existe fuera en verdad lo que parece, poco caso se haria de las confesiones y aun mucho menos de las penitencias.

—Os juzgo un buen cristiano, señor Colon! observó el Arzobispo con cierta aspereza.

—Tal soy, y cual me han hecho la gracia de Dios y la débil naturaleza, Señor Arzobispo; aun cuando confio humildemente que, luego que haya conseguido este grandioso fin, se me tendrá por mas digno de la divina proteccion asi como tambien del favor divino.

—Dicese que os juzgais señalado especialmente por la Providencia para este designio.

—Siento en mi interior cierta cosa, reverendo prelado, que á tal esperanza me impele; al paso que nada fundo en misterios que suponeis superiores á mi comprehension.

—Difícil hubiera sido acertar si Colón había ganado ó perdido en las opiniones de su auditorio con esta respuesta. Los sentimientos religiosos de aquel siglo estaban perfectamente acordes con esta idea; pero en el sentir de los eclesiásticos presentes parecía arrogante que un seglar, humilde y desconocido, pudiera creer posible que él fuese el agente selecto, mientras se desairaba á tantos, cuyos méritos eran mas obvios. Sin embargo, no se traslució en la asamblea la mas leve muestra de que tal sensacion hubiese por ella discurrido, pues entonces como ahora aquel que parece confiar en el poder de Dios se arroga cierto peso é influjo que por lo comun le pone á cubierto de todo reproche.

—Os proponeis llegar á Catay, por el arbitrio de atravesar el estenso Atlántico, prosiguió el Arzobispo, y al mismo tiempo negais la existencia del Preste Juan?

—Perdonadme, santo prelado. Propóngome llegar á Catay y á Cipango en la manera que decis, pero no niego absolutamente la existencia del monarca que mencionado me habeis. En pró de las probabilidades del

buen éxito de mis empresas, ya he producido sendas pruebas y razones que han satisfecho á muchos eclesiásticos, á par que faltan datos fijos para establecer el segundo hecho.

—No obstante, asegúrase que Giovamni di Montecorvino, piadoso obispo de nuestra santa Iglesia, convirtió á ese príncipe á la verdadera fé cerca de dos siglos hace.

—Todo puede conseguir el poder de Dios, señor Arzobispo, y lejos sea de mí poner en duda los méritos de sus ministros electos. Cuanto sobre este punto contestar puedo, es decir, que no encuentro razones plausibles ni científicas que me justifiquen en proseguir lo que puede acertar á ser tan ilusorio como la luz que retrocede ante la mano que se empeña en palparla. Respecto á Catay, su posición y maravillas, tenemos el testimonio, harto mejor basado, de los célebres venecianos Marco y Nicolo Polo, quienes no solo viajaron por aquellos países, sino que residieron luengos años en la corte de su monarca. Pero, nobles señores, sea que exista el Preste Juan ó el reino de Catay, límites ha de tener

el lado occidental del Atlántico, y en busca de ese límite estoy dispuesto á navegar.

Dió indicios el arzobispo de su falta de creencia, levantando al techo los ojos; pero como tuviese que cumplir los mandatos de quienes acostumbraban á hacerse obedecer, y recordase que las teorías de Colón se habían oído é informado gravemente años antes en Salamanca, determinó con prudencia encerrarse en la esfera demarcada, y dirigirse de una vez al punto que era su obligación investigar.

—Manifestado habeis las ventajas, que segun juzgais, han de resultar á los soberanos, toda vez que tenga buen éxito vuestra empresa, dijo el arzobispo; y en verdad que mezquinas no son, si llegan á realizarse todas vuestras lucidas esperanzas, señor; queda ahora saber las condiciones que os reservais, como recompensa de vuestros peligros y de tantos años de incansable tarea.

—Todo se ha considerado maduramente, ilustre arzobispo, y hallareis esprimida en este escrito la sustancia de mis deseos, aunque no rezan en él varias condiciones de menor nota.

Así hablando, entregó Colon los apuntes á que aludia á Fernando de Talavera. Recorriólos con la vista el Prelado, rápidamente al principio, mas segunda vez con mayor calma; de modo que hubiera sido difícil averiguar si el escarnio ó la indignacion se espresaban en su semblante con mayor fuerza al arrojar sobre la mesa el documento con ademan de burla. Luego que este acto de menosprecio quedó verificado, volvióse hácia Colon, cual si quisiera satisfacerse de que el navegante no estaba completamente falto de juicio.

—¿Es con toda formalidad que pedis estas condiciones, Señor? preguntóle con adus-tez y lanzándole una mirada, la cual hubiera hecho vacilar á la mayor parte de los hombres que se viesen en la humilde posicion del na-vegante.

—Señor Arzobispo, respondió Colon, con una dignidad que no era fácil sacar de los estribos, diez y ocho años hace ahora que este asunto ha ocupado mis mientes. Du-rante este largo periodo, en ninguna otra cosa he pensado seriamente, y bien puede de-cirse que en ella se ha ocupado mi ánima



en sus ensueños y en sus vigiliass.

Temprano y claro presentóse á mis ojos la verdad; cada dia empero la ha traído á mi convencimiento mas y mas brillante. Siento confianza en su éxito, pues que emana de mi dependencia en el Altísimo. Créome un agente electo para la consecucion de grandes fines, y fines que decidirse no habrán con el éxito de esta sola tentativa. Hay mas allá mucho oculto, y preciso me es conservar la dignidad y los medios necesarios para descubrirlo. No puedo rebajar un ápice de la naturaleza ó suma de estas condiciones.

Aunque el modo con que estas palabras se pronunciáran les prestase bastante peso, imaginóse el prelado que el cerebro del navegante habia llegado á descomponerse por causa de su larga contemplacion de un asunto aislado. Las únicas cosas que dejaban alguna duda acerca de la justeza de su dictámen, eran el método y la ciencia con que tantas veces habia sostenido, hasta en su misma presencia, lo razonable de sus suposiciones geográficas; cuyos argumentos, aun cuando hubieran dejado de convencer á quien tan

empeñado estaba en concluir que el proyectista fuese un visionario, habían llenado de dudas al oyente. Con todo eso, parecíanle tan extravagantes las condiciones que acababa de leer, que por un breve rato cierto sentimiento de compasión reprimió el acceso de ira á que se sentía dispuesto á dar suelta.

—¿Qué os parece, nobles señores,? gritó con sarcasmo el arzobispo, volviéndose hácia tres comisionados que habían asido anhelosos el papel y se esforzaban en leerlo todos á la par.

—¿Qué os parece de las moderadas y modestas condiciones del señor Cristóval Colón, el célebre navegante que confundió á la junta de Salamanca? ¿No son cuales conviene aceptar á sus Altezas con dobladas rodillas y efusiones de gratitud?

—Leédlas, señor arzobispo, clamaron varios de consuno; hacednos conocer su naturaleza!

—Hay muchas de menor cuantía que pudieran otorgarse como indignas de discusión, prosiguió el prelado, tomando el papel; pero anótanse dos que deberan dar á los sobe-

ranos satisfaccion suma. El señor Colon se contenta desde luego con el rango de Almirante y Virey de todas las comarcas que descubra, y respecto á ganancias... con un diezmo... la parte de la iglesia, reverendos hermanos!... con un *mezquino* diezmo de las procedencias y alcabalas quedará condignamente satisfecho!

El murmullo general, que circuló entre los comisionados, dió á entender que el disgusto era comun, y en aquel instante no podia contar el Genovés con un solo voto.

—Ni esto es todo, nobles ilustres, y eclesiásticos santos, prosiguió el arzobispo, aprovechando la ventaja luego que creyó á sus oyentes dispuestos á oírle; ni esto es todo; pues no sea que estas escelsas dignidades llegaren á cansar los hombros de sus Altezas y los de su régia progenie, consiente el liberal Genovés en transmitirlos á su propia posteridad, para todo el tiempo porvenir, convirtiendo el reino de Catay en mina prolifica en pro de la casa de Colon, para el sosten de cuyo esplendor habrá de consignarse á su cuidado especial una décima parte de los beneficios!

—Alzándose hubiera una recia y abierta carcajada con esta salida, si reprimido no la hubiese el noble porte de Colon, y hasta Fernando de Talavera, al hallarse blanco del severo reproche con que respondieron á su inyectiva unos ojos y un semblante en que retratada se contemplaba la autoridad mas grave y serena, comenzó á creer que se habia deslizado algo mas léjos de lo que debia.

—Perdonadme, señor Colon, añadió el prelado inmediatamente y con mayor urbanidad, pero vuestras condiciones resonaron tan campanudas en mis oídos que casi me cogieron de sorpresa. ¿No supongo que pretendéis sostenerlas con seriedad?

—Ni un ápice de ellas rebajaré, ilustre señor; pues á tanto se estiende mi derecho, y aquel que se aviene á ménos de lo que es su merecido, se convierte en instrumento de su propia humillacion. Daré á los soberanos un imperio que escederá en mucho á todas sus demas posesiones, y justo es que exija mi galardón. Tambien os digo, reverendo prelado, que mucho hay en reserva, y que de estas condiciones se necesita para el cumplimiento de los hados porvenir.

—Estas son por cierto unas proposiciones muy modestas para un oscuro Genovés! exclamó uno de los cortesanos, ahogado ya de repugnancia y cólera.—El señor Colon quiere asegurarse de un escelso rango en el servicio de sus Altezas, y si nada consigue pretende disfrutar de sus honores á poca costa; mientras si tan improbable designio llegase á producir algun éxito, se haria nada menos que un *vice-rei*, contentándose humildemente con las rentas que á la iglesia corresponden!

Esta observacion pareció determinar todo vacilamiento, y levantáronse á una los comisionados, cual si el asunto fuese indigno de ulterior discusion. Con el objeto empero de conservar á lo ménos la apariencia de la imparcialidad y cordura, volvióse el arzobispo una vez mas hácia el navegante, y seguro ya de obtener sus miras, hablóle en términos mas comedidos.

—Por la vez postrera, señor, le dijo, ¿os pregunto si insistis en vuestras inauditas condiciones?

—En ellas y no en otras ningunas, res-

pondió Colon con firmeza; cónstame la magnitud de los servicios que á prestar voy, y en nada los degradaré, ni de modo ninguno haré menoscabo á su dignidad aceptando otra cosa. Pero, señor arzobispo, y vos tambien noble hidalgo, que con tal liviandad tratais mis pretensiones, vedme pronto á añadir al riesgo de mi persona, de mi vida, y de mi fama, el del oro... suministraré una octava parte de las cantidades requeridas, toda vez que en igual proporcion se me acrecienten las ganancias.

—Basta... basta! vociferò el prelado, preparándose para dejar el aposento; elevaremos nuestro informe á los soberanos, y no tardareis en saber su resolucion.

Así terminó la conferencia. Saliéronse de la sala los cortesanos, hablando acalorados unos con otros, cual hombres que tuviesen poca reserva en reprimir su empacho: mientras por el otro extremo se retiraba Colon, lleno del noble carácter de sus propios designios, con el porte majestuoso de un hombre á quien no pudieran rebajar el concepto que de sí mismo tenia los clamores de

los ignorantes, y que justipreciaba con demasiada exactitud la necedad y mezquinería para permitirles que causasen la mas leve mudanza en sus altos propósitos.

Fernando de Talavera cumplió al punto su palabra. Era confesor de la reina, y en virtud de ese sagrado encargo, tenia á todas horas acceso á su presencia. Lleno del asunto de la entrevista reciente, dirigióse en derecha á las habitaciones privadas de Isabela, donde fué admitido sin demora. Oyó la esposa de Fernando sus informes con mortificación y pesadumbre, pues ya su ánimo estaba consentido en la próxima salida de aquella extraordinaria expedición. Pero la influencia del Arzobispo era muy grande, porque constábale á su regia penitente la sinceridad y adhesión de su prelado.

—Esto, señora, es llevar la presunción hasta la insolencia, continuó el airado eclesiástico; bueno es que se nos presente aquí un aventurero mendicante pretendiendo honores y regalias que solo pertenecen á Dios y á sus ungidos, los príncipes de la tierra. ¿Quién es este Colon?—un oscuro genovés;



sín embargo pretende encumbrar sus solitudes á una altura que haria vacilar hasta á uno del apellido de los Guzmanes.

—Es un buen cristiano, santo padre, replicó Isabela con mansedumbre, y parece deleitarse en el servicio y gloria de Dios, mientras anhela favorecer el engrandecimiento de su visible y Católica iglesia.

—Verdad señora, pero tambien en esto puede existir engaño.

—No, señor Arzobispo; no creo que el engaño sea uno de los defectos de ese hombre, porque habla mas franca ni porte mas varonil que el suyo raras veces se ven, ni aun entre los poderosos. Por luengos años ha sido pretendiente en nuestra corte, y sin embargo, imputársele no es posible el mas leve acto de indigna bajeza.

—Me guardaré, Doña Isabel, de juzgar con aspereza del corazon de ese hombre, pero sí podemos poner en ciernes sus acciones y solitudes, reduciéndolas al grado correspondiente á la dignidad de las dos coronas con franqueza y sin censura. Confieso que es grave y mesurado, que de toda liviandad carecen

sus maneras y discursos; y estas son recomendaciones sin duda muy plausibles cuando un espíritu de mundano doblez se agita hoy en las cortes—sonrióse Isabela; pero nada dijo, porque su consejero espiritual acostumbraba reprocharla con franqueza, y ella escucharle con mansedumbre—donde el siglo no ostenta por cierto los modelos mas puros de sobriedad de ideas, ni de devocion; pero aun estas pueden existir sin el espíritu adecuado para el cielo. ¿Qué son sin embargo la gravedad y el decoro, si se hallan sostenidos por una henchida vanidad y una codicia sin término? Y tal las denominaré porque las pretensiones de un ente tan valadí no merecen el nombre elevado de ambicion! Reflexionad, señora, sobre la intrínseca valia de estas exigencias. Solicita ese Colon que se le establezca para siempre en el alto rango de sustituto de un rey, no solo para su propia persona, sino para sus descendientes, en todo el tiempo porvenir, con el título y autoridad de Almirante sobre los mares adyacentes, toda vez que llegare á descubrir esas comarcas que tanto exagera, antes aun de

aceptar el mando de bajel ninguno de Vuestas Altezas; destino por sí solo asaz honroso para un sugeto de tan mezquina suposición! Si tan extravagantes pretensiones á realizarse llegáran,... y todas las probabilidades están en contra de su buen éxito... sus exigencias superarían á sus servicios; por lo contrario, en caso de frustración, el nombre de Castellano y Aragonés quedaria puesto en ridiculo, y un triste desacato mancillaria tal vez la dignidad régia, á causa de haber sido engañada de tal modo por un aventurero ladino. Deslustrarse habria hasta cierto punto esta reciente conquista en virtud de un error tan malhadado.

—Hija marquesa, observó la reina, volviéndose hácia su fiel y bien probada amiga, que se ocupaba con la aguja en un escaño inmediato á la princesa—en verdad que estas condiciones de Colon parecen traspasar los límites de lo justo!

—Tambien la empresa escede á todos los términos usuales de las aventuras y de los riesgos, señora: fué la firme réplica que dió Doña Beatriz, al mirar de reojo hácia el sem-

blante de Mercedes.—Nobles esfuerzos merecen nobles galardones.

Siguieron los ojos de Isabela el soslayo de los de su amiga, y permanecieron fijos largo rato en las pálidas y anhelosas facciones de la doncella castellana. Entretanto la hermosa jóven estaba ignorante de que fuese objeto de tanta atencion; pero al que estuviese á fondo de su secreto le era fácil trazar la anhelante zozobra con que aguardaba el finiquito. Habíale parecido tan razonables á Isabela las opiniones de su confesor, que se hallaba próxima á dar su aprobacion al informe de los comisionados, y á abandonar completamente cuantas esperanzas y expectativas habia empezado á copular en sus mientes con el buen éxito de los planes de Colon, cuando un sentimiento mas blando, una sensacion que con tanta peculiaridad pertenecia á su propio femenino corazon, acudió á intervenir para dar al navegante otra probabilidad de victoria. Rara vez acontece que una muger sea insensible á las simpatias que tienen relacion con sus afectos, y los deseos que emanaron de su amor á Mercedes de Valverde, fueron

la causa activa de la decision que tomé la reina de Castilla en aquellos críticos momentos.

—No debemos obrar con aspereza ni precipitacion respecto á ese Genovés, señor arzobispo, dijo ella, volviéndose de nuevo al prelado; tuyas son las virtudes de sinceridad y honradez, y tales virtudes aprenden á apreciar los soberanos. Verdad es que sus pretensiones han llegado á hacerse asaz exageradas, por causa sin duda de una continua y larga meditacion sobre un proyecto favorito y grandioso, pero quizás palabras de afecto y sanos raciocinios consigan reducirlas á términos moderados. Propóngansele, pues, condiciones emanadas directamente de nos, y sin duda sus necesidades, y cuando no un sentimiento de justicia, le conducirán á aceptarlas. Lo del vireinato, en verdad, escede á la usual politica de los príncipes, y, como bien decis, santo prelado, el diezmo es una regalia de la iglesia; pero respecto al rango de almirante, paréceme esa una justísima pretension. Citadle de nuevo; hacelle estas rebajadas proposiciones; sea en buen hora vi-

rey en su propia persona y durante el beneplácito de Don Fernando y de nos; pero exigid que abandone esa solicitud respecto á su posteridad.

Aun estas concesiones parecieron harto elevadas á Fernando de Talavera, quien, á par que desempeñaba su sagrado oficio con encumbrada autoridad, conocia demasiado á fondo el carácter de Isabela, para que presumiese disputar una orden de ella emanada, aun cuando se pronunciase en la manera blanda y femenil que tanto la caracterizaba. Despues de recibir algunas otras instrucciones, y conseguido el dictamen del rey, quien estaba trabajando en un gabinete contiguo, partió el prelado á egecutar su nueva comision.

Transeuriéronse dos ó tres dias antes que llegase á término el negocio, y otra vez hallábase Doña Isabel sentada en su doméstico círculo, cuando su confesor pidió acceso á su real presencia. Entrò el arzobispo con enrojecido senblante, mientras tan desazonado parecia en todo su continente, que á la persona mas imparcial le hubiera sido facil advertirlo.



—¿Qué ocurre ahora, santo arzobispo? preguntó Isabel; ¿os veja el espíritu vuestro rebaño, ó tan duro es amansar á esos infieles?

—No es nada de eso, señora; nada referente á mi nueva grey; pues que hallo hasta á los secuaces del falso profeta mas razonables que algunos de los que se jactan de ensalzar el nombre de Cristo y de preconizar sus favores. El tal Colon es un loco, y mas adecuado para convertirse en santo á los ojos de los Musulmanes, que para ser ni aun el último piloto en el servicio de vuestra Alteza!

A este acceso de indignacion, la reina, la marquesa de Moya y doña Mercedes de Valverde, dejaron caer simultáneas la costura, y fijaron los ojos en el prelado con uniforme interés. Lisonjeado habíales la idea de que esaban próximas á desvanecerse cuantas dificultades se opusieran al favorable término de la negociacion, y que se acercaba el tiempo en que aquel mortal, quien, en despecho de la osadia y carácter extraordinario de sus proyectos, habia conseguido obtener su admiracion é interesar sus sensaciones, fuese á



partir, y exhibiera al mundo una solucion práctica de los problemas que á tal grado trajeran perplejas sus mentes, al paso que escitada su curiosidad. Pero aquí se ofrecia cierta ocurrencia, que parecia poner un término súbito é imprevisto á todas sus esperanzas, y mientras Mercedes sentia que alguna cosa parecida al desespero le helaba el corazon, asi la reina como Doña Beatriz se quedaron confusas y disgustadas.

—¿Explicasteis debidamente al señor Colón la naturaleza de nuestras proposiciones? preguntó Isabela, con mayor severidad en el tono de su voz de lo que acostumbraba. ¿Todavía insiste en su pretension de la facultad vice-regia, y en aquella cláusula tan ofensiva para nos á favor de su posteridad? —Así es, señora; aunque fuese la misma Isabel de Castilla pactando con Enrique de Inglaterra, ó con Luis de Francia, el enahambrido Genovés no podria exigir términos mas altos, ni condiciones mas inflexibles. Nada quiere rebajar. El dichoso hombre se considera selecto por Dios mismo para traer á cabo ciertos fines; y así su language co-

mo sus exigencias son tales que ni el hombre que sintiese un santo impulso para ayudarle en su carrera podria considerarse en pretendellas garantizado.

—No deja de tener su mérito esa constancia, observó la reina; pero tambien las concesiones tienen sus límites. Ya no instaré á favor del piloto; mas le dejaré que corra la fortuna que sigue naturalmente en pos de los que son presumidos y estravagantes en sus pretensiones.

En toda apariencia estas palabras sellaban la suerte de Colon en Castilla. Aplacóse el arzobispo, quien, despues de haber tenido una corta conferencia con su régia hija de confesion, salióse del cuarto. Pocas horas mas tarde, Cristóval Colon, como le llamaban los Españoles, ó Columbus, como le plugo denominarse á si mismo en futuros años, recibió por respuesta definitiva la comunicacion oficial de que se habian desechado sus condiciones, y roto completamente el negociado de su propuesto viage á las Indias.

## CAPITULO VIII.

Vi así desde la infancia con dolor,  
Mis mas dulces anhelos decaer,  
Jamás he amado fruta ó tierna flor  
Que primera no fuese en perecer."

LALA ROOIK.

**E**ABRASE adelantado ya la  
estacion hasta los primeros dias  
de Febrero, y en aquella baja  
latitud tornábase el temporal benigno y las  
brisas vernaes. A la mañana que siguiera á la  
antedicha entrevista, seis ú ocho personas,  
atraidas por la suavidad del dia, y llevadas mo-

ralmente por un motivo mas elevado, se hallaban reunidas delante de la puerta de uno de los edificios que se erigieran para alojamiento del ejército conquistador. Formaban el grupo varios Españoles de edad madura, entre los cuales se hallaba el joven Luis de Bobadilla, y erguíase la alta y respetable forma de Colon. Estaba este en traje de camino, y una robusta y bien dispuesta mula andaluza á su lado, pronta para recibir á su jinete. Cabe ella relinchaba un generoso corcel, indicando por sus jaeces que su dueño iba á acompañar al caminante. Veíase entre los reunidos allí á Alonso de Quintanilla, contador general de los dominios castellanos, leal amigo del navegante, y á Luis de San Angel, receptor de las rentas eclesiásticas de Aragon, quien era uno de los mas celosos prosélitos de cuantos habia hecho Colon á la justeza filosófica de sus opiniones y á la verdad de sus vastos conceptos.

Los dos últimos habian estado en íntimo coloquio con el navegador, pero hallábase terminado el diálogo, y el señor San Angel, varon de sentimientos generosos, y de imagi-

nación ardiente, se expresaba en los términos que siguen:

—Por el lustre de ambas coronas, no debería de haber acontecido esto! Pero id con Dios, señor Colon; el Cielo os conserve en su santa guarda, y envíe en lo venidero delante de jueces mas sabios é imparciales. Lo pasado solo podrá causarnos pesar y vergüenza, mientras lo futuro está encerrado en el seno del tiempo.

Despidiéronse del navegante cuantos habia en la reunion, escepto Luis de Bobadilla. Luego que se quedaron solos montó este en su noble corcel. Ni una sílaba salió de los labios de los ginetes, hasta no hallarse buenamente en el llano, aunque á Colon se le escapaban frecuentes suspiros, cual arrancaria del pecho un hombre abrumado de pesares. Sin embargo la serenidad estaba en su rostro, y la dignidad en su talante, mientras ardía en sus ojos aquel fuego inestinguible que se alimenta en el alma por dentro. Luego que hubieron dejado atrás las puertas de Granada, volvióse Colon urbanamente á su juvenil compañero, y dióle gracias por

su escolta; mas en virtud de cierta consideracion por él, que hacia honor á su propio corazon, le dijo:

—Mientras tanto me ensoberbece esta honra, pues que me la otorga un sugeto tan noble y tan lleno de esperanzas, no es justo que me olvide de vuestro propio decoro; ¿no advertisteis, amigo Luis, mientras atravesábamos las calles, que varios Españoles me señalaban como objeto de mofa?

—Bien lo noté, señor, contestóle Luis, con las megillas encendidas de indignacion, y á no ser porque recelaba daros disgusto, hubieran pisado á esos belitres las herraduras de mi rocin por falta de tener yo una lanza donde ensartarlos.

—Bien habeis obrado, y sábiamente por cierto, manifestando de ese modo vuestra tolerancia. Pero esos son hombres, y su comun juicio forma la pública opinion; no advierto que la cuna ni las diversas circunstancias que les diferencian, cause distinciones materiales entre ellos, por mucho que varíen la moda de la espresion. Hay plebeyos entre los nobles, y nobles entre los plebeyos. Hasta este bon-



dadoso acto de urbanidad hallará sus mofadores y bufones en la corte de los dos soberanos.

—Considered lo que hace, quien presume hablar de vos con ligereza á Luis de Bobadilla! El linage á que pertenezco no es asaz sufrido, y la sangre castellana suele estar muy dispuesta á repentinos hervores.

—Mucho sentiria ver á hombre ninguno desnudar la espada en querella que me perteneciera; y cuyo desagravio consistiese en mis propios brios. Pero si hemos de reñir con todos los que piensan ú obran con necedad, bien podemos jamas desceñirnos el arnés. Dejad que los jóvenes nobles, si tal les place, den suelta á su humor festivo á mi costa... pero no me pongais en la precision de arrepentirme de la amistad que os profeso.

Prometióselo Luis de buena fé, y luego, cual si sus pensamientos vagamundos quisieran volver al mismo tema, sin que á ello se les invitase, tornó presuroso al asunto:

—Hablais de los nobles, cual si pertenecieseis á una clase diversa de la suya; supongo, señor Colon, que tambien sois noble?



—¿Y haría alguna mudanza en vuestras opiniones y sentimientos respecto á mí, si os respondiera que no?

Encendiósele un instante la megilla á Don Luis, porque se arrepintió de la observacion que acababa de hacer; pero retrocediendo á su propia naturaleza tan generosa como franca, contestó sin detenerse, y fuera de toda reserva y duplicidad:

—Por San Pedro el nuevo santo de mi devocion! que desearia fuerais noble siquiera por la honra de la clase! Hay tantos entre nosotros que dan tan escaso lustre á sus espuelas, que mucho nos alegrariamos de recibir vuestra digna adquisicion.

El mundo está formado de mudanzas, jóven caballero, repuso Colon sonriéndose. Las estaciones padecen sus cambios: sigue la noche al día; los cometas van y vienen; los monarcas se tornan súbditos, y los súbditos monarcas; los nobles pierden el recuerdo de su genealogia, y elévanse los plebeyos al rango de los nobles. Hay en nuestra familia una tradicion de que en cierto tiempo pertenecemos á la clase privilegiada; mas el tiempo

y nuestra malhadada fortuna nos ha reducido á humildes ocupaciones. ¿Y habré de echar de ménos la compañía honorífica de Don Luis de Bobadilla en el gran viage, toda vez que mis pretensiones sean mas afortunadas en Francia que han sido en Castilla, porque acontece que su comandante haya perdido sus testimonios de nobleza?

—Ese seria un motivo bien indigno, señor, y me apresuro á corregir vuestro yerro. Supuesto que ahora vamos á separarnos por algun tiempo, os pido permiso para desnudar ante vuestros ojos toda mi ánima. Confieso que al oír hablar por primera vez de vuestro meditado viage, parecióme el designio de un loco...

—Ay! amigo Don Luis, interrumpióle Colon meneando tristemente la cabeza, por desgracia esa es la opinion de muchos! Temo que asi el mismo Don Fernando de Aragon, como ese adusto prelado, que fué el reciente juez del litigio, opinan de igual manera.

—Perdonadme, señor Colon, si algo he proferido que lastimaros pudiera; pero si alguna vez os he hecho injusticia vedme aqui

dispuesto á subsanar el agravio, como pronto vereis. Así preocupado, trabé coloquio con vos, á fin de divertirme con vuestras locuras, pues tal las consideraba; pero, aun cuando no se operase en mí un cambio inmediato de opinion respecto á la verdad de la teoria, advertí muy en breve que traia el asunto entre manos un gran filósofo y un profundo raciocinador. Aquí se hubiera posado mi juicio, y quedado satisfecha mi opinion, á no haber ocurrido una circunstancia de grave peso para mí mismo. Habeis de saber, señor, que aunque proveniente de la sangre mas vieja de España, y no sin mucha y buena hacienda, quizás no siempre he correspondido á las esperanzas de los que se encargaron de mi juventud...

—Todo esto es innecesario, noble señor.

—No es tal, por San Lucas! y decirlo hé. Ahora, hierven en mi pecho dos poderosas y henchidas pasiones, que á veces chocan entre sí. La una es el amor de correr tierras... un ardiente deseo de visitar paises extraños, y esto tambien de un modo libre y vagamundo... con cierta disposicion para la mar

y anhelo de las tareas de los puertos: la otra es el amor de Mercedes de Valverde, la doncella castellana mas bella, mas gentil, mas afectuosa, mas sincera, mas verídica...

—Y mas noble sobre todo, añadió Colon sonriéndose. Señor, repuso Luis con gravedad, no hablo de broma cuando enumero los méritos del ángel de mi guarda. No solamente es nobilísima, y adecuada en todos conceptos para honrar mi nombre, sino que por sus venas fluye la sangre misma de los Guzmanes. Pero he perdido la gracia de otros, y tal vez parte de la de mi amable señora, por causa de mi parcialidad hácia esta inclinacion aventurera; y hasta mi propia tia, que es tutora de la jóven no ha mirado mis pretensiones con ojos favorables. Tambien Doña Isabela, cuya palabra es una ley para todas las nobles virgenes de la corte, tiene sus preocupaciones, y se ha hecho preciso para mí volver á ganar sus buenas gracias á fin de tornar á adquirir las de Doña Mercedes. Ocurrióseme—Luis tenia demasiado de hombre para revelar los secretos de su dama, confesando que el pensamiento fuese de esta—ocurrióseme, que si mis va-

gamundos caprichos se encaminaban en el rumbo de alguna heroica empresa, tal como la que ahora urgís, lo que fuera desmérito convertirse habria en mérito á los ojos régios, los que por consiguiente habrian de atraer en pos de sí los ojos de los demas. Con esta esperanza pues, entré primero en relaciones con vos, hasta que la fuerza de vuestros argumentos ha completado mi conversion, y ahora no hay eclesiástico que tenga mas fé en los dogmas de su religion que la que yo tengo en la teoria de que el camino mas corto á Catay yace á traves del anchuroso Atlántico; ni existe Lombardo ninguno mas convencido de que su Lombardía es plana como la palma de mi mano, que lo estoy yo de que esta buena tierra en que todos vivimos es una esfera.

—Hablad con reverencia, jóven hidalgo, de los ministros del altar; dijo santiguándose Colon; pues ninguna idea liviana deberá mezclarse con lo que tiene referencia á sus sagradas funciones. Segun parece, pues, añadió sonriéndose el navegante, debo mi discípulo á los dos agentes poderosos, amor

y razon; aquel como mas potente fué quien venciera los primeros obstáculos, y esta quien lograra la superioridad á la conclusion del asunto, como suele por lo comun suceder—pues el amor es generalmente quien triunfa á la salida, y la razon al terminarse la jornada.

—No negaré el poderio de esos agentes, y los siento demasiado arraigados aqui para intentar contrarestarlos. Ya sabeis mi secreto, y luego que os revele mis intenciones de todo quedareis enterado. Juro solemnemente, alzóse el birrete Don Luis, y levantó los ojos al cielo, mientras así se espresaba,—unirme á vos en este viage, siempre que reciba de vos el debido aviso, salgais de cualquier puerto, navegueis en cualquiera nave, y os deis á la mar en cualquiera estacion. Al hacer esto, confio en primer lugar, servir á Dios y á su iglesia; en segundo, visitar á Catay, y esas comarcas distantes y maravillosas, y en tercero y último ganar la posesion de Doña Mercedes de Valverde.

—Acepto la garantia, jóven hidalgo, replicó el navegante, admirado de su entusias-

mo y complacido de su sinceridad—aunque la representacion de vuestros pensamientos hubiera sido mas leal, si hubieseis traspuesto vuestros motivos al enumerarlos.

Dentro de pocos meses seré dueño de mi propia sustancia, prosiguió el mancebo, demasiado absorto en sus propios propósitos para hacer caso de lo que Colon le decia—y entonces, solo el esplicito y solemne mandato de Doña Isabela misma podrá impedir que contemos á lo ménos con una caravela; y preciso ha de ser que los cofres fuertes de Bobadilla hayan sido tratados con asaz desarreglo, durante la niñez de su dueño, para que no puedan costearnos hasta dos. Yo no soy vasallo de Don Fernando, sino un súbdito de la rama primogénita de la casa de Trastámara, y ni aun la fria discrecion del rey habrá de impedirme.

—Eso tiene el halagüeño sonido de la generosidad, y vuestros sentimientos son cuales corresponden á un noble, juvenil y emprendedor; pero me es imposible aceptar vuestra oferta. No estaria bien en Colon servirse de oro que proviniese de un espiritu tan con-



fiado ni de una cabeza tan inesperta; amen de que existen obstáculos aun mas serios. Mi empresa debe apoyarse en el sosten de algun respetable principe, y ni aun el mismo Guzman se ha considerado con autoridad bastante para patrocinar tan lata empresa. Si llegásemos á hacer descubrimientos, sin la sancion adecuada, trabajaríamos para otros, sin seguridad en pró de nosotros mismos; pues que los Portugueses, ó un monarca cualquiera, nos defraudarian de nuestro galardón. Una voz interior me dice que estoy destinado para llevar á efecto tan vasta obra, y que esta deberá conducirse de un modo adaptado á la magestad del pensamiento y á la grandeza del designio. Y ahora Don Luis, fuerza es que nos separemos. Si mi solicitud tuviere buen éxito en la corte de Francia, recibireis mi aviso, pues mi mejor deseo es que me sostengan corazones y brazos como los vuestros. Apesar de todo, guardaos por prevision de perjudicar vuestras propias fortunas; tened presente que hoy en Castilla soy un hombre arruinado. Tal vez no os adelantaria en la opinion de la corte, si se supiese

que aun cultivábais mi amistad... sí; lo repito... fuerza es que nos separemos en este parage.

Aseguró Luis de Bobadilla á su amigo cuan indiferente le era lo que otros juzgasen de él; pero Colon, hombre de mayor experiencia, quien tan superior se alzaba sobre las habllas del vulgo en materias que tuviesen referencia á su propia persona, sentia una generosa repugnancia de permitir que el desprendido mancebo sacrificase sus esperanzas en obsequio de amistosas despreocupaciones á favor suyo. La despedida fué cordial, y el navegante sintió enardecerse el corazon al atestiguar las sinceras y honradas emociones que el noble mancebo no pudo reprimir al separarse. Sin embargo diéronse el último adios á una media legua de la ciudad, y cada uno dirigió su ruta en la direccion que le era propia, henchida de empacho el alma de Don Luis de Bobadilla, al considerar el perverso trato que era justo creer recibiera de la corte su amigo.

Prosiguió su camino Colon, absorto en pensamientos muy diferentes. Siete cansados años

habia espendido en solicitar á los monarcas y á los nobles de España á fin de que le auxiliasen en su empresa. Durante ese largo periodo, tanta penuria y bese, cuanto desprecio y aun odio habia tolerado con paciencia, mas bien que abandonar la precaria acogida que habia alcanzado de unos pocos sujetos liberales y cultos en esta nacion. Trabajado habia para proporcionarse el pan cotidiano, mientras suplicaba á los grandes á fin de que consintiesen en lo que aun mas poderosos les haria, y cada vislumbre de esperanza, por muy débil que fuese su destello, habia sido saludada con alborozo, y cada desconcierto sufrido con una constancia que tan solo el espiritu mas puramente exaltado tolerar pudiera. Ahora empero exigíase de él sobrellevase con serenidad el mas oneroso de todos sus pesares. El celo de Isabela habia hecho despertar en el interior del heróico varon una confianza que por tantos años desconociera, y aguardaba la conclusion del asedio con la plácida dignidad que tan conforme estaba con su designio no ménos que con su filosofia escelsa. Llegado habia la ho-

ra anhelada del triunfo, pero ésa trajo consigo la fatal destruccion de sus boyantes esperanzas. Creyera que sus motivos se habian comprendido, que su caracter estaba debidamente avaluado, que sus altos objetos se hallaban sentidos; pero veíase ahora mirado todavía como un proyectista visionario, sospechadas sus intenciones, y menospreciados los servicios que á ofrecer se adelantára. En resúmen, las brillantes anticipaciones, que por tantos años habian alentado sus tareas, se hallaban desvanecidas en un soplo, mientras el desconcierto era aun mas grave á causa de la efímera aunque ilusoria esperanza, producida por el reciente patrocinio que le habia dispensado la reina.

Nada extraño es por consiguiente, que luego que se vió solo en el camino, hasta el espíritu de un varon tan animoso desfalleciése en su interior, y se hallára obligado á implorar el auxilio del poder mas escelso. Cayóse sobre el pecho la cabeza, y agitó sus mientes uno de aquellos amargos instantes, en que lo pasado y lo futuro se agolpan en el alma y producen la sensacion agonizadora

de no hallar sino angustias en los recuerdos, ni mas que desaliento en las esperanzas. El tiempo malgastado en España parecia un borron en su existencia, y luego acudia á su imaginacion la probabilidad de otra probatura dilatada y desfallecedora, que cual esta pudiese conducir á la nada. Ya habia llegado al lustro que iba á sellar el año sexagésimo de su vida, y su ser parecia deslizarse á prisa, mientras aun quedaba sin verificarse su grandioso objeto. Todavia empero le sostenia la enérgica resolucion del hombre. Ni una vez se le ocurrió prestarse á hacer rebaja de lo que estaba intimamente persuadido le pertenecia de derecho; ni una vez ofrecióse á su idea la mas leve duda acerca de lo practicable de llevar á cabo la augusta empresa de que se mofaban otros. Llenaba su alma el valor, aun mientras el pesar rebozaba en su pecho. «Hay un Dios, misericordioso y omnipotente!» esclamaba Colon alzando al Cielo la vista. «El sabe lo que conviene á su propia gloria, y en él deposito mi confianza.»—Siguióse una pausa, y el entusiasmo iluminó sus ojos, mientras una son-

risa, perceptible apenas, animaba el grave rostro del navegante, quien luego dijo estas palabras en voz sumisa.—«Sí; señalar el tiempo pertenece á su inescrutable sabiduría! pero los infieles serán alumbrados, y el santo sepulcro redimido!»

Después de esta efusion de sentimientos, aquel respetable varon, cuyos cabellos eran ya blancos como la nieve, por causa de trabajos, ansiedades y esposiciones, prosiguió en su ruta con la serena dignidad de quien creía que no era creado para nada, y confiaba en Dios para el cumplimiento de su destino. Si algun mal reprimido sollozo se le escapaba del pecho por intervalos, no por eso anublaba la placidez de su venerable rostro; y si la pesadumbre y la frustracion aun gravitaban en su alma, posábanse en una base que era bastante consistente para sufrirlas. Dejando que siga Colon el camino ordinario de herradura á través de la vega, volveremos ahora á Santa Fé, donde Fernando é Isabela habian establecido su corte, después de los primeros dias que sucedieron á la toma de posesion de su nueva conquista.



Luis de San Angel era un hombre de sensaciones ardientes y de impulsos generosos. Era uno de aquellos pocos espíritus privilegiados que viven con anticipación á su época, y que permiten que á su razón ilumine y alegre la fantasía, sin dejar empero que se deslumbre con ella. Como él y su amigo Alonso de Quintanilla, después de separarse de Colon, cual ya se ha manifestado, se encaminasen hácia el pabellón régio, hablaban francamente juntos respecto á aquel hombre, sus conceptos vastos, el tratamiento que habia recibido y la vergüenza que de resultas caería sobre la España, si así se le permitiese ausentarse para no volver. El receptor de las rentas eclesiásticas, muy brusco de lenguaje, no puso coto á sus espresiones; la menor sílaba de las cuales encontraba eco en el corazón del contador general, quien era un antiguo amigo del navegante. En fin, para cuando hubieron llegado al pabellón, estaban conformes en hacer un enérgico esfuerzo, á fin de inducir á la reina á acceder á las proposiciones de Colon, y traerle de vuelta á su régia presencia.



El acceso á Isabela era siempre fácil para aquellos de sus servidores, que ella conocia por honrados y leales. El siglo en cuestion era el de las formalidades, y en muchos puntos el de las exageraciones, al paso que aquella corte se hacia célebre por su adhesion al etiquetero ceremonial; pero el espíritu de pureza, que alentaba á la reina, difundia en torno de ella cierta aureola de verdad y de gracias naturales, que comprendia á todos sus dependientes, haciendo que las meras formas, escepto en cuanto tenian connexion con la delicadeza y el decoro, fuesen completamente inútiles y á la verdad impracticables. Ambos pretendientes á la entrevista gozaban su favor, y concedióse la solicitud de audiencia con la sencilla y directa vénia que aquella muger amabilísima se complacia en facilitar, siempre que juzgaba pudiera servir de complacencia á las personas que su aprecio distinguia.

Hallábase rodeada la reina del corto número de damas, entre las cuales vivia en el retiro de su gabinete, cuando entraron en él Luis de San Angel y Alonso de Quintanilla.

Entre aquellas por consiguiente veíase á la marquesa de Moya y á Doña Mercedes de Valverde. El rey, en esta ocasion, estaba en un despacho contíguo, trabajando como de costumbre en redactar órdenes y cerner cálculos. El trabajo oficial servia de relajacion á Don Fernando, y jamas se le veia mas contento que cuando despachaba un cúmulo de negociados, que la mayor parte de los hombres habria tenido por tarea gravosa. Era el monarca un héroe en el arzon, un guerrero al frente de sus egércitos, un sabio en el consejo, y respetable, si no grande, en todas las cosas, escepto en sus motivos.

—¿Qué solicitud ha traido al Señor San Angel y al señor Quintanilla tan de mañana á mi presencia? preguntó Isabel sonriéndose, como para asegurarles de que su pretension seria dirigida á quien la acogeria con parcialidad.—Rara vez os he visto mendigar favores, y tampoco esta hora es la mas adecuada.

—Todas las horas son adecuadas, escelsa Señora, cuando se viene á *conferir* gracias, no á *solicitarlas*; repuso con adustez Luis de

San Angel. No venimos aquí á pretender para nosotros, sino á mostrar á Vuestra Alteza de que modo la corona de Castilla puede guarnecerse con joyas mas preciosas de las que posee en la actualidad.

Sorprendióse Isabel, tanto con las palabras del locutor y su precipitada vehemencia, cuanto con la libertad de sus espresiones... Acostumbrada, sin embargo, en cierto modo á esta última, no padeció sobresalto su serenidad, y ni aun dió muestras de hallarse ofendida.

—¿Tiene el moro acaso otro reino de que se le despoje? preguntó ella, ¿ó pretende quizás el receptor de la iglesia que guerreemos contra la santa sede?

—Pretendó, señora, hacer que Vuestra Alteza acepte las dádivas que vienen de Dios, con gozo y gratitud, y no las deseche con desagradecimiento, replicó San Angel, besando la mano que le tendia la reina, con un respeto y afecto que neutralizaban la aspereza de sus dichos.—¿Sabeis, augusta amia, que Cristóval Colon, aquel de cuyos elevados proyectos tanto nos prometiamos

los Españoles, ha montado en su mula, y ausentándose de Santa Fé?

—Eso lo esperaba yo; aunque desconocía que se hubiese verificado ya. El rey y yo confiamos el asunto al arzobispo de Granada, á fin de que lo examinase en union de otros graves consejeros, y estos hallaron exorbitantes las proposiciones del Genovés; ó por decir mejor tan llenas de escésiva y arrogante estravagancia, que mal convenia á nuestra dignidad, y mal á nuestro deber para con nosotros mismos, el concedérselas. El que idea un proyecto de tan dudosa ventura, debería manifestar alguna moderacion en sus preliminares. Aun no faltan quienes crean que ese hombre es un visionario.

—No es probable, señora, que un pretendiente indigno abandonase sus esperanzas antes que hacer rebaja de su dignidad: ese navegante conoce que está tratando de imperios, y negocia como quien está convencido de la importancia del asunto en cuestion.

—Quien no se avalua á si mismo altamente en materias graves es muy justo que espere hallarse en liviana estimacion para con

los demas; se atrevió á interponer Alonso de Quintanilla.

—Y á mayor abundamiento, escelsa y amadisima Señora, añadió San Angel, sin permitir que la reina hablase,—el carácter de ese hombre y el alto importe de sus intenciones pueden justipreciarse por la yalia en que tasa sus propios servicios. Si el buen éxito los coronase, ¿no eclipsarian sus descubrimientos cuantos se han verificado desde la creacion del mundo? ¿No es nada navegar al rededor del globo, hacer patente la sabidurio de Dios, en virtud de experimentos materiales, seguir al sol en su carrera diurna, é imitar los movimientos de esa luz que tan gloriosa se mueve? ¿Y luego los beneficios que afluirán sobre Castilla y Aragon pueden acaso calcularse? Maravillome que una princesa, que en todas las demas ocasiones ha manifestado un espíritu tan escelso y peculiar, se retraiga ahora de cooperar á una empresa tan grandiosa!

—Sois muy exaltado, buen San Angel, contestó Isabela con una sonrisa que alejaba toda idea de enfado; y cuando existe tal exal-

xion. Si el culto tributado al Ser Eterno tenía cierta tintura de superstición en el siglo décimo quinto, y los hombres confiaban demasiado en la eficacia de los impulsos momentáneos y pasajeros, también es cierto que poseía una esterilidad de mansedumbre y sumisión á Dios, que no sabemos, si con discontinuarla, ha ganado mucho el mundo.

El primer albor de la aurora llevó sobre cubierta al almirante y á Don Luis. Volvieron ambos á ponerse de hinojos en la popa, y repitieron sus preces; entónces, cediendo á los sentimientos naturales á su situación, alzáronse anhelosos de observar lo que podía revelárseles al descorrerse las cortinas del día. El nacimiento del alba, y la salida del sol en la mar, se han descrito tantas veces, que su repetición aquí sería supérflua; pero manifestaremos que Luis contempló aquel juego de tintas que el cielo matutino coloraban, con el refinamiento de sensaciones propio de un amante, é imaginándose que trazaba en él una semejanza con el tránsito de las emociones á través del rostro parlero de Mercedes, en los colores efímeros y blandos que preceden á las



hermosas mañanas del mes de Setiembre, mas especialmente en las latitudes bajas. Respecto al almirante sus miradas mas materiales se dirigieron hácia donde caia la isla de Hierro, aguardando el acrecentamiento de la luz, á fin de averiguar las mudanzas que hubiesen acontecido durante las horas de su sueño. Pasáronse varios minutos en atencion profunda, y despues el navegante hizo á Luis una seña para que se allegara á él.

—¿Veis aquella oscura y mal diseñada masa, que va saliendo de entre las tinieblas, allí al sur de nuestro bajel? dijole el navegante—reparad como á cada momento vanse pronunciando sus formas y diseñando sus contornos con mayor claridad, aunque dista de nosotros algunas ocho ó diez leguas; esa es la isla de Hierro, y allí estan los Portugueses, sin duda alguna, esperando anhelosos que á ella nos aproximemos. En esta calma, es imposible allegarnos los unos á los otros, y hasta aqui podemos considerarnos seguros. Necesario es ahora averiguar si las caravelas, que nos persiguen, se hallan ó no entre nosotros y la tierra; despues de lo cual, si lo contrario acon-



teciera, podemos juzgarnos en completa salvacion, toda vez que no nos acerquemos mas á la isla, y si, como hicimos ayer, conservamos la ventaja del viento; ¿descubris alguna vela, Luis, hácia aquel lado del océano?

—Ninguna, señor: y eso que la luz tiene ya suficiente fuerza para responder á nuestra vista el blanco velámen de una nao, si alguna fuese visible por allí.

Lanzó el gran navegante una exclamacion de gratitud, é inmediatamente dispuso subiese gente á los topos para registrar el horizonte en todo su círculo. Fué favorable el resultado; pues que por ninguna parte aparecian las temidas caravelas portuguesas. Con la salida del Sol, sin embargo, nació una ventolina del sud-oeste, trayendo en consecuencia la isla de Hierro y cualquiera buque, que por allí estuviese cruzando, á sotavento directo de la escuadrilla. Soltóse trapo tras de trapo sin pérdida de un momento; y el almirante dirigió su rumbo al noroeste, confiando en que sus perseguidores le estarian esperando en la banda meridional de la isla, donde era mas probable hubiesen de aguar-

darle aquellos que no del todo comprehendieran sus designios. A este tiempo habíase calmado hasta cierto punto la marejada procedente del ocaso, y aun cuando el progreso de los buques nada de rápido tuviese, era consecutivo, y daba esperanza de ser duradero. Transcurrianse las horas con lentitud, y á medida que el día se adelantaba, hacíanse los objetos menos y menos distinguibles en las inmediaciones de Hierro. En seguida tomó la cemplata superficie de la isla la turbia apariencia da una nube hosca y mal contorneada, y comenzó luego á hundirse en las olas. Aun estaba visible su cumbre, cuando en torno del almirante se agruparon los mas privilegiados de sus compañeros á fin de reconocer desde la alcázar, el estenso océano, y hacer observaciones sobre el tiempo. El espectador mas indiferente pudiera ahora haber advertido la notable diferencia en el estado de las sensaciones existentes, entre los diversos aventureros, que abordo de la Santa Maria iban embarcados: sobre el alcázar todo era júbilo y esperanza, pues que el reciente salvamento habia inducido, por el instante, hasta á los mas

desconfiados á olvidar la incertidumbre del porvenir; los pilotos, segun su costumbre, estaban ocupados y sostenidos por una especie de estoicismo náutico, mientras una densa melancolia se apoderaba de la chusma, y se advertia en sus rostros, tan señaladamente cuasi estuvieran aquellos ignorantes marinos reunidos en torno de algun agonizante compañero. Casi todos los hombres, que en la nave iban, formaban parte de los grupos sobre la cubierta, y todos los ojos estaban fijos, cual si fuese por encanto, en las cumbres desfallecientes de la isla de Hierro.

Mientras las cosas se hallaban en este estado, acercóse Colon á Luis, y haciéndolo despertar de una especie de arrobó en que le veia sumido, con ponerle ligeramente un dedo sobre el hombro,

—No puede ser que el [señor de] Muñoz se encuentra afectado con las mismas emociones que la marineria, observo el almirante con una ligera mezcla de sorpresa y reproche— y esto tambien en un instante en que cuantos poseen suficiente inteligencia para preveer las consecuencias gloriosas que de nuestra aven-

tura han de emanar, se regocijan al ver que una ventolina, enviada por el Cielo, nos está apartando á distancia segura de las perseguidoras y envidiosas caravelas. ¿Por qué estais contemplando á esos hombres que se hallan reunidos allá abajo, con ojos tan fijos y mirar tan clavado? ¿Será que os halleis arrepentido de vuestro embarque, ó estais puramente pensando en los encantos de vuestra señora?

—Por Santiago! Don Critóval, en esta ocasión dió marra vuestra inteligencia. Ni arrepentido me encuentro, ni pensativo; cual quisiérais insinuar; pero estoy contemplando á esos pobres marineros, y me dá lastima de sus aprehensiones.

—La ignorancia es una cruel señora, mae-se Pedro, y esa es la que ahora egerce su poderio sobre las imaginaciones de los marineros, con todo el despotismo del mas desapiadado tirano. Ellos temen lo peor; solo porque carecen de suficientes conocimientos para precaver lo mejor. El miedo es una passion mas fuerte que la esperanza, y siempre el aliado mas fiel que la ignorancia tiene. A los

ojos del vulgo lo que aun no ha llegado á suceder... aun mas, lo que hasta cierto punto no ha llegado á familiarizarse con el uso, se tiene por imposible; porque los hombres raciocinan dentro de un círculo que está limitado á la instruccion que posee cada cual. Esos pobretes tienen la vista clavada en la isla, mientras ella va desapareciendo, semejante á unos hombres que miran por última vez las cosas de la vida. Y por cierto que su afan escede en mucho á lo que yo habia presupuesto.

—El recelo, señor, de esos hombres, aunque profundamente arraigado, se sube á asomárseles en los ojos; pues advierto lágrimas en algunas megillas, que me parecia que jamas hubieran podido estar húmedas de otra cosa que de los rociones del agua salada.

—Allí estan nuestros dos amigos, Sancho y Pepe, ninguno de los cuales aparenta hallarse en demasiado grave apuro, aunque en el rostro del segundo se advierte una ligera niebla de melancolia. Respecto al primero, el socarron manifiesta la indiferencia de un verdadero marino; la de un hombre que jamás se considera mas feliz que cuando se halla

mas apartado del peligro de peñas y placeles. Solo nota en torno de si el horizonte visible, y considera lo restante del mundo por algun tiempo como un cero para él. Espero leales servicios de ese Sancho, apesar de su socarroneria, y le cuento entre los mas fieles de mis seguidores.

Aqui el almirante fue interrumpido por un grito lanzado en la cubierta, y mirando alrededor, no fué lenta su vista esperta y penetrante en descubrir que el horizonte hácia el sur ofrecia ya la acostumbrada y monótona linea de agua y cielo que forma siempre el abierto océano. En efecto, la isla de Hierro habia dejado de aparecer, aunque algunos mas esperanzosos de entre la chusma figurábanse que la veian aun, despues que finalmente se hundiera en las aguas. A medida que la circunstancia se hacia cada vez mas y mas cierta, los lamentos de la chusma llegaron á ser menos equívocos y mas recios; las lágrimas comenzaron á correr sin vergüenza ni disimulo, juntábanse las manos con cierta especie de insensata desesperacion, y siguióse tal escena de clamorío que amenazaba algun

serio peligro á los espedicionarios por esta parte tambien. En tal apuro hizo Colon que toda la gente se reuniera, y puesto sobre el alcázar desde donde podia examinar todos los semblantes, hablóles sobre las causas de su pesar. En aquella ocasion las maneras del gran navegante fueron enérgicas y sinceras; dando á conocer, fuera de toda duda, que creia firmemente en la verdad de sus propios argumentos, y que nada proferia con esperanzas de alucinar ni de comprometer.

—Cuando Don Fernando y Doña Isabela, nuestros respetables y bien amados soberanos, me honraron con su nombramiento de almirante y virey en esos secretos mares hácia los cuales navegamos ahora, dijo Colon— lo consideré como el suceso mas glorioso y alegre de mi vida, asi como contemplo este instante que tan penible para algunos de entre vosotros se presenta, cual segundo de aquel en esperanzas y en motivos de felicitacion. Al desaparecer la isla de Hierro, veo alejarse con ella al Portugués; porque, ahora que nos hallamos en alta mar, y fuera de los limites de toda tierra conocida, confio que la Providen-



cia nos ha puesto tambien fuera del alcance y de las maquinaciones de todos nuestros enemigos. Mientras seamos fieles unos á otros, y á los grandes objetos que estan á nuestra vista, no hay ya causa para tener miedo. Si alguna persona entre vosotros quiere desahogar su pecho sobre esta materia, dejadle que hable con libertad; pues que son demasiado fuertes mis raciocinios para pretender el acallamiento de las dudas en virtud de prevalerme de mi autoridad.

—Siendo asi, señor Don almirante, interpuso Sancho, cuya lengua se hallaba siempre dispuesta á menearse cuando se presentaba la ocasion, lo mismo precisamente que hace á Vuestra Escelencia tan animoso pone á estos buenos hombres tan desalentados. Si ellos pudieran siempre tener delante de sus ojos la isla de Hierro, ó cualquiera otra tierra conocida, os seguirian hasta Catay, y los llevariais con tan ligero remolque como una caravela tira de su esquife; pero el dejar atras cuanto aman en el mundo, es decir la tierra, sus hijos y mugeres, eso es lo que les entristece los corazones, y dá suelta á sus lágrimas.

—Y tu, Sancho, un viejo marinero nacido en esas mares de Dios...

—Ay, señor escelentísimo, y muy ilustre señor Don almirante, interrumpióle Sancho, alzando la vista con fingida sencillez: no nació precisamente en la mar, aunque muy cerca de su olorcillo; pues, que habiéndome hallado cabe la compuerta del dique, no es probable hubiesen hecho una dársena para desembarcar y poner en enderezo una barquilla tan mezuquina como la mia.

—Está muy bien; nacido cerca de la mar toda vez que te plazca mejor: y de ti espero mas dignas cosas que lamentos mugeriles; porque una isla haya desaparecido detrás del horizonte.

—Escelentísimo señor, un bleto le importa á Sancho, que la mitad de las insulas que en el mundo hay estuviesen algo mas bajas de lo que estan. Alli se ven las islas de Cabo Verde, y cuidado que malditas las ganas que tengo de volverlas á ver, y Lampidosa se encuentra tambien por alli, ademas de Estromboli y otras en aquel lado, que harian muy bien en quitarse de enmedio, y no permanecer donde ahora están, pues maldito el

beneficio que de ellas recibimos los marineros. Pero si Vuesa Escelencia se digna decir á estas buenas gentes hácia adonde se dirige el rumbo nuestro, y que es lo que esperais encontrar al llegar á bahia, y mas que todo cuando hemos de regresar, les consolaria hasta un grado indecible.

—Pues que juzgo que es el oficio adecuado á los hombres distinguidos por su autoridad hacer públicas las razones de su conducta, cuando ningun daño resulta del descubrimiento, lo haré de buena gana, exigiendo presten atencion á mi voz cuantos me rodean, y especialmente aquellos que mas desazonados se hallan respecto á nuestra actual posicion, y movimiento futuro. El fin de nuestro viage es Catay, pais que se sabe ocupa la estremidad orientalisima del Asia, que mas de una vez ha sido visitada por viajeros cristianos; y su diferencia de todas las expediciones que por mar y tierra emprendieran, habrá consistido en la sola circunstancia de que nosotros buscamos por el oeste lo que buscaran por el este los viajeros primitivos. Esta osadia nuestra sin embargo no es mas que propia

de marineros valientes, pues que solo aquellos que con el océano tienen familiaridad, á fuer de pilotos hábiles y de obedientes y activos marinos, pueden atrevesar las aguas, sin mejores guías que las que presta el conocimiento de los astros, corrientes, vientos y demas fenómenos del Atlántico, al paso que semejantes auxilios pueden recogerse de la misma ciencia. La razon que nos impele á obrar, está basada en el convencimiento de que el Atlántico, el cual nos consta posee un lindero oriental de riberas, tambien tiene otro occidental y en ciertos cálculos, que casi establecen la certidumbre de que aquel continente, el cual segun mi opinion ha de ser el de la India, solo puede distar de nosotros, una travesia de veinte ó treinta soles, pues en mi dictámen esa es su posicion, sobre poco mas ó menos, desde las costas europeas.

Habiendo dicho ya el donde y el cuando espero encontrar el pais que busco, insinuaré alguna cosa sobre las ventajas que todos podemos esperar que nos refluyan de su descubrimiento. Segun los informes de un cierto Marco Polo y de sus relacionados, sugetos de

categoría y naturales de Venecia; á par que hombres de crédito y de buenas reputaciones, el reino de Catay es no solo uno de los de mayor estension conocida, sino el que mas abunda en oro y plata, juntamente con los demas metales de valor, y piedras de precio. De las ventajas, del descubrimiento que semejante pais puede proporcionarnos, juzgad vosotros mismos, si á bien lo teneis, por las que á mi habrá de acarrearne. Sus Altezas me han honrado con el rango de su almirante y virey, anticipando ya nuestro triunfo, y perseverando hasta el término feliz de nuestros esfuerzos; el hombre mas insignificante entre nosotros puede optar confiado á alguna señal extraordinaria de sus favores; al paso que el que mucho merezca recibirá mas que el que á ménos se haya hecho acreedor; pues las recompensas habrán de igualar á los servicios que se prestaren. Siempre, sin embargo, habrá de sobra para todos. Marco Polo y sus parientes vivieron por espacio de diez y siete años en la corte del Gran Khan, y por todos titulos se hallaron aptos para dar una relacion verdadera de las riquezas y de los recursos de

aquellas regiones, y buena fué la recompensa que recibieron por sus trabajos y valor aquellos caballeros Venecianos, cuyos medios y recursos apenas eran los suficientes para suministrar cómoda carga á una acémila. Solo las joyas, con que volvieron, han sido suficientes para enriquecer á su linage por años luegkos, y para renovar á una familia decente aunque decaída, al paso que su empresa y veracidad hízoles honra á los ojos del mundo.

Como que el occéano se sabe que á estensa distancia, hácia esta parte del continente asiático y del reino de Catay, abunda en islas, podemos esperar descubrirlas primero; donde haríamos injusticia á la naturaleza, si no encontrásemos fragantes cargamentos de especias balsámicas, y de otros costosos productos, que no hay duda enriquecen aquella parte tan favorecida de la tierra. En verdad, apenas es posible que la imaginacion conciba la grandeza de los resultados que aguardan nuestro buen éxito, al paso que solamente la befa y el desaire acompañarian á un presuroso é irreflexivo regreso. Pues que no vamos en calidad de invasores, sino á fuer de cristia-

nos y de amigos, no tenemos razon de esperar otro recibimiento que el que sea muy amistoso; y por cierto, que los regalos y las dádivas solamente que de cajon serán ofrecidas á unos estrangeros, que de tan luengas tierras han venido y por una ruta hasta ahora no trillada, os repagarán con céntuplo interes por todas vuestras fatigas y privaciones.

Para nada hago mencion de la honra de hallarme entre aquellos que son los primeros en llevar la cruz al mundo pagano,—prosiguió el almirante, destocándose y mirando en torno con solemne gravedad,—aunque nuestros antepasados creian que no era floja distincion el haber pertenecido á los egércitos que combatieran por la posesion del santo sepulcro. Pero, ni la iglesia, ni su gran maestro, olvidan al servidor que sus intereses hace prosperar, y con fazaña tan noble podemos todos pretender bendiciones sin cuento tanto ahora como en el tiempo porvenir.

Al acabar su arenga, santiguóse devotamente Colon, y se apartò de la chusma, retirándose entre sus amigos, que ocupaban el alcázar. Por el instante, fué saludable el efec-



to de su discurso, y los hombres vieron desaparecer las nubes, que la tierra ofuscaban, con menor sentimiento que habian manifestado previamente.

No obstante, quedáronse desconfiados y tristes; los unos soñando aquella noche con las pinturas que Colon les habia diseñado de las glorias del Oriente, y los otros imaginándose en sus ensueños que los espíritus malignos les alucinaban para llevarlos á mares desconocidos, donde se les condenára á discurrir para siempre jamás en castigo de sus pecados; pues que la conciencia hace bueno su poderio en todas las situaciones del hombre, y con mayor viveza en aquellas donde le acometen la desconfianza y la incertidumbre.

Poco antes del sol puesto, hizo Colon que se le arrimáran los otros dos bajeles, y acudiesen á bordo de la Capitana los dos Pinzones. Descubrió á estos el almirante sus órdenes y designios para que les sirviesen de gobierno, en caso de forzosa separación.

—Así me comprehendereis, señores, concluyó el gefe, despues de haberles explicado detenidamente sus miras. Vuestra

primera obligacion, y mas grave, ha de ser la de seguir de cerca las aguas de vuestro almirante, en cualquier temporal, y en circunstancias cualesquiera, mientras sea posible; pero toda vez que esa probabilidad fallase, bareis rumbo clavado á Occidente, siguiendo este paralelo de latitud, hasta hallaros á setecientas leguas de las Islas Canarias; despues de lo cual, debereis ponerlos en facha durante la noche, pues, á aquella distancia, es muy probable os halleis entre las islas del Asia, y será prudente á par que necesario para nuestro objeto, estar mucho mas alerta entonces para dar principio á los descubrimientos. Siempre, sin embargo, proseguireis vuestro camino á occidente, confiando en que me hallareis en la corte del Gran Khan, toda vez que la providencia nos negase una reunion mas anticipada.

—Está muy bien, señor Almirante, repuso Martin Alonso, levantando los ojos que por largo tiempo habia tenido clavados en el mapa; pero será preferible que todos nos conservemos en convoy, resultando ventaja, principalmente para nosotros, que poco acostumbrados estamos á los hábitos de los principes,

y nos hace falta por lo tanto la proteccion de Usencia antes de precipitarnos temerariamente en el palacio de un monarca tan poderoso como el Gran Khan de las Indias.

En esto manifestais vuestra prudencia acostumbrada, señor Martin Alonso, y mucho os encomio en su virtud. Mejor fuera en verdad que aguardaseis mi llegada; porque aquel potentado oriental puede considerarse mas obsequiado recibiendo la primera visita del virey de los reyes augustos, portador de cartas directamente de sus regios señores, que si le hiciese acatamiento tal un sugeto de rango inferior. Por vuestra parte, reconoced esmeradamente las islas y sus productos, dado caso que llegueis primero á aquellas mares, y aguardad mi venida, antes que tomeis determinaciones ulteriores. ¿Cual es el sentir de vuestra gente al despedirse de las tierras conocidas?

—Harto desfavorable se nos presenta, señor Don Cristóval, y á tal punto, que nos hace recelar una próxima rebelion. No faltan en la Pinta quienes necesiten se les arredre saludablemente con las iras de sus altezas, á

fin de impedir que mediten una arribada violenta y súbita al puerto de Palos.

—Bien haceis en vigilar con cuidado sobre esa disposicion de los ánimos, á fin de que rebullirse no puedan. Tratad con dulzura y mansedumbre á esos genios desafectos, mientras sea dable, alentándolos con toda clase de promesas fieles y razonables; guardaos empero que el contagio llegue á hacerse superior á vuestra autoridad; y ahora, señores, que la noche se acerca, tomad vuestras lanchas y volved á vuestros bajeles, á fin de que podamos aprovecharnos de la brisa.

Luego que Colon se quedó solo otra vez con Don Luis, sentóse en la cámara, con la mano puesta en la megilla, y con el ademan de un hombre absorto en reflexiones.

—¿Hace mucho tiempo, caballero de Bobadilla que conoceis á este Martin Alonso? preguntó por fin el navegante, dejando transcurrir la corriente de sus pensamientos, en virtud de la naturaleza de la pregunta.

—Mucho, señor, en conformidad á como los jóvenes calculan el tiempo que pasa; aunque tal vez pareciera como un breve

dia segun el cómputo de los hombres viejos.

—Mucho depende de él; espero que sea hombre probo, aunque ya se ha manifestado liberal, emprendedor y varonil.

—El es hombre, Don Cristóval, y por lo tanto sugeto á errar. Sin embargo, tales como son los hombres, no juzgo que Martín Alonso sea el peor de ellos. No ha tomado parte en esta empresa, impelido por votos caballerescos; ni espoleado por el celo de un hombre dedicado á la iglesia de Dios; pero tenga él esperanza de que sus riesgos hayan de producirle la debida retribucion, y le hallareis tan leal como el interes garantiza á un hombre, cuando hay ocasion de poner á prueba su egoismo.

—Entónces sereis el único depositario de mi secreto. Mirad estos papeles, Don Luis. Aqui veis que he calculado nuestro progreso desde la mañana, y encuentro que hemos andado algunas diez y nueve buenas leguas, aunque no directamente en rumbo occidental. Si yo hiciese saber á nuestra gente la verdadera distancia que hemos discurrido, cuando ya no hay tierra ninguna á la vista, el mie-

do llegaría á dominarlos, y las consecuencias ¿quien pudiera llegar á calcularlas? Por lo tanto, para la inteligencia comun solo apuntaré quince leguas, reservando el derrotero verídico como sagrado para nuestros ojos. Dios me perdonará este engaño, en consideracion á practicarse en pró de su propia iglesia. En virtud de hacer estas deducciones diariamente, podremos llegar á distancia de mil leguas sin que la alarma se dispierte hasta mayor grado del que pudiera á las setecientas ú ochocientas leguas de buen camino.

—Eso equivale á sujetar el valor á una regla que poco suponía yo existiese hasta ahora, contestó riéndose Don Luis; vive mi santo patrono, que en mal concepto tendríamos al hidalgo que hallase necesario dar brios á su corazon segun la medida de leguas que tuviese de transcurrir.

—Todos los males que se desconocen no son males muy temidos. La distancia tiene sus temores para los ignorantes, y tambien puede encerrar sus asombros para los instruidos, jóven noble, cuando se mide sobre el oceano ilimitado; pues de ahí nace otra cuestion, refe-



rente á esos dos grandes artículos de la vida: el pan y el agua.

—Con este ligero reproche dirigido á castigar la liviandad de su jóven amigo, preparóse el almirante á recogerse en su coy, hincándose de rodillas y repitiendo las preces de la noche.





## CAPITULO VIII.



A donde vas por el tedido espacio;  
Hacia do en medio del relente pisas  
Tu solitaria ruta, mientras al Cielo  
Colora la postrer huella del día

BRYANT.

**L**OS sueños de Colon fueron poco duraderos. Tranquilo fué su dormir mientras duró, semejante al de un hombre que tanto imperio egerce sobre su voluntad, que ha sujetado á su alvedrio las funciones naturales; pues que despertaba de cuando en cuando á fin de reconocer con vigilante vista el estado del tiempo y la condicion de las embarcaciones. En aquella ocasion, subió el almirante á la cubierta otra vez;

poco despues de la una, donde hallò todas las cosas al parecer en aquella serena y alentadora tranquilidad, que en tiempo bonancible acostumbra indicar á bordo las horas de la segunda guardia. La mayor parte de los marineros sobre cubierta se hallaba dormitando; el adormilado piloto, el timonel, y uno ó dos de los vigilantes, eran los únicos que se veian en pié, aunque despiertos de malísima gana. Habia refrescado el viento, é iba la caravela surcando delantera su camino, con perseverancia incansable, y dejando á Ferro y sus peligros á cada momento mas y mas distante por la popa. El solo ruido que se percibia era el suave suspirar de la brisa entre las tjarcias, el gorgorito de las aguas, y el crugido ocasional de alguna verga, cuando la ventolina la forzaba, con presion mas firme, á esirar sus cabos y violentar sus amarras.

La noche estaba muy oscura, y necesitaban los ojos fijarse en los objetos un buen rato antes de acostumbrarse á verlos, con el auxilio de tan débil luz: hecho esto, sin embargo, descubrió el almirante que el bajel no ceñia el viento como lo habia mandado. Lle-

gándose al timon, advirtió que estaba tan á la banda, que hacia derribar la nave hácia el nord-este, lo que equivaliá casi á poner la proa á España.

—¿Eres marino, y te descuidas en tu rumbo de un modo tan desaliñado? preguntóle con adustez el almirante; ¿ó no eres sino un arriero, y te se figura que vas traginando á la buena de Dios por los vericuetos de las montañas? Te has dejado en España el corazon, y juzgas que un vano deseo de volver á ella pueda encontrar algun solaz ligero en virtud de este ridiculo artificio!

—Ay! señor almirante, bien ha juzgado Vuesencia al creer que mi corazon se quedára en España, donde con precision habrá de hallarse, pues que dejé en Moguer á siete hijos huérfanos de madre.

—¿Y no sabes que tambien soy padre yo, y que los objetos mas caros para las esperanzas de un padre se me han quedado por allá igualmente? ¿en que puedo aventajarte á ti, si tambien mi hijo carece de los esmeros de una madre?

—Escelentísimo señor, vuestro hijo tiene

por padre á un almirante, mientras que los míos solo tienen á un timonel.

—¿Y eso qué podrá importarsele á mi Don Diego?—Colon tenia la debilidad de boquear demasiado los honores que de los soberanos recibiera—¿qué podrá importársele á mi hijo Don Diego, si su padre pereziese siendo almirante;? ¿y en qué podrá aprovecharle á él mas que á vuestros hijos, el hallarse desprovisto de padre?

—Señor, le aprovechará de mucho el que le protejan los reyes, honrándole como á reliquia vuestra, y el que se le obsequie y nutra como á vástago de un virey, en vez de hallarse menospreciado como á prole vil de un oscuro marinero.

—Amigo, en esto alguna razon llevas, y hasta ese punto respeto tus sentimientos—contestó Colon, quien semejante á nuestro Washington se sometia siempre al mas altivo y puro sentido de la justicia; pero harias harto bien en acordarte de la influencia que tu perseverancia varonil y próspera en este viage puede producir en el bien estar de tus hijos, en vez de parar tus mientes sobre de-

biles vaticinios de males, que es mas que probable jamas hayan de acontecer. Ni tu ni yo tendremos mucho que esperar en caso de que nuestros descubrimientos á fallar llegasen, al paso que uno y otro podemos esperarlo todo en caso de buen éxito.

¿Puedo fiarme de ti ahora para que conserves en rumbo la nao, ó he de enviar por otro marinero para que te releve en el timon?

—Mejor será, noble almirante, que hagais eso último. Acordarme he de vuestro consejo y lucharé por domeñar las ansias que hácia el hogar me impelen... sin embargo, mas salvo seria buscar á otro para llenar esta obligacion, mientras tan próximos á España nos hallamos.

—¿Conoces á un tal Sancho Mundo, un viejo gaviero de esta tripulacion?

—Si, señor, todos le conocemos; pasa por el hombre mas hábil en su oficio, de cuantos Mogueños sabemos á lo que huele el olorcillo de la mar.

—¿Pertenece á esta guardia, ó está de descanso con sus camaradas en el entrepuente?

—Señor, es de este cuarto; y no duerme abajo con los compañeros por la sencilla razón de hallarse ahora roncando sobre cubierta. Ni cuidado ni peligro alguno puede descomponer la tranquilidad de Sancho! Para él, la vista de tierra es un disgusto á extremo tal, que dudo le tendríamos contento aun cuando llegásemos á ver esas distantes regiones, que Usenciai confía hemos de visitar.

—Anda, búscame al tal Sancho, y haz que se me presente. Yo haré tus veces entre tanto.

Tomó ahora el gran navegante la caña del timon, con sus propias manos, y un ligero manejo de ella hizo que obedeciese la nave, ciñendo el viento lo mas que fué posible. Sintióse el resultado por sus cabezadas mas vivas y repentinas, por su cala mas honda á barlovento y por un nuevo crugir en las partes altas que denotaba un estiro renovado y un aumento de accion en toda la arboladura y las jarcias. Al cabo de algunos instantes se presentó Sancho Mundo restregándose los ojos y bostezando.



—Encárgate de esta obligacion, le dijo el almirante, luego que le vió cerca, y desempeñala con fidelidad. Muchos de los que van aqui se han mostrado ya alevosos, dejando que el bajel se apartase de su rumbo, á fin de que sesgara la proa poco á poco en direccion á España. De ti espero proceder mas digno. Creo, Sancho amigo, que puedo contarte como á un fiel y leal seguidor, hasta en los últimos apuros.

—Señor Don Almirante, dijo Sancho, tomando el gobernalle, al mismo tiempo que le daba un poco de juego para manifestar su destreza en manejarlo, cual hábil cochero trae á sujecion su tiro de caballos, desde luego que empuña las riendas.—Soy un sirviente de la corona, é inferior y subordinado vuestro; vedme aqui pronto á desempeñar cualquiera deber que sea de mi incumbencia.

—A ti no te asombra este viage... no te atormentan pronósticos pueriles acerca de que nos veamos convertidos en vagadores sempiternos por desconocidas mares, sin esperanza de volver á ver á esposa ni á hijo.

—Señor, parece cual si conocierais nues-



tros corazones, lo mismo que si Vueselencia los hubiera amasado con sus propias manos, y en seguida metiéndolos en nuestros pechos.

—Luego no tienes ninguna de esas aprehensiones tan repugnantes al hombre de juicio como vergonzosas para el hombre de mar.

—Ni aun las suficientes, señor don, para que un cura rezase un padre nuestro, ni una vieja dijese, «Jesus me ampare!» Habré tenido mis ratos de encogimiento, pues todo hombre cuenta con sus resbalones; pero ninguno de aquellos ha sido causado por el temor de navegar en el océano, pues que esa es mi suprema dicha; ni tampoco me quitan el sueño la muger ni los chiquillos, por que carezco de la primera, y deseo devotamente convencerme de que tengo poquísima parte en la hechura de los segundos.

—Si tienes encogimientos cual los llamas, conflame los que son. Quisiera hacer amigo mio, sincero y eterno, á un hombre de tu fibra.

—No dudo, señor, que hemos de llegar á Catay ó á cualquier otro pais que á Vuesencia plazca buscar: no tengo recelos aten-

to á vuestra habilidad y valor, suficientes para asir de las barbas al Gran Khan, y si es menester, arrancarle del turbante á puñados las costosas joyas que adornarle deben; y no hay duda que habrá de gastar su turbante, pues que es un infiel; no tengo yo tampoco malas corazonadas acerca de la magnitud y riqueza de nuestros descubrimientos y fletes, pues que os creo bastante diestro, Señor Don Almirante, para llevar las caravelas de un lado del mundo al otro, y hasta de cargarlas hasta los topes de perlas finas, dado caso que anduviesen poco abundosos los diamantes.

—Si esa confianza te inspira tu caudillo ¿qué otro recelo puede darte cuidado?

—Desconfío del valor de la parte de honores ó de riquezas, que pueda tocarle á un tal Sancho Mundo, un pobre marinero sin nombre, y casi sin camisa, y á quien le hacen mas falta ambas cosas que podra imaginarse nunca nuestra hermosa reina Doña Isabel, ni su regio consorte Don Fernando.

—Sancho, tu eres un egemplo vivo de que no hay hombre que carezca de faltas; y mucho recelo que mercenario seas. Dicen que

todos los hombres tienen su precio; y claramente se me figura que tu tienes el tuyo como los demas.

—Usencia tampoco ha navegado por el mundo en valde, y no tan fácilmente podríais acertar las otras inclinaciones de cada hombre. Ya hace tiempo he sospechado que yo era mercenario, y por lo mismo he aceptado toda clase de propinas, á fin de desterrar esa propension. Nada aplaca mas pronto la rasquiña de un mercenario como el que le colmen de dádivas y de galardones; y respecto á mi precio, procuro que el mio sea de los mas altos, para que no se me tenga, con des crédito, por un espíritu rastrero y bajo. Tasadme en mucho, y tenga yo regalos de sobra, y me vereis mas desinteresado que fraile alforjon.

—Bien te entiendo, Sancho; eres fácil de comprar, pero de asustar difícil. En tu opinion una sola dobla es una dádiva demasiado mezquina para que pueda partirse prudentemente entre ti y tu amigo el marinero portugués. Haré contigo una liga bajo tus propios términos; ahí va otra moneda de oro. Cui-

dado con serme fiel en lo que queda del viage.

—Contad conmigo, sin escrúpulo, señor Don Almirante, ó con escrúpulos tambien, si os sobreviniesen por mala ventura. No tiene Vueselencia en toda la escuadra un amigo mas desinteresado que yo. Lo que espero únicamente es, que cuando se escriba la lista de partícipes en el despojo de las Indias, tenga en ella Sancho Mundo un lugar honroso y cual convenga á su fidelidad. Y ahora, Escelentísimo Señor, puede Vuesencia retirarse á dormir en paz; porque la Santa Maria ha de ir tan derecha hácia Catay, como permital esta ventolina que nos sopla del sud-oeste.

Hízolo así Colon, aunque se levantó de lecho una ó dos veces mas, durante la noche, á fin de cerciorarse del estado del tiempo, y del cumplimiento de la tripulacion. Mientras Sancho permaneciò al timon, fué leal á su promesa, pero al retirarse con los de su cuarto, á la hora de costumbre, releváronle otros, sucesores fieles de la alevosía criminal del otro timonel. Cuando Luis salió de su hamaca, ya estaba trabajando Colon, para averiguar la distancia que se habia recorrido en

el transcurso de la noche. Correspondiendo á la mirada escudriñadora del jóven, observó gravemente el almirante, aunque no del todo sin alguna melancolia en sus maneras.

—Hemos corrido bonitamente, aunque se ha llamado mas al norte de lo que yo hubiera querido. Encuentro que los bajeles se encuentran treinta leguas mas distantes de Ferro que cuando se puso el último, y veis ahora que he apuntado veinte y cuatro en el diario, que destino para los ojos de la gente. Pero mucha ha sido la debilidad de los timoneles en el trabajo de esta noche, por no decir que ha sido alevosia; han derribado la nave de manera que parte del tiempo hemos navegado en direccion casi paralela á las costas de Europa, de suerte que han procurado engañarme sobre cubierta, mientras yo lo he juzgado necesario engañarlos á ellos dentro de la cámara. Penoso es, Don Luis, tener que valerme de semejantes ardides, cuando nos hallamos empeñados en una empresa, que escede á cuantas nunca el hombre acometiera hasta ahora, y eso tambien con mira hácia la gloria de Dios, la ventaja de la

humana especie, y los intereses especiales de España.

—Los santos eclesiásticos mismos, señor Don Cristóval, están obligados á someterse á este mal, contestó el irreflexivo Don Luis, y á nosotros los seglares no nos incumbe entre lo que ellos padecen. Dícenme que la mitad de los milagros que hacen son en verdad milagros de cualidad bastante dudosa, y que la falta de fé que tenemos nosotros los pecadores envejecidos, es lo que hace necesarias esas pequeñas invenciones para el provecho de nuestras almas.

—Que hay hombres de iglesia falsos y alevosos, así como tambien seglares ladrones y traicioneros no lo dudo, Luis, contestó el almirante, mas esto proviene de la caída del hombre y de su depravada naturaleza. También hay milagros verdaderos y limpios, que emanan del poder de Dios, y que tienen por objeto sostener la fé, y alentar á los que aman y honran su santo nombre. No juzgo que ninguna cosa de cuantas acaecido nos han, pertenezca á esta clase todavia, á lo ménos muy claramente; ni tampoco me aventuro á



esperar que debamos vernos favorecidos de esta manera por ninguna intervencion especial en obsequio nuestro; pero escede á todas las maquinaciones del diablo el persuadirme que háyamos de vernos abandonados en la prosecucion de tan glorioso designio, ó que no estamos, indirecta y secretamente, conducidos en nuestro viage por un espíritu y conocimiento, que provienen ambos de la Divina gracia é infinita sabiduria.

—Eso puede ser asi, Don Cristóval, en cuanto respecta á vuesamerced; respecto á mí no reclamo por guia á un ser mas elevado que un ángel. La pureza de un ángel, y espero que se me permitirá añadir la pureza de un ángel, me conducen, en mi ciega vereda, á través del océano.

—Asi os parece, Don Luis; pero tampoco podeis conocer si una causamas alta, no se sirve de una Doña Mercedes para instrumento en este asunto. Aunque ningun milagro lo haaa aparente á los ojos del vulgo, rebúllese un espíritu en mi pecho, al conducir esta empresa á su cabo, que juzgaria blasfemia resistillo. Loado sea Dios, mancebo mio, por-



que al fin nos vemos zafos de los Portugueses, y encaminados buenamente á nuestro destino. Ahora nuestros obstáculos han de depender de los elementos, ó de nuestros propios temores. Alégrame el corazon hallar que los dos Pinzones se mantienen leales, y conservan sus caravelas apegadas á la Santa Maria, cual hombres determinados á sostener sus creencias y ver el fin de la aventura.

Como Luis se hallaba listo ahora, el almirante y él dejaron juntos la cámara. El sol se habia levantado, y la ancha superficie de la mar brillaba con sus luces. Habia refrescado el viento, y llamábase mas y mas al sur, de modo que los bajeles corrian de bolina, y como hubiese poca marejada, el progreso de la escuadrilla fué proporcionalmente considerable. Todas las cosas parecian propicias, y como ya se hubiesen acallado los primeros arrebatos de pesar, al perder de vista la tierra conocida, velase á la gente mas serena aunque el temor del porvenir se hallaba sofocado, cual los fuegos regresos de un volcan, mas bien que estinguido.

El Mártes, 1.º de Setiembre, trajo un

cambio de viento aun mas favorable. En este dia, por la vez primera, desde que salieron de las Canarias, pusiéronse las proas de las naves en direccion clavada al oeste; y con el antiguo mundo directamente por la espalda y el desconocido océano de frente, prosiguieron su camino los aventureros á favor de una brisa que del sud-este soplabá. Podia calcularse el progreso de los bajeles en algunas cinco millas por hora, compensando la falta de premura con la serenidad de su carrera, y la derechura de su rumbo.

Concluido habíanse las observaciones que usualmente se verifican en la mar, cuando el sol toca á su zénit, y Colon acababa de anunciar á sus alarmados, compañeros que las naves derribaban gradualmente hácia el sur, debido al derrame de alguna invisible corriente, cuando un grito desde el tope dió aviso de acercarse una ballena. Como la aparicion de uno de estos monstruos del profundo, interrumpe la monotonia de la vida marinera, todos se pusieron á la mira, cuales trepando por las jarcias, cuales asomándose á la obra muerta, á fin de divertirse con los revuelcos del inmenso animal.

—¿Lo ves, Sancho? preguntó el almirante á Mundo, quien se hallaba junto á él á la sazón. Para mí las aguas no tienen apariencia de que semejantes animales se hallen cerca de nosotros.

—La vista de Vueselencia, señor Don Almirante, es mucho mas verídica que la lengua de los parleros en el tope. Tan cierto como este es el Atlántico, y aquellas las crestas espumosas de las olas, esa no es ballena.

—La cola! la cola! gritaron en coro una docena de voces, señalando hácia un punto, donde un objeto oscuro hacía loma sobre la mar, y que manifestaba un remate puntiagudo, con brazos cortos á uno y otro lado.— Está retozando con la cabeza debajo del agua y la cola para arriba.

—Bah!.. bah! exclamó el esperto Sancho, con la indiferencia de un verdadero marino, o que estos inhábiles y apresurados alborotadores llaman la cola de la ballena, no es sino el mástil de alguna malaventurada nao, que ha dejado los huesos con su cargamento y tripulación allá en los abismos de la mar.

—Tienes razon, Sancho, contestó el almi-

rante. Ya veo lo que quieres decir; es verdaderamente un mástil, resulta de algun naufragio.

Circuló esto con rapidez de boca en boca, y la tristura, que siempre acompaña las evidencias de semejante desastre, quedó sellada en los semblantes de todos. Solamente los pilotos manifestaron indiferencia, y se pusieron en consulta sobre la ventaja de traer á bordo el flotante mástil, como árbol de reserva en caso de apuro; mas abandonaron la tentativa en razon á la marejada y á lo favorable del viento, siendo esta última ventaja de tal consecuencia que rara vez quiere perderla un verdadero marino.

—Ese es un aviso para nosotros, exclamó uno de los descontentos, al deslizarse la Santa Maria junto á la ondeante cabeza del mástil—Dios nos ha enviado esta señal, á fin de advertirnos que no osemos con proa pertinaz lo que ningun marino hasta ahora á emprender se ha aventurado.

—Di mas bien, interpuso Sancho, quien desde que percibiera la propina se habia manifestado un elocuente defensor — ese es un pro-

nóstico alentante enviádonos del cielo. ¿No estas viendo que la parte notable del palo se asemeja á una cruz, cuyo santo signo tiene por objeto el guiarnos en nuestro rumbo, repletos con las esperanzas de un éxito próspero.

—No dices mas que la verdad, Sancho, habló Colon; una cruz se ha construido para la edificacion nuestra, por decirlo asi, en medio de las mares, y mirarla debemos como una prueba de que la Providencia con nosotros está, en nuestra tentativa de llevar sus bendiciones á la ayuda y al consuelo de los paganos del Asia.

Como la semejanza con el sagrado símbolo estaba muy distante de ser fantástica, la feliz ocurrencia de Sancho no dejó de producir su efecto. El lector entenderá mas bien la similitud, al considerar que la parte alta de un mástil se parece mucho á una cruz, en virtud de las crucetas, y, como sucede amenudado, aquel solitario palo flotaba casi perpendicularmente, debido al contrapeso de algun objeto que de pie le servia, dejando erguido el tope á unos quince ó diez y seis pies de la

superficie de las aguas. Al cabo de un cuarto de hora esta última reliquia de Europa y de la civilización desapareció lejos á popa de los buques, disminuyendo gradualmente en tamaño, y rebajándose hacia la superficie de las olas, hasta que sus confusos contornos se desvanecieron hilo á hilo, pero siempre couservando la bien conocida forma del símbolo adorado de la cristiandad.

Después de este pequeño incidente, no interrumpió la marcha de los vasos suceso alguno que mereciese la atención, en un par de días con sus respectivas noches. Todo este tiempo sopló favorable la brisa, y los aventureros prosiguieron hacia el oeste, sujetos á la brújula, lo que equivalía en verdad á derribar un poco hacia el norte del punto verdadero—certeza que aun no se habia averiguado por la ciencia de aquella época. Entre la mañana del 10 de Setiembre, y la noche del 13 habia hecho la escuadra casi noventa leguas de océano, surcando una línea que poquísimo discrepaba de la dirección recta á través del vasto desierto de aguas, habiendo alcanzado en consecuencia un punto tan lejano, sino mas á oc-



cidente que la posición de las Azores, tierra hacia el este mas conocida entonces de los navegadores europeos. El día 13 resultaron contrarias las corrientes, y siendo su dirección al sud-este, conociáseles una tendencia á derribar los buques hacia el sur, llevándolos cada hora mas contiguos al margen setentrional de los alisios.

Hallábanse el almirante y Don Luis en su puesto acostumbrado, la noche del 13, día ante-dicho, en el momento en que Sancho dejaba el timon, por haberse acabado de cumplir el tiempo de su tarea. En vez de mezclarse avante entre la chusma como de costumbre, el viejo timonel miró hacia la popa con ojos de deseo, y hallando que solo la ocupaban el almirante y su inseparable compañero, subió la escala como si anhelase hacer alguna revelación.

—¿Quieres algo conmigo, Sancho? preguntóle el almirante, aguardando á que se le allegase para satisfacerle de que no habia escuchas sobre la cubierta.—Habla con franqueza; sabes que tienes mi confianza.

—Señor Don Almirante, bien conoce Vue-



selencia que yo no soy pez de agua dulce, para que me asuste porque una embarcacion cabecee hácia el ocaso en vez de hocicar á leste, ni que me asombre la vista de un tiburón ó de una ballena; y sin embargo vengo á decir que este viage no carece completamente de ciertas señales y maravillas, que no estan demás respeto un marinero, como desacostumbradas, por no decir ominosas.

—Como bien dices, Sancho, conozco que no eres un mandria á quien pueda sobrecojer el vuelo de un ave, ni el presagio de un naufragante mástil, y por eso despiertas mi curiosidad para que haga caso de tus insinuaciones. Este señor de Muñoz es mi secretario confidencial, y nada tienes que ocultar á sus oídos. Dí pues con franqueza y sin otra demora; si oro apeteces, está seguro de que tenerlo habrás.

—No, señor; mi nueva no vale un maravedí, ó mas bien es superior al poder del oro; tal como ella es, Vuesencia puede tomarla, y no pensar mas en mi galardón. Bien os consta, señor, que nosotros los viejos marinos queremos dar suelta á nuestros pensamientos,

mientras cabe el timon nos hallamos, imaginándonos á veces que estamos viendo la sonrisa y miradas gachonas de alguna fregonzuela que en tierra se quedára, acordándonos en otras ocasiones del gustillo de las ricas frutas y del carnerillo de la sierja; y de trecho en trecho, por via de milagro, pensando en los pecadejos que cada Cristiano suele tener sobre sus costillas.

—Hombre! todo eso lo sé bien; pero no es asunto digno de los oídos de un almirante.

—Tal no concedo, señor; almirantes he conocido á quienes despues de un largo cruce-ro mucho agradaba un pedacito de carne fresca; toma! y quienes tambien se han acordado de una carita de rosa, y de unos ojuelos de azabache, y qulenes sinó de vez en cuando hacian remuriscencia de sus pecadillos, hicieran lo que es mncho peor: tuvieron mucha cuidado de añadir al crecido escote que contra si resultaba ya. Ahora bien, habia una vez...

—Don Cristóval, dejadme que, para concluir, arroje este bribon á la mar, interpuso el fogoso Bobadilla, fiaciendo un movimien-

to hácia adelante cual si quisiese verificar la amenaza, cuya accion fué detenida por la mano de su gefe.—¿Es posible que jamas hayamos de oir empezar un cuento por el cabo derecho, mientras exista en la nave este hombre?

—Mil gracias, señor condecito de Llera, contestó Sancho cen sonrisa irónica. Si estais tan ducho en ahogar á un marino como en desarzonar á caballeros cristianos en el torneo, y á infieles en la batida, de buena gana escogeria yo á algun otro para que fuese mi bañero.

—Bien conoces mi genio, socarron. ¿Conque me has conocido en algun otro viage?

—Un gato tiene facultad de mirar á un rey de hito en hito, señor conde, ¿y por qué razon á un marino le estará vedado clavar los ojos en la cara de un pasagero? Pero paz con las amenazas; porque el secreto de Vueselencia ha caido en orejas de difunto. Si llegamos á Catay, ninguno avergonzarse ha de haber emprendido este viage; y si marramos nuestro designio, es muy probable que nadie vuelva para especificar el pcciso modo con que se ahogó Vuestra Escelencia, ó se murió de

hambre, ó en virtud de que otro medio fuéramos convertidos en santo dentro del seno de nuestro padre Abrahán.

—Basta de esto, dijo Colón adustamente; refiérenos lo que tengas que decirnos, y cuidado con tu discreción respecto á este jóven noble.

—Señor, vuestra palabra es para mí una ley. Don Cristóval, es uno de los pasatiempos del marino, durante la noche, andar velando á una amiga vieja y leal, es decir á la estrella del norte; y mientras en esta guisa me hallaba ocupado, hace una hora, advertí que esta fiel guía y la aguja de marear, por cuyos preceptos estaba yo navegando, empezaron á contar unos cuentos muy distintos.

—¿Estas seguro de eso? preguntó el almiserante con una prontitud y un énfasis que descubrieron el interés que en la comunicación sentía.

—Tan seguro, señor, como cincuenta años de estar mirando á la estrella, y cuarenta de vigilar la brújula pueden hacer á un hombre. Muy escasa necesidad tiene ausencia de

fiarse en mi ignorancia, pues que ahí teneis junto al codo vuestra brújula particular; la una puede compararse con la otra.

Ya se le habia ocurrido al gran navegante el hacer la comparacion; y luego que Sancho dejó de hablar, púsose Colon con Don Luis á examinar el instrumento minuciosamente. La primera impresion y la mas natural fué una creencia de que la aguja de la bitácora estaba defectuosa, ó á lo menos influida por una causa estraña; pero una observacion mas atenta convenció pronto al gran navegante que era verdadera la advertencia de Sancho Mundo. Admiróse al mismo tiempo que sintió hallar que el cuidado habitual y la vista experimentada del tosco timonel habian estado alerta y en pronta disposicion para notar una mudanza tan desacostumbrada como la presente. Era en verdad tan comun que los marinos comparasen su brújula con la estrella del norte, lumbrera que se suponía no variaba nunca de posicion en los cielos, en cuanto esa posicion era referente al hombre, que á ningun esperto timonel, que al caer la noche se hiciese cargo del gobernalte,

podria irsele por alto semejante fenómeno.

Despues de repetidas observaciones, hechas sobre sus propias brújulas, de las cuales habia dos, una en la popa, y otra en la cámara, y de haber recurrido á los otros dos instrumentos en la bitácora, vióse Colon precisado á admitir que todos cuatro indices variaban igualmente de su direccion acostumbrada, cerca de seis grados. En vez de apuntar las agujas al norte clavado, ó á lo ménos en línea directa de polo á polo, señalaban cinco ó seis grados hácia occidente. Esta era una desercion tan novel como espantosa de las leyes de la naturaleza, como entónces se comprendian, y amagaban hacer las resultas anheladas del viage muy mas problemáticas, pues que de una vez privaba á los aventureros de una confianza segura en la guia principal del marino, y hacia dificultoso el navegar, sin sensacion alguna de certidumbre respecto á rumbo determinado en tiempo de cerrazon ó en las noches de oscuridad. El primer pensamiento del almirante, sin embargo, en esta ocasion, fué impedir el efecto que descubrimiento semejante seria probable produjese en

unos hombres dispuestos de antemano á anticipar lo peor.

—No hablarás una palabra sobre esto, Sancho, dijo el almirante al timonel; ahí tienes otra dobla para acrecentar tu caudal.

—Esclentísimo señor, perdonad la desobediencia de un humilde marinero, si rehúsa mi mano acelar vuestra dádiva. Este asunto tiene visos de sobrenatural, y como el diablo puede haber metido la pata en el negocio, á fin de impedir que convirtamos al pagano, de quien habláis con tanta frecuencia, prefiero conservar mi ánima tan pura como dable me sea en el enredo actual, pues que nadie sabe de que armas habremos de valernos, dado caso que lleguemos á las manos con el Padre del Pecado.

—A lo menos, puedo contar con tu discrecion.

—Respecto á esa, no hay cuidado, seor almirante; ni una sílaba saldrá de mis labios sobre esta materia, mientras no me dé Usencia permiso para hablar.

Despidió Colon al marinero, y volvióse luego hácia Luis, quien habia permanecido ca-



llado todo el tiempo del coloquio anterior:

—Pareceis apurado, señor Don Cristóval, por esta variación de las leyes ordinarias de la brújula, observó con sangre fría el joven; á mí paréceme mas acertado confiar completamente en la Providencia, la cual no nos hubiera llevado hasta aquí, á fin de hacer su mensaje á través del Atlántico anchuroso, para abandonarnos en la hora de mayor necesidad.

—Dios enjerta en el pecho de sus siervos el deseo de adelantar sus miras; pero los agentes humanos precisados se ven á valerse de medios naturales, y á fin de servirnos ventajosamente de esos mismos medios, necesario es que los entendamos. Considero este fenómeno como una prueba de que nuestro viage ha de dar margen á descubrimientos de magnitud desconocida, entre los cuales, quizás, hayan de numerarse los que sirvan de ovillo á desenredar los misterios de la aguja. Las riquezas minerales de España se diferencian de las de Francia en ciertos puntos; pues aunque algunas cosas son comunes á todas las tierras, hay otras peculiares á determinados países. Podremos encontrar regiones

donde abunde el iman, ó podemos ahora mismo hallarnos contiguos á alguna isla, que ejerza sobre nuestra brújula una influencia inesplicable.

—¿Se ha averiguado si las islas tienen sobre la aguja este efecto?

—Hasta ahora no; ni tampoco juzgo har- to probable semejante ocurrencia; aunque todas las cosas son posibles. Aguardaremos con paciencia á que el tiempo nos proporcione ul- teriores pruebas de que este fenómeno es real y permanente, antes de seguir ratiocinando sobre una materia tan difícil de ser entendida.

No tardó en cortarse el asunto, aunque incidente tan extraordinario diese al gran na- vegador una noche pensativa é inquieta. Dur- mió poco Cristóval Colon, y mas de una y mil veces claváronse sus ojos en la brújula, sus- pendida en su cámara, á fuer de *soplon*, pues que así llaman los marineros al instrumento por cuyo medio se informa el gefe del rum- bo en que navega el timonel, cuando menos se sospecha este de la supervision. Levan- tóse Colon asaz temprano para columbrar aun la estrella del norte, antes que esta desapa-

reciese entre los fulgores del día, é hizo otra prolija comparacion entre el puesto que ocupaba aquel luminar tan conocido, y la direccion que la aguja tomaba. Resultó del examen un ligero acrecentamiento en la variacion, y tendió á corroborar las observaciones de la noche precedente. El resultado del cálculo dió á entender que los bajeles habian corrido unas cien millas durante las últimas veinticuatro horas, y Colon se creyó á una distancia sestuple de esa medida misina al oeste de Hierro, mientras los pilotos no juzgaban hallarse tan adelantados en su camino.

Como Sancho guardase su secreto, y no hubo otros ojos tan escudriñadores entre los demas timoneles, hasta ahora esta circunstancia se eximió de la atencion general. Verdad que solo de noche podia advertirse esta variacion por medio de la estrella polar, y nada tiene de extraño que solo pudiese advertir el fenómeno la experimentada y vigilante vista de Sancho Mundo. Por consiguiente todo el día 14 y su noche respectiva se pasaron sin que la chusma cogiese alarma, y esto tanto mas cuanto que el viento habia caido,

Y que los buques se hallaban solamente á unas sesenta millas mas allá de donde por la mañana salieran. Apesar de eso notò la diferencia Colon, aunque fuera muy leve, y averiguó con la exactitud de un marino esperto y hábil, que la aguja iba inclinándose gradualmente mas y mas al ocaso, aunque por oscilaciones casi imperceptibles.



## CAPITULO IX.



Náufrago á medias,

La brujula perdida, el nauta osado

Su vista clava firme y anhelosa

En tu brillo dorado,

Buscando sin dudár, playa amistosa.

Y los que surcan en la noche umbria

Los desiertos del agua peligrosos

Al ver tus claras luces amigcosos

Salvos se cuentan so tu sacra guia.

## HIMNO A LA ESTRELLA DEL NORTE.

**E**l dia siguiente fué Sábado, 15, cuando la flotilla solo distaba diez soles de Gomera; ó bien la sesta mañana desde que los aventureros perdieran la tierra de vista. La última semana habia estado repleta de presagios melancólicos, aunque la costumbre empezaba ya á egercer su influencia, y la chusma daba indicios manifiestos de hallarse menos desasosegada que lo

habia estado durante los tres ó cuatro dias anteriores. Sus recelos comenzaban á dormirse por falta de estímulos aparentes, aunque siempre existian á fuer de ocultos impulsos, dispuestos á estallar al menor asomo de una ocurrencia impróspera. El viento continuaba favorable, aunque flojo, y todo el camino en las veinticuatro horas podia calcularse en mucho menos de cien millas, con direccion clavada al ocaso. Todo este tiempo permanecia la atencion de Colon fija en las brújulas, y advirtió el sabio navegante que á medida que los buques iban prosiguiendo mas rectos al oeste, las agujas de marear señalaban mas y mas, aunque por inclinaciones apenas perceptibles, hácia la misma direccion.

Ya á este tiempo, el almirante y Don Luis se habian hecho tan íntimos á fuerza del trato cotidiano, que por lo comun se levantaban y acostaban á la misma hora. Aunque demasiado ignorante con mucho de los peligros á que estaba espuesto para sentir desazon, y fisica y moralmente superior á toda ridicula alarma, se habia acostumbrado el manco á sentir, respecto á las resultas, la esci-

tacion que acompaña al audaz montero; de modo que si Mercedes no hubiera existido, se hallaba á la sazón Don Luis tan poco inclinado á regresar como el mismo Colon. Incesantemente platicaban ambos acerca de su viage y de sus esperanzas, y Luis tomaba tan á pecho su situacion, que le complacia investigar las circunstancias que pudieran suponerse tener algun influjo en su duracion y propósitos.

La noche del Sábado que acabamos de mencionar, se hallaban solos Colon y su fingido secretario sobre el alcázar, conversando como de costumbre acerca de las señales del temporal, y de los sucesos del día.

—La Niña os dijo algo ayer tarde, Don Cristóval; observó el jóven. Yo me hallaba en la cámara, enredado con mis apuntes diarios, y no me fué posible enterarme de lo que pasó.

—Su gente habia visto un ave ó dos, de aquellas que se supone jamas se apartan mucho de la tierra. Es probable que tengamos algunas islas cerca de nosotros, porque el hombre nunca ha surcado una estension de mar



muy considerable sin topar con algunas de ellas. Sin embargo, no podemos perder nuestro tiempo en una ociosa rebusca de puntos tan insignificantes; pues que la gloria y el provecho de averiguar la situacion de un grupo de islotes seria un resarcimiento muy pobre de la pérdida de un continente.

—¿Seguis observando en la aguja esos cambios cuya causa se ignora?

—Los que van ocurriendo solo sirven para corroborar el fenómeno. Mi principal recelo es el resultado que tendrán en los ánimos de la gente, tan luego como se sepa la circunstancia.

—¿Y no hay medio de persuadirles que la aguja señala hácia el occidente, como signo de que la Providencia nos anima á proseguir ese rumbo, á fin de que el buen éxito corone nuestro viage?

—Buena salida seria esa, Luis, contestó sonriéndose el almirante, toda vez que el miedo no hubiera aguzado sus aprehensiones á tal punto, que seria su primera investigacion calcular porqué la Providencia habia de privarnos de los *medios* de saber hácia donde di-

rigiamos el rumbo, cuando estaba tan anhelosa de que no marrasemos la direccion precisa que á nuestro fin nos condujera.

Un grito que salió del grupo de marineros, que se hallaban de guardia sobre la cubierta, interrumpió este coloquio, al paso que una claridad repentina disipó momentáneamente las tinieblas, iluminando las naves y el océano, cual si un millar de antorchas vertieran sus luces sobre la porcion de esfera que formaba horizonte alrededor. Un globo de fuego se lanzaba á través del firmamento, y parecia correr á hundirse en la mar, á distancia de pocas leguas en los límites del horizonte visible. Luego que desapareció, siguióse una tiniebla tan profunda como brillante habia sido la luz extraordinaria y efimera. Aquel era tan solamente el paso de un meteoro; pero fué el meteoro uno de aquellos que el hombre ve una vez tan solo durante su vida, si llega á verlo alguna vez; y los supersticiosos marinos no dejaron de anotar el incidente, uniéndolo á los demas agüeros extraordinarios que acompañaron aquel viage; los unos presagiando bien, los otros mal del fenómeno.

—Por Santiago! exclamó Luis, luego que la luz se desvaneció, este viage nuestro, señor Don Cristóval, no parece destinado á pasarse sin que de él hagan caso los elementos y otras agencias especiales. Sea que estas maravillas hablen en nuestro favor, ó sea que en contra nuestra se declaren, denotan cosas estrañas por cierto á las vistas diarias que al hombre se ofrecen por lo comun.

—Asi acontece al espíritu humano, contestó Colon. Solo con que el hombre traspase los limites de sus ordinarios hábitos y deberes, descubre maravillas en las mudanzas mas comunes de la atmósfera, en el resplandor de un relámpago, en el rugir de una ráfaga, en el paso de un meteoro; sin hacerse cargo de que todos estos fenómenos existen en su propia conciencia; y que ninguna connexion tienen con las leyes cotidianas de natura. Estos espectáculos nada poseen de raros, especialmente en las latitudes bajas; y no pronostican en pró ni en contra de nuestra empresa.

—Escepto, señor almirante, en cuanto puedan afectar los espíritus y fascinar las ima-

ginaciones de nuestra gente. Me dice Sancho que cunde en la tripulacion un sordo contagio de descontento; y que mientras los marineros aparentan estar tranquilos, su disgusto del viage va haciéndose mas patente de hora en hora.

No obstante la opinion del gran caudillo, y del trabajo que se tomó á fin de explicar el fenómeno á la gente sobre cubierta, el paso del meteoro no solamente habia hecho una profunda impresion en los ánimos, sino que de guardia en guardia comunicóse la ocurrencia, que fué durante la noche asunto de conversacion muy seria y animada. Pero el incidente no produjo una manifestacion abierta de descontento; algunos pocos lo juzgaron un agüero propicio, aunque los mas lo tuvieron por una amonestacion de arriba contra cualquiera tentativa impia que se hiciera con el objeto de escudriñar aquellos misterios de la naturaleza, que segun sus nociones, no habia tenido á bien Dios revelar al hombre.

Entretanto los bajeles seguian su rumbo con toda serenidad hácia el occidente. Con mucha frecuencia habia variado el viento, tan-

to respecto á fuerza como á direccion, pero nunca de modo que obligase á los buques á acortar vela, ó á sesgar del punto que el almirante creia ser el rumbo verdadero. Suponian que caminaban al poniente clavado; pero debido á la variacion, seguian un curso mas al sudoeste, y se aproximaban insensiblemente á los alisios; cuyo derribo lo debian tambien á la fuerza irresistible de las corrientes. Para el 15 ó 16 del mes, la escuadrilla se hallaba unas doscientas millas mas retirada de las costas europeas; aunque Colon tomaba siempre las precauciones acostumbradas para aminorar la distancia á los ojos de la gente. El último de los dias mencionados fué Domingo, y los oficios religiosos, que entónces rara vez se descuidaban en un buque cristiano, produjeron un efecto sublime y profundo en el espíritu de los aventureros. Hasta la sazón el temporal habia participado del carácter general de aquella época del año; y unas pocas nubes con una ligera llovizna habian mitigado hasta cierto punto los calores; estas empero no tardaron en disiparse, y succediólas una blanda brisa del sud-este que parecia venir embal-

samada con la fragancia de la tierra. Los hombres se juntaron para cantar el himno vespertino, alentados con tan halagüeña bonanza, y los bajeles se acercaron unos á otros, cual si fuese para formar un solo templo, en honra de Dios, entre las vastas soledades de un océano, que rara vez, ó por mejor decir nunca, se habia visto emblanquecer con la henchida lona. La alegría y la esperanza vinieron en pos de este acto devoto, y ambos sentimientos se acrecentaron de resultas de un grito que lanzara el marinero del tope quien señalaba á proa y á estribor cual si descubriese por aquellas partes algun objeto de interes particular. Varióse levemente el rumbo, y pocos instantes despues se hallaron los bajeles en un campo sembrado de yerba marina que cubria el océano muchas millas alrededor. Esta señal de no hallarse muy distante la tierra fué acogida por los marineros con gritos de gozo; y hasta los mismos que una hora antes se habian mecido en el borde de la desesperacion, sintiéronse ahora henchidos de alegría.

Aquellas verduras eran en verdad de una



clase la mas apropósito para despertar la esperanza en el pecho del marino mas desconfiado. Aunque algunos habian perdido su frescura, mucha parte de ellos se conservaba todavia lozana, y parecia acabada de arrancar de las madres peñas, ó de la tierra que alimentádas las habia. Ni aun los pilotos tenian ahora duda de que estuviese á la mano alguna desconocida costa. Viéronse tambien atunes en abundancia, y la gente de la Niña tuvo la buena fortuna de coger uno. Abrazábanse unos con otros los marineros, llenos los ojos de lágrimas, y muchas manos se apretaron cordialmente, que el dia anterior se hubieran retraido con misantrópica adustez.

—¿Y participais de toda esta esperanza, Señor Don Cristóval? preguntó Luis; ¿hemos verdaderamente de aguardar las Indias en consecuencia de estos yerbajos; ó carece la suposicion de fundamento?

—La gente se engaña á sí misma suponiendo tan próximo el término de nuestro viage. Todavía debe distar Catay muy mucho de nosotros. Solo hemos andado trescientas sesenta leguas desde que perdimos á Hierro



de vista; lo que segun mi cómputo, equivaldrá á una tercera parte de nuestras jornadas. Menciona Aristóteles que ciertas naves de Cádiz fueron impelidas á occidente por recias ventolinas, hasta que llegaron á una mar cubierta de yerbas y en puntos donde abundaban los atunes. Bien debeis saber, Luis, que este pez, suponian los antiguos, veia mucho mejor con el ojo derecho que con el izquierdo, á causa de que notaban, que al pasar el Bósforo, siempre se iban por la costa derecha para buscar el Euxino y por la izquierda para volver.

—Por San Francisco! nada tiene de particular que unos animalejos tan tuerlos de vista se hayan extraviado tan lejos de sus casas, interrumpió el liviano Don Luis, riéndose á carcajadas. ¿Y dice tambien Aristóteles como ponian los ojos para mirar á las bellezas, ó si sus nociones de la justicia eran parecidas á las de aquel magistrado que tomaba propina de ambos litigantes?

—Aristóteles habla tan solo de la presencia de esta clase de peces en el herboso océano, que delante de nosotros se estiende.

Imagináronse aquellos marinos gaditanos que se hallaban contiguos á algunas islas sumergidas, y, como el viento se lo permitiese, volviéronse cuanto antes á sus propias costas. Nosotros á mi entender, hemos llegado al tal parage; mas no espero divisemos tierra tan pronto, á menos en verdad, que descubramos alguna isla que haya por aqui en el océano, á fuer de atalaya entre las costas de Europa y las del continente Asiático. Sin duda, no dista mucho la tierra de donde se han arrancado estas plantas; pero me importa muy poco divisarlas ni descubrirlas. Catay es mi norte, señor Don Luis, y voy en busca de continentes no de insulas.

Ahora sabemos que mientras Colon juzgaba á derechas en que no hallaria tan próxima la tierra firme, se engañaba respecto á que hubiese islas en aquellas inmediaciones. Sea que aquellos yerbajos fuesen reunidos por la fuerza de las corrientes, sea que provinieran del fondo de la mar arrancados de su lecho por la accion del agua, no se ha podido averifluar aun, aunque la última es la opinion mas corriente. porque en aquellas partes del

océano existen bajos de mucha estension. Bajo la hipótesis postrimera, los navegantes de Cádiz estuvieron mas cercanos á la verdad de lo que aparece á primera vista, pues que una isla sumergida tiene toda la apariencia de un banco, á escepcion de aquellos rasgos característicos de su primitiva formacion.

No se descubrió tierra ninguna. Prosiguieron los bajeles su rumbo, con una velocidad que discrepaba poco de cinco millas por hora, abriéndose camino por medio de los yerbajos que á veces se acumulaban en crecidas masas en torno de las proas, pero no podian poner un serio obstáculo á su progreso. Respecto al mirante tan supremas eran sus miras, tan firmes sus opiniones acerca del gran problema geográfico que iba á resolver, que mas bien anhelaba marrar, que descubrir las islas, las cuales en su opinion no podrian estar á demasiada distancia. Aquel dia con su noche llevó los bajeles algo mas de cien millas á occidente, poniendo la escuadra no lejos de medio camino entre los meridianos que limitaban las extremos bordes occidentales y orientales de los dos continentes, aunque siem-

pre mas próximos al Africa que á la América, siguiendo el paralelo de latitud que en su navegacion surcaban. Como el viento continuase firme, y el mar estuviese tan lisa como un rio, los tres buques iban muy inmediatos, y la Pinta, que era la nave mas velera, acertaba trapo á fin de no adelantarse mucho. Por la tarde del dia despues de haber hallado los yerbajos, que fué Lunes 17 de Setiembre, ó el octavo dia de haber perdido de vista las costas de Hierro, habló Martin Alonso Pinzon á la Santa Maria, é informó al piloto de guardia que era su intencion tomar la amplitud del sol, tan luego como este luminar bajase lo suficiente, á fin de cerciorarse de si sus brújulas conservaban su virtud. Esta observacion, que no deja de ser muy comun entre la gente de mar, juzgóse al caso hacerla simultaneamente en todas las caravelas, á fin de que el yerro de la una pudiera corregirse por la mayor exactitud de las demas.

Hallábanse á la sazón el almirante y su amigo Don Luis, disfrutando de un profundo sueño en sus cois, pues era tiempo de sies-

ta, cuando despertó al primero una de aquellas sacudidas del hombro que los marinos acostumbran dar y no se enfadan cuando reciben. Nunca se necesitaba mas de un momento para volver en sí al gran navegante, aun cuando el letargo mas narcótico le hubiese embargado los sentidos; y así fué que al instante se halló completamente despierto.

—Señor Don Almirante, díjole Sancho, quien era el huésped intruso, ya es tiempo de levantarse; todos los pilotos estan sobre la cubierta listos para medir la amplitud de sol, luego que los cuerpos celestes se encuentren en su lugar adécuado. Ya el occidente ha tomado el aspecto de un delfin moribundo, y antes de poco dorarse ha cual yelmo del Sultan alarbe.

—Van á medir la amplitud exclamó Colon, saltando al momento de su coy; noticion es ese por cierto! Ahora vamos á tener entre la chusma una asonada cual no hemos visto desde que dejamos el golfo de Cádiz!

—Tambien pienso yo eso, Escelentísimo Señor, porque el marino tiene en la aguja una fé igual á la que deposita el clérigo en

la bondad del hijo de Dios. Los muchachos estan en bendito humor ahora mismo; pero los santos saben lo que podrá suceder.

Despertó el almirante á Luis, y á los cinco minutos se hallaron ambos en su puesto usual en la popa. Habíase adquirido Colon tal fama de navegante inteligente, pues que su dictámen era por lo comun el mas arreglado á razon, aun quando fuese contrario al de todos los demas pilotos de la escuadrilla, que no disgustó á estos advertir que léjos de tomar en su mano un instrumento, era su objeto dejar el resultado á su propia habilidad y práctica. Bajóse el sol lentamente, atisvóse el tiempo adecuado, y luego aquellos rudos marinós se dedicaron á su faena, segun la moda entónces practicada. Martin Alonso Pinzon el mas diestro é instruido de todos ellos fué quien primero concluyó la observación. Desde su elevado puesto le era facil al almirante inspeccionar la cubierta de la Pinta, cuyo buque navegaba á distancia de algunas cien varas de la Santa Maria, y no tardó en ver á aquel comandante correr de una brújula á otra, en guisa de hombre vivamente alarmado. Pasa-



do otro minuto ó dos, botóse al agua el esquife de la caravela, é hizose al almirante señal para que recogiera trapo, mientras se vió al piloto de Moguer surcando en su barquilla la herbosa mar para llegarse á bordo de la Santa Maria. Al trepar por uno de sus costados Martin Alonso, su pariente Yañez, capitan de la Niña, hacia lo mismo por la borda contraria. En un instante se hallaron ambos al lado de Colon sobre el alcázar, adonde tambien les habian seguido Sancho Ruiz y Bartolomé Roldan los dos pilotos del almirante.

—¿Que significa esta premura, buen Martin Alonso? preguntóle con calma Colon; vos y vuestro hermano Vicente, asi como estos honrados pilotos acorreis á mi cual si hubieseis recibido prósperas nuevas de Catay.

—Solo Dios sabe, señor almirante, si será dado á alguno de nosotros el ver esa remota tierra, ú otra playa ninguna, que pueda alcanzar el marinero con la guia del iman, contestò Pinzon, con una prisa que casi le privaba del habla. Todos hemos estado comparando los instrumentos; y sin escepcion, halla-



mos que varían del verdadero norte un completo punto cuando menos.

—Maravilloso sería eso, en verdad! Habéis sin duda tenido algun descuido en vuestras observaciones, ó puede tacharseos de negligentes en vuestros cálculos.

—No tal, nobilísimo almirante, interpuso Vicente Yañez, á fin de corroborar el aserto de su pariente. Hasta las agujas se nos tornan desleales, y al mencionar yo esta circunstancia al timonel mas viejo de la flota, me ha dicho que toda la noche pasada advirtió que se ballaban discordes la estrella polar y la brújula.

—Otros dicen lo mismo aqui, añadió Ruiz el piloto; vaya! y aun no falta quien esté dispuesto á jurar que se ha notado esta maravilla desde el punto y hora que entramos en el mar de las yerbas.

—Tal puede ser, caballeros, contestó Colón, sin manifestar la mas leve mudanza en su semblante, y sin embargo no por eso resultarnos ha mal ninguno. Todos sabemos que los cuerpos celestes tienen sus revoluciones, algunas de las cuales son irregulares sin duda,

al paso que otras se hallan mas conformes con ciertas establecidas reglas. Asi sucede con el mismo Sol, que dá una vuelta á la tierra en el corto espacio de veinticuatro horas, mientras no hay duda que tiene otros movimientos mas sùtiles, desconocidos para nosotros, por causa de la distancia inmensa en que en los cielos se halla colocado. Muchos astrónomos se han creído capaces de descubrir estas variaciones, pues se han visto á veces grandes manchas en el disco de ese luminar, las cuales han desaparecido cual si se ocultasen detrás de él. Creo se descubrirá tambien que la estrella del norte ha hecho un pequeño desvío en su posicion, y que proseguirá moviéndose asi durante un corto periodo, despues del cual, no hay duda que la veremos volver á su puesto ordinario, de donde deducirse ha que su escentricidad efimera haya disturbado su acostumbrada armonia con las agujas de marear. Observad bien la estrella toda la noche; y por la mañana tómese de nuevo la amplitud, y entónces espero se hará patente la verdad de mi conjetura, comprobándose por la regularidad del movimiento del cuerpo ce-

leste. Léjos de desalentarnos semejante signo, debemos mas bien regocijarnos por haber hecho un descubrimiento, que, de si mismo, facultará á esta espedicion para que obtenga el crédito de haber añadido materialmente á los acopios de las ciencias axactas.

Viéronse precisados los pilotos á contentarse con esta solucion de sus dudas, por falta de otros medios para satisfacerse. Largo tiempo permanecieron sobre el alcázar, platicando acerca de tan estraña ocurrencia, y como los hombres en sus cálculos mas ciegos, á fuerza de raciocinar consigo mismos, se tranquilizan ó alarman, en esta ocasion los comandantes de los buques consiguieron afortunadamente acoger la primera de estas sensaciones. Respecto á los marinos bajo su mando, la eleccion fué mas difícil, pues luego que se cundió entre las tripulaciones de los tres barcos que las agujas habian comenzado á desviarse de su ordinaria direccion, apoderóse de ellas con pocas escepciones un sentimiento muy parecido al de un desespero mortal. Sancho prestó entónces un eminente servicio. Cuando el pánico estaba en su altura, y la gente

dispuesta á acudir al almirante, solicitando que las proas de las caravelas se pusiesen inmediatamente al nordeste, interpuso el viejo gabiero su conocimiento é influencia á fin de aplacar el tumulto. El primer arbitrio á que recurrió, con el objeto de devolver el juicio á sus camaradas, fué el de jurar sin titubeo que habia conocido en mil ocasiones discrepar la aguja y la estrella del norte, sin que por eso hubiese acontecido ningun daño, aunque sus ojos hubiesen atestiguado el hecho en mil ocasiones. Invitó á los marineros mas viejos y experimentados á hacer una exacta observacion de la diferencia que ya existia, correspondiente á un punto entero de la rosa náutica, y luego, que viesen por la mañana si la diferencia no se habia acrecentado en la misma direccion.

—Este, prosiguió el honrado timonel, será un signo cierto, amigos mios, de que tiene movimiento la estrella, pues que todos vemos que las brújulas continuan en el mismo estado que cuando salimos de Palos de Moguer. Cuando una de dos cosas se pone en movimiento, y se sabe cual de las dos se mantiene

en inercia, poca dificultad hay en descubrir la que ha echado á andar. Ahora bien, mira tu, Martin Martinez,—este era uno de los mas alborotados—las palabras valen muy poco cuando los hombres pueden probar sus dichos por medio de esperimentos tan seguros como este. Estás viendo esas dos pelotas de lana torcida encima de esa hilandera; pues bien resta saber cual va á quedarse ahí y cual vamos á quitar. Me llevo la mas chica, lo estas viendo, y queda la mayor; de donde se sigue que como solo puede quedar una, y esa es la mas grande, preciso es llevarse la mas pequeña. No juzgo que haya hombre ninguno digno de navegar una caravela, á favor de estrella ó de brújula, que niegue una cosa probada con tanta claridad y sencillez como esta.

Martin Martinez, aunque era un marinero de los mas desafectos, no tenia nada de lógico, y como Sancho corroborase con abundantes tacs y ternos sus demostraciones, acrecentóse el número de sus partidarios. Como que nada hay que mas anime al toco y descontentadizo rebelde, que el notar que su partido es el mas fuerte, asi nada le dasalienta tanto

como el advertir que se encuentra en la minoría, y Sancho pudo conseguír atraer la mayor parte de sus compañeros á la creencia de que era conveniente aguardar el resultado de las cosas, hasta la mañana próxima, antes de entregarse á cometer acto alguno de temeridad.

—Bien has hecho, Sancho, dijole Colon una hora despues, cuando se le acercó el marinero á fin de darle secretamente parte de lo ocurrido, y del estado de escitacion en que la chusma se encontraba. En todo has obrado bien escepto en tus juramentos para probar que antes atestiguáras el fenómeno. En cuanto he navegado de los mares, y cuidado que he sido nimio en mis observaciones y no me ha faltado estudio para hacerlas, nunca antes he visto la aguja variar de su direccion hácia la estrella del norte; y creo que lo que de mi noticia se ha escapado no seria tan fácil atrajese la tuya.

—Me haceis injusticia, seor almirante, y me habeis hecho una herida respecto á mi honradez que solo puede curarse con una dobla.

—Bien te consta, Sancho, que nadie sin-



tió mas alarma que tú, cuando notamos por primera vez la variacion de la aguja. Tan grande, en verdad, fue tu recelo, que hasta rehustaste recibir la moneda de oro; debilidad de que por lo comun estás en extremo inocente.

— Señor, cuando primero se advirtió la novedad, cierto es que tal sucedió; pues, con el objeto de no engañar á un hombre que tiene mayor penetracion de la que ordinariamente cabe en dote al hombre, imaginéme que eran tan ténues nuestras esperanzas de volver á visitar jamas las costas españolas ó á visitar á Santa Clara de Moguer, que importaba muy poco quien fuese el almirante, y quien el timonel pelado y simple.

—Y sin embargo pretendes ahora echarla de buche y negar el miedo que te dió. ¿No juraste á tus camaradas que habias atestiguado antes este fenómeno mas de mil veces?

—Si, señor escelentísimo, esa es una prueba de que un caballero puede servir para vi rey y almirante, y saber todo acerca de Catay, sin tener unas nociones muy claras respecto á la historia. Dije á mis camaradas, señor Don Cristóval, que yo habia advertido estos



signos antes de esta noche, y que si se me ataba á un palo para ser quemado como mártir; suerte, que pienso algunas veces ha de acontecernos á todos los que somos hombres de bien por superfluidad, apelaria á Usencia mismo, seor almirante, para atestiguar la verdad de mis asertos.

—Entónces; Sancho, echarias mano de un testigo poco apropósito, pues que ni me sirvo de juramentos falsos yo mismo, ni me gusta alentar á otros para que se sirvan de ellos.

—Don Luis de Bobadilla, y Pedro de Muñoz, que presentes estan, serian mis fiadores, dijo el imperterrito Sancho; pues que quando á un hombre se le acusa falsamente, defensa ha de darsele, y esa defensa exijo yo ahora. Usencia tendrá la bondad de acordarse que fué en la noche del 15, cuando primero notifiqué á su Magnitud la novedad, y que ahora nos ballamos en la noche del 17. Juré que veinte veces habia yo antes advertido este fenómeno, ó como se llama, en esas cuarenta y ocho horas, pudiendo haber dicho con mayor verdad doscientas veces. Por Santa Maria! no hice otra cosa que cavilar en el

durante las pocas horas primeras.

—Anda, Sancho, tu conciencia tiene su latitud así como su longitud, pero bien sabes donde te aprieta el zapato. Ahora que entiendes el motivo de esta variación, deberás alentar á tus camaradas, así como también alentar á ti mismo.

—No hay duda de que todo será como Usencia dice respecto á que la estrella viage; repuso Sancho, y seme ha venido á las mientes que es posible estemos mas próximos á Catay de lo que nos figuramos; ¿quien sabe si esta variación será hechura de algunos espíritus mal dispuestos contra nosotros para descarriarnos en nuestro rumbo?

—Marcha á recogerte, socarrón, y acuérdate de tus pecados; dejando la solución de esos misterios á los que tienen mas enseñanza que tu. Ahí está tu dobla, y cuidado con ser discreto.

Por la mañana las tres caravelas aguardaban impacientes el resultado de las nuevas observaciones. Como el viento continuase favorable, aunque poco recio, y se descubriese una corriente en la dirección del ocaso, los

buques habian hecho, durante las veinte y cuatro horas precedentes, algo mas de ciento y cincuenta millas, lo que hacia muy perceptible el aumento de la variacion, corroborando por este medio la profecia que Colon se habia aventurado á hacer de resultas de previas observaciones. Con tanta facilidad son los ignorantes engañados por los discretos, que esta solucion satisfizo temporariamente todas las dudas, y creyóse en general que la estrella se habia movido mientras la aguja permanecia fiel.

Hasta que punto descarriase á Colon su propia lógica, es hasta el dia un asunto disputable. Que se valió de engaños, que pudieran considerarse inocentes, á fin de sostener el ánimo de sus compañeros de viage, consta del hecho de sus dos cómputos, el público y el privado; pero no hay prueba para creer que en esta ocasion tuviese que recurrir á medio semejante. Ninguna persona de instruccion creia, aun cuando se desconociesen las variaciones de la aguja, que señalase esta precisamente á la estrella polar; suponiéndose un nuevo accidente la coincidencia en la direccion del

acero magnetizado y la posición del astro celeste; y nada hay de extravagante en subputar que el gran navegador, quien era dueño del instrumento, y estaba al alcance de averiguar que no había perdido visiblemente parte ninguna de su virtud, al paso que solo le era dado raciocinar por una supuesta analogía respecto á las evoluciones de la estrella, pudiera imaginarse que una amiga, á quien siempre encontrara tan leal, le hubiese abandonado ahora, dejándole dispuesto á achacar todo el misterio del fenómeno á los moradores mas distantes del espacio. Se han aventurado dos opiniones acerca de la creencia del célebre navegante, en la teoría que adelantó esta vez; la una afirmando, la otra negando su buena fé en apoyar la doctrina que estableciera. Los que sostienen la última, sin embargo, parecerán discurrir con poca exactitud, pues que su argumento principal se apoya en la improbabilidad de que un hombre como Cook, o un absurdo científico tan craso, en un tiempo cuando la ciencia misma sabía tan poco sobre la existencia del fenómeno, como hoy se sabe de su causa. Siempre posible

es, sin embargo, que no tuviese el almirante nociones fijas sobre la materia, aun cuando estuviese medio inducido á esperar que fuese correcta su esplicacion; porque cierto es que en medio de la ignorancia geográfica y astronómica de aquel siglo, ese hombre extraordinario tenia algunas vislumbres sublimes y exactas de las verdades que aun se hallaban en embrion, respecto á su desarrollo, y á las demostraciones de ellas que iban á ser el resultado del raciocinio preciso é inductivo.

Por buena fortuna, si bien la luz del alba trajo en pos de si los medios de averiguar con certidumbre la variacion de la aguja, tambien acarreó los arbitrios correspondientes para cerciorarse de que la mar seguia aun cubierta de yerbajos, y otras señales que se creyeron alentantes respecto á la proximidad de tierra. Estando ahora la corriente en la misma direccion que el viento, la superficie del océano se veia al pie de la letra tan lisa y llana como la de un estanque, y pudieron los bajeles navegar sin peligro, á pocas brazas unos de otros.

—Estas verduras, señor almirante, gritó-

le Martin Alonso Pinzon, se parecen á las que se crian en las márgenes de los rios, y creo que nos hallamos en la embocadura de alguno de anchura inmensa.

—Puede ser, contestòle Colon, y no puede haber mejor prueba para eso que la del sabor del agua. Venga un cubo, á fin de que nos cercioremos.

Mientras se ocupaba Pepe en obedecer esta órden, aguardando con ese objeto á que pasase el buque por una grande aglomeracion de yerbajos, los ojos lince del almirante descubrieron una centolla, bregando en la superficie de las verdosas plantas, y gritó Colon al timonel á buen tiempo para que pudiera sesgar y se recogiera el animalejo.

—Esta es una presa de mucho valor, amigo Martin Alonso, dijo el almirante, levantando la centolla entre el pulgar y el índice á fin de que el otro la viese. Estos crustáceos rara vez se separan de tierra, arriba de ochenta leguas; y mirad tambien, ahí va una de esas aves de los trópicos que nunca duermen fuera de las playas. No hay duda que Dios nos favorece, y lo que debe hacernos



mas agradecidos por estos signos, es la circunstancia de que provienen todos del occidente; si, del occidente desconocido y misterioso.

Un viva general prorrumpió de todas las tripulaciones al notar estas señales, y otra vez aquellos hombres que tan recientemente se habian visto en el borde de la desesperacion, hincharonse de esperanza, y dispusieronse á recoger agüeros propicios hasta de las ocurrencias mas ordinarias del océano. Todos los buques habian subido sus cubos de agua, y cincuenta bocas al momento humedeció el líquido salitre; al paso que la infatuacion se hizo tan general, que no hubo hombre que no declarase hallar aquella agua menos salobre que de costumbre. Tan completa, en verdad, fué la ilusion creada por aquellas expectativas tan halagüeñas, y tan radicalmente habiase desterrado toda zozobra respecto al movimiento de la estrella polar, que hasta el mismo Colon, tan circunspecto por costumbre, tan sereno, tan juicioso en medio de sus sublimes miras, cedió á su nativo entusiasmo, è imaginòse en visperas de descubrir alguna



vasta isla colocada á medio camino entre Asia y Europa; honor que no habia de menospreciarse, aunque no satisfaciese esperanzas mas elevadas.

—En verdad, amigo Martin Alonso, dijo el almirante, que esta agua parece estar menos salada de lo que por lo comun se la encuentra á gran distancia de la embocadura de los rios.

—Lo mismo me dice el paladar, señor almirante; y para mejor signo, la Niña acaba de clavar otro atun y en este instante lo está metiendo adentro.

Los vivos se multiplicaban, y cada nueva prueba aparecia mas alentadora que la precedente: mientras el almirante, cediendo al ardor de las tripulaciones, mandó que se soltase todo trapo, á fin de que cada bajel se esforzara en adelantar á los otros, con la esperanza de ser el primero que descubriese la isla anhelada. Esta pugna no tardó en separar las caravelas, y la Pinta ganó la palmeta muy fácilmente á las demas, mientras la Santa Maria y la Niña siguieron menos presurosas sus aguas. Todo fué algazara y júbilo, duran-

te el dia, abordo de aquellos aislados vasos, que sin sabiendá de los que iban en ellos, navegaban por medio del Atlántico, con un horizonte estendiéndose mas allá de otro horizonte, y sin mudanza en el acuoso limite, cual un círculo se formaría fuera de otro círculo, sobre el mismo elemento, toda vez que de repente se dejara caer en la mar alguna vasta mole de materia sólida.



## CAPITULO X.



Hincháronse las velas; bonancible  
Soplaba el viento, cual si optase gayo  
De su tierra nativa desprendelle.  
Y á prisa se borran de los ojos  
Las blancas peñas, y en la hirviente espuma  
Que en torno las ciñera, se perdian.  
Tal vez entonces de su afan osado  
El jóven vagador se arrepintiera,  
Mas en su pecho exagitado y mudo  
Reprimióse el deseo, ni de sus labios  
Un acento salió de ingrata queja,  
Mientras otros lloraban y reunian  
Con la insensible brisa sus lamentos.

### PEREGRINACION DE CHILDE HAROLD.



Allegarse la noche, acortó velas  
la Pinta, y dejó que las naves com-  
pañeras la alcanzáran. Todos los  
ojos se volvieron ahora con ansia hácia el oc-  
cidente, donde se esperaba que la tierra no tar-  
daria en aparecer. La última vislumbre, sin  
embargo, se desvaneció del horizonte, y las

tinieblas arroparon el océano sin que acarreasen ninguna mudanza material. Continuaba la ventolina soplando halagüeña del sud-este, y la superficie del océano ofrecía una lisura, cual comunmente se encuentra en los lechos de los ríos grandes. Apuntaban las brújulas una variación ligerísima de su antigua coincidencia con la estrella polar; y nadie dudaba ya que el defecto consistiese en la estrella del norte. Entretanto sesgaban los bajeles hacia el Sur aunque navegaban á su entender hacia occidente; circunstancia que impidió que Colón descubriese primero la costa de Georgia ó la de las Carolinas; pues que si hubiera marrado las Bermudas, la corriente del Golfo, acometiéndole por estribor le hubiera derribado al norte, al aproximarse á la tierra firme.

Pasóse la noche como de costumbre, y al medio día del 17, ó al finar el día náutico, había la escuadra dejado atrás un buen trecho de océano entre ella y el antiguo mundo. Iban desapareciendo los yerbajos, y con ellos los atunes, que se alimentaban de los productos de los bajios, los cuales ascendían muchos mi-

llares de pies mas cerca de la superficie del océano, que lo comun del fondo del mar Atlántico. De ordinario iban los buques muy cerca unos de otros, con el objeto de comparar sus observaciones; pero la Pinta, que á semejanza de un ligero corcel se contenia con dificultad, se disparó delantera, hasta la caída de la tarde, cuando se puso en facha para aguardar á sus consortes. Al llegar la Santa Maria, dispúsose á hablar con ella Martin Alonso, con su gorra en la mano, y solo aguardó á que estuviera el buque al alcance de su voz.

—Dios aumenta las señales de tierra, y las causas de alentamiento, señor Don Cristóval, gritó con alegría el piloto mientras la Pinta volvía á henchir sus velas á fin de hacer compañía al almirante. Hemos visto una bandada de aves por la proa, y las nubes hácia el norte aparecen pesadas y densas cual si cobijasen alguna isla ó continente hácia ese punto.

—Sois un mensagero muy grato, dignísimo Martin Pinzon; aunque quisiera advertiros que cuando mas, solo espero tropezar en estas latitudes con algun grupo de islotes; pues el Asia dista aun de nosotros algunos dias de

camino. Al acercarse la noche advertireis que esas nubes afectan todavía mas la apariencia de tierra, y no dudo que haya islas á uno y otro lado de nosotros; pero Catay es mi fin, y los hombres que tienen delante un objeto tan grandioso, no es justo se extravíen en busca de otros de menor consecuencia.

—¿Me dais permiso, ilustre almirante, para que me anticipe con la Pinta, á fin de que nuestros ojos sean los primeros, á los cuales refocile la vista preciosísima del Asia? No dudo que hemos de descubrirla antes que raye la próxima alba.

—Id, con la ayuda de Dios, honrado piloto, si á bien lo teneis; aunque os aviso que ningun continente saludará todavía vuestros ojos. Sin embargo, en el supuesto de que cualquiera tierra, que exista en estas lejanas y desconocidas mares, ha de ser un descubrimiento, y siendo honra para Castilla también como para todos nosotros, el que primero la columbre no se quedará sin su galardón. Vos, ó cualquier otro, teneis mi permiso para descubrir islas ó sea continentes á millares.

Rióse la chusma de este conceto pues que

fácil es provocar á risa á los que tienen el corazon poco abrumado, y un momento despues arrancó la Pinta con el objeto de ponerse delantera. Cuando se hundió el Sol, vióse la otra vez en facha para aguardar á sus compañeras, y semejante á un oscuro punto entre los matizados colores del glorioso cielo de ocaso. Presentaba al norte el horizonte acopios de nubes; en las cuales no era difícil dibujase la fantasia las cumbres de montañas escabrosas, el seno de huecos valles, con promontorios y precipicios ofuscados por la distancia.

Al dia siguiente varió el viento por primera vez desde que entraran los navegantes en la region de los alisios, y les rociaron con aguaceros de poca duracion. Hallábanse entonces apiñados los buques, y circulaba la conversacion de uno á otro; mientras los esquifes iban y volvian incesantemente.

—He venido señor almirante,—dijo Pinzon el mayor, al subir á la cubierta de la Santa Maria,—impelido por la unánime solicitud de la gente, para que os suplique pongamos la proa al norte, en busca de tierra, de islas y de con-



tinentes; que sin duda hay por alli, y por este medio coronaremos esta grande empresa con la gloria que se debe á nuestros ilustres soberanos y á vuestra propia y exaltada prevision.

—El deseo es justo, buen Martin Alonso, y muy honradamente espresado; mas no es posible acceder á él. Probable es que navegando en ese rumbo llegaríamos á hacer descubrimientos muy famosos, pero al hacerlos marriamos el objeto de nuestro viage. Catay y el Gran Khan yacen siempre á occidente; y nuestro deber no es el añadir otro grupo de islas como el de las Canarias y Azores al conocimiento del hombre, sino el de completar la circumnavegacion de la tierra, y abrir un camino para ensalzar la cruz en aquellas regiones que por tan luengos siglos han gemido só el domeño de los infieles.

—¿Nada se os ocurre que decir en apoyo de nuestra súplica, señor de Muñoz? Disfrutais la confianza de su Escelencia, y bien pudierais alcanzar el otorgamiento de gracia tan mezuquina.

—Para deciros la verdad, buen Martin Alon-

so, contestó Don Luis con mayor indiferencia de maneras que podia esperarse en un Grande hablando con un piloto, y con algo menos de respeto que el que correspondia usar á un secretario para con el segundo gefe de la expedicion;—para deciros la verdad, buen Martin Alonso, encuéntrase mi corazon tan preocupado con la idea de convertir al Gran Khan, que no me siento dispuesto á torcer á derecha ni á izquierda, mientras esa gloriosa fazaña no se lleve á cabo. He notado que Satanás puede muy poco contra aquellos que guardan la recta via, mientras tiene tanto poder sobre los que se tuercen, que sus dominios estan repletos de estraviados.

—¿No hay pues esperanza, noble almirante, y hemos de abandonar estos signos alentadores sin procurar trazarlos hasta alguna conclusion ventajosa?

—No veo mejor camino, honrado amigo; esta lluvia es un índice de tierra; y tambien esta calma: luego ahi tenemos un visitante que va en busca de la Pinta, con intencion supongo de descansar sobre ella las alas.

Volviéronse Pinzon y cuantos estaban cer-

ca de él, y á su comun deleite y asombro vieron un pelicano, con alas estendidas las cuales medirian algunos diez pies, volando á pocas brazas de la superficie de la mar, y en toda apariencia dirigiéndose hácia el bajel mencionado. La ave aventurera, sin embargo, cual si desdeñase visitar á un subalterno dió vuelta á la Pinta, y surcando grandiosamente el aire en direccion de la Santa Maria se perdió ligeramente sobre una verga.

—Si esa no es una señal de que esté próxima la tierra, dijo con mesura el almirante, es aun mucho mejor; la de hallarse á favor nuestro el Ser Supremo, quien nos envia estos agüeros alentadores á fin de confirmarnos en nuestra intencion de servirle, y de perseverar hasta el remate. Nunca antes, Martin Alonso, he visto yo una ave de esta especie á mayor distancia de las riberas que la que pudiera atravesar con el vuelo de un día.

—Tal lo he experimentado tambien, noble almirante, y á par vuestra considero esta visita como pronóstico muy favorable. Pero, ¿no podrá ser una insinuacion para que varieemos rumbo y busquemos tierra por ese lado?

—No lo interpreto así, antes mas bien lo juzgo un motivo para seguir adelante. A nuestra vuelta de las Indias podemos examinar con mayor escrutinio esta parte del océano; aunque nada juzgaré conseguido, mientras á las Indias no lleguemos, y las Indias distan todavía de nosotros centenares de leguas. Sin embargo, como el temporal nos favorece, haremos junta de pilotos, á fin de ver en que parte del mapa ha colocado cada cual su respectivo buque.

A esta insinuacion se reunieron todos los mareantes á bordo de la Santa Maria, y cada uno hizo sus cálculos, clavando un alfiler en el tosco mapa; tosco respecto á exactitud, aunque muy pulido en cuanto á egecucion; pues era el que el almirante, con los conocimientos que entónces poseia, habia delineado del océano Atlántico. Vicente Yañez y sus compañeros de la Niña, pusieron su alfiler mas delantero, despues de haber medido cuatrocientas cuarenta leguas marinas distante de Gomera. Algo se diferenció de ellos Martin Alonso quien clavó su alfiler veinte leguas mas hacia el este. Luego que le tocó á Colon fijó

el suyo á veinte leguas mas atrás que Martin Alonso; pues sus compañeros, á fuer de calculistas ménos hábiles, habian en toda apariencia adelantádose mucho de la verdadera distancia. Determinóse en seguida lo que habia de decirse á las tripulaciones, y volviéronse los pilotos á sus bajeles respectivos.

Parecerá que Colon creia de todas veras que se hallaba pasando por entre islas, y un historiador, Las Casas, afirma que en efecto no iban erradas sus conjeturas; pero si han existido islas en aquella parte del océano, mucho tiempo ha que han desaparecido; fenómeno, que al paso que no es imposible, apenas puede juzgarse probable. Se dice haberse visto bajios por aquellos sitios, hasta en el siglo actual, y no es difícil que existan estensos placeles, aunque Colon no halló fondo á doscientas brazas. La gran coleccion de yerbajos es un hecho que autentizan los recuerdos mas antiguos de las investigaciones humanas, y este fenómeno es debido probablemente á algun efecto de las corrientes, que tienden á producirlo; mientras las aves habran de considerarse como seres extraviados y atraí-

dos á tan larga distancia de sus acostumbradas guaridas por el alimento que precisamente habrian de buscar en aquella reunion de plantas marinas y de peces. Las aves acuáticas tienen la facultad de reposar sobre el agua, y el animal que puede surcar los aires á razon de treinta ó hasta cincuenta millas por hora, solo necesita tener las fuerzas suficientes para atravesar el Atlántico entero en cuatro dias con sus noches correspondientes.

Apesar de todos estos halagüenos signos, las diversas tripulaciones comenzaron á sentir muy en breve el peso de un desaliento renovado. Sancho, quien estaba en constante, aunque secreta comunicacion con el gran piloto, le tenia al corriente del estado de los ánimos, y vino á decirle que empezaba á prevalecer un descontento mas que comun; pues que la gente, á causa de lo súbito de la reaccion, habia pasado desde la esperanza mas elástica, casi hasta el borde del desespero. Refirióse este hecho á Colon al ponerse el Sol por la tarde del 20, ú once dias despues de haber la escuadra perdido la tierra de vista, y mientras el viejo timonel aparentaba estar trabajando en el alcázar, donde



hacia la mayor parte de sus comunicaciones.

—Se quejan, Señor, continuó Sancho, de la lisura de las aguas, y dicen que cuando alguna vez sopla el viento en estas mares, viene siempre del este, pues que no puede soplar de ningun otro punto. Tambien creen que las calmas prueban que vamos á entrar en una parte del océano donde no se conocen vientos; y se imaginan que estas brisas de levante son enviadas por la Providencia á fin de alejar de tierra á aquellos que han ofendido al Cielo con una curiosidad que jamás poseyera hombre ninguno de cuantos gastan barbas.

—Animales tú, Sancho, recordando á los pobrecillos que estas calmas reinan á veces en todas las mares; y respecto á los vientos del este, es bien sabido que, soplando de las playas africanas, só las latitudes bajas, en todas las estaciones del año, siguen al Sol en su carrera diurna alrededor de la tierra. ¿Supongo que tu no tendrás esos entripados tan necios?

—Procuro mantener el corazon bien robusto, señor Don Almirante, pues á nadie tengo presente á quien deshonrar, ni dejo atrás á ninguno que lamente mi pérdida. Siempre,



sin embargo, complaceríame oír algo acerca de las riquezas de esos países remotos; porque hallo que los pensamientos del oro y de las piedras preciosas egercen sobre mi cobardía una especie de encanto, cuando comienzo á cavilar sobre Moguer y la carne fresca que se vende en su mercado.

—Anda, anda, socarron; tu sed de dinero es insaciable; toma esta otra dobla, y al contemplarla puedes pensar lo que quieras acerca de la corte del Gran Khan; asegurándote de que un monarca tan potente no carece de oro, y que tampoco es probable le falte disposición para desprenderse de él cuando lo exijan las circunstancias.

Recibió Sancho la propina, y dejó el alcázar á Colon y á su secretario.

—Estas subidas y bajadas de la chusma, dijo Don Luis con impaciencia, es preciso reprimirlas, señor; y el mejor modo de conseguirlo es, aplicar á los descontentos el plano de la espada, ó, si fuere menester, el filo.

—Tal no puede hacerse, jóven noble, sin que nos den mayor ocasion de la que ahora existe para semejante severidad. No creais

que haya yo pasado años tantos de mi vida en solicitar los medios de conseguir tan grave designio, ni que me vea tan avanzado en mi camino, sobre desconocidas mares, para que fácilmente se me hiciera sesgar de mi propósito. Pero Dios no á todos los hombres ha creado iguales, ni tampoco ha ofrecido medios iguales de instruccion al noble y al plebeyo. Tantas veces he apurado mi espíritu á fuerza de argumentos sobre este mismo asunto con los grandes y con los sabios, que he aprendido á tolerar algun tanto á los pequeños y á los rudos. Imaginaos cuanto miedo hubiera aguzado las mientes de los sabios de Salamanca, si nuestras discusiones se hubiesen tenido en medio del Atlántico, donde nunca ha estado hombre ninguno, y desde donde solamente los ojos de la lógica y de la ciencia pueden descubrir una segura vía.

—Eso es muy cierto, señor almirante, y sin embargo pareceme que, si fuesen caballeros vuestros antagonistas no cederian tan completamente al miedo. ¿Que peligro recelamos aqui? Nos vemos en el anchuroso océano, verdad es, y á distancia de algunos centenares de leguas de las islas conocidas; mas no

por eso dejamos de estar en completa seguridad. Por San Pedro! he visto perderse mas vidas en una sola carga contra el Moro, que las que cabrian apiladas dentro de estas caravelas, y derramarse suficiente sangre para que nuestras naos pudiesen flotar en ella.

—Los peligros que la gente recela pueden ser menos turbulentos que los que trae consigo una carga contra el Moro, señor Don Luis; mas no por eso son menos terribles. ¿Donde está el manantial que ha de suministrar agua al seco labio, luego que nos falten nuestros acopios, y donde los campos que hayan de proporcionarnos pan y los demas alimentos? Espantoso es el hallarse reducido á las heces de la vida, por falta de agua y de vianda, sobre la superficie del anchuroso océano, muriéndose un hombre por pulgadas, y tal vez sin los consuelos de la iglesia, y aun sin la esperanza de que se le entierre en sagrado. Estas son las fantasias de los marineros, y solo se apartan de su pensar cuando la obligacion exige con violencia remedios extremos para acalmar sus desvarios.

—Páreceme, Don Cristóval, que será tiem-

po de pensar en eso, luego que nuestras botas se hallen agotadas, y solo queden las migajas de la última galleta. Hasta entónces, suplico á Vuesencia aplique la lògica necesaria á la parte *exterior* de las chollas de esos belitres, en vez de dedicarse á su parte interior, que mucho dudo tenga la capacidad suficiente para contener cosa que lo valga.

Entendia Colon demasiado bien el génio del jóven noble para darle una respuesta formal; y ambos permanecieron reclinados por algun tiempo contra el palo de mesana, contemplando la escena que delante tenian, y cavilando sobre lo precario de su situacion. Era de noche, y las caras de los que estaban de guardia solo eran visibles al reflejo de una luz, que no prestaba suficiente claridad para distinguir los semblantes. Los marineros estaban en grupos; y era evidente por los acentos bajos aunque enérgicos, con que hablaban, que discutian asuntos referentes á la calma, y á los riesgos que corrian. Diseñábanse tambien los contornos de la Niña y de la Pinta, bajo un firmamento tachonado de brillantes, mientras sus inertes velas pendian en fes-

tones, como el ondeado de unas cortinas, y sus negros cascos tan estacionarios yacian como si ambos bajeles estuvieran surtos en alguno de los rios de España. Era una noche blanda y suave; pero la inmensidad del yermo, la profunda calma del adormecido océano, y hasta el rechino ocasional de alguna entena, recordando al alma la presencia de unos bajeles así situados, hacian la escena solemne, casi hasta lo sublime.

—¿Descubris alguna cosa revoleteando en las jarcias, Luis? preguntóle con cautela el almirante. Mi oido me engaña ú oigo el aleteo de una avecilla. Tambien los sonidos son vivos y ligeros, cual los producen los pajarillos de insignificante tamaño.

—Teneis razon, Don Cristóval; hay un número de animalejos perchados en las vergas superiores, cuyo volúmen es igual al de los cantores mas pequeños de la tierra.

—Escuchad, repuso el almirante; ese gorgo es un signo propicio, y de melodía igual á la que pudiera oirse en los naranjales sevillanos! Loado sea Dios por esta señal de la estension y unidad de su imperio; pues que

la tierra no puede estar muy distante, cuando unas criaturillas endeble y frágiles como estas han salido de las riberas tan recientemente!

La presencia de los pájaros pronto llegó á saberse de la tripulacion, y los cantos de aquellos habitantes del aire trajo mas consuelo á la chusma, que el que hubiera producido la demostracion matemática mas hábil, aunque estuviese fundada en el saber moderno, sobre los sentimientos mas susceptibles de hombres ordinarios.

—Bien te dije que no estábamos léjos de tierra, gritó Sancho, volviéndose con aire de triunfo á Martin Martinez su perpetuo contrincante.—Aqui tienes una prueba de ello, y que nadie sino un mandria puede negar. Ya oyes los gorgeos de las avecillas de los jardines—cantares que jamas saldrian de las gargantas de pájaros cansados, y que resuenan tan gayos como si los picaruelos estuviesen picoteando un higo ó un racimo de uvas en una viña de España.

—Tiene razon Sancho, exclamaron á una los marineros. Tambien el aire huele á tierra, y hasta la mar va tomando el color de agua



costanera. Dios está con nosotros; bendito sea su santo nombre! y viva el rey nuestro señor, y su consorte real la Señora Doña Isabel!

Desde aquel instante desapareció del barco toda pesadumbre. Hasta el mismo almirante juzgó que la presencia de unas aves tan chicas, y las cuales se creía tuviesen tan mezquina fuerza en las alas, era una evidencia inequívoca de que la tierra estuviese inmediata; y también tierra de productos generosos, y de un clima benigno y suave, porque estos cantorcillos, cual el sexo mas blando de la familia humana, aman con preferencia las escenas que mas favorecen sus propensiones gentiles y hábitos delicados.

Desde entónces ha probado la investigacion que, en este respecto, por muy plausibles que sean las bases del error, estaba Colon equivocado. Los hombres muchas veces desvaluan los poderes de los animales inferiores de la creacion, y otras veces exageran el alcance de su instinto. En punto de hecho, una ave de ligero peso estaria menos espuesta á perecer sobre el océano, y en aquella latitud tan baja, que otra de mayor volúmen, no



siendo acuática una ni otra. La yerba marina por sí misma suministraría infinitos lugares de descanso para los animales mas pequeños, y en algunas ocasiones abundancia de pasto. Que las aves púramente terrestres puedan hacer largas escursiones sobre la mar, es ciertamente improbable; pero, dejando á parte la consecuencia de las recias ventolinas, que á veces obligan hasta á la pesada lechuzza con sus torpes alas; á salir á la mar centenares de leguas, el instinto no es infalible; pues no es raro encontrar á la ballena encallada en aguas de poco fondo, y al ave revoloteando fuera de los justos límites de su costumbre. Sea cual fuese la causa de la tempestiva aparicion de aquellos pequeños habitantes del vergel sobre las vergas de la Santa Maria, su efecto fué de una clase muy fausta para los espíritus de los marineros. Miétras cantaban, jamas aficionados ningunos prestaron oído á los pasages mas brillantes de una orquesta con mayor delicia que aquellas toscas chusmas escucháron sus gorgéos, y miétras durmieron fué con una seguridad que tenia su existencia en la veneracion y en la gratitud.

Renováronse los cantos con el alba, despues de lo cual toda la bandada tomó vuelo á una, dirigiéndose al sud-oeste. El dia inmediato llevó consigo una calma, y luego un aire tan liviano que los buques consiguieron con dificultad abrirse camino por la espesa masa de yerbajos que daba á todo el océano la apariencia de una vasta pradera inundada. Hallóse ahora que la corriente venia del ocaso, y pronto despues de amanecer comunicó Sancho al almirante un nuevo motivo de tribulacion.

—Se le ha metido en la cabeza á la gente, señor, dispuesta siempre á esperar maravillas, cierta nocion que encuentra grande acogida con los que aman los milagros mucho mas que á Dios. Martin Martinez, que es un filósofo en materias de miedo, juzga que este mar en que nos vamos profundizando cada vez mas, yace sobre multitud de islas hundidas, y que los yerbajos; que seria ocioso negar que se van espesando á medida que proseguimos, se aglomeraran en breve tan copiosos sobre la superficie de las aguas, que á las caravelas no les será posible ir para adelante ni para atrás.

—¿Y encuentra Martin quien crea una noción tan ridícula?

—Señor Don Almirante, muchos son sus prosélitos; y por la sencilla razón de que es mas fácil hallar quien crea despropósitos que verdades. Pero á los dichos del hombre corroboran ciertas desgraciadas casualidades que deberán provenir del príncipe de las tinieblas, mas particularmente como este señor no puede tener gran deseo de ver á Usencia llegar á Catay, con la intención de hacer un buen cristiano al Gran Khan, y de erigir la cruz en sus dominios. La calma aqueja gravemente á muchos, además de esto, y á lasavecillas se las comienza á mirar como á criaturas enviadas por Satanás mismo para guiarnos á sitio desde donde volver no podemos. Hasta no falta quien cree que hemos de tropezar con algun bajo y quedarnos encallados en medio del ilimitado océano.

—Haz que los hombres se preparen á son-  
dar: ahora les mostraré la necedad de esta idea á lo menos, y cuida de que todos se reúnan para presenciar el experimento.

Repitió en seguida Colon esta orden á los

pilotos, y echóse la sondalesa del modo usual, Braza tras de braza hundióse en el agua el cordel hasta que sobró tan poco que fué preciso parar su descenso.

—Bien veis, amigos míos, que aun distamos del bajo doscientas brazas; si, de ese bajo que tanto temíais; y mucho mas pues que el fondo está fuera del alcance de nuestra medida. Ved ahí! una ballena está á poca distancia de nosotros, resoplando sus caños de agua; animal que solo se encuentra en las costas de las grandes islas ó de los continentes.

Esta llamada de Colon, que estaba conforme con las nociones de su siglo, tuvo el deseado efecto; porque á la tripulacion de subajel dominaban precisamente las ideas mas populares. Se sabe ahora, sin embargo, que las ballenas frecuentan aquellas partes del accéano donde mas abunda su alimento; y uno de los mejorrs parages donde se las coge es el llamado *Banco Falso Brasileño*, que está cerca del centro del occéano. En una palabra, todas aquellas señales que tenian conexion con los movimientos de los peces y de las aves, y que parece surtieron tan feliz efecto, no solo en los

marineros de la grande empresa sino en su almirante mismo, fueron de mucha menor importancia de lo que se creia entónces; pues que los navegantes estaban tan desacostumbrados á dejarse ir mar afuera, que no tenían los debidos conocimientos de los misterios del abierto océano.

Apesar de los instantes de regocijo y de esperanza que intervenian, la desconfianza y la aprehension tornaban con toda prisa á ser las sensaciones prevalecientes entre los marineros. Los que mas desafectos se habian mostrado desde el principio, se aprovechaban de cualquier incidente para aumentar la comun zozobra; y cuando el Sol salió, el Sábado 22 de Setiembre, vertiendo sus luces sobre una mar en calma, no hubo pocos á bordo de los buques que se hallasen dispuestos á juntarse para hacer otra solicitud al almirante á fin de que las caravellas virasen por redondo y retrocediesen al este.

—Hemos andado centenares de leguas con viento favorable, decian, por una mar enteramente desconocida de los hombres, hasta que nos vemos en una parte del océano donde los vientos parecen habernos abandonado del todo,

y donde hay peligro de que nos veamos enredados entre yerbajos inmóviles, ó bien embarcados en islas hundidas, sin medio de procurarnos viveres ni agua.

Argumentos semejantes eran propios de un siglo, en el cual hasta los hombres mas instruidos se veian obligados á buscar á tientas su camino hácia los conocimientos exactos, á través de las nieblas de la supersticion y de la ignorancia, y en el cual era una febleza prevalente ancorar por una parte una fé implícita en las pruebas visibles del milagroso poder de Dios, y por la otra, apoyarse en la evidencia sustancial del influjo de los espíritus malignos; pues que se les suponía autorizados para intervenir en los negocios temporales de aquellos á quienes perseguían.

Fué pues afortunadísimo para el feliz éxito de la espedicion, el que una ligera brisa comenzase á soplar del sud-oeste, en las primeras horas del dia antemencionado, facilitando á los bajeles el que pudieran caminar y salir del vasto lecho de yerbas, que, al paso que obstruían el progreso de las caravelas, despertaban los temores de la tripulacion. Como era

su objeto verse zafos de los obstáculos flotantes de que estaban rodeados los bajeles, surcóse la primera clara que se encontró, y luego hizose ceñir el viento á toda la escuadra, guardando en lo posible el deseado rumbo. Ahora creyó Colon que navegaba al oeste nor-oeste cuando en efecto iba caminando en una direccion mas próxima á su verdadero curso, que cuando sus naves tendian hácia occidente, segun la aguja de marear; debiéndose á la variacion de esta su derribo de la línea de navegar que seguir deseára. Tal circunstancia por sí sola pareceria establecer el hecho de que Colon daba crédito á su propia teoria acerca del movimiento de la estrella polar; pues que apenas es creible que navegase al oeste-sud-oeste cuarta al sud, durante muchos dias consecutivos, como se sabe que lo verificó cuando era su deseo mas vehemente proseguir al ocaso en derecha. Caminaba ahora á medio punto de su último rumbo; aunque él y cuantos le acompañaban se creian navegando casi dos puntos á sotavento de la ansiada direccion.

Estas leves variaciones, sin embargo, eran bagatelas, si se comparan con las ventajas que



alcanzó el almirante sobre los recelos de sus seguidores, en virtud de la mudanza del viento y de la desaparicion de los yerbajos. Por la primera de estas circunstancias, se convencieron los hombres de que la ventolina no siempre soplabá en la misma direccion, y por la última averiguaron que no habian llegado de manera ninguna á un parage donde se hiciese intransitable el océano. Aunque el viento era ahora favorable para volver á las Canarias, ya nadie solicitó que se adoptára semejante medida; pues que tan dispuestos estamos todos á desear lo que parece negársenos, y tan prontos á menospreciar lo que está perfectamente á nuestra disposicion.

Aquel, á la verdad, fué un instante en que los sentimientos de la chusma parecian tan variables como las ligeras y frustradoras brisas. Pasóse el Sábado del modo ya espresado, y los buques volvieron á entrar en grandes campos de yerbas marinas, justamente quando se ponía el Sol. Luego que volvió la luz del dia, echólos la ventolina hácia el noroeste y noroeste cuarta al oeste. Volviéron á abundar los pájaros, entre los cuales se vió una

tórtola, y muchas centollas vivas se columbraron marineando por los yerbajos. Todos estos signos hubieran alentado á los marineros, si tantas veces no se hubiesen llevado chasco.

—Señor, dijo Martin Martinez al almirante, luego que este se presentó entre la chusma con el objeto de realentar sus espíritus decaídos—no sabemos que pensar. Durante pocos dias sopló el viento en una misma direccion, impeliéndonos, como si dijéramos, á nuestra ruina, y luego nos ha abandonado en una mar semejante, y cual nunca vieron los marinos que vienen á bordo de la Santa Maria. Una mar que se asemeja á las marismas cabe las orillas de los rios, y á las que solo les faltan ganados y rabadanes para equivocarnos por campos algo inundados con las crecientes mareas, es una vista muy poco agradable.

—Tus marismas las constituyen los yerbajos del océano, y manifiestan la juventud de la naturaleza que las ha criado; mientras tu ventolina, que sopla del este, es lo que cuantos han hecho viages á Guinea saben que existe en estas latitudes tan bajas. En ninguna de

tales circunstancias veo cosas que alarmar pueda á un marino valiente; y respecto al fondo, bien os consta á todos que no hemos podido hallarlo con muchas y pesadas brazas de cordel. Pepe, á ti no te asaltan estas alarmas; pues que considero que tienes fijo tu ánimo en Catay, y en lograr un vistazo del Gran Khan.

—Señor almirante, cual juré á mi Mónica, juro ahora á Vueselencia, y esto fue que siempre seria obediente y leal. Si ha de enarbolar-se la cruz entre los infieles, no he de volver la mano atras para hacer menos de lo que me toque de parte en ese sagrado acto. Y sin embargo, señor, á ninguno de nosotros agrada esta calma dilatada y fuera de uso. Aquí tenemos un océano sin olas, á par que su superficie está tan lisa que mucho desconfiamos que las aguas obedezcan la misma ley á que se las ve sujetas en las costas de España; pues nunca antes he visto una mar que tenga tal aspecto de inercia y de muerte. ¿No puede ser probable, señor, que Dios haya puesto una zona de esta serena y estancada agua alrededor del limite extremo de la tierra, á fin de estor-

bar que los curiosos se entrometan en la investigación de algunos de sus secretos mas sagrados?

—Tu raciocinio tiene al menos cierto viso de religion; y aunque falso, no merece despreciarse por cierto. Dios puso al hombre sobre la tierra, buen Pepe, para que fuese dueño de ella, y para que le sirviese, estendiendo los dominios de la iglesia, tambien como tornando á la mejor cuenta las felicidades sin número que tan grande dádiva acompañan. Respecto á los limites de que hablas, estos solo existen en tu fantasia, pues que la tierra es esférica, ó por mejor decir una bola que no tiene otros bordes que los que ves en todos los puntos de su superficie.

—Y respecto á lo que dice Martin, interpuso Sancho, á quien nunca faltaba un hecho ó una razon,—respecto á los vientos, á los yerbajos, y á las calmas, no puedo menos de estrañar donde haya estado navegando un marinero de sus años de servicio, sin haber notado cosas como estas, y que las considere cual novedades. Para mi todo esto es tan ordinario como el agua mansa en las costas de Moguer, y

una cosa tan de cajon, que ni siquiera hubiera reparado en ella, á no ser por los soponcios de Martin y de sus camaradas. Cuando la Santa Catalina hizo su viage á aquella lejana region, llamada Irlanda, topamos con una mar de yerba, á distancia de media legua ó asi de la costa; y respecto al viento, sopló este sin mudanza desde el mismo punto durante cuatro semanas seguidas, y otro tanto tiempo en la direccion contraria, y asi solia arreciar por un mismo número de dias, ya de acá ya de acullá; despues de lo cual dijeron las gentes del pais que soplaría de uno y otro lado en travesia; pero no permanecimos bastantetiempo sobre aquellas mares para que pueda aseverar bajo juramento los dos hechos últimos.

—¿Y no has oido que existen bajos tan vastos que una caravela jamas puede salir de ellos luego que haya entrado?—preguntó Martinez con altanería; pues adicto él mismo á exageraciones groseras, poco le gustaba que le echasen la zancadilla;— ¿y estos yerbajos no anunciaban que estamos próximos á un peligro semejante, cuando estas brozas se ven á veces tan conglomeradas que casi, casi estor-

ban el paso de los navios?

—Basta de esto, dijo el almirante; á veces tenemos yerbajos, y luego nos vemos libres de ellos en un todo; estos cambios los debemos á las corrientes; no hay duda que tan pronto como pasemos los meridianos nos hallaremos otra vez en agua limpia.

—¿Pero, y la calma, señor almirante?, gritaron de consuno una docena de voces.—Esta lisura desnatural del océano, es muy asombrosa para nosotros. Nunca hemos visto unas aguas mas inmóviles ni muertas!

—¿Y á que llamais aguas muertas é inmóviles? exclamó el almirante. La naturaleza misma habla con el objeto de reprochar vuestros necios temores, y de contradecir vuestro equivocado raciocinio por medio de sus propios signos y portentos.

Mientras así se espresaba Colon, la quilla de la Santa Maria se empinó sobre una marejada larga y de poco henchir, al paso que todos sus árboles crugieron con el movimiento, y todo el casco se alzó y repuso al pasar por debajo el oleage, bañando los costados de la nao desde el combés hasta las fajas. En aquel mo-



mento no se movia una pizca de aire, y los marineros miraron enrededor con un espanto que se aumentaba y hacia extremo en virtud del asombro que entre ellos prevalecia. Apenas se hubo el bajel aplomado sobre el estenso surco, cuando un segundo oleage lo alzó de nuevo, y sucediéndose una onda á otra, mientras la postrera siempre se henchia mas que su precursora, llegó á ofrecer el océano el aspecto de una undulacion general, aunque ligeramente marcada por intervalos con cordilleras de espuma, resultas de las aguas que chocaban unas con otras. Tardó media hora este fenómeno en llegar á su colmo; despues de lo cual todos tres bajeles se quedaron en la mar *dormidos* para servirnos de un término náutico, mientras sus cascos se desplomaban sin gobiernos dentro de los surcos del oleage, é inundábanseles las cubiertas, al alzarse cada uno de ellos de una marejada mas profunda de lo regular. Imaginándose que esta ocurrencia seria una nueva fuente de alarma, ó un arbitrio para acalmar las antiguas zozobras, cuidóse Colon de procurar al instante traerla á buena cuenta en el sentido último.



Haciendo que la tripulacion se reuniera al pié del alcázar, le dirigió las razones siguientes:

—Bien veis, camaradas, que vuestros recientes temores acerca de la estancacion de las aguas se ven reprochados de un modo repentino, como puede decirse, por el mismo Dios; lo que prueba, sin disputa, que de aqui no hay que recelar ningun riesgo. Fácil me seria abusar de vuestra ignorancia, y haceros creer que esta repentina marejada era un milagro operado para sostenerme contra vuestras facciosas murmuraciones é irreflexivas alarmas; pero la causa que hoy acometo no necesita de sostenes semejantes, ni de ningun auxilio que no emane del Cielo. Las calmas y la lisura del agua, y hasta los verbajos, que tanto asombro os dan, provienen de la inmediacion de algun vasto trozo de tierra; no creo que forme este un continente, pues que lo calcúlo mucho mas distante, sino multitud de islas, tan grandes ó numerosas que constituyen un inmenso ribazo, miéntras estas marejadas atestiguan que hay viento á larga distancia, el cual ha puesto el oceáno en conmocion, arándolo en gruesos surcos, cual con tanta frecuencia hemos

presenciado allende, y que estienden sus esfuerzos moribundos aun fuera del alcance de la brisa impelidora. No digo que esta intervencion, acontecida para espeler vuestro espanto, venga inmediatamente de Dios, en cuyas manos reposa mi confianza; pero esto si que creo plenamente, y á tal favor tributo la mayor gratitud; que todo viene por las agencias de natura, y no puede juzgarse providencial en sentido ninguno, escepto en cuanto demuestra la continuacion del patrocinio divino, asi como la de su bondad sobrepujante. Retiraos, pues, y estad tranquilos. Acordaos que si la España ha quedado á lo léjos detras de vosotros, teneis á Catay ahora á poquísima distancia delante: que á cada hora se acorta ese trecho, asi como el tiempo necesario para llegar á la optada meta. Aquel que permanezca leal y adicto, no tendrá motivo de arrepentirse de su confianza, miéntras aquel que ociosamente se inquiete á sí mismo ó á los demás, con necias cavilaciones, espere que hay quien sostenga los derechos de sus altezas para imponer el debido respeto á todos los que se encuentran alistados en su servicio.

Recordamos este discurso del gran navegante con mucho mayor gusto, pues que tiende plenamente á establecer como hecho la verdad de que él no creia que aquella repentina marejada de la mar fuese debida á un milagro directo, como algunos historiadores y biógrafos estan inclinados á creer; pero mas bien á una interferencia providencial del Divino Poder, en virtud de medios naturales, á fin de protegerle contra las consecuencias de las ciegas aprehensiones de sus secuaces. No es fácil, á la verdad, suponer, que un marino tan esperto como Cristóval Colon, pudiera ignorar las causas de una circunstancia tan comun en el océano, que los que viven en sus costas tienen tantas ocasiones de atestiguar.

## CAPITULO XI.



"Ora pro nobis Mater!" oh! que encanto  
En tales notas hubo, mientras dulces  
Con las últimas glorias aspiraban  
De la tarde, en las aguas adormidas.  
Decid, ¿no vienen del lejano polvo  
Do mis padres dormitan sepultados  
Con noble cruz y espada sobre el pecho?  
Cuán claros, ay! resuenan en mi oído  
Sus tiernos vituperios!... Ora!... ora!  
Y á par que lo repite ola purpúrea,  
De mi niñez las ilusiones vagas  
De nuevo resucitan en mis mientes!  
Necio de mí que imagineme duro  
Sufir por ello el potro y la cadena.

### EL SANTUARIO DE LA SELVA.

**N**o estará demás recapitular ahora, y hacer que el lector sepa claramente hasta que punto de las desconocidas aguas del Atlántico habian progresado ya los aventureros: cual era su posicion real y cual su posicion supuesta. Como se ha visto, desde que salió de Gomera, habia hecho dos cálculos el almirante; el uno reservado pa-

ra su propio gobierno, y el cual se aproximaba tanto á la verdad como los medios imperfectos de la ciencia de navegar, que entónces se usaban, podian permitir; y otro que con toda libertad se enseñaba á la tripulacion, y el cual estaba descomputado con el fin de evitar la alarma por causa de la distancia transcurrida. Como se creia Colon empleado en el servicio de Dios, este pequeño engaño pasaria por un fraude piadoso en aquel devoto siglo; y no puede ser probable que mucho le punzase la conciencia al gran piloto, pues que hasta los eclesiásticos no siempre titubeaban en apuntalar los muros de la fé, valiéndose de medios mucho menos plausibles.

Las dilatadas calmas y ligeras brisas por la proa, habian impedido que los buques hiciesen mucho camino durante los dias próximo pasados; y computando la distancia que mas adelante corrieron en un rumbo al occidente un poco llamado al sur, aparece, no obstante todos los signos alentadores de aves, peces, calmas, y aguas lisas, que por la mañana del Lunes 24 de Setiembre, ó el dia decimo quinto despues de perder de vista á Hierro,

la expedicion se hallaba cerca de medio camino á través del Atlántico, contando de continente á continente sobre el paralelo de 31 á 32 grados latitud norte. La circunstancia de que los bajeles se hallasen tan al norte de las Canarias, cuando se sabe que la mayor parte del tiempo habian estado navegando á ocaso un poco hácia el sur, deberá achacarse al rumbo seguido con vientos cortos, ó mas bien á la direccion general de las corrientes. Con esta breve esplicacion, volvemos al progreso diario de las caravelas.

Tornóse á sentir la influencia de los vientos alisios, aunque en grado muy leve durante las veinte y cuatro horas que sucedieron al dia de los *mares milagrosos* y los buques siguieron otra vez al oeste segun la brújula. Viéronse varias aves como de costumbre, y un pelicano entre ellas. Toda la marcha de las naves no llegó á cincuenta millas, distancia que en conformidad á lo ya espresado se enumeró para el cómputo público.

Por la mañana del 25 amaneció la mar en calma; mas á poco se levantó viento, y comenzó á soplar una ventolina constante, del sud-



este; luego que entró bien el día, siguieron lentamente las caravelas, inmediatas unas á otras; apenas en su perezosa indolencia moviendo las aguas con sus quillas, y haciendo un camino tan lento que casi no llegaba á una milla por hora.

La Pinta iba de pareja con la Santa Maria, y los oficiales y subordinados de ambas embarcaciones hablaban libremente unos con otros respecto á su situacion y á sus esperanzas. Escuchaba Colon estos diálogos, que duraron algun tiempo, procurando descubrir la sensacion predominante, en virtud de las espresiones mas solapadas que en público se decian, y vigilando con celoso atisbo cada giro de las frases. Ocurriósele al fin que la ocasion era favorable para producir un buen efecto en el ánimo de sus seguidores.

—¿Que tal os ha parecido el mapa que os envié hace tres dias, Martin Alonso? gritóle el almirante. ¿Habeis descubierto en él algo que os satisfaga de que vamos arrimándonos á las Indias y que va acercándose á su término el tiempo de nuestra prueba?

Al primer eco de la voz del almirante,



acalláronse á una todas las conversaciones en ambos bajeles; porque apesar del descontento y de la disposicion que tenia la gente hasta de rebelarse contra él, en último apuro, habia conseguido Colon crearse un profundo respeto á causa de sus talentos y de sus dotes personales entre sus secuaces.

—Es un mapa muy apreciable y bien delineado, señor Don Cristóval, contestó el capitán de la Pinta; y hace honor al que lo ha copiado y engrandecido, así como al que primero lo proyectó. Supongo que es obra de algun sapientísimo escolar, el cual ha refundido en él todas las opiniones de cuantos grandes navegadores ha habido en el mundo.

—El dibujo original vino de un nombrado Pablo Toscanelli, sabio Toscano, que vivia en Florencia, ciudad de aquel país; hombre de escesoivo conocimiento, y de una industria que á la pereza le saca los colores á la cara. En compañía de su mapa remitió un escrito, que contiene mucha materia profunda y científica respecto al asunto de las Indias, y tocante á las islas que veis marcadas en el pergamino con tanta exactitud. En su carta menciona varios lugares,

que son otros tantos egemplos maravillosos del poder del hombre; mas especialmente del puerto de Zaiton, que despacha anualmente nada menos que cien naves, cargadas con el producto del árbol de la pimienta. Tambien dice que vino un embajador al Padre Santo, en tiempo de Eugenio IV, de bendita memoria, para espresar el deseo del Gran Khan, lo que significa rey de los reyes, en el dialecto de aquellas regiones, á fin de estar en términos amistosos con los cristianos del occidente, como nos designaban entónces; aunque ahora sere- mos cristianos de oriente, y por tales se nos reconocerá en aquella parte del mundo.

—Esto es muy sorprendente, señor! exclamó Martin Alonso; ¿como se sabe eso, y si se sabe, que certeza tenemos de ello?

—No cabe la menor duda; pues que Pablo espresa en su carta, que conoció de cerca al tal embajador, y le trató mucho; cuidado que Eugenio murió en una época tan cercana á la nuestra como el año de 1477. De este embajador, quien sin duda era un personage grave é instruido, pues que á no ser tal, la cabeza de la Iglesia semejante comision no

le hubiera confiado... de esta discreta persona, pues, recogió Toscanelli muchos conocimientos curiosos acerca de la *populosidad* y vasta estension de aquellas distantes regiones, de sus pomposos palacios, y de la gloriosa hermosura de sus ciudades. Particularmente se refirió á una poblacion, qua sobrepuja á todas las demas del mundo conocido; y menciona un solo rio en cuyas riberas se ensoberbecen doscientas nobles ciudades, con puentes de mármol que abarcan la corriente. El mapa que teneis á la vista, amigo Martin Alonso, demuestra que la exacta distancia desde Lisboa hasta la ciudad de Quisay es precisamente de tres mil novecientas millas italianas, ó de unas mil leguas comunes, navegando siempre en direccion al oeste clavado.

—¿Y dice algo el sabio Toscano acerca de la riqueza de aquellos paises? preguntó Maese Alonso, miéntras todos cuantos le oyeron, aguzaron de nuevo los oidos á fin de alcanzar la contestacion.

—Vaya si dice! y espresase en estas palabras tan precisas como notables. Este es un hermoso pais, observó en su carta el sapiente Pa-

blo, y deberemos registrarlo, á causa de sus grandes riquezas, de su mucho oro y plata, y de las piedras preciosas que en él abundan; todo lo cual puede adquirirse de allí. También asegura que la ciudad de Quisay tiene de circunferencia treinta y cinco leguas, y añade que su nombre en Castellano equivale al de Ciudad del Cielo.

—En cuyo caso, refunfuñó Sancho, aunque en tono tan bajo que nadie sino Pepe le oyó, hay poca necesidad de que llevemos por allá la cruz, que fué ideada para beneficio del hombre; no para enderezarla en medio del paraíso.

—Aquí veo dos islas grandes, señor almirante, prosiguió diciendo Pinzón, conservando fija la vista sobre el mapa; una de las cuales se llama Antilla, y la otra es la de Cipango, de la cual habla Vuesencia tan amenudo.

—Verdad es, Martín Alonso, y también advertis que están marcadas con tal exactitud, que es imposible marre el rumbo cualquier navegante, que vaya en busca de ellas. Estas islas están separadas una de otra precisamente doscientas veinte y cinco leguas marítimas.

—Segun nuestro cálculo, hecho acá en la Pinta, señor almirante, no podemos distar mucho de Cipango en este momento.

—Asi parecerá en virtud de los cálculos aunque dudo algun tanto de su exactitud. Es un error comun entre los pilotos el de adelantarse mucho á sus cálculos; pero en el presente caso, la aprension os ha hecho atrasarlos visiblemente. Cipango está á distancia de muchos dias de navegacion del continente de Asia, y por lo tanto no puede hallarse muy léjos de este punto; (1) sin embargo las corrientes nos han sido contrarias, y me recelo que no nos hallemos tan próximos á la tal isla, como vos, buen Martin Alonso, y vuestros compañeros, imaginais. Haced que me devuelvan el mapa, y yo trazaré en él nuestra posicion actual, á fin de que todos vean el motivo que tengan de regocijarse ó de entristecerse.

---

(1) Merece atencion el que la ciudad de Filadelfia, se encuentra, en lo posible, donde el bonazo de Pablo Toscanelli supuso hallarse situada «la famosa ciudad de Quisay.»

Tomó Pinzon el mapa, y enrollándolo cuidadosamente, le puso un ligero peso y atándolo con una cuerda muy largo, lo arrojó abordo de la Santa Maria, asi como un pescador tira al agua su anzuelo. Tan próximos se hallaban los buques en aquel instante, que no hubo dificultad en llevar á cabo esta comunicacion; despues de la cual, desplegando la Pinta un par de velas, en añadidura á las que ya flameaban en sus mástiles, ganó lentamente la delantera, pues que su superioridad de navegar, especialmente con vientos ligeros, era en todos tiempos aparente.

Hizo entónces Colon que se estendiese el mapa sobre una mesa en el alcázar, é invitó á cuantos quisieron para que se le acercasen, á fin de que con sus propios ojos viesen el preciso punto del océano donde suponía el almirante que se hallaban los bajeles. Como que la marcha de cada día estaba exactamente apuntada y medida sobre el mapa, por un conocedor tan esperto como lo era el gran navegante mismo, no hay duda que conseguiría manifestar á la gente, con la mayor proximidad posible, y prescindiendo de la deduc-







cion de distancia que intencionalmente hacia, la longitud y latitud adonde la expedicion habia alcanzado; y como esta operacion los tragese muy cerca de aquellas islas que se creia yacer al este del continente asiático, esta prueba palpable de su progreso tuvo un efecto mas positivo que ninguna demostracion que dependiese de un raciocinio abstracto, aun cuando estuviese fundada sobre premisas que se juzgasen como verdaderas; pues que la mayor parte de los hombres mas bien se sujeta á la autoridad de los sentidos que á la influencia del puro razonamiento. Los marineros no se metieron en averiguar de que manera se habia establecido como cierto el hecho de que Cipango estuviese precisamente sito en el punto que aquel famoso mapa demarcaba; pero como lo viesan alli marcado en lineas negras sobre el blanco pergamino, se hallaron dispuestos á creer que en toda verdad ocupaba el sitio en donde dibujado aparecia; y como la reputacion de Colon respecto al cálculo del camino que hacian las naves sobrepujase á la de los demas pilotos de la escuadrilla, se dieron los hechos por autentizados completamente.

te. Grande fué el júbilo en consecuencia; y los espíritus de los hombres pasaron otra vez desde el borde de la desesperacion á un exceso de ilusiones, producidas por la esperanza, las cuales, sin embargo, solo nacian para espirar al punto.

No hay duda que Colon hablaba con sinceridad en cuanto referencia tenia con el nuevo engaño, si esceptuamos tan solo la reduccion del cómputo. En mancomun con todos los cosmógrafos de aquel siglo, suponía el gran navegante que la circunferencia de la tierra era menor que su verdadera medida; pues que de hecho deducian del cálculo nada menos que la anchurosa estension del océano Pacífico. Que esta conclusion era muy natural, puede verse con solo ojear los hechos geográficos que poseian entónces los hombres instruidos, y sobre los cuales sus teorías estaban basadas.

Sabiase que un vasto océano limitaba por el este al continente de Asia, y que una aglomeracion de aguas, igualmente extensiva ceñía á la Europa por el occidente, dejando la plausible inferencia, en la suposicion de que la tierra fuese esférica, de que solamente al-

gunas islas existieran entre estos dos grandes linderos de tierra. Ménos de la mitad de la verdadera circunferencia del globo ha de hallarse entre los limites occidental y oriental del viejo continente, cual entónces se conocian; pero era un atrevido esfuerzo del ánimo el de concebir aquel espantoso hecho, segun la condicion en que se hallaban los conocimientos humanos á fines del siglo decimo quinto. Contentábanse pues las teorías con trazar las orlas del este y del oeste en un círculo mas reducido, pues que no hallaban datos para especulaciones mas latas; y creían que era un acto suficiente adelantado el de sostener que la forma de la tierra era esférica. Verdad es, que esta teoria era tan añeja como los tiempos de Tolomeo, ó tal vez algo mas antigua; pero hasta la añosidad de un sistema comienza á tornarse en argumento contra él, en la opinion del vulgo, luego que se transcurren siglos enteros y que no recibe confirmacion en virtud del sello de experimentos actuales. Supuso Colon que su isla de Cipango ó del Japon, yacia á unos ciento y cuarenta grados de longitud occidental de la posicion que en

efecto ocupa; y en el supuesto de que un grado de esa clase en la latitud del Japon, ó 35 grados norte, suponiendo que la superficie de la tierra sea una esfera perfecta, equivale á unas cincuenta y seis millas de estatuto, sigue-se que Colon habia adelantado aquella isla en su mapa mas de siete mil millas inglesas hacia oriente, ó á una distancia que en la materialidad pasaba de dos mil leguas marinas.

Todo esto, sin embargo, estaba no solo envuelto en profundo misterio, respecto á la gente ordinaria que á la expedicion pertenecia, sino que se hallaba fuera del alcance de los cálculos mas atrevidos del mismo gran navegador. Los hechos de esta naturaleza, estan muy lejos «no obstante» de rebajar en lo mas minimo la gloria de los vastos descubrimientos que tuvieron lugar en seguida; pues que prueban só que desventajas morales se concibiera la expedicion, y bajo que grado tan mezquino de conocimientos llegó por fin á triunfar.

Miéntas así se hallaba ocupado Colon con su mapa, era curioso ver el modo con que los marineros vigilaban sus movimientos mas

leves, estudiaban la espresion de su semblante grave y sereno, y se desvivian por leer en la contraccion ó despliegue de sus ojos, el destino que á caberles iba. Los caballeros oficiales de la Santa Maria estaban apegados á él, y aqui y acullí algun viejo timonel se atrevia á arrimarse por todos lados, para atisvar el lento progreso de la pluma; ó bien para ponerse bastante á la vista á fin de notar la explicacion de un problema. Entre estos se veia al insigne Sancho, quien tenia fama de ser uno de los marinos mas espertos de la escuadra, en todas aquellas cosas, cuando menos, en que no hacia falta el estudio de las aulas. Colon se volvió hácia estos hombres, y hablóles con blandura, procurando hacerles comprehender una parte de su obligacion, que veian practicar diariamente, sin llegar á conseguir un conocimiento teórico de ella, señalándoles especialmente la distancia que transcurrido habian, y la que aun les quedaba que atravesar. Otros tambien menos experimentados, pero no por eso menos ansiosos, de entre la tripulacion, se subieran á las jarcias; desde donde les era fácil registrar la escena, é ima-

ginábanse que presenciaban unas demostraciones, procedentes de teorías, la comprehension de las cuales eran tan superiores á los poderes de su entendimiento, como á los de su vision física el ver las Indias anheladas. A medida que los hombres se hacen intelectuales, acogen las abstracciones, dejando que el dominio de los sentidos se refugie en el dominio del pensamiento. Sin embargo, hasta que esta mudanza nos acontece, nos alucina á todos extraordinariamente la ecshibicion de las cosas positivas. Las palabras que se hablan, rara vez producen el efecto de las palabras que se escriben, y hasta la alabanza ó la censura, que entraria en nuestros oídos ligeramente, y con liviano efecto, pudiera hacer un serio cambio en nuestras opiniones, si se nos presentase por el órgano de la vista. Asi es, que hasta los marineros mismos que no podian comprehender los raciocinios de Colon, se figuraban que les era dado comprehender su mapa, y de la mejor gana del mundo creyeron que era preciso existiesen continentes é islas en los mismos puntos donde las veian tan claramente delineadas.

Despues de esta mogiganga, volvió la ale-



gria á reinar en la tripulacion de la caravela capitana; y á Sancho, quien era considerado generalmente como adicto al partido del almirante, apelaron sus compañeros á fin de que les esplicase muchas de las circunstancias ilustrativas del mapa salvador.

—¿Crees tu, Sancho, que sea Cipango tan grande como el almirante la tiene delineada en su carta? preguntóle uno quien desde el último extremo de la desesperacion habia pasado al opuesto punto. Que ahí está, nadie puede dudar, pues que parece tan perfectamente marcada en el mapa; cual pueden verla los ojos de cualquiera, como las islas de Madeira ó de Hierro.

—Así es, contestó Sancho, con toda seguridad, como lo puede ver cualquiera por su hechura. ¿No has reparado en los cabos, bahías y promontorios, qué bien señalados estan? y cuidado que todo está dispuesto con tanta exactitud como si fueras el dibujo de una costa bien trillada. Ah! estos Genoveses son unos mareantes muy hábiles; y el señor Colon, nuestro gefe, no habrá venido hasta esta altura, sin saber la ensenada en que han de anclar sus caravelas.

En argumentos tan concluyentes hallaron consuelo los hombres mas toscos de la tripulacion; al paso que entre toda la chusma de la nave no habia un alma que no sintiese mayor confianza en el feliz término de la expedicion, desde que habia tenido una prueba ocular aparente de la existencia de tierra en aquella parte del océano, en que se hallaban.

Luego que cesó el coloquio entre el almirante y Pinzon, este último soltó velas á la Pinta, cuyo bajel habia lentamente adelantándose á la Santa Maria, é iba ahora algo mas de cien varas por su proa mientras ambas embarcaciones no hacian mayor camino que el de una milla por hora. En el momento que acabamos de mencionar, ó mientras los hombres estaban hablando acerca de sus esperanzas nuevamente despiertas, un viva hizo que todos dirigiesen la vista al buque compañero donde se vió á Pinzon, puesto en pie sobre el alcázar, ondeando la gorra con éxtasis, y dando las pruebas acostumbradas de un estravagante deleite.

—Tierra! tierra! señor, gritaba el piloto:

reciamo la recompensa! Tierra! tierra!

—¿Hacia adonde, buen Martin Alonso,? preguntóle Colon con tal ansia que le temblaba la voz notablemente. ¿Hacia que punto habeis descubierto á tan apreciable vecina?

—Aquí, hacia el sud-oeste,—señalando en esa direccion—una cordillera de montañas, turbias pero nobles, y cuales pudieran satisfacer los deseos del Padre Santo mismo.

Todos los ojos se fijaron en el sud-oeste, y allí en verdad figuráronse que descubrían las pruebas anheladas de su próspero éxito. Una masa tiznada y nebulosa, se veía en el horizonte, mas distintamente diseñada que lo son por lo comun las nubes, y apesar de eso tan confusa que se necesitaba una vista muy esperta para sacarla de la oscuridad del vacío. De este modo suele aparecerse la tierra á los navegantes, en ciertas y peculares condiciones de la atmósfera; mientras los hombres que no son de la mar rara vez consiguen descubrirla. Tenia Colon tanta práctica en los fenómenos del océano; que todas las caras abordo de la Santa Maria se volvieron hácia él, en muda espectacion de la resulta, tan luego co-

mo hubieron dirigido sus miradas hácia el punto que señalaba la aguja. Era imposible equivocarse la espresion que se traslucía en el semblante del caudillo; que inmediatamente se puso encendido de deleite, y de piadoso entusiasmo. Descubriendo su venerable cabeza, echó una mirada hácia arriba, en señal de gratitud ilimitada, y luego doblóse de hinojos, para tributar á Dios públicas gracias. Fué esta la señal del triunfo, y apesar de todo, en su situacion desolada, no era el regocijo la sensacion que prevalecia en aquel momento. Asi como Colon, sintieron sus subordinados una absoluta confianza en Dios; y una idea de humilde y reprehendida gratitud se ocurrió á los espíritus de todos, como si fuera simultáneamente. Puestas de rodillas las tripulaciones de los tres bajeles, comenzaron á cantar de consuno «Gloria in excelsis Deo,» alzando la voz de la alabanza, por primera vez desde la fundacion de la tierra, en aquella profunda soledad del océano. Verdades que entónces se cantaban maitines y visperas á bordo de la mayor parte de los buques cristianos; pero ahora el cantar sublime oyéronlo de boca del hombre

por vez primera, las ondas que en su poderio y en su calma habian estado alabando á solas á su Hacedor por tantos miles de años.

*Gloria á Dios en las alturas!* entonaron aquellos rudos marineros, cuyos ásperos corazones se hallaban ablandados á fuerza de escapatorias, peligros y venturas, hablando cual si fuesen un solo hombre, aunque modulando sus tonos á la armonía solemne del religioso rito... *y sobre la tierra paz á los hombres de buena voluntad. Te alabamos, te bendecimos, te adoramos, te glorificamos, te damos gracias por tu grande gloria! Oh Señor Dios! Rey celestial! Dios Padre Omnipotente!*

En este noble cántico, que parecería allegarnos á los laudes de los ángeles, tan de cerca como los poderes humanos aproximarnos pueden, oíase distinta la voz del almirante; clara sí pero hueca y trémula de emoción.

Luego que tuvo este término el acto, subieron por las jarcias los marineros con el fin de asegurarse mas de su triunfo. Convinieron todos en que aquella sombra, débilmente delineada en el horizonte, era tierra, y al primero y súbito transporte de inesperado júbilo, succe-

dieron las sensaciones mas arregladas de confirmada seguridad. Púsose el Sol un poco al norte de las turbias montañas, y la noche echó su velo en torno de la escena, cubriendo el océano de tinieblas tan densas como pueden hallarse bajo un Cielo tropical y sin nubes. Luego que se estableció la primera guardia, Colon, que siempre habia perseverado en seguir un rumbo preciso á occidente, segun se creia siempre que el viento soplabá próspero, mandó, á fin de satisfacer los deseos de la gente, que los buques soslayasen al sud-oeste, por guia de brújula, lo que equivalia en efecto á navegar al oeste sud-oeste cuarta al sud. Arreció la ventolina, y como supusiese el almirante que la tierra distaba unas veinte y cinco leguas, cuando se la viera por última vez, todos cuantos iban en la pequeña escuadra confiaban á ojos cerrados en que obtendrian por la mañana una vista plena y completa de la tierra. El mismo Colon alimentaba esta esperanza, aunque varió de mala gana su rumbo, pues que se consentia en que el continente habria de hallarse tan solo con navegar al oeste clavado, ó lo que él creia que era



esta direccion, aunque no podia estar seguro respecto á encontrarse con alguna isla.

Pocos fueron los que aquella noche se entregaron al sueño sin cuidado. Visiones de orientales riquezas, y de maravillas levantinas se agolpaban á las mientes de los menos cavilosos, convirtiendo sus ensueños en pesadillas que tenian por pesadumbre cargas enteras de oro, y anticipaciones de portentos nunca vistos. Salian los marineros de sus hamacas á cada instante, á fin de trepar por las cuerdas, atisvando alguna nueva señal de su cercania á las deseadas costas, y en vano ponian en tortura sus ojos, con la esperanza de penetrar á través de las tinieblas, en busca de objetos á los cuales la fantasia habia ya comenzado á señalar formas demarcadas. En el discurso de la noche, corrieron los barcos en línea recta hácia el sudoeste, diez y siete de las veinte y dos leguas que Colon suponía constituir la distancia que le separaba de su nuevo descubrimiento; y poco antes que rompiese el alba, estaba en pié todo viviente abordo de los tres buques, con la esperanza de ver abrirse el panorama del día en torno de un espectáculo tan codiciable, que



ya suponían importaba muy poco el haber andado hasta tan lejos, ni el haberse arriesgado tanto á trueque de gozar de su vista.

—Por allá se asoma en el oriente un destello de luz, señor almirante, gritó Don Luis con jubilosa voz, y ahora podemos reunirnos para nombraros el hombre mas célebre del mundo.

—Todo consiste en Dios, jóven amigo, contestó Colon, sea que la tierra esté ó no cerca de nosotros, ella constituye el límite del océano occidental, y en busca de ese límite navegar debemos. Teneis razon, en verdad, querido Gutierrez; la luz comienza á verse por el margen oriental de la mar, hasta formar un arco en la bóveda sobre ella.

—Ojalá que por hoy tan solo se le antojase al Sol salir en el occidente, para que pudiésemos coger la primera vislumbre de nuestras nuevas posesiones en aquella radiosa parte del Cielo, que sus vinientes luces están iluminando tan gloriosamente sobre el trozo de océano por donde acabamos de transcurrir.

—Eso no puede acontecer, Maese Pedro, pues que Febo ha viajado diariamente en torno de nuestro planeta, de este á oeste, des-

de que el tiempo comenzó, y proseguirá caminando así hasta la consumación de los siglos. Este es un hecho sobre el cual podemos prestar confianza á nuestros sentidos, aun cuando nos descarrien en otras muchas cosas. Así raciocinaba Colon, un hombre cuya alma se había adelantado al siglo, en su favorito estudio, y quien por lo comun se ostentaba tan sereno y filosófico; simplemente porque raciocinaba cohibido con los grillos de la costumbre y de la preocupacion. El célebre sistema de Tolomeo, ese extraño compuesto de verdad y de error, era la ley astronómica favorita de aquellos dias. Copérnico que era á la sazón muy jóven, no redujo los justos cálculos de Tolomeo—justos en cuanto á su bosquejo, al paso que fantásticos en sus conexiones tanto de causa como de efecto—á la exactitud científica hasta muchos años despues del descubrimiento de las Américas; y es una prueba muy fuerte de los peligros que acompañaban el progreso del entendimiento, que obtuvo en galardón de sus vastos esfuerzos en pró de la razón humana, una escomunión por parte de la Iglesia, cuyas maldiciones efectivamente afec-

taron su alma, cuando no á su cuerpo, hasta muy pocos años de la fecha en que escribimos. Esta sola circunstancia demostrará al lector lo mucho que tenia que superar nuestro navegante para llevar á cabo el grandioso proyecto que ideado hubiera.

Pero mientras tanto, va rayando el dia, y comienza á difundirse la luz sobre el completo panorama de cielo y mar. Luego que hubo proporcion, cada mirada abrazó ansiosa todo el borde del horizonte occidental, y quedóse helado al momento cada corazon, al punto que se confirmaron las sospechas de que no descubriera tierra á la vista. Habia pasado el bajel durante la noche, aquellos límites del horizonte visible, sobre los cuales se establecieran las masas de nubarrones, y nadie podia dudar ya que sus sentidos se hubiesen engañado por medio de alguna peculiaridad accidental de la atmósfera. Todos los ojos se fijaron de nuevo en el almirante, quien, al paso que sentia el chasco con todas veras, conservaba aquella su arrogante serenidad que no era tan fácil descomponer.

—No son raros en la mar estos fenómenos,

señores, dijo á los que le rodeaban, alzando la voz bastante para que todos le oyesen, aunque rara vez se presentan con tanta alevosia como el que acabamos de presenciar. Cuantos están acostumbrados á la vida marinera, los han visto á menudo, y como hechos físicos, han de contarse cual apariciones que ni nos favorecen ni nos perjudican. Como agüeros, cada cual juzgará de ellos segun la confianza que tenga en Dios, cuya gracia y misericordia para todos nosotros, supera un millon de veces á nuestros merecimientos, y así seria, aun cuando le entonásemos *Gloria in excelsis*, desde la mañana hasta la noche, mientras conservásemos aliento para tan sagrada ocupacion.

—Y sin embargo era tan fuerte nuestra esperanza, Don Cristóval, observó uno de los circunstantes, que hallamos difícil el resignarnos á chasco tan cruel. Hablais de agüeros, señor, ¿pero hay alguna señal física de que nos hallemos próximos á Catay?

—Los agüeros vienen de Dios, si de alguna parte. Constituyen una especie de milagros que preceden á los sucesos naturales, así como

los verdaderos milagros los sobrepujan. Creo que esta expedición emana del Altísimo, y no veo que haya irreverencia en suponer que esta aparición de la tierra se haya amontonado á lo largo del horizonte, á fin de alentarnos cual signo consolador á la perseverancia, y cual prueba de que nuestros trabajos serán recompensados á lo último. No puedo decir, sin embargo, que pasen de medios naturales, pues que estas ilusiones son muy familiares á nosotros los marineros.

—Procuraré considerarlo en ese sentido, Don Cristóval; repuso el otro con gravedad y terminó así la conversacion.

La desaparición de las tierras, que con tanta confianza se habia creído, produjo en las naves una profunda tristeza, y tornó en melancolía otra vez el gozo de las tripulaciones. Prosiguió el almirante navegando al oeste directo, con arreglo á la aguja, ó al oeste sud-oeste, en realidad, hasta el medio día, á cuya hora, cediendo á los ardientes deseos de los que le rodeaban, volvió á sesgar el rumbo mas hácia el sud-oeste. Siguióse esta dirección hasta que los bajeles hubieron andado lo

bastante en aquella línea, para que no cupiese duda de que la gente habia sido engañada por un grupo de nubes, en la tarde precedente. Por la noche, cuando ya no quedaba la esperanza mas ligera, torciéronse al oeste los buques otra vez, corriendo en el discurso de las veinte y cuatro horas, treinta y una leguas buenas; pero que se hizo saber á la marinería no habian ascendido á veinte y cinco.

Durante varios dias consecutivos, no ocurrió ningun cambio material. Siguió favorable el viento, aunque con frecuencia tan ligero, que hacia andar los barcos muy suavemente, reduciendo el progreso del entero dia muchas veces á poco mas de cincuenta millas de medida inglesa. La mar estaba en calma, y de nuevo se encontraron yerbajos, aunque en cantidades mucho mas pequeñas que anteriormente. El dia 29 de Setiembre, ó el cuarto sol despues que Pinzon habia gritado «tierra,» volvió á verse una paviota, y como era opinion recibida entre los navegantes, que esta ave nunca se alejaba mucho de las costas, reviviéronse algunas débiles esperanzas momentáneamente al verla pasar. Otros



dos pelicanos aparecieron poco despues, y el aire estaba tan blando y balsámico, que Colon declaró que solo faltaba el ruiseñor para hacer las noches tan deliciosas como las de Andalucía.

De este modo fueron y vinieron aves, excitando esperanzas que siempre tenían por éxito la frustracion; volando á veces en tales números, que hacia absurda la idea de que vagasen sobre el desierto acuoso, sin estar seguras de su destino. Otra vez llamó la atencion del gefe y de sus súbditos la inconsecuencia de la aguja de marear, uniéndose todos en la opinion de que aquel fenómeno solo podia explicarse en virtud de los movimientos de la estrella. Llegó por fin el primer dia de Octubre, y los pilotos de la capitana se pusieron de todas veras á formar sus cálculos, con el objeto de averiguar la distancia que transcurrieran. Habíanles engañado, asi como á los demás, los artificios de Colon, y ahora se acercaron á este, que estaba en su puesto ordinario sobre el alcázar, á fin de presentar-le las resultas de sus cómputos, con unos semblantes que eran índices fieles de la alarma que sentian.



—Nos hallamos nada ménos que á quinientas sesenta y ocho leguas al oeste de Ferro, señor almirante, dijéronle ambos pilotos á una; distancia tremenda para haberse atrevido á lanzarse los hombres sobre el seno de un desconocido océano!

—Tienes razon, honrado Bartolomé, repuso con calma el gran navegante, aunque mientras mas alla nos aventuremos, mucha mayor habrá de ser nuestra gloria. Tu cálculo no llega aun al verdadero, pues que este mio, que no es un secreto para nuestra gente, dá hasta quinientas ochenta y cuatro leguas; lo que adelanta á tu cálculo mas de seis. Pero, despues de todo, apenas aventaja este á un viage desde Lisboa á Guinea, y no somos hombres á quienes puedan echar la pierna los marinos del rey Don Juan.

—Ah! señor almirante, los Portugueses tienen sus islas de trecho en trecho, y el viejo mundo pegado á sus codos; mientras nosotros, en caso de que esta tierra no saliese ser verdaderamente una esfera, estamos allegándonos mas y mas cada hora á su borde, y vamos acorriendo hácia peligros inauditos!

—Anda, Bartolomé! estas hablando como un marinero de agua dulce, quien nunca se ha visto impelido hácia la parte exterior de su barra por una brisa terral de alguna fuerza, y que juzga hallarse espuesto á riesgos mayores de los que nunca sufriera hombre nacido, porque encuentra algo salada el agua con que humedece su lengua. Mostrad sin miedo ese cálculo á la gente, y procurad sacar fuerzas de flaqueza; ya hablaremos de estos recelos vuestros á la sombra de los bosquecillos de Catay.

—Este hombre tiene un miedo cervical, observó con frescura Don Luis, miéntras el piloto se alejaba del alcázar con tardio paso y pesado corazon. Hasta vuestras seis cortasleguas añadieron peso á su espíritu. El número quinientos setenta y ocho era terrible; pero el de quinientos ochenta y cuatro le dejó caer sobre el alma una carga de plomo.

—¿Y qué hubiera pensado, si yo le hubiese hecho conocer la verdad que hasta vos mismo ignorais, jòven conde?

—¿Creo que no teneis desconfianza de mis nervios, Señor Don Cristóval, para reservar de mi tambien ese secreto?

—No debia portarme asi, señor Don Luis, segun creo; pero un hombre llega á desconfiar hasta de sí mismo, cuando asuntos de inmensa gravedad estan pendientes de un hilo. ¿Teneis alguna idea verdadera del camino que hemos andado hasta aqui?

—Yo no, por Santiago señor! Bástame el que nos hallemos lejos de Doña Mercedes, y poco importa una legua mas ó ménos de distancia. Si vuestra teoria es verdadera, y resultase que la tierra sea redonda, á lo ménos me queda el consuelo de que podamos regresar á España, solo con seguir al Sol en su curso.

—Siempre habeis de tener alguna nocion general de nuestra verdadera distancia de la isla del Hierro, pues ya sabeis que para la gente resulta cercenada todos los dias.

—Para deciros la verdad, señor Don Cristóval, la aritmética y yo nos profesamos muy leve cariño. Por mi vida, que jamas me fué posible ajustar la exacta suma de mis propios haberes, ni apuntarlos en guarismos, aunque no me seria tan difícil sacar la cuenta, segun mi cálculo particular! Si la verdad ha de de-

cirse, sin embargo, creeria que vuestras quinientas ochenta leguas pudieran buenamente hacerse subir á algunas seiscientas diez ó seiscientas veinte.

—Añadid otras ciento y no estareis muy distante de la verdad. Nos hallamos en este instante á setecientas siete leguas de Hierro, y acercándonos á toda prisa al meridiano de Cipango. Despues de otra pròspera tirada de unos diez dias, ya empezaré de todas veras á esperar que descubramos el continente de Asia.

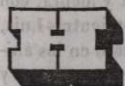
—Esto es viajar mas aprisa de lo que yo creia, señor Don Cristóval, contestó con incuria el conde; pero vamos adelante, á lo ménos habrá uno de vuestros seguidores que no se quejará aunque demos vuelta al completo mundo.

## CAPITULO XII.



¡Que mar, que playa es esa, me adivina!  
El golfo y el peñon de Salamina.

BYRON.



**E**ACRA ya veinte y tres dias que los aventureros perdieran la tierra de vista, todo cuyo tiempo, esceptuando unas pocas variaciones de viento muy inateriales, y uno ó dos dias de calma, habian ido adelantando hácia el occidente, con toda firmeza, y con un pequeño sesgo al sur que divagaba entre una cuarta parte de un punto y punto y cuarto, aun quando este último hecho les fuese totalmente des-

conocido. Habíanse hinchado tantas veces sus esperanzas para verse desventadas en pos, que una especie de tristura arraigada, comenzaba á reinar entre los marineros, á la que hacían desaparecer de cuando en cuando los gritos irregulares é inciertos de: «tierra! tierra!» al producir las nubes en el horizonte sus acostumbrados engaños. Siempre no obstante continuaban sus espíritus en aquel estado febril que admite de cualquier repentino cambio; y como la mar seguía tan lisa como las aguas de un río, y el temperamento blandísimo, no había causa para un abierto desespero. Argüía Sancho, como de costumbre con sus camaradas, oponiéndose á la ignorancia y locura, con el dogmatismo y la impudencia, mientras Luis, sin sabiendas producía mucho efecto en los ánimos de sus asociados, en virtud de su confianza y de su jovialidad. Colón permanecía sereno, respetable y reservado, con su esperanza anclada especialmente en la justeza de sus teorías, mientras continuaba resuelto á conseguir el finiquito de sus planes. Siguió soplando bonancible el viento, como antes, y en el discurso de la noche y del día 2 de Octubre, navegaron los

buques unas cien millas mas adentro de aquella mar misteriosa y desconocida. Los yerba-jos flotaban ahora en direccion occidental, lo que denotaba un cambio de mucha consideracion, pues que en los dias anteriores las corrientes iban, por la mayor parte, siguiendo un opuesto rumbo. El dia tres fue aun mas próspero, pues que el camino que se hizo rebasó de cuarenta y siete leguas. Comenzaba ya el almirante á suponer que habia pasado las islas, señaladas en su mapa, y con la alta resolucion de un hombre acostumbrado á conceptos grandiosos, decidióse á poner la proa en derechura al oeste, con la intencion de llegar sin tropiezo á las playas de Indias. El dia 4 fué aun mejor que los dos ante mencionados, pues que la escuadrilla siguió avante á todo trapo, sin sesgar de su rumbo, hasta que no hizo ciento ochenta y nueve buenas millas de camino, la distancia mayor que en un dia hasta entón-ces habia conseguido trasponer. Esta tirada, tan formidable para unos hombres que empezaban á contar cada hora y cada legua con visible desazon, se calculó para cuantos iban á bordo, como ascendiendo solamente á ciento treinta y ocho millas.



El Viérnes, dia 5 de octubre, empezó aun mas favorablemente, hallando Colon que su bajeel se deslizaba por las aguas,—pues que no habia mar para que cabecease ó se meciese—á razon de unas ocho millas por hora, lo que era ir mas velozmente de lo que nunca le habia acontecido, y el camino de aquel dia hubiera sobrepujado en mucho al del anterior, á no haber caido el viento por la noche. Asi como asi, no obstante, separó los de Hierro una nueva distancia de cincuenta y siete leguas que para el entender de la tripulacion quedaron reducidas á cuarenta y cinco. El dia siguiente no produjo mudanza ninguna material, y la Providencia parecia impelirlos con una premura que no pudiera tardar en resolver el gran problema, cuya solucion por tan largo tiempo discutiera el almirante con los hombres científicos. Ya era de noche, cuando la Pinta se dejó caer hácia el costado de la Santa Maria, hasta que se puso tan cerca que le fué fácil hablarla sin el auxilio de la bocina.

—¿Está en su puesto el señor almirante, como se le encuentra á todas horas? preguntó Pinzon, hablando presurosamente cual uno

que se siente abrumar con algun negocio de importancia. Veo que hay gente sobre el alcázar; pero ignoro si el señor Don Cristóval se encuentra entre ella.

—¿Qué se os ofrece, buen Martin Alonso?, contestó el almirante; aqui estoy, atisvando las costas de Cipango ó de Catay; sea cual fuere la primera de estas tierras, que Dios en su bondad se digne enseñarnos.

—Encuentro tantas razones para que varíemos nuestro rumbo mas al sur, noble almirante, que no he podido resistir al deseo de aproximarme y deciroslo. La mayor parte de los descubrimientos recientes han tenido lugar en las latitudes meridionales, y haríamos bien con sesgar un poco mas hácia el sur.

—¿Hemos ganado algo hasta ahora con variar nuestro rumbo en esa direccion? Parece que anhelaís ir en busca de climas meridionales, digno amigo, miéntras á mi entender, nos hallamos ahora dentro del paraíso de dulzuras que buscamos, con la escepcion de que solo nos falta descubrir la tierra. Podrán existir islas al sur y aun al norte de nosotros; pero el continente lo tenemos al oeste clavado.

¿A qué abandonar lo cierto por lo dudoso?  
 ¿A qué desviarnos de Cipango ó de Catay, para ir en busca de otros parages, gratos sin dudas y fragantes con sus especias no hay duda; pero sin nombre, y que jamás pueden rivalizar con las glorias del Asia, ni respecto á descubrimiento ni respecto á conquista?

—Ojalá, señor, que pudiese convencerlos á llamaros un poquito mas hácia el sur.

—Vamos, Martin Alonso, haya paz con tus peticiones. Mi corazon está en el oeste, y hácia allá me dicta el raciocinio que lo siga. Primero escuchad mis órdenes, y en seguida llevadlas á vuestro hermano Vicente Yañez, comandante de la Niña, á fin de que él tambien las obedezca. En caso que alguna ocurrencia nos separase durante la oscuridad, será la obligacion de todos nosotros mantener la proa firme hácia occidente, y procurar reunirse de nuevo con sus compañeros, pues que seria tan triste como inútil andarnos vagando aisladamente por este desconocido océano.

Pinzon aunque visiblemente muy disgustado, se vió en la necesidad de obedecer, y despues de un corto aunque vivo altercado con su

almirante, hizo el capitán de la Pinta que orzase su nave en dirección de la otra saluca á fin de comunicarle las órdenes que de recibir acababa.

—Martin Alonso comienza á vacilar; observó Colon á Luis. Es un hombre audaz y en extremo hábil, pero la firmeza de propósito no es su cualidad predominante. Debemos impedir que siga los impulsos de su propia endebleza, en virtud de nuestra autoridad superior. Catay! Catay es mi única mira!

Pasada le media noche arreció el viento; y por espacio de dos horas deslizáronse blandamente las caravelas por la superficie del alisado océano, con su ligereza máxima, la que equivalía á andar en la hora nueve millas inglesas. Pocos se desnudaron, á no ser para mudarse de ropas, mientras Colon mismo permaneció sobre el alcázar toda la noche dormitando sobre un trozo de lona vieja. Acompañábale Luis, y ambos estuvieron en pié con los primeros albores del día. Un comun sentimiento era el prevaleciente entre todos; que la tierra se hallaba á mano, y que iba á hacerse un descubrimiento grandioso. Los soberanos habian prometido una

renta vitalicia de diez mil maravedies anuales al que primero columbrase tierra, y no habia ojo que alerta no estuviera, ni boca que no fuera preparada, para ganar el premio tan luego como la ocasion lo proporcionase.

A medida que la luz se esparramaba, difundiéndose sobre el borde del océano, en el horizonte occidental, creyeron todos que divisaban apariencias de tierra, y con la mayor ansia se aglomeró vela sobre vela en los diversos barcos, á fin de hacer el mayor camino posible, para que las respectivas tripulaciones disfrutasen ahora de las mejores y mas precoces probabilidades de obtener la primera vista. Sobre este punto, las circunstancias equiparaban singularmente las ventajas y desventajas entre las naves competidoras. La Niña se tenia por la mas velera en aguas lisas y ventolinas suaves, pero tambien era la embarcacion de menor porte. Seguiala la Pinta con respecto á andadura general, y siendo de tamaño intermedio del de sus dos consortes, ganaba á entrambas la delantera siempre que refrescaba la brisa, al paso que la Santa Maria, última de todas las tres caravelas en punto á

marcha, tenia los mástiles mas altos, y por lo tanto dominaba mayor bojeo de horizonte.

—Hoy los sentimientos de lealtad son los que llevan la guia, Señor Don Cristóval, dijo Luis, que estaba al lado del almirante, atisvando la expansion de la luz, y en cuanto tienen facultad ojos humanos, pueden esperar los nuestros descubrir tierra de aqui á poco. La tirada última ha escedido toda esperanza, y tierra hemos de tener, aunque nos costase el trabajo de sacarla del fondo del océano.

—Allí está Pepe, el honrado marido de Mónica, encaramado sobre la gavia mas elevada, y sacando sus ojos de quicio para mirar hácia occidente, dijo sonriéndose Colon. Todo su afan tiene por objeto ganar el galardón. Diez mil maravedies de renta anual constituirian en verdad algun resarcimiento por las penas que estará sufriendo la viuda esposa y huérfano hijo.

—Tambien se rebulle de veras Martin Alonso, señor. Ved cual suelta todo trapo á la Pinta; pero Vicente Yañez va pisándole los talones, y parece estar resuelto á ser el primero que cumplimente al Gran Khan, sin hacer ca-



so del derecho de primogenitura de su hermano mayor.

—Señor!... Señores! berreó á la sazón el ilustre Sancho, desde la gabia en que estaba sentado con tanta soltura como lo estaria una dama de nuestros tiempos en su cómoda otomana; la faluca nos está haciendo señales.

—Verdad es... gritó Colon, Vicente Yañez acaba de izar el pabellon de la reina, y ahí suena el traquido de una bombardá para anunciarnos algun grande acontecimiento.

Como eran estas las señales convenidas en caso de que alguno de los buques descubriese tierra antes que sus compañeros, poca duda se tuvo de que la caravela que navegaba delantera hubiese anunciado por fin, con toda certidumbre, el éxito final de la expedición. Sin embargo, tenían todos muy presente el último chasco tan grave, y aunque todos devotamente vertieron su gratitud en votos mentales, quedáronse sellados sus labios mientras que las resultas no revelasen la verdad. Apesar de todo, dióse al viento hasta la última tira de trapo, y parecia que los bajeles, por sí mismos, apresuraban hácia el oeste su car-



ra, cual pajarillos lasos de un vuelo inusitado hacen los últimos esfuerzos con sus gastadas alas, al barruntar repentinamente que está próximo un punto de descanso, que columbran dudosamente en la lontananza, á merced de su aguda vision y de un activo instinto.

—Sin embargo, transcurrióse una hora tras otra, sin que se confirmase tan bendita nueva. El horizonte occidental se presentó cubierto de cerrazon y de nubes toda la mañana, engañando hasta los ojos mas prácticos; pero luego que se adelantó el dia, y que los buques procedieron mas de cincuenta millas hácia el oeste, se hizo imposible el no atribuir las esperanzas de aquella mañana á una nueva ilusion óptica. Tan completo abatimiento en los ánimos succediérase á este chasco, que fue mucho mayor que cuantos golpes de esta especie se habian recibido hasta entónce, y el descontento que de resultas estalló no se reprimia ya con el mas leve disimulo. Arguéntabase que alguna influencia maligna urgia adelante á los aventureros, con la mira de abandonarlos finalmente á la desesperacion y á la ruina en un desierto de aguas. En este ins-

tante fué cuando Colon, segun se dice, vió-  
se obligado á hacer condiciones con sus secua-  
ces, estipulando que abandonaria totalmente  
la empresa, si esta dejaba de producir el éxi-  
to deseado en cierto número de dias. Pero  
esta debilidad se ha atribuido falsamente al  
gran navegante, quien jamas perdió el ple-  
no ejercicio de su autoridad, aun en los mo-  
mentos mas tenebrosos de duda; sosteniendo  
su propósito y envalidando su poder, con la  
misma firmeza y calma, en aquellos parages, que  
eran, segun algunos, los remotos bordes de la  
tierra, cual lo habia hecho en los pacíficos rios  
de la España.

—Conforme á mi cálculo privado, amigo Don  
Luis, nos hallamos ahora á mil leguas com-  
pletas de la isla del Hierro, dijo Colon á su  
jóven camarada, en una de sus conferencias  
secretas que tuvo lugar despues de oscurecido,  
y ya es tiempo de que esperemos divisar el  
continente de Asia. Hasta aqui solo he busca-  
do islas; y eso que no tenia muchas esperan-  
zas de topar ni aun con ellas, no obstante que  
Martin Alonso y los pilotos han sido algo ade-  
lantados en sus expectativas. Sin embargo, las

grandes bandadas de aves, que se han presentado hoy, parecerían invitarnos á seguir sus vuelos, pues que no hay duda que su objeto es llegar cuanto antes á tierra firme. Por lo demás, variaré el rumbo algo hácia el sud, aunque no tanto como lo desea Pinzon; porque Catay es siempre el punto de mis afanes.

Dió Colon las órdenes necesarias, y las otras dos caravelas se pusieron al habla con la Santa Maria, y luego se mandó á sus comandantes que siguiesen rumbo al oeste-sud-oeste. La razon para disponer esta mudanza fué la de haberse visto volar tantas aves en aquella direccion. Era la idea del almirante proseguir este curso durante dos dias. Apesar de esta variacion, no se descubrió tierra en toda la mañana; pero como el viento soprase blando, y los bajeles hubiesen andado tan solo cinco leguas desde que se mudára el rumbo, produjo el chasco menor disgusto que ordinariamente. A despecho de su incertidumbre, todos cuantos iban en los buques se refocilaban ahora con la balsámica suavidad de la atmósfera, la cual hallaron tan fragante, que respirarla era una delicia. Tambien los yerbajos se hacian mas abun-

dosos, y muchos de ellos estaban tan frescos, que parecian haberse desprendido de sus rocas nativas solamente un dia ó dos antes. Varias aves, que sin disputa pertenecian á la tierra, se vieron tambien en bandadas considerables; cogióse una de ellas. Abundaban igualmente los patos por alli, y otro pelicano revoloteó en torno de las naves. Asi se pasó el dia 8 de Octubre, mientras los aventureros estaban henchidos de esperanza, aunque los buques solo aumentaron su distancia de las playas de Europa algunas cuarenta millas en el discurso de las veinte y cuatro horas. El dia consiguiente no aportó mas novedad material que la de un cambio de viento, que obligó al almirante á variar su rumbo al noroeste, por espacio de algunas horas. Esto le desazonó algun tanto, pues que era su deseo navegar en direccion exacta al oeste, ó un poco sesgada hácia el sur, aunque dió considerable aliento á muchos de la marineria, quienes andaban asustados al ver que el viento soplabá siempre en una misma direccion. Si aun hubiera existido la diferencia, demarcaria su rumbo precisamente el que seguir deseára; pero ya á la sazón se hallaban en una latitud y

longitud, donde la aguja volvía á adquirir su poder, y tornábase fiel á su simpatía. En el discurso de la noche, volvieron los alisios á tomar su influencia, y por la mañana temprano el día 10 navegaban los buques de nuevo hácia el oeste-sud-oeste, según la brújula; rumbo verdadero, ó tan próximo al exacto como era posible.

Tal se presentaban las cosas cuando salió el sol por la mañana del 10 de Octubre de 1492. Había refrescado el viento, y todas las tres carávelas corrieron un largo el día entero, y á razón de cinco millas hasta diez cada hora. Las señales de hallarse próxima la tierra habían sido tan numerosas recientemente, que, á cada legua de océano que dejaban atrás, concebían los aventureros las esperanzas mas vivas de descubrirla, y casi todos los ojos abordo de los tres buques estaban clavados en el horizonte occidental, con el ansia de ser cada uno el primero en publicar el gozoso anuncio de su aparición. Sin embargo, habíase dado ya con tanta frecuencia el grito de «tierra,» que Colon hizo saber á sus subordinados que el que lo profiriera otra vez sin motivo perdería to-

da opción á la recompensa prometida por los soberanos, aun cuando en lo futuro tuviese justas causas para preconizar tan grata nueva. Esta circular produjo mayor cautela, y no hubo lengua que se atreviese á descubrir sus ansias acerca de este punto, que absorbió la atención de todos, durante los esperanzosos y excitantes dias 8, 9, y 10 de Octubre. Pero como su progreso en el último de los mencionados escediese al que se hiciera en los anteriores, atisvóse el cielo vespertino con una vigilancia que sobrepujaba á la que habia acompañado á la puesta del Sol en ninguna de las tardes antecedentes. Este era el momento mas favorable para examinar el horizonte occidental, pues que al retirarse la luz iluminaba toda la expansion acuosa por aquella parte, de modo que esclareciera á la vista todos sus arcanos.

—¿Es aquel un promontorio? preguntó Pepe á Sancho, en voz sumisa, al hallarse ambos sobre una misma verga, vigilando el limbo superior del Sol, mientras este glorioso luminar se hundia como una pestañeante estrella so el refulgente márgen del océano—¿ó es alguno

de esos engañosos vapores que tantas veces nos han chasqueado ya?

—No es una cosa ni otra, Pepe, contestó Sancho, como hombre de mayor calma y experiencia: solo es una hinchazon de la mar, la cual siempre se ve rebullir hácia los bordes del océano. ¿Has presenciado nunca una calma tan chicha que describiese el agua en el horizonte una linea de círculo en perfecto nivel? No, no hay que esperar tierra por la parte del oeste esta noche, pues que el océano hácia ese lado está tan limpio como si navegásemos por las costas occidentales de la isla de Hierro, y nos pusiésemos á mirar á lo largo sobre los inmensos baldíos del Atlántico. Nuestro noble almirante podrá tener razon en lo que dice, Pepe, pero hasta ahora no lleva en su favor otra evidencia que la que pueden prestarle sus propios raciocinios,

—¿Y tambien tú, Sancho, tomas partido contra él? ¿tambien tú le tienes por un loco, descoso de precipitar á otros á la destruccion, tanto como á sí mismo, con tal de morir siendo un almirante de hecho y un virey de fantasia?



—Yo no tomo partido contra hombre ninguno cuyas doblas toman partido con mi bolsa, porque eso equivaldria á reñir con el mejor amigo que pueden hacerse tanto los ricos como los pobres, y el cual es el oro. Don Cristóval es en verdad muy sabio, y una cosa ha dispuesto á satisfaccion mia, aun cuando ni él ni hombre ninguno de nosotros háyamos de ver en nuestra vida una sola joya de Catay, ni tener el gusto de arrancar un solo pelo de las barbas del Gran Khan; y esa es, que el mundo sea redondo; pues si hubiera sido plano, toda esta agua se escurriria por un lado muy bonitamente; á no ser que las tierras la sirviesen de espantajo. ¿Entiendes lo que te digo, Pepe?

—Toma, que sí; eso es muy razonable y está al alcance de la experiencia de cualquiera. Mi Mónica juzga que este Genovés ha nacido para santo.

—Escúcha, Pepe. Tu Mónica es una mujer de juicio y de meollo, pues de lo contrario nunca te hubiera aceptado á ti por esposo, pudiendo haber escogido otro á sus anchas entre una docena de tus compañeros. En cierta

ocasion tambien yo le puse los puntos á esa moza, y le hubiera declarado mi sentir, toda vez que ella me hubiese llamado santo tambien; mas por desgracia se le antojó á la chica distinguirme con un apodo enteramente diverso. Ahora bien, dando de barato que sea un bienaventurado este señor Colon, no por eso le admiraria mucho mas, en cuanto á que nunca he topado con un santo, ni con una virgen tampoco que pudiese entender una jota de los cálculos y distancias de un paseillo tan corto como el que hay por mar desde Barcelona á Cádiz.

—Tu hablas con irreverencia de los santos y de las vírgenes, aunque sabes que nada puede ocultárseles.

—Yo? todo ménos eso. Ahí está nuestra madre y Señora de Rábida, que no sabe distinguir entre el sud-sud-este cuarta al sud, del nor-noroeste cuarta al norte. Para probarla me vali de cierto medio, y te digo que está tan ignorante de estas materias como tu Mónica lo está del modo con que la señora duquesa de Medina Sidonia saluda á su marido el noble duque, cuando su Escelencia vuelve de cazar con su alcon.

—Tambien apostaria yo cualquiera cosa á que la dúquesa, si ocupase el lugar de Mónica, no sabria lo que decir cuando le avisasen que á recibirme saliese, como lo hará Mónica luego que volvamos de esta gran expedicion. Si nunca he ido á cazar conalcones; tampoco el duque ha navegado en su vida durante treinta y dos dias consecutivos con rumbo al oeste desde Hierro, y esto tambien sin ver la tierra, ni por el forro.

—Tienes razon, Pepe; ni tu tampoco has hecho este viagenunca y regresado á Palos despues. ¿Pero qué significa ese movimiento sobre la cubierta? Parece que agita á la gente alguna sensacion extraordinaria, al paso que me atrevo á jurar que no la produce el haber descubierto á Catay, ni el habervisto al Gran Khan reluciente como un carbunclo, y sentado en su trono de diamantes.

—Creo que es por no columbrarle asi ataviado, que la mayor parte se alborota. ¿No oyes cual prorrumpen en palabras amenazantes y airadas las bocas de esos hombres turbulentos?

—Por San Diego! si yo fuera Don Cristó-

val, habia de desquitarle una dobla del salario á cada uno de esos bellacones, y abonar esa multa á hombres tan pacíficos como tu y yo, Pepe, que no tendríamos inconveniente en morirnos de hambre, mas bien que volvernó sin dar una ejeada á las regiones del Asia.

—Alguna verdad hay en lo que dices, Sancho. Bajemos á fin de que vea su Escelencia que tiene algunos amigos entre la tripulacion.

Accediendo Sancho á tal consejo, él y Pepe estaban ya sobre cubierta al próximo minuto. Ahora, en verdad, hallóse aquella chusma en un estado de mayor insubordinacion que nunca desde que la escuadra dejó las costas españolas. Esa continuacion tan larga de vientos favorable, y desereo cielo, habia dado á aquellos hombres la esperanza de ver terminado en breve su viage, de tal suerte, que casi todos opinaban ahora que era su deber insistiren que la espedicion se abandonase, pues que parecia destinada á conducirles únicamente á una inevitable destruccion. La disputa era bulliciosa y áspera; al paso que uno ó dos de los pilotos se inclinaban á creer con sus inferiores que toda perseverancia seria ciertamente inútil, y pudie-

ra ser funesta. Luego que Sancho y Pepe se reunieron á la turba, acababa esta de resolver sedirigiesen á Colon todos en masa, y exigieran, en términos positivos, el regreso inmediato de los bajeles á España. A fin de que esto se verificase con debido orden, Pedro Alonso Niño, uno de los pilotos, y un anciano gaviero, llamado Juan Martin, fueron elegidos como oradores. A este momento crítico bajaban del alcazar el almirante y Luis, con el objeto de retirarse á su cámara, cuando se agolparon á ellos cuantos sobre la cubierta apiñados estaban, y veinte voces se oyeron gritar simultáneamente.

—Señor—Don Cristóval.—Escelentísimo señor almirante!

Paróse Colon y dió cara á los amotinados con tal calma y dignidad que hizo que á Niño se le viniese el corazon á la boca, y reprimió el arrojó de la mayor parte de sus secuaces.

—¿Qué quereis? preguntó con adustez el gran caudillo. Hablad, que un amigo os escucha.

—Venimos á pedir nuestras preciosas vidas, respondió Juan Martin, quien creia que su propia insignificancia podria servirle de égida—y aun mas, los medios de que no carezcan

para siempre de pan las hambrientas bocas de nuestras mugeres é hijos. Cuantos venimos aquí estamos hartos de esta inútil expedición, y la mayor parte juzga que si dura por mas tiempo que el necesario para regresar, será la causa de que perezcamos por falta de víveres.

—¿Sabeis la distancia que hay entre nosotros y la isla de Hierro, pues que venis á verme con estas peticiones tan ciegas como mentecatas? Habla, Niño, porque advierto que eres del número, no obstante que pareces esquivarte.

—Señor, contestó el piloto, somos todos de un mismo modo de pensar. Comprometernos mas interiormente en este océano desconocido y sin termino, es tentar á Dios para que nos destruya por nuestra pertinacia criminosa. Es ocioso suponer que la ancha zona de agua, no hayasido colocada por la Providencia en torno de la tierra habitable, con el solo fin de que sirva de reproche á los que audazmente se empeñen en profundizar misterios, que estan fuera del alcance del entendimiento del hombre. ¿No nos dicen, señor, todos los eclesiásticos—incluso el pobre guardian de Santa Maria de Rábida,



vuestro propio y particular amigo—¿no nos predicán constantemente acerca de la necesidad de someternos á una miente divina, á la que jamás podremos igualar en sapiencia, y creamos sin empeñarnos en descórrer el velo que cubre las cosas incomprensibles?

—Fácil me sería, honrado Niño, contrargüirte con tus propias palabras, contestó Colón, y mandarte que confiases en aquellos, cuyos conocimientos jamás te será dado igualar, y que siguieras sumiso cuando no te hallas capaz de servir de conductor. Anda, anda; retírate con tus secuaces, y que no vuelva yo á oír mas de esto.

—Pero, señor, gritaron á una dos ó tres de los sublevados, no es justo que perezcamos sin hacer que se oigan nuestras quejas. Ya hemos seguido demasiado léjos, y aun ahora tal vez háyamos traspasado los límites de los océanos que pudiesen asegurarnos una fácil vuelta. Pongamos pues hácia España las proas de las caravelas, y hagámoslo esta noche misma, no sea que sucumbamos antes de regresar á nuestra patria bendita.

—Esto tiene visos de revuelta! ¿Cual de vo-



sotro se atreve en presencia de vuestro almirante á servirse de un language tan insubordinado y soez?

—Todos nosotros, señor! respondieron veinte voces á la par. Los hombres necesitan ser osados, cuando tiene pena de la vida su silencio.

—Sancho, ¿y tu tambien perteneces al partido de los revoltosos? ¿Confiesas que tu corazon está antojadizo de regresar a España, y que tu miedo mugeril es mas fuerte que tus esperanzas de gloria imperecedera y tus anhelos tras las riquezas y placeres de Catay?

—Si tal juzgais de mi, señor Don Almirante, ponedme á dar sebo al palo, y quitadme del timon, para siempre, cual si no fuese apto para vigilar los volteos de la estrella del norte. Meteos con vuestras caravelas viento en popa y suelto todo trapo dentro de los salones mismos del Gran Khan, y hollad hasta el su trono; si tal os place; que siempre encontrareis á Sancho en su puesto sea en la bitácora ó cabe la son-dalesa. El nació en un dique, y por lo tanto tiene un deseo natural de ver hasta donde llega la pujanza de una nao.

—¿Y tu, Pepe, tambien has olvidado tu

obligacion hasta el punto de venir ante tu gefe apoyando semejante language? ¿Es este el respeto que se adeuda al almirante y virey de tu soberana, doña Isabela de Castilla?

—¿Virey de qué? exclamó una voz desde el centro de la turba, sin permitir que Pepe contestase. ¡Un virey con mando sobre las yerbas marinas, y que tiene por súbditos á los atunes, pelicanos y ballenas! Os decimos, señor Colon, que los Castellanos no estamos acostumbrados á trato semejante, pues que nos hacen falta descubrimientos mas sustanciales que unos campos de broza y unas islas de nubes!

—¡A casa! á casa! á España! á Palos! á Palos! berrearón á la vez casi todos, mientras Sancho y Pepe, saliéndose del grupo, corrieron á ponerse al lado de Colon.—No iremos una legua mas en direccion á oeste, porque esto seria tentar á Dios; pedimos al contrario, que se nos lleve á donde hemos venido, si, en verdad, ya no es demasiado tarde para conseguir tan milagrosa escapatoria.

—¿Y á quien hablais en ese tono tan ingrato, desvergonzados belitres, exclamó Luis, llevándose maquinalmente la mano á donde te-

nia costumbre de hallar siempre la empuñadura de su tizona. Ea! alejaos, ó.....

—No os altereis, amigo Pero, y dejad que yo maneje este asunto, interrumpió el almirante, cuyo reposo apenas habia sido inquietado por la violenta conducta de sus súbditos.— Escuchad lo que á deciros voy, hombres toscos y rebeldes, y recibase esta como contestacion definitiva mia, á esa y á todas cuantas exigencias del mismo jaez hayais pretendido, ó en lo futuro á pretender os atrevierais. Esta expedicion se ha hecho á la vela por mandato y voluntad de nuestros soberanos conjuntos, vuestros regios amos, con espreso intento de atravesar la completa anchura del océano, hasta que pueda llegar á las playas de la India. Ahora venga lo que viniere, no serán chasqueadas estas grandes espectaciones; sino que á oeste hemos de caminar hasta que la tierra nos detenga. En pró de esta determinacion responder hé con mi vida misma. Tened cuidado que la de algun otro no corra peligro por haberse resistido á los regios mandatos, ó por falta de respeto y obediencia al autorizado sustituto de sus Altezas, y desde luego de-

signo al hombre, que leyes tan sagradas quebrante, para imponerle un egemplar castigo. Con esto ya sabeis mi plena determinacion, y guardaos de despertar las iras de aquellos, cuyo desagrado puede seros mas fatal todavia que estos soñados riesgos del occéano.

Mirad á lo que teneis delante, por el lado del miedo, y pensad en lo que teneis delante por el lado de la esperanza. En el primer caso, todo lo habeis de recelar de la cólera de los soberanos, toda vez que procedais á resistir su autoridad por medios violentos, ó lo que es mas que probable, una certidumbre de que os sea ya imposible alcanzar las costas de España por falta de agua y víveres, si rebelandoos contra vuestro legitimo gefe, os empeñaseis en regresar. Para esto, ya es demasiado tarde. El viage al este debe, respecto á tiempo, ser doble del que acabamos de verificar, y ya las caravelas comienzan á tornarse ligeras porque tienen vacias la mayor parte de las barricas y botas. Tierra, y tierra en esta region se nos hace ahora indispensable. Mirad ahora el reverso de la medalla. Ante nosotros está Catay con todas sus riquezas, sus nove-

dades y sus glorias! Una region mas maravillosa que cuantas al hombre habitára nunca, y ocupada por una casta de seres tan mansuetos como hospitalarios y justos. A esto debe añadirse la aprobacion de los soberanos y el renombre que pertenecerá hasta al mas humilde marinero de esta flota, que varonilmente haya ayudado á su almirante en la egecucion de tan vasto designio.

—¿Y si os obedecemos, señor, durante los tres dias venideros, pondreis, al terminar estos la proa hácia España, dado caso que la tierra no llegue á descubrirse? gritó una voz de entre la turba.

—No... nunca, repuso Colon con entereza. Mi rumbo es en busca de la India, y en pos de la India navegar hé, aun cuando se necesite otro mes para dar fin al viage. Retiraos pues á vuestros puestos, ó á vuestras hamacas, y que yo no vuelva á oiros hablar de semejante materia.

Habia tanta dignidad natural en las maneras de Colon, y cuando hablaba airado llevaba consigo su voz un acento tan cortante de reproche, que escedia al atrevimiento de unos

hombres ordinarios el contestar cuando una vez les impusiera silencio. Dispersáronse adustos los amotinados, aunque no por eso se habia aplacado el disgusto. Si entónces la expedicion hubiese constado de un solo bajel, es muy probable que los revoltosos hubieran procedido á algun acto de violencia; pero inciertos del modo de pensar de sus compañeros abordo de la Pinta y de la Niña, al paso que profesaban á Martin Alonso Pinzon tanto respeto, por fuerza de costumbre, como á Colon por autoridad, á los mas osados les fué preciso por entónces dar suelta á su desafecto en murmuraciones, al paso que en secreto meditaban poner en planta medidas decisivas, tan luego como se presentase una oportunidad, de consulta y acuerdo con las tripulaciones de las otras naves.

—Esto va poniéndose serio, señor, dijo el de Llera, tan pronto como se quedó á solas con el almirante en su pequeña cámara,—y por San Luis! podria contribuir á enfriar el ardor de esos socarrones el que Vuesencia me diese permiso para arrojar de cabeza á la mar uno ó dos de esos mas intrépidos é insolentes vagamundos.



—Favor, contestó el almirante, que algunos de entre ellos han estado muy dispuestos á conferirnos tanto á vos como á mi. Sancho me tiene bien al corriente de la sensacion que entre ellos predomina, y hace dias que me ha hecho sabedor de tan piadosas intenciones. Procederemos por la via amigable, si es posible, señor de Gutierrez ó de Muñoz, cualquiera que sea el nombre que mas os guste, todo el tiempo que podamos; pero dado caso que ocurriese una precision de apelar á la fuerza, hallaréis que Cristóval Colon sabe manejar una espada con tanta destreza como servirse de los instrumentos de la ciencia náutica.

—¿Qué distancia juzgáis en verdad nos separa de la tierra, señor almirante? Lo pregunto movido de curiosidad, no de miedo; pues aunque la nave se estuviese meciendo en los bordes mismos de la tierra, en visperas de zamparnos de cabeza en el vacio, seguro está que oyeseis salir un murmullo de mis labios.

—Estoy bien seguro de eso, jóven noble, repuso Colon, apretándole afectuosamente la mano; pues de lo contrario no os hallárais aquí á estas horas. Segun mi cálculo, nuestra distan-



cia de la isla de Hierro pasará de mil leguas marítimas; la misma que supongo separa de la Europa á Cipango, y es la suficiente, sin duda, para que empecemos á encontrar alguna de las muchas islas que forman la orla oriental del continente asiático, y que se sabe abundan en sus costas. El cómputo público calcula esta distancia en poco mas de ochocientas leguas; pero de resultas de las favorables corrientes que tanto nos han servido en estos últimos dias, no hallamos sin duda, á mil y cien buenas leguas de las islas Canarias, por no decir algo mas. Estamos, bien lo creo, una bagatela menos apartados de las Azores, las cuales se hallan situadas con ventaja hacia el oeste, aunque en una latitud mas allá.

—¿Segun eso, suponeis, señor, que hemos de descubrir tierra antes que pasen muchos dias?

—Tan seguro estoy de ello, Luis, que poco recelo me causaría el acceder á la última exigencia de esos hombres audaces; y tal lo hiciera, si no lo considerára una humillacion. Tolomeo dividió la tierra en veinte y cuatro horas, de á quince grados cada una, y yo colo-

co en el Atlántico tan solo cinco ó seis de estas horas. Mil y trescientas leguas, estoy persuadido, nos llevarán á las costas de Asia, y ya segun mi cálculo hemos andado mil y ciento.

—Entónces el dia de mañana puede sernos en extremo portentoso, señor almirante; pero ahora, recojámonos en nuestros coys, donde voy á soñar con las playas mas encantadoras que nunca vieron ojos cristianos, y en ellas la doncella mas hermosa de España—no, por San Pedro!... de toda Europa, haciéndonos señas con su linda mano para que nos alleguemos sin pavora.

Acostáronse los dos amigos. Por la mañana, era evidente, segun los adustos semblantes de la marineria, que ciertas sensaciones, muy parecidas á los supresos fuegos de un volcan, estaban ardiendo en sus corazones, é indicaban que cualquier accidente aciago pudiera producir una erupcion. Por feliz soztuna, sin embargo, unas señales de naturaleza tan nueva se presentaron, que muy pronto distrajeron la atencion de los mas desafectos, apartándola de sus melancólicos presagios. Soplabafresco el viento, el cielo sin nubes se veia como

de ordinario, y lo que era por cierto una novedad desde su salida de Hierro, fué que se levantó marejada, y los buques comenzaron á surcar las olas; circunstancia que les quitó la aprehension de que una calma perpetua reinase en aquellos mares, cuyo desnatural fenómeno alarmára hasta entónces á la gente, á causa de su larga duracion. No habia estado Colon sobre la cubierta cinco minutos, cuando un grito de gozo, que lanzó Pepe, atrajo los ojos de todos á la verga donde estaba trabajando. Señalaba ansioso el marinero hácia un objeto que veia en el agua, y acoriendo todos á las bordas, advirtieron el bagüño signo que él descubriera desde lo alto. Al cabecear el buque sobre la marejada, y dar un arranque violento, pasó junto á su costado una caña verde, lo que hizo que los hombres diesen un recio viva, pues bien les constaba que esta planta provenia de alguna rivera, y por su frescura era indispensable que no tuviese mucho tiempo de arrancada del terreno donde se nutria.

—Bendita señal es esa, dijo Colon; las cañas no pueden crecer sin la luz del Cielo, aun-

que suceda lo contrario respecto á las plantas de otra naturaleza que en el fondo de la mar se desarrollan.

Esta pequeña ocurrencia cambió, aun cuando del todo no reprimiese, los rebeldes sentimientos de aquellos marinos. La esperanza volvió á ejercer su imperio una vez mas, y cuantos pudieron treparon á las jarcias, á fin de prever lo que presentarse pudiera en el horizonte occidental. El rápido movimiento de los bajeles añadía á esta sensacion de júbilo; pues que la Pinta y la Niña pasaban y repasaban á la capitana cual si fuese por puro juego. Pocas horas despues, volviéronse á hallar yerbajos frescos, y á eso de medio dia avisó Sancho confidencialmente que acababa de ver un pez de aquellos que solo viven en la inmediacion de las playas. Una hora mas tarde, sesgó la Niña hácia el buque de Colon, y vióse á su comandante subido en los aparejos, con evidentes deseos de comunicar algun noticion de importancia.

—¿Qué hay ahora de bueno, Vicente Yañez? gritóle Colon; pareis mensagero de alguna grata noticia!

—Tal me supongo, señor Don Cristóval, contestó el otro. Acaba de pasar junto á nosotros un arbusto, cubierto de bayas tan frescas cual si ahora mismo se le hubiese arrancado del terruño. Esta es una señal que no puede engañarnos.

—Decis bien, leal amigo. A occidente! á occidente! Dichosos serán los ojos que primero descubran las maravillas de las riberas indianas!

No sería fácil describir el grado de esperanza y de regocijo que comenzaba ahora á manifestarse entre la gente. Resonaban sobre la cubierta mil chistes joviales, y con facilidad se hacia estallar la risotada, donde hacia tan poco tiempo solo se advertian el desmayo y el zúño. Pasábanse los minutos con rapidez, y no habia ya un hombre que se acordase de España; pues que los pensamientos de todos estaban clavados en el occidente, no descubierto aun.

Un poco mas tarde, levantóse un grito de gozo en la Pinta, que se hallaba á corta distancia del barco caudillo. Al ver á esta nave acortar vela y ponerse en facha, abajando un

bote, la Santa Maria no tardó en dirigirse hácia ella cortando la espuma con ligera proa, á fin de ponerse al alcance de la voz.

—¿Qué hay ahora, Martín Alonso? preguntó Colon, suprimiendo su ansiedad con las apariencias de dignidad y de calma.—¡Vos y los vuestros os hallais locos de alegría!

—Y razon tenemos para ello, señor! No hace una hora, que pasó flotando junto á nosotros un trozo de caña, de aquella especie que produce azúcar en el oriente, como aseguran los viajeros, y cual la vemos con frecuencia en nuestros propios puertos. Cual si la Providencia no hubiese aun tratádonos con suficiente bondad, no nos ha enviado juntas todas estas señales; al paso que las hemos considerado de suficiente valor para echar un bote al agua y recogellas.

—Achicad velas, buen Martín Alonso, y enviadme á bordo esas preseas, á fin de que me sea dable juzgar de su valia.

Obedeció Pinzon, y restringido el arranque de la Santa Maria, al mismo tiempo, no tardó la lancha en hallarse á su costado. En un solo brinco púsose á bordo de la nave Mar-



tin Alonso, desde el borde de la lancha, y pronto subió al alcázar donde le aguardaba el almirante. Allí enseñóle con vivas ansias los diversos artículos que su gente arrojaban tras de él, todos los cuales, no hacia una hora que se habian sacado de la mar.

—Ved aqui, noble señor, dijo Martin Alonso, casi perdido el aliento, en su prisa por exhibir tan interesantes tesoros, esta es una especie de tabla, hecha de madera desconocida, y cincelada con el mayor esmero; tambien hay aqui un pedazo de caña; esta es una planta que sin duda viene de tierra, y especialmente mirad este baston, trabajado por la mano del hombre, y eso tambien con escesiva curiosidad.

—Cierto! exclamó Colon, examinando las diversas prendas una por una; Dios en su poderio y omnipotencia sea loado por estos testimonios consoladores de que vamos aproximándonos á un nuevo mundo! Tan solo un maligno infiel puede dudar ahora de nuestra victoria.

—No cabe duda de que estas cosas provengan de algun bote que haya zozobrado, y esta es la razon porque se las ha visto flotar tan próximas unas á otras, dijo Martin Alon-



so, deseoso de sostener las pruebas físicas de su plausible teoría. No estrañara que hallásemos por aquí cerca algunos hombres ahogados.

—Esperemos que no haya tal, Martin Alonso, respondió el almirante; no dé cabida nuestra imaginacion á ideas tan tristes. Mil incidentes pueden haber contribuido á conglomerar estos objetos sobre la anchurosa faz del océano, y juntos una vez, flotarían en buena compañía aunque fuese durante un año entero, á ménos que los esparramase la violencia del oleage ó de la ventolina. Pero vengan de donde vinieren, son pruebas infalibles de que no solo está inmediata la tierra, sino que esta sirve de morada al hombre.

Difícil seria pintar el entusiasmo que ahora reinaba en todos los bajeles. Hasta entonces, solo habían topado con aves, peces y yerbajos, señales muchas veces harto precarias; pero aquí presentábanse tales pruebas de que se hallaban contiguos á las guaridas de sus semejantes, que era imposible resistirse al convencimiento. Verdad era, que objetos de naturaleza igual pudieran deslizarse, con el tiempo, aun sobre la vasta distancia que transcur-

rido habian; pero no era probable que tan lejos lo verificáran en reunion. Luego las bayas estaban fresquitas, la tabla era de un palo desconocido, y particularmente el baston, si tal en efecto fuese su uso, se hallaba trabajado de una manera diferente de la que en Europa se practicaba. Los varios artículos pasaron de mano en mano, hasta que los hubo examinado toda alma viviente á bordo; y hasta la última sombra de duda desvaneci6se ante esta inesperada confirmacion de las predicciones del almirante. Volvi6se Pinzon á su buque, soltáronse de nuevo las velas, y prosiguió la escuadra su rumbo al oeste-sud-oeste hasta ponerse el Sol.

Sin embargo un cierto desmayo despeluzador undióse ent6nces de nuevo entre los mas cobardes de la marineria, al ver por la trigésima cuarta vez desde su salida de Gomera, hundirse el Sol detras del acuoso horizonte. Mas de cien ojos vigilantes atisvaban la márgen centelleadora del océano, en aquel momento de tan vital interés, y aun cuando los cielos estuviesen sin nube, nada se veia sino la bóveda gloriosamente tinta de colores mati-

zados, y el contorno de las aguas, rompiéndose en las acostumbradas y broncas formas del inquieto elemento.

Refrescó la brisa al cerrar la noche, y Colón, habiendo reunido los tres vasos, cual lo tenía de uso en aquella hora, dió nuevas órdenes acerca del rumbo. Hacia dos ó tres días que se hallaban navegando materialmente algo al sur del punto occidental, y el almirante, quien estaba persuadido que la travesía mas corta y cierta de tierra á tierra, era la de pasar el océano, si fuese posible, sobre un solo paralelo de latitud, deseaba volver á tomar su curso favorito, el que era á oeste clavado, segun él se imaginaba que enderezarlo pudiera. Al correr la noche sus cortinas en torno de aquellos aislados mareantes, soslayáronse las naves para seguir el rumbo requerido, corriéndolo á razon de nueve millas por hora, y dando caza al lumínar del día, cual si estuviesen empeñadas en profundizar los misterios de su retiro nocturno, hasta que algun descubrimiento grandioso recompensase el esfuerzo.

Inmediatamente despues de este cambio de rumbo, entonaron las tripulaciones el himno

vespertino, como de costumbre, y el cual, en aquel blando océano, diferían á veces hasta la hora en que la primera guardia se retiraba abajo en busca de sus coys. Aquella noche, sin embargo, nadie se halló con ganas de dormir, y ya era tarde cuando comenzó el cántico de los marineros, con las palabras, »*Salve Regina.*» Era cosa muy solemne oír los cantares de laude religiosa, mezclándose con los sollozos de la brisa, y con los gorgoritos de las aguas, en aquel yermo oceánico; acrecentando la solemnidad aquella expectativa que agitaba á los aventureros, y los arcanos que yacían atrás de la cortina, cuyo descorrimiento se juzgaban destinados á verificar de continuo. Nunca antes habia resonado aquel himno tan dulcemente en los oídos de Colón, y sintió Luis que los ojos se le arrasaban en lágrimas, al membrarse de las naves y vibradoras melodías de la voz de Mercedes, cuando sus suspiros virginales elevaban al cielo en aquella hora los puros acentos de la alabanza. Luego que terminó la prece hizo Colón que subiesen todos al alcázar, y les harengó desde su encumbrado puesto sobre la popa.

—Compláceme, amigos míos, les dijo, el haberos oído entonar con tanto entusiasmo el himno de la tarde, dándolo al cielo con tan devoto espíritu, en un instante cuando hay tal razón para ser agradecidos al Ser Supremo por las infinitas bondades que dispensado nos ha en el discurso de nuestra navegación. Volved la vista á lo pasado, y ved si alguno de vosotros, el marinero mas anciano de vuestro número, puede traer á las mientes un viaje por mar, no diré de igual largura, pues que ninguno de los presentes lo ha emprendido antes, sino de igual número de dias, en que los vientos hayan sido tan prósperos, los cielos tan propicios, ó el océano tan sereno como en esta ocasion. Luego, qué signos tan alentadores nos han animado á la perseverancia! Dios está en medio del océano, amigos míos, así como en sus santuarios sobre la tierra. Paso á paso, como si fuese, nos ha guiado adelante, ora llenando de aves los aires, ora haciendo que la mar abundase en descomunales peces, y luego estendiendo á nuestros pies campos de verduras, cual solo se encuentran en las inmediaciones de las playas donde crecen. Las últimas y

mejores señales nos las ha dispensado hoy. Mis propios cálculos vienen conformes con estos signos, y creo muy probable el que veamos tierra esta misma noche. Dentro de pocas horas, ó tan luego como háyamos corrido la distancia, que mandaba nuestra vista, cuando la luz nos abandone, juzgaré prudente que acortemos velas, y suplico á todos vosotros que esteis vigilantes, no sea que sin pensarlo embistamos en alguna estraña costa. Bien sabeis que los soberanos han hecho gracia de una pension anual y vitalicia de diez mil maravedies al que primero descubra tierra; á este rico galardón añadiendo yo ahora el de una almilla de terciopelo, tan soberbia que ni un Grande tendria á ménos revestirsela. No dormais pues; mas al mediar la noche, vigilad con abinco y afán. Ahora os hablo de todas veras, porque podeis estar casi seguros de que descubriremos tierra esta misma noche.

Tan alentadoras palabras produjeron su pleno efecto; los hombres se esparramaron por la nave, tomando cada uno la mejor posicion que dable le fué, á fin de obtener la prometida recompensa. La profunda expectacion es



siempre un sentimiento tranquilo, pues que los celosos sentidos parecen exigir el silencio y una intensidad de concentracion, á fin de ponerse en su lleno egercicio. Permaneció el almirante sobre el alcázar, mientras Luis, menos interesado en las resultas, se echó sobre una vela, y pasaba el tiempo pensando en Mercedes, y bosquejándose en idea el gozoso momento, cuando la volviera á ver, en clase de aventurero triunfante y feliz.

El silencio, parecido al de la muerte, que prevalecia en la nave, realzaba el interés absorbedor de aquella importantísima noche. A distancia de una milla iba la pequeña Niña, deslizándose en rumbo á todo trapo, mientras á legua y media aun mas delantero podia diseñarse el contorno sombrío de la Pinta, la cual precedia á sus consortes, como mas velera siempre que arreciaba la ventolina. Sancho habia pasado revista á todas las velas y á todos los cabos, atirantándolos con sus propias manos, y nunca la Capitana hiciera tan buena compañía á las demas naves como en aquella noche; pues parecia que á todas tres se les habia infundido el anheloso espíritu de los que lleva-



ban á su bordo, y que se hallaban tan ansiosas como estarlo pudiesen los hombres mismos. De cuando en cuando, respingaban los marineros, miéntras el viento murmuraba en las jarcias, cual si hubiesen oído voces desconocidas y estrañas, procedentes de un mundo misterioso; y cincuenta veces, cuando la ola se encaracolaba por los costados del bajel, volvieron las cabezas, aguardando ver una turba de seres extraordinarios y recién venidos del mundo oriental, hormigueando sobre la cubierta.

Respecto á Colon, este célebre caudillo suspiraba con frecuencia; por minutos enteros solía estarse mirando sin pestañear hácia el oeste, cual si quisiese desentrañar las tinieblas de la noche, con unos órganos que escedieran á las facultades humanas. Al fin y de repente, inclinó el cuerpo adelante, y miró con ahinco por encima de las bordas del barco, y luego, quitándose el birrete, púsose en ademan de ofrecer su espíritu al Cielo en prece y en accion de gracias. Todo esto lo presenciaba Luis, desde su improvisado lecho de lona; cuando un instante despues oyó que el almirante le llamaba con azorados acentos,

—Pedro Gutierrez!... Pedro de Muñoz!... Luis!... ó como os llamais! dijo Colon, mientras su voz sonora y varonil temblaba de ansiedad..... venid acá, hijo decidme si estan vuestros ojos en concordancia con los míos. Mirad en aquella direccion... allá... un poco mas hácia la cabeza de la nave... ¿descubris por ahí algo de estraordinario?

—Veo una luz, señor; una luz que se parece á la de una candela, pues que ni es mayor ni mas brillante tampoco: y figúraseme que anda, como si alguien la llevára en la mano, ó cavalgase ella sobre el lomo de las olas.

—No os han engañado los ojos; bien veis que no procede de una ni otra de las naos compañeras, ambas de las cuales estan á barlovento.

—¿Y qué juzgais singnifica esa luz, Don Cristóval?

—Tierra! discurre por la playa misma, y parece tan pequeña en virtud de la distancia, ó proviene de algun bajel que nos es estraño, y pertenece á las Indias. Abajo está Rodrigo Sanchez de Segovia, el contralor de la escuadra; hacedme el favor de bajar y decirle que suba.

Obedeció Don Luis, y no tardó el hombre de pluma en estar al lado del almirante. Transcurrióse media hora sin que volviera á verse la luz; en seguida tornó á relumbrar, arrojando para arriba sus reflejos, y luego desapareció finalmente. Divulgóse al punto este suceso por toda la caravela, aunque pocos de los que iban á su bordo le daban la importancia que el mismo Colón.

—Esa es tierra! observó con calma el almirante á los que estaban alrededor de su persona; —antes de pocas horas podeis esperar divisarla. Ahora verted vuestras almas en confianza y gratitud, pues que en tal signo es imposible haya engaño. No existe fenómeno en el océano que se asemeje á esa luz; y mi cómputo nos coloca en una parte del mundo, donde ha de haber tierra, pues de lo contrario el mundo mismo no puede ser esférico.

Apesar de esta implícita confianza por parte del almirante, el mayor número de sus súbditos no tenía aun certidumbre ninguna del resultado, aunque todos alimentaban la esperanza de descubrir tierra al día siguiente. Como el almirante nada dijese sobre este pun-

to, no tardó mucho tiempo en renovarse el silencio anterior, y al cabo de pocos minutos, todos los ojos estaban vueltos hácia occidente otra vez, en anhelosa vigilancia. De este modo transcurrióse el tiempo, mientras los buques ganaban terreno con una premura que escedia en mucho á la proporcion ordinaria de su carrera, hasta que pasó la media noche, cuando de repente iluminó su oscuridad una ráfaga de luz, y el tronido de un cañon, disparado á bordo de la Pinta, vino bregando contra la fresca ventolina que señalara la influencia de los alisios.

—Ahi habla Martin Alonso! exclamó el almirante; y podemos estar seguros de que no ha dado la señal ociosamente. ¿Quién está en el tope, ola!! para atisvar las maravillas que puedan descubrirse por la proa?

—Señor don almirante, yo lo estoy, contestó Sancho, y aqui he estado desde que cantaron la salve los compañeros.

—¿Ves hácia occidente alguna cosa extraordinaria? Mira con agudeza, pues que tenemos encima objetos muy portentosos!

—Nada descubro, señor; á no ser la Pinta

que está arriando velas, y la Niña que se encuentra casi al alcance de su veloz consorte... poco á poco, tambien esta última está recogiendo trapo!

—Por tan alegres nuevas, toda honra y alabanza sean tributadas á Dios! Esas son pruebas de que esta vez ningun grito engañoso ha estraviado sus mientes. Nos reuniremos con nuestros amigos, buen Bartolomé, antes que amainemos una sola tira de lona.

Todo era movimiento ahora á bordo de la Santa Maria, la cual prosiguió durante otra media hora surcando el agua, hasta alcanzar á las otras dos caravelas, ambas de las cuales habian ceñido el viento, á merced de un escaso velámen, y se deslizaban lentamente por el elemento líquido, semejantes á dos corceles refrescándose con andar despues de haber terminado una bien disputada carrera, y bregado por traspasar la meta definitiva.

—Venid aca, Don Luis, dijo Colon; y haced los ojos con una vista que no está destinada siempre para el solaz de los cristianos mas meritorios.

La noche nada tenia de oscura, un cielo tró-

pico brillaba con su millar de estrellas y hasta en el océano mismo destellaba al parecer una luz sombría y melancólica. A favor de auxilios semejantes, era posible divisar hasta la distancia de algunas millas, y mas especialmente descubrir objetos sobre la faz del océano. Cuando el joven dirigió la vista á sotavento, como Colon le instruyera, advirtió con toda claridad un punto, donde cesaba lo azul del Cielo, y se alzaba del agua un oscuro alcor, que se estendia algunas leguas hácia el sur, y luego terminaba cual comenzado habia en virtud de una union entre la márgen acuosa del océano, y el vacío de la bóveda celeste. Tenia el espacio intermedio todos los contornos definidos, la densidad y el tinte oscuro de una costa, cual á media noche se la descubre.

—Ved ahí las Indias! dijo Colon; resuelto está el grandioso problema! Esa es sin duda una isla, pero el continente no puede distar mucho trecho. Loado sea Dios!

FIN DEL SEGUNDO TOMO.



